JOANA ARTEAGA



Goles y Tormentas

LEYTON PLANETS 1

GOLES
y TORMENTAS

Joana Arteaga

Goles y tormentas

© Joana Arteaga, 2026

Diseño de la portada: Joana Arteaga
Foto: Pau Jimeeno

Primera edición: marzo 2026

"No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Para Marisa.
La primera sin que estés.
La primera que ya no vas a leer.

“El fútbol es la cosa más importante entre las cosas menos importantes.”

Arrigo Sacchi

PRÓLOGO

La triada no sonaba a nada grave la primera vez que la escuchó. Una palabra inocente, demasiado bonita para lo que significaba. Rotura del ligamento cruzado anterior, rotura del ligamento colateral interno y rotura del menisco medial. Tres piezas necesarias para sostener un mundo que, en su caso, era un campo de fútbol.

El City jugaba contra el Lyon aquella noche. Partido de Champions, estadio lleno, cámaras, ruido, expectativas. Era el tipo de escenario donde ella solía crecerse. Hasta que plantó el pie, giró mal y el mundo se dobló hacia adentro.

El dolor llegó tarde. Lo primero que llegó fue el silencio.

La levantaron del césped con cuidado, aunque ella pidió volver. Nadie la dejó. La voz del médico fue baja y directa, y se clavó más hondo que el pinchazo en la rodilla:

—No vas a jugar más esta temporada.

No dijo lo que ella sí entendió: *puede que no vuelvas a ser la misma*.

La operación fue limpia. La recuperación, un infierno. Tres meses de muletas, seis de gimnasio, nueve de fisioterapia, un año sin tocar un balón en un partido oficial. En ese tiempo aprendió a odiar el olor a plástico de las máquinas de rehabilitación, a distinguir los sonidos exactos de las cintas elásticas al romperse y a fingir que el progreso era una línea recta y no una montaña rusa.

El cuerpo volvió antes que la cabeza. Eso fue lo peor. En los entrenamientos hacía todo lo que le pedían; en los partidos, el miedo aparecía en el último segundo, justo antes del contacto. A veces bastaba una sombra para que la rodilla se tensara sola.

El City no esperaba milagros. Tampoco tenía paciencia infinita. En cuanto se abrió el mercado, la llamada llegó: una oferta por Lauren Mitchell. Buena cifra. Buen negocio. Y ella supo que no era una invitación, sino una salida de emergencia. La vendieron sin escándalo, sin homenajes, sin ruedas de prensa sentimentales. Solo un comunicado y gracias por los servicios prestados.

Llegó al Leyton con una rodilla reticente, la autoestima hecha polvo y una lista de dudas que no quiso leer en voz alta. Era un equipo pequeño, modesto y lleno de jugadoras que luchaban cada semana por algo tan básico como seguir en la categoría.

La primera vez que cruzó el vestuario, las chicas la miraron como si acabara de caer del cielo. No por lo que era, sino por lo que había sido. Y, para su sorpresa, le tendieron el brazalete de capitana nada más cruzar la puerta del vestuario. Le dieron un rol que nadie le había ofrecido desde antes de la lesión: responsabilidad. No porque fuera la estrella, sino porque confiaban en su criterio, su voz y su malditamente tozuda forma de creer en un equipo aunque todo estuviera en contra.

Pero el pasado no desaparece porque una decide pasar página. A veces volvía en forma de dolor punzante después de un mal giro; otras, en titulares que hablaban del City ganando sin ella. Y otras, en conversaciones sobre ascensos, ligas, títulos y celebraciones que ya no le pertenecían.

Cuando la temporada terminó, el Leyton sobrevivió al descenso por un suspiro. Lauren Mitchell fue la última en abandonar el campo aquel día. Se quedó sola, con la rodilla caliente, los gemelos ardiendo y los ojos entumecidos.

Ganar no siempre era levantar un trofeo; a veces era simplemente seguir ahí.

*****

Hacía tiempo que no era buena idea salir con Sam cuando estaba así. Nunca lo era. Cada cierto tiempo, a Sam Charlton le daba por desaparecer del mapa antes de una gran cita futbolística, y

arrastraba con él a la única persona que jamás le decía que no: Jon Alkiza.

Aquel junio, la primera noche de sus vacaciones después de ganar la Premier League, la ELF Cup y la Champions frente a la Juventus, debería haber sido tranquila. Una cena, unas copas, algo ligero. Pero Sam insistió en verlo antes de marcharse al Mundial con la selección inglesa y Jon no supo negarse. Con Sam casi nunca lo hacía.

En cuestión de horas ya estaban en un avión privado rumbo a París. Sin aviso. Sin explicaciones. Sam tenía ese talento extraño para hacer que las cosas ocurrieran. Y Jon, últimamente, no tenía ganas de poner freno a nada.

París los recibió con luces, música y alcohol. Sam se contuvo —el Mundial era demasiado importante incluso para él— pero Jon cruzó todas las líneas sin pestañear. Bebió lo que encontró, mezcló lo que no debía mezclar y dejó que la sangre le hirviera en minutos.

Habló. En francés, en inglés y en castellano. Habló con desconocidos, con modelos, con empresarios y con fans. Habló de fútbol, de filosofía, de política y de dioses. Habló hasta quedarse sin voz.

Y cuando la música dejó de protegerlo, habló de lo que nunca hablaba en público: de sí mismo.

Del vacío bajo el esternón. De la sensación de estar ganándolo todo sin disfrutar de nada. De la forma en que su cabeza encontraba el modo de tumbarlo incluso cuando el mundo entero lo aplaudía.

—Ni aún siendo el puto rey del mundo soy feliz —dijo al final, con la voz partida—. Soy basura, Sam. Basura...

Al amanecer, volvió a subir a un avión. Despertó a su abogado a las seis, le dictó unas líneas y le pidió que las pusiera por escrito. El abogado intentó frenarlo —había contratos, compromisos, un mundo mirando— pero Jon no escuchó. Estaba decidido.

A las nueve de la mañana del ocho de junio, la carta le llegó al Manchester City.

Ese día, Jon Alkiza dejó de ser el entrenador más cotizado del fútbol europeo y pasó a ser, sin previo aviso, el hombre más

enigmático del deporte mundial.

Alkiza deja el banquillo del Manchester City

El técnico español presenta su dimisión tras ganar Premier, ELF Cup y Champions en una temporada histórica.

Fuentes del club señalan que el escrito es "categórico" y "no sujeto a negociación".

Se desconocen sus planes de futuro, aunque algunos rumores lo sitúan en España.

El City lamenta la noticia y destaca que el entrenador aún tenía tres años de contrato.

Vacaciones, rumores y silencio

Jon Alkiza apura sus primeros días de descanso en Ibiza junto a la modelo brasileña Indira Miller.

La pareja se deja ver en calas, fiestas privadas y en el yate del delantero Alain Gilabert.

El técnico evita pronunciarse sobre su futuro y sobre las especulaciones de ruptura.

"No hay novedades", afirman desde su entorno.

El técnico más deseado sorprende: entrenará a un equipo femenino

Nadie esperaba que Jon Alkiza, verdugo del fútbol europeo esta temporada, terminara dirigiendo al Planets, equipo femenino del barrio de Leyton.

El club arrastra problemas deportivos y económicos y estuvo cerca del descenso la pasada campaña.

"Decisión desconcertante", opinan fuentes del entorno del City.

Llamará la atención el reencuentro con Lauren Mitchell, capitana en la división femenina del City hasta la temporada pasada, a quien Alkiza entrenará a partir de ahora.

CAPÍTULO 1
LAUREN

—Dile que no estoy de humor, Dex —le suelto al utillero nada más terminar el entrenamiento, cuando viene directo a mí para pedirme que suba a ver a Joanne, la presidenta del club.

Es finales de agosto y Londres está en modo horno industrial. El calor me golpea por encima del cuello, el sudor me chorrea por la espalda y mi cuerpo amenaza con desprenderse de mis extremidades después de la maldita sesión doble que Arthur nos acaba de regalar como bienvenida a la temporada. No tengo ganas de nada, y mucho menos de enfrentarme a Joanne Clarkson.

Especialmente si lo que quiere la presidenta tiene que ver con el imbécil ese que viene a posar para la foto y a sacar pecho por *rescatar* al Leyton. Sí, estamos en el hoyo, pero no necesitamos estrellas mediáticas que buscan titulares a nuestra costa. El Leyton Planets femenino ha salido de hoyos más profundos. O al menos eso tienen el descaro de decir arriba, en las oficinas, donde el aire acondicionado y el optimismo van de la mano.

—Yo solo soy el mensajero, señorita Mitchell —dice Dex encogiéndose de hombros. Es un larguirucho de veinte años que lleva en el club desde que nació prácticamente; si abren su ADN, seguro que lleva escudos del Leyton incrustados entre los genes—. La señora Moore me ha pedido que le diga que la presidenta la requiere en su despacho.

Miro sin disimulo hacia las ventanas de arriba. Joanne Clarkson probablemente está plantada detrás de los cristales tintados de su despacho, espiando el campo como si fuera el ojo de Sauron en versión ejecutiva. Reprimo las ganas de levantarle un buen dedo

corazón y mandarla a freír espárragos. Nada de eso sería profesional. Tampoco especialmente útil.

Resoplo, me aprieto la coleta —mi coleta alta, mi señal de identidad, mi segunda columna vertebral— y abandono el césped. Sé que tarde o temprano no me va a quedar otra que enfrentar a la jefaza. Y sé que Joanne no me llama para hablar del tiempo.

Me gusta Joanne, que conste. Me gusta su discreción, su paciencia, su forma de escuchar antes de emitir juicio. Pero me jode mucho que haya caído embaucada por el chulo ese que solo viene a colgarse medallas y ganar titulares.

Odio la sensación de ser parte del espectáculo de otro.

Subo las escaleras con el cuerpo protestando en cada peldaño y, cuando llego al pasillo de las oficinas, no me molesto en llamar. Joanne sabe que si quiere ceremonia, puede buscarla en el equipo masculino. Aquí somos más directas.

—Digas lo que vayas a decir, me la suda, Joanne —espeto nada más abrir la puerta—. No estoy de acuerdo. Nos podemos apañar con Arthur.

Llamo a la presidenta por su nombre desde mi segundo día en el club. Ella lo pidió y es difícil negarle algo cuando te mira con ese aire tranquilo de directora de escuela que sabe que siempre tiene razón.

—Arthur Collingham es un excelente entrenador, efectivamente —responde una voz masculina que no es la de Joanne, y mi espalda se tensa como si alguien hubiese tirado de mis cuerdas con mala leche —. Pero yo soy mejor.

El aire me abandona como si me hubieran soltado un balonazo en el estómago.

Puto Jon Alkiza.

Claro. Quién si no.

¿Por qué no se ha ido a Estados Unidos? ¿O a Japón? ¿O a plantar tomates orgánicos en cualquier parte que no sea esta? Si buscaba un hobby para presumir en entrevistas, este es el peor sitio posible.

—No sabía que estabas acompañada, Joanne —digo retrocediendo un paso—. Vuelvo más tarde.

—No, querida —me corta la presidenta con su tono dulce y inamovible—. Precisamente te he mandado llamar porque quiero que estés presente en esta pequeña reunión con el señor Alkiza antes de bajar al vestuario para las presentaciones oficiales.

Bufo. Por supuesto. No hay escapatoria.

Me acerco despacio, como quien entra en una jaula con un animal al que no tienes claro si acariciar o esquivar. Jon está sentado de espaldas a la puerta. Ni siquiera se digna girarse. Así es él. El mismo chulo de siempre. Si no eres importante (y por importante me refiero a más importante que él, cosa que él considera estadísticamente improbable), no mereces el esfuerzo de girar el cuello.

—Supongo que os conocéis y no hacen falta presentaciones —dice Joanne.

—Sí —respondo yo, seca como tiza.

—No —dice Jon, como si yo fuera una pieza de mobiliario.

Joanne nos mira a los dos, incrédula, como si estuviera viendo una obra de teatro experimental que nadie le ha explicado.

—¿Sí os conocíais y no hacen falta presentaciones? —pregunta con cautela.

Jon y yo respondemos al unísono:

—Sí —digo yo, sin un ápice de cortesía.

—No —dice él, igual de convincente.

Joanne parpadea. Creo que una parte de su alma abandona su cuerpo.

—Sí nos conocemos —añado yo, sin mejorar el tono.

Jon por fin se gira. Me mira con esos ojos oscuros que siempre parecen estar analizando variables. Entrecierra los párpados como si buscara en un archivo mental y no encontrara mi nombre ni por asomo.

Tengo que tragarme un bufido. Si pudiera, mandaría a medio mundo a la mierda ahora mismo.

—¿Nos conocemos? —dice él, curioso, genuinamente curioso, lo cual me cabrea más.

Aprieto los puños. No sé si para no golpear algo o para no golpearlo a él.

—Típico de tíos arrogantes y egocéntricos no recordar nada que no sea ellos mismos —escupo. Las palabras salen tan impregnadas de odio que me asusto un poco de mí misma. En mi defensa diré que los egocéntricos son la categoría humana que menos soporto, y delante tengo al campeón mundial de ese deporte.

—Lauren… —dice Joanne, y no lo dice como advertencia, sino como recordatorio de que soy la capitana, y eso implica comportarme como tal.

Llevo en el Leyton desde diciembre. Apenas unos meses. Pero soy la jugadora con más experiencia y la voz del vestuario. Y eso significa que no puedo ir por ahí insultando entrenadores como si fuera una *hooligan* con camiseta y cerveza en mano.

—Lauren, no, Joanne —rectifico, bajando un poco el volumen pero no la intención—. Solo dime si no es paradójico que el entrenador de la división masculina del City no recuerde a la capitana de la división femenina del mismo club. Eso es egocentrismo y machismo elevados a la enésima potencia, y por eso mismo considero que este señor no debe ponerse al frente del Leyton: porque le falta empatía y sentido femenino a partes iguales. Y por mal que estemos, no necesitamos nada de eso —añado, haciendo un gesto circular hacia él, que sigue mirándome como si fuera un folleto informativo que no ha pedido.

El aire en la sala es denso. Yo estoy tan agotada que hasta mi rabia pesa.

—Pues tendremos que trabajar su falta de empatía y sentido femenino —sentencia Joanne con esa tranquilidad suya que puede mover montañas—. Porque me temo que el señor Alkiza ha venido para quedarse.

Y con esa frase, que suena a decreto divino, a sentencia firme, a *esto es lo que hay y te aguantas*, me dejo caer en la silla frente a la mesa de la presidenta. Me derrumbo con elegancia moderada, si es

que eso existe, porque sé que esto es definitivo y no hay salida estratégica posible.

Como si haber acabado colistas la temporada pasada no bastara para hundirnos…

JON

—Pues tendremos que trabajar su falta de empatía y sentido femenino. Porque me temo que el señor Alkiza ha venido para quedarse.

No siento absolutamente nada al escuchar eso. Ni satisfacción, ni alivio, ni orgullo profesional. Solo una punzada en algún lugar que no sé si es el estómago o el pecho. En cualquier caso, es una molestia, no una victoria. Y lo más curioso es que tampoco me pasa inadvertido el bajón que esas palabras provocan en la jugadora sentada a mi lado.

No debería importarme. No la conozco. No tengo ningún motivo para prestarle atención. Pero ahí está el dato: me afecta. Y no sé por qué.

Juro que no me reconozco, joder.

Antes —y no hablo de hace años, hablo de hace unos meses— habría respondido a una salida como la suya con teatralidad calculada. Un corte de mangas mental, una sonrisa ofensiva, una réplica mordaz. Habría convertido el enfrentamiento en un juego y habría ganado por aburrimiento o por agotamiento del rival. Lo hacía todo el tiempo. Era fácil. Era automático. Y, sobre todo, era divertido.

Pero desde hace un par de meses la diversión se ha evaporado. Y la arrogancia, cuando no tiene combustible detrás, solo sirve para construir fachadas que pesan demasiado.

Eso sí: la cara de parecer un capullo me sale sola. Incluso aunque la equivocada sea ella.

En otro momento habría jugado con la capitana como una araña juega con una mosca atrapada en su tela, lentamente, solo por el placer de ver cómo se retuerce. Hoy no tengo energía ni para el primer paso del ritual. No quiero desarmarla, ni provocarla, ni ganar.

Lo único que quiero es salir de este despacho, cumplir el trámite y volver a un lugar donde nadie espere nada de mí.

No sé por qué sigo empeñado en avanzar con esta solemne tontería.

Puto Sam Charlton.

—Señor Alkiza, le ruego que nos disculpe —interviene Joanne Clarkson con su voz amable, cuidadosamente medida—. Estamos un poco nerviosas por las perspectivas poco halagüeñas que nos rodeaban justo antes de su llegada.

La miro. Buena gente. Y lo digo con toda la precisión del término: no pretende manipular ni disfrazar la situación. Dice nerviosas cuando quiere decir desesperadas. Dice perspectivas cuando quiere decir barranco. Dice llegada cuando quiere decir último recurso.

Hago un gesto con la mano para indicarle que no hace falta justificar nada. No es mi primer club en crisis. No será el último, aunque espero que sí.

Sé lo que han vivido. Y lo sé no solo porque anoche leí los informes, sino porque he visto este patrón demasiadas veces en el fútbol: un equipo pequeño hace un buen par de temporadas, los grandes huelen la sangre dulce del talento, fichan a las mejores jugadoras, al cuerpo técnico, al preparador físico, al analista de datos si lo hay, y se llevan la médula. El club sobrevive un año más por inercia, y después se hunde.

El Leyton Planets está justo en ese punto entre hundimiento y desaparición, intentando resistirse con uñas, dientes y romanticismo deportivo. El romanticismo es precioso en los discursos; una mierda en las tablas de clasificación.

—Me hago cargo —digo al fin, con un tono tan neutral que podría usarse en una nota de prensa—. Intentaré que mi trabajo aquí revierta su situación actual. No puedo añadir nada más.

Mi voz suena seca. Distante. Insensible. Sé que suena así porque la escucho desde fuera. También sé que la rubia me va a apuntar esta frase en la lista de agravios. Lleva un rato haciendo inventario mental. No necesita tomar notas.

La miro de reojo.

Pelo rubio recogido en una cola alta que tensa el rostro y expone la mandíbula. Pómulos marcados. Ojos azules que no se apartan aunque ardan. Labios tensos. Puños cerrados alrededor del reposabrazos como si eso fuera lo único que le impide levantarse y arrancarme la cabeza.

Hay algo en ella que me resulta familiar. No su cara —no la recuerdo del City— sino el mecanismo defensivo. El orgullo herido. Esa reacción la he visto trescientas veces en jugadores lesionados o descartados. Y ella ha sido las dos cosas.

El femenino del City me importaba tanto como el campeonato mixto de relevos de Botswana. O sea: nada. No porque desprecie el fútbol femenino, sino porque mi mundo estaba lleno hasta los bordes. No cabía nada más. Ni nadie más.

Y ahora, irónicamente, mi mundo está vacío y lo único que hay en él es esto: un despacho estrecho, una presidenta educada y una capitana que preferiría empalarme con una pica.

Perfecto, Jon. Magnífico ascenso profesional.

Creo que sigue sin importarme el femenino. Pero me importa cumplir mi palabra. Aunque sea una palabra adquirida en condiciones lamentables.

Estoy aquí porque soy un hombre de palabra. Pese a que cada célula de mi cuerpo sepa que voy a perder la maldita apuesta a la que me arrastró el puto Sam Charlton.

LAUREN

De lo poco que conozco a Jon Alkiza y su personalidad narcisista, puedo asegurar que el hombre sentado a mi lado solo conserva sus facciones. La corteza. La superficie que sale bien en las fotos. Todo lo demás parece distinto.

A ver, que gilipollas sigue pareciéndome, eso no cambia. Pero ese fuego suyo, esa agresividad controlada y ese don natural para caerme peor que mal están… disminuidos. Como si alguien le hubiera robado el color y hubiera dejado el contorno. Lo reconozco y

me cabrea más de lo que debería. Prefiero al enemigo nítido al enemigo desdibujado.

Si viene sin ganas a ponerse al frente del equipo, que se largue por donde ha venido. Que redacte otro comunicado de esos tan suyos, presente su segunda renuncia consecutiva y que lo metan en su currículum junto a la Champions. Dicen que la práctica hace al maestro.

Me levanto de la silla con la clara intención de tomar aire y salir de ese despacho que me asfixia.

—Joanne, este señor lo ha dejado claro. No me necesitas aquí.

No llego ni al pomo cuando escucho el leve roce de una silla. El entrenador se levanta también. No para detenerme, sino para responder a mi gesto con otro. Cuando giro la cabeza lo tengo frente a frente y esos ojos suyos —grandes, oscuros, rodeados de pestañas que casi parecen postizas de lo largas— me observan con un detenimiento inesperado.

Son ojos poderosos. Él lo sabe. Como sabe lo que hace su mandíbula cuadrada, sus labios equilibrados, su nariz recta y ese pelo oscuro con vetas plateadas que le dan un aire peligroso de político joven o estrella de rock domesticada. Treinta y cinco años y ya con marcas de guerra. A otros les sientan mal. A él le dan un punto de autoridad que me dan ganas de arrancarle a mordiscos para que deje de usarlo a su favor.

Detecto curiosidad en su mirada. Y también desafío. Lo justo para que mi cuerpo entre en alerta y, contra toda lógica, sienta una punzada de anticipación. Es como oler el césped antes de un partido al que le tienes ganas: sabes que va a haber pelea y estás lista para ella.

Quiero que me dé motivos para detestarlo. Motivos reales. No los que ya tengo por pura intuición o por lo que sé de él de segunda mano.

Ahora.

Dale.

«*Te estoy esperando y no sabes las ganas que te tengo, chaval*».

—No tolero la indisciplina en mi equipo —dice con una voz que no sube el volumen pero sí la autoridad—. La presidenta le ha pedido que escuche. Hágale caso. Ya.

La manera seca en la que escupe ese *ya* me arranca una sonrisa automática. No una amable, sino una de las que enseñan dientes. Me ha dado un motivo. Un motivo fresco. Y ahora esto ya es personal.

—¿Su equipo? —replico—. Eso primero hay que ganárselo, *míster*.

Alkiza tuerce la boca en una media sonrisa lobuna. Lo hace justo cuando digo *míster* con ese énfasis que solo usamos las jugadoras cuando queremos recordarle a un entrenador que aún no lo es. Primero se gana respeto. Luego trabajo. Y después ya veremos.

—Lauren… —interviene Joanne, un poco nerviosa—. Creo que deberías sentarte y escuchar. Eres el referente en el vestuario y el señor Alkiza debe trabajar contigo muy estrechamente si queremos recuperarnos de estos meses tan duros. Si no trabajáis juntos, ni todo tu talento ni toda su experiencia conseguirán obrar el milagro.

Obrar el milagro. Me hace gracia porque en ese momento lo parece: un acto divino más que un plan estratégico.

—Para obrar el milagro no necesitamos estrellas mediáticas con ganas de copar titulares por sus extravagancias —respondo—. En eso estarás de acuerdo conmigo.

—Y tú estarás de acuerdo conmigo en que él sabe cómo ganar campeonatos —responde Joanne con serenidad inglesa—. Arthur no tiene su capacidad para llevaros a lo más alto.

—Arthur merece una oportunidad.

—Arthur tiene mucha voluntad, pero no la experiencia y la táctica de Alkiza.

—Para Alkiza solo somos un maldito pasatiempo.

—Alkiza ha firmado un contrato.

—A saber con qué propósito.

Intercambiamos frases como si estuviéramos en un partido de tenis sin pausa. Joanne juega a mediadora mientras yo juego a defensora. Él, mientras tanto, juega a estatua. No interviene, no

pide la palabra, no corrige, no aclara. Solo escucha con esa actitud entre sobrada y analítica que saca de quicio a cualquiera con pulso.

Esboza una sonrisa de autosuficiencia cuando soy yo quien interviene. Una sonrisa pequeñísima, lo justo para hacerse notar. No sé si se ríe de mí, del club, o de la vida en general, pero esa actitud de *nada me toca* es gasolina para mis prejuicios.

—Querida —ataja Joanne al fin, tan seria que me hace callar por puro reflejo—. Cuando acepté este puesto solo me importaba que el equipo tuviera todo lo mejor. Soy la principal responsable de la debacle por la que estamos atravesando. Mi gestión no ha sido buena. Lo sé. Pero también sé que es posible salir del agujero. Y Jon Alkiza es una pieza importante para la reconstrucción. No quiero ahondar en las razones que él ha tenido para venir y te pido que tú tampoco lo hagas. Solo acepta su ayuda. Ayuda que es más necesaria que nunca.

No me esperaba ese golpe de honestidad. Viene tan desprovisto de maquillaje que me desarma un segundo.

—Los tipos como él solo se ayudan a sí mismos —respondo más bajo—. Pregúntale por qué lo ha hecho. Por qué ha venido a rescatarnos.

La palabra rescatar se me escapa y me retiro mentalmente del borde del precipicio donde casi caigo. Porque en realidad lo que quería decir era otra cosa: por qué ha venido a enterrarnos. O a enterrarse con nosotras.

—Puede preguntármelo usted misma.

La voz de Alkiza me atraviesa como una descarga. Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza. Me pongo recta, nariz alta, mirada fría. Adopto postura de guerra.

—¿Perdone?

—Que puede preguntarme usted misma por qué he firmado un contrato con el Leyton.

Durante unos segundos, valoro dos caminos: ignorarlo o darle el gusto. Mi orgullo vota por ignorarlo sin pestañear. Mi curiosidad vota

por preguntarle sin anestesia. Pero aquí no gana la curiosidad. No hoy.

—A quien le tiene que interesar la respuesta es a ella —sentencio, señalando a Joanne—. Es ella quien está siendo cuestionada cuando es la que más ha hecho por el club y por las jugadoras.

Alkiza me escucha sin pestañear. No sé si eso es buena señal o mala. Luego, con una calma que irrita, responde:

—Pregunte quien pregunte, no tengo inconveniente en contestar que he venido al club para ayudar. Eso es todo. Y, para ello —dice acercándose a mí sin reducir el paso ni el contacto visual—, no necesito ni su insolencia ni su aceptación, señorita Mitchell.

Pasa por mi lado dejando tras de sí un aroma a menta y espliego que me asalta de golpe. Mi cerebro reacciona como un perro de caza ante un olor familiar. Y ahí estoy, de repente, en la campiña inglesa, con mi abuelo oliendo a tierra húmeda y hojas recién cortadas.

Cierro los ojos un segundo. El recuerdo dura poco. La ira vuelve rápido. Es sorprendente lo obediente que es la ira cuando una la llama.

Me preparo para contraatacar. Lo juro. Estoy lista. Pero él llega antes a la puerta y abre con elegancia entrenada. No se vuelve siquiera. Solo deja caer la última frase como una sentencia:

—Joanne, la espero en el vestuario para la presentación. Señorita Mitchell, su presencia no es necesaria. A usted la veré mañana a las cinco en punto en el campo de entrenamiento. Cinco de la mañana, supongo que lo da por hecho.

La puerta se cierra.

Y lo odio. Lo odio con una nitidez que casi reconforta.

CAPÍTULO 2
LAUREN

Hacía mucho tiempo que no me levantaba a estas horas para hacer absolutamente nada. Mucho menos para entrenar.

No sé si es más violento el madrugón o el recuerdo del entrenamiento brutal al que Arthur nos sometió ayer. Mi cuerpo protesta como si tuviera noventa años y no veintiocho. Es aún noche cerrada, Londres está en silencio y yo no estoy diseñada para funcionar antes de que el sol asome.

Nadia me llamó anoche, justo después de la presentación de Alkiza en el vestuario. Todas se extrañaron de mi ausencia. Ellas, que saben hasta cuántas tazas de café tomo cuando estoy nerviosa, no podían entender que yo me perdiera el que probablemente sea el momentazo histórico del Leyton: el famoso, exitoso y atractivo entrenador de moda descendiendo de su pedestal para tomar posesión de un vestuario femenino medio en ruinas.

Ellas estaban nerviosas. Y ansiosas. Y fascinadas. Llevan así desde que la noticia saltó en la prensa deportiva y Joanne Clarkson nos la confirmó una semana atrás al finalizar un calentamiento. Desde entonces, el vestuario es una especie de antesala del Gran Evento, como si fuéramos a recibir a un Papa, un rey o al mismísimo Guardiola reencarnado en chaval joven con mandíbula cincelada. Y supongo que, para la prensa, eso es exactamente lo que ha pasado.

Yo llevo el mismo tiempo enfadada y en tensión. Y eso no lo entiende casi ninguna de mis compañeras.

Quizá solo Nadia.

Nadia Lindberg es sueca y, posiblemente, el único activo que han intentado arrebatarnos y no lograron. A veces no sé si por lealtad, terquedad o estupidez. Al finalizar la temporada pasada, justo

cuando nos quedamos a milímetros del descenso, el Liverpool la llamó. Una oferta real, con contrato, con dinero, con futuro. Era la vía de escape perfecta. Y sin embargo, Nadia dijo que no.

Dice que en Londres ya ha encontrado su casa. Que con el Leyton tiene aire. Y para ella ya fue suficientemente duro dejar Suecia hace dos años como para abandonar otro hogar tan pronto. También dice que le debe algo a Joanne. La presidenta la readmitió en el equipo después de que alguien intentara apartarla con malas formas. Se expuso por ella en público, delante de las cámaras. Nadia no olvida esas cosas.

Por más que Joanne la animara a aceptar la oferta del Liverpool —y lo hizo, yo estaba ahí— Nadia sigue aquí. Remando. Luchando. Sosteniendo al equipo desde dentro. Y demostrando en cada entrenamiento por qué es de las mejores del mundo en su posición.

Yo, en cambio, soy un viejo descarte con buena prensa interna y trayectoria a la baja. Una futbolista que sirve para levantar la moral y mantener a las chicas unidas. Una capitana que llegó como parche y se quedó como emblema porque nadie más quería ese brazalete y, de pronto, todas decidieron que era mío.

Y no siempre fue así. En absoluto.

Llegué al Leyton después de salir de una lesión de rodilla de las que arruinan carreras. Una triada. El tipo de lesión que te da un universo de tiempo para pensar en tu vida mientras aprendes a flexionar la pierna sin llorar. El Manchester City se deshizo de mí por un cheque precioso, sin importarles que yo hubiera defendido su camiseta durante años, ni las veces que sudé en la selección inglesa. El fútbol es negocio. Así se dice cuando no quieren decir la palabra real: desechada.

Fue un golpe durísimo. Tan duro que me costó meses entenderlo. Tan duro que la primera vez que pisé el vestuario del Leyton sentí que entraba en un hogar de acogida para perros viejos. Pero entonces pasó algo extraño: las chicas me dieron el brazalete. No por pena. No por mi nombre. No por mi pasado. Sino porque me veían. Veían mi visión dentro del campo, mi cabeza fría, mi justicia

en el vestuario. Y, sobre todo, mi capacidad para defender lo que creo.

No es habitual que una recién llegada asuma esa responsabilidad. Mucho menos por unanimidad. Pero ahí estaba yo, capitaneando un equipo herido y creyendo, por primera vez en meses, que no todo se había acabado para mí.

Supongo que cumplir ese rol en un club como el City hace que el brazalete venga contigo aunque no sepas que lo llevas. Supongo que hay cosas que se quedan grabadas en la piel.

Por eso, no estar ayer en la presentación de Jon Alkiza fue raro.

Más que raro: fue una incongruencia. Una falla narrativa. Un error que todas notaron. Y eso, precisamente, es lo que el maldito Alkiza consiguió: arrebatarme mi lugar en un vestuario que confía en mí. Quitarme la visibilidad. Silenciarme. Y lo odio doblemente porque, en parte, lo permití yo misma.

Pese al cabreo monumental con él, pesa más el que tengo conmigo. He fallado. Me dejé arrastrar por mi propio orgullo, por mis prejuicios, por mi odio entrenado contra los hombres que hacen show en el fútbol. Perdí el control de la situación, lo sé. Y eso es peor que la humillación: la consciencia.

Pero, joder, ¿cómo no dejarse arrastrar si él tampoco ayuda? Con esa actitud hermética, esa superioridad silenciosa, esa forma de no mirar a nadie más que a sí mismo… la receta perfecta para sacarme de quicio.

Después de ducharme me preparo un sándwich de pavo, tomate y aguacate. Café con leche de almendras. Todo funcional. Todo eficiente. Como si de eso dependiera sobrevivir al entrenamiento que comienza en apenas media hora, antes del amanecer, con un solo objetivo: humillarme.

Asumo que la invitación no era extensible. Solo yo como damnificada.

Bueno, quizá no la única. Si Olivia Torres fue ella misma ayer —lo que significa que se despachó con alguna burrada *made in México* y mandó a alguien a tomar por culo— seguro que también está en la

lista. Y Sarah Quinn es otra candidata: detecta machismo como los tiburones detectan sangre.

Desayuno sin ganas, me visto y me recojo el pelo, aún húmedo, en mi coleta alta de siempre. No es solo estética: es identidad. La camiseta del Leyton y mi coleta son mi armadura estos días.

Con eso tiene que bastar para enfrentarme al innombrable.

JON

—Llega tarde, señorita Mitchell —informo cuando pisa el césped—. Son las cinco y cinco minutos.

—Lo sé —dice, sin más.

No añade excusas ni explicaciones ni disculpas. Su *lo sé* es una declaración de guerra en dos palabras. Me mira con una frialdad calculada que casi me arranca una sonrisa. Ha llegado cinco minutos tarde y no es por casualidad. Cinco minutos es un mensaje. Y lo he recibido.

«*Una rebelde de mis cojones, lo que te faltaba, Jontxu*».

Sus ojos azules se sostienen sobre los míos con una firmeza que muy poca gente tiene. No es desafío gratuito. Es algo más parecido a: *no me vas a doblegar y no pienso darte el gusto*. Hay una diferencia importante entre quienes pelean por ego y quienes pelean por supervivencia. Ella pertenece al segundo grupo. Y los segundos son peligrosos.

Me gusta la gente que presenta batalla; no lo puedo negar. Lo que me toca las pelotas son los que creen que ganarme me va a dejar fuera de juego. Nadie sabe jugar conmigo mejor que yo. Y si quiere convertir esto en una partida de ajedrez, perfecto. No se me da mal abrir con ventaja.

—Veinte vueltas al campo. Tiene siete minutos.

Pulso el cronómetro y me giro. Con eso le cierro la posibilidad de abrir debate. Si se queda a discutir, pierde tiempo. Si pierde tiempo, pierde la prueba. Si pierde la prueba, yo elijo el castigo siguiente. Las reglas están claras desde el minuto uno. Ella lo sabe.

Lauren Mitchell bufa detrás de mí, suelta la bolsa en medio del campo y se dirige al extremo. Corre como quien ya ha corrido antes hasta la extenuación. Como quien sabe en qué punto exacto se le bloquean los cuádriceps y cuándo debe cambiar la respiración. Elegante. Rápida. Sin gestos superfluos. Una gacela en medio de la sabana, rodeada de depredadores invisibles.

Vuelvo a mirarla y me sorprende algo que no esperaba: control. Una jugadora con orgullo suele ser explosiva. Ella no. Ella es metódica incluso en sus desafíos. Eso la coloca varios peldaños por encima de las jugadoras que solo hacen ruido.

Anoche, después de las presentaciones oficiales en el vestuario, volví a casa con un sabor metálico en la boca. El choque con ella me había dejado un regusto extraño, y la capitana no se me había ido de la cabeza. Así que me encerré en mi despacho, abrí el portátil y comencé por donde siempre empiezo: datos.

Podría decir que investigué al equipo entero, que esa era la intención inicial, pero sería mentir. Quería saber quién era ella. Concretamente ella. La respuesta no tardó en aparecer.

Lo que tengo enfrente esta mañana no es una jugadora cualquiera. Es una leona. Una que empezó en un club amateur a los catorce años, que subió escalones a base de trabajo y que llegó al City con rendimiento notable. Una que, hasta la triada de la rodilla, fue titular y capitana indiscutible. Una que cayó del pedestal por la misma regla no escrita del fútbol moderno: el talento importa menos que el activo financiero.

La lesión la dejó fuera durante meses. El regreso fue un infierno de altibajos, discusiones con el entrenador y desencuentros con la presidencia. Y cuando no les sirvió más, la vendieron. Así, sin poesía. Con un cheque. Negocios, que le llaman.

El castigo perfecto para una alborotadora era mandarla a un equipo en horas bajas. Eso debieron de pensar. Y aquí está. En el Leyton. En medio del incendio. Y en vez de hundirse con las otras, evitó el descenso *in extremis*. Un club pequeño sobreviviendo por un gol. La prensa lo llamó milagro. Yo lo llamaría resistencia.

Un equipo al que yo tengo que terminar de rescatar.

«*O justo lo contrario, ¿no, chaval?*»

El cronómetro pita.

—¡Se acabó el tiempo! —rujo desde el centro del campo—. No lo ha logrado, señorita Mitchell. Tendrá que volver a intentarlo. Beba agua y prepárese para otras veinte vueltas. Esta vez, en seis minutos y medio.

Ni una queja. Ni una mirada de súplica. Ni un insulto. Solo un gesto mínimo: un suspiro por la nariz que casi no se oye y la mandíbula apretada con rigidez. Vuelve a colocarse en posición.

A veces puedo ser un gran hijo de puta. Lo sé. Y no he hecho más que empezar.

LAUREN

—Tienes una pinta lamentable.

Nadia me lanza la toalla justo cuando cruzamos la puerta del vestuario. La luz blanca del fluorescente me golpea los ojos y me siento como si me hubieran pasado por encima tres veces con un autobús. Si el entrenamiento de Arthur de ayer nos había parecido una vuelta de contacto exigente, lo de hoy ha sido un intento de asesinato. Y eso que todavía no eran las ocho cuando terminaron de llegar las demás jugadoras.

Para cuando el resto del equipo apareció por el campo, yo ya llevaba doscientas pulsaciones en el pecho, los pulmones ardiendo y los gemelos a punto de declararse en huelga. Porque el maldito Jon Alkiza decidió que era una excelente idea someterme a un entrenamiento militar antes de someterme a una sesión colectiva. Total: seis horas sin parar de correr, saltar, regatear, chutar y driblar.

Me duelen hasta las pestañas. Literalmente. A esta hora no puedo ni pestañear sin notar cómo los músculos intentan dimitir.

—¿Quieres pasar la primera por la camilla de masaje? —se ofrece Nadia, compasiva.

Es una buena chica, eso no lo podemos negar. En realidad es una buena persona. Lo que la convierte en un asco total. Mide casi metro ochenta, es rubia, tiene los pómulos marcados, sonrisa nórdica, nivel

de bondad 10/10 y juego limpio —en el campo y fuera de él— digno de documental. Si no la quisiera con locura, la envidiaría con toda el alma.

—Estoy por irme a casa después de la ducha y saltarme al fisio —murmuro mientras me voy quitando la ropa con movimientos lentos, casi geriátricos—. Si me tumbo en una camilla, me quedo dormida hasta mañana.

Nadia se ríe, enseñando esa hilera inhumana de dientes perfectos que deberían estar prohibidos por ley.

—¿Quién diría que la capitana del Leyton no puede con una sesión matinal?

La miro y ruedo los ojos.

—Una sesión matinal a las cinco de la mañana no es matinal, es nocturna —contraataco—. Y si alguien te despierta de noche para matarte a correr, se llama secuestro.

Ella vuelve a reírse, porque claro, siempre encuentra adorable mi sufrimiento. A ella nunca se le ocurriría desobedecer una instrucción del entrenador. Yo, en cambio… bueno.

Mientras el agua templada de la ducha cae por mi cuerpo dolorido, siento cómo la temperatura afloja los músculos más castigados: caderas, gemelos, hombros, abductores. Cierro los ojos. Por un segundo, casi me convenzo de que podría dormirme de pie.

A partir de hoy me toca un nuevo objetivo estratégico: esquivar a Alkiza. No provocarlo. No colocarme bajo su radar. Ser invisible. Un tiempo prudencial al menos para que mi cuerpo deje de odiarme. He decidido que no me conviene convertirme en su enemiga declarada tan pronto. Ya me lo dejará claro él cuando tenga algo serio que tirarme a la cara. Yo, por ahora, me voy a limitar a sobrevivir.

Cuando salgo de la ducha, el vestuario es un pequeño carnaval. Las chicas están encantadas con el nuevo entrenador. No me sorprende. Tiene esa cara de póster y ese aire de *sé exactamente lo que estoy haciendo* que derrite neuronas ajenas.

—Está como un tren —comenta alguien dos bancos más allá. Reconozco la voz de Bianca, una de las más jóvenes.

—A mí no me importaría que me invitara a una sesión privada —añade, sin vergüenza alguna.

—No te lo aconsejo —dice Olivia Torres, a grito limpio—. Mira cómo ha dejado a la capitana, y eso que Lauren es dura como una roca.

Alguien ríe. Alguien más asiente. Todas me miran con una mezcla de solidaridad, diversión y… sí, en algunos casos, envidia. Como si recibir la crueldad del entrenador fuera un premio. El mundo del deporte es fascinante.

Me pongo de pie, en ropa interior.

—Basta de hablar del entrenador —anuncio, con voz firme—. Y desde luego basta de hablar de él en esos términos. No es profesional. No quiero distracciones. Esta temporada nos jugamos muchísimo. Así que borrad al puto Jon Alkiza de vuestras cabezas si no queréis tener problemas.

Un silencio pequeño se forma. Varias bajan la mirada. Un par reprimen una risita. Y entonces escucho un carraspeo detrás de mí. Un carraspeo que soy capaz de reconocer ya con precisión militar.

Me giro.

Jon Alkiza está apoyado en el marco de la puerta, perfectamente vestido con un traje de sastre hecho a medida, perfectamente en control, y perfectamente consciente de que me ha pillado en ropa interior delante de veinte jugadoras.

—Señorita Mitchell —dice, pronunciando cada sílaba como si estuviera tomando nota en su libreta mental—, el puto Jon Alkiza quiere hablar con usted. En mi despacho.

Y sin esperar respuesta ni permitir réplica se da la vuelta y desaparece del pasillo como si fuera una orden.

Por supuesto.

Genial.

Fantástico.

Puto Jon Alkiza.

Pensé que ya lo había esquivado por hoy. Ilusa. Una no sobrevive en el fútbol sin aprender que el enemigo nunca desaparece cuando

tú quieres, sino cuando él ya ha cobrado lo suyo. Y el *míster* parece muy lejos de haber terminado de cobrar.

Cuando entro en su despacho todavía huelo a gel mentolado.

—Ningún entrenador masculino puede entrar en el vestuario femenino de esa manera —le suelto sin preámbulos—. Si vuelve a hacerlo, voy a denunciarlo en todas partes y se le van a quitar las ganas de repetir.

Ni un pestañeo. Ni una pizca de vergüenza.

—No soy de los que dan importancia al pudor, señorita Mitchell —dice, reclinándose en la silla como si estuviera en un anuncio de relojes caros—. La utillera me ha confirmado que ninguna estaba en una fase de desnudez de consideración. No me he recreado en ningún cuerpo. nunca he pedido permiso para entrar en un vestuario.

Lo odio un poco más.

—Nunca has dirigido un equipo femenino, pedazo de imbécil —lo tuteo por primera vez, porque ya me da igual todo—. O cambias de mentalidad o te auguro un par de entrenamientos más antes de salir por la puerta de atrás.

Me observa. No con enfado. Con curiosidad. Como si yo fuera una rareza zoológica. Y tengo el orgullo suficiente como para no bajar la barbilla.

—Tiene toda la razón —dice, con inexplicable calma—. Nunca he dirigido un equipo femenino. Si el vestuario prefiere que no entre, lo tendré en cuenta. No había considerado ese punto de vista. Supongo que no estoy acostumbrado a no poder hablar con mis jugadores en el momento que lo necesite.

Qué bien. Qué bonito. Qué humilde. Y qué falso. Espero el golpe final. Siempre hay un golpe final.

—Quiero agradecerle que haya tratado de centrar a sus compañeras —continúa—. Aunque la próxima vez le rogaría que evitara los calificativos despectivos. Ya sabe que si me provoca, puede tener entrenamientos extra. De madrugada.

Ahí está. Lo sabía.

Tuerce la sonrisa en algo lobuno. Si me provocan ganas de arrancársela es señal de que voy a tener que aprender a lidiar con él si no quiero morir en el intento. Así que opto por no morder el anzuelo. Me callo. Me muerdo la lengua. Literalmente.

—Por otro lado —dice, ahora recostado con toda la parsimonia del mundo—, la presentación oficial ante los medios será el sábado, justo después de la del equipo masculino. Confío en que estará a la altura de lo que se espera de una capitana. No me obligue a prescindir de nuevo de su presencia.

No necesito traductor para esa amenaza. La recibo entera.

—También espero su asistencia a la recepción posterior en la casa de campo de sir Leyton.

No puedo evitar poner los ojos en blanco.

La recepción de sir Leyton es una tradición ridícula y clasista donde todo el mundo va de corbata y vestido estampado a tomar té y fingir que no está negociando traspasos, ascensos, inversiones y futuros despidos bajo las glicinas del jardín. Un auténtico Juego de Tronos en versión *Premier League*. Y lo peor no es eso. Lo peor es lo que arrastra: jugadores masculinos paseando novias espectaculares, directivos presumiendo de bonus de rendimiento, y todo un catálogo de machitos esperando que alguna futbolista se asome al huerto.

Yo lo odio. Pero lo odio con respeto. Porque sir Leyton, aunque sea un excéntrico, es un buen tipo. Y alguien tiene que mantener vivo el legado del club que fundó su abuelo antes de que un fondo de inversión se hiciera con todo.

Carraspea. Me saca del pensamiento.

—Allí estaré —digo—. *Señor*.

Su sonrisa se expande. Y yo quiero pegarle un balonazo en la boca para que se le quite la tontería. Pero no lo hago, porque me he prometido a mí misma no sumar más castigos físicos hasta que mis células dejen de llorar por las esquinas.

—Nos vemos mañana. A las cinco.

—¡¿Qué?! —exclamo—. ¿Qué demonios he hecho ahora? He estado callada, joder. Una tumba. Y eso que me han dado ganas de

soltar unas cuantas cosas.

El vuelve a sonreír, lobo satisfecho.

—Nadie dijo que ya hubiera cumplido el castigo por su impertinencia de ayer en el despacho de la presidenta.

Sus ojos oscuros se clavan en los míos.

—Cierre al salir, señorita Mitchell. Y no llegue tarde. Ni cinco minutos. O alargaremos la sesión cuando terminen sus compañeras.

Salgo. No cierro con cuidado. Y en mi cabeza solo hay una frase rotando:

Dios. Cuánto lo odio.

CAPÍTULO 3
JON

Este equipo es un desastre.

No en el sentido en el que lo sería un equipo *amateur* sin recursos ni técnica; no. Aquí no faltan piernas ni calidad. Tampoco falta talento. Lo que falta es algo mucho más básico, mucho más difícil de enseñar: cohesión. Igual que un motor que tiene todas las piezas correctas pero ninguna engrasa con la otra. El problema no es mecánico. Es humano.

Me lleva tres días dar con el diagnóstico. Tres días de entrenamientos suaves, charla con el cuerpo médico, observación de dinámicas, y consumo de vídeos hasta las tantas. Tres días para encontrar la fisura.

La fisura es ella.

Lauren Mitchell.

La capitana. La ex–City. La selección inglesa. La que antes masticaba presión y ahora parece incapaz siquiera de saborearla.

No es cansancio. No es falta de forma. No es la lesión; esa triada fue devastadora pero ya está superada. No es que se levante temprano porque yo la obligo. Las deportistas de élite sobreviven a peores torturas que un par de madrugones.

Es otra cosa. Es una desconexión profunda. Como si la batalla ya no mereciera la sangre.

He visto partidos de ella esta semana. Los primeros que me consiguió un contacto. Un resumen de su etapa en el City. Luego las finales con la selección. La capitana que distribuía el juego como quien reparte órdenes en un campo de batalla. La que marcaba el ritmo. La que gritaba. La que hacía creer.

Y luego el accidente. El golpe. La rodilla. La triada. La rehabilitación. La vuelta. El traspaso al Leyton como castigo. Y entonces, una versión de ella que apenas se parece a la primera: más lenta, más contenida, más correcta, menos feroz. Entrenadores distintos, pero misma ausencia en la mirada. Ya no había fuego. Ya no había alma.

Al final la pregunta era simple: ¿Dejó de creer en el equipo o dejó de creer en ella?

Y cuando una capitana deja de creer en sí misma solo hay dos salidas: la sacas del equipo o la devuelves a la guerra.

Para lo que debería ser mi propósito, lo más sensato sería dejarla como está. Una pieza fundamental rota ahonda la crisis y me deja más cerca de prevalecer sobre Sam. Sin embargo, me cuesta mantenerme lejos de un buen reto.

—Alkiza —dice una voz desde la puerta.

Levanto la mirada. Es Arthur Collingham. Lo he mantenido como segundo entrenador. Era lo lógico. El club lo respeta, las jugadoras también, y yo no he venido a arrasar con lo poco que funcionaba.

—Es la hora —avisa—. Las chicas están preparadas.

Asiento, cierro la carpeta, me levanto, me abrocho la americana. El traje es nuevo. Me queda perfecto. Debería darme seguridad. No lo hace. Siento la falta de esa seguridad justo en el esternón, como una cuerda demasiado tensa. No sé desde cuándo me pasa. No sé por qué. Antes nunca dudaba. Antes no había hueco para esto.

Acompaño a Arthur por el corredor que lleva al Leyton Park, el estadio principal. Los pasillos son viejos, las tuberías están a la vista, los rótulos del club se notan recién cambiados encima de una pintura que ya pedía relevo hace años. Inglaterra entera ama estos estadios imperfectos porque cuentan historia. Yo aprendí a amarlos más tarde, cuando ya venía con la etiqueta de *niño prodigio* colgada al cuello.

Arthur se adelanta y yo aminoro un poco. No intencionadamente. Simplemente escucho. El ruido del estadio al otro lado es un rumor denso: palmas, gritos, nombres. Siento que cada decibelio pita

contra mi cráneo, como si me estuvieran midiendo la temperatura del alma.

Las jugadoras nos esperan en el túnel. Estrenan equipación. Camiseta blanca y pantalón negro. Limpio, elegante, potente. Algunas están nerviosas. Otras exultantes. Las jóvenes casi tiemblan. La prensa siempre infla estos días. No hay marcador, no hay derrota posible, solo aplausos. Es el mejor día del calendario para cualquiera que ame este deporte.

Pero no para todas.

Hay unos ojos azules, casi tempestuosos, que no celebran nada. Los reconozco al instante. Lauren Mitchell. En ella no hay nerviosismo ni alegría. Hay una quietud rara. Una especie de ausencia activa. No está melancólica. Está en modo figuración. Como si le hubieran cambiado el motor por uno que solo admite ralentí.

Y me sorprende descubrir que la entiendo. Porque yo tampoco estoy presente del todo aquí. Yo también siento que me han traído a un escenario que ya no sé si quiero pisar. Que no sé si aún me pertenece.

Quizá por eso no puedo apartar los ojos de ella. Porque es como mirarme en un espejo que no he pedido.

La salida del túnel vibra. El rugido crece. Y sé, sin que nadie tenga que explicarlo, que la mayoría de esas gargantas no están ahí por ellas. Van a ver al tipo que tuvo la liga, la copa y a Europa en la palma de la mano hace apenas unos meses. Van a ver al entrenador que dijo "basta" cuando todo el mundo pedía más.

Han venido a ver la tumba que yo mismo me he cavado.

Respiro hondo. No ayuda. No devuelve nada a su sitio. Solo confirma que no tengo respuestas, solo movimiento.

Antes de salir ahí fuera, me acerco al centro del círculo que forman las jugadoras. Siento la expectativa. Las sonrisas. La ilusión ingenua. Y algo en mí se afloja lo justo para hablar. No sé si es valentía o simple inercia.

—Chicas —digo, firme, sin levantar la voz—, sois un puto desastre.

Las caras se congelan. Algunas pestañean. Algunas abren la boca. Alguna se ríe por nervios. Lauren no se inmuta. Solo curva ligeramente una ceja. Lo preveía. No el insulto. Pero sí el golpe.

—Y como a nadie le gustan los desastres —continúo— hoy vamos a fingir que no lo somos. Vamos a salir ahí con las camisetas nuevas, las botas brillantes y las sonrisas enormes, y vamos a convencer a ese estadio entero de que somos la puta octava maravilla. No porque lo seamos. Sino porque nos conviene que lo crean.

El desconcierto deja paso a algo parecido a la risa. Alivio mezclado con incredulidad. Las nuevas tardan unos segundos más en reaccionar. Las veteranas lo pillan primero. Siempre pasa.

La capitana rompe el silencio:

—Estás como una cabra, Alkiza.

—No tienes ni idea de cuánta razón hay en eso —le respondo.

Me abro paso entre ellas, soy el primero que sale del túnel y el ruido del estadio me traga entero.

¿Y qué cojones esperabas?, pienso. Y la respuesta es inmediata. *Nada que no duela un poco.*

LAUREN

No sé qué manual de motivación deportiva habrá leído Jon Alkiza en sus ratos libres, pero arrancar con un *chicas, sois un puto desastre* no aparece en ninguno de los que yo tuve que estudiar para obtener las certificaciones de liderazgo del club. Muy inspirador, sí señor. Casi lloro de la emoción.

Lo peor no es el comentario. Lo peor es que me ha mirado justo a mí. Un microsegundo, pero suficiente para que se me activara el instinto asesino. Podría haber mirado a cualquiera: a Laetitia, a Nadia, a las novatas… pero no. Ha sido para mí. Como si quisiera dejar clarísimo que ese *desastre* llevaba mi nombre y apellidos.

Qué cabrón.

A estas alturas, después de cuatro mañanas levantándome antes de que salga el sol para hacer series de velocidad, cambios de ritmo y trabajos de fuerza, ya debería estar curada de espanto. Pero no. Todavía no se le ha pasado la diversión de machacarme el cuerpo y el orgullo. Y lo que más rabia me da es que no sé si lo hace porque quiere demostrar algo o porque estoy fallando yo en algo que antes hacía bien.

Al menos la rodilla no protesta. Y eso es lo único que de verdad temía. La giro a un lado, luego al otro, como si fuera algún tipo de ritual para asegurarme de que no se va a desmontar en plena presentación. Todo parece en su sitio.

Seguimos caminando hacia la plataforma donde nos espera el conductor de este espectáculo. A mi alrededor veo sonrisas y emoción en los rostros de mis compañeras. No sé si hablan entre ellas o si solo gritan por dentro, pero están felices. No se las ve derrotadas. Y eso es bueno. Después de la temporada pasada, cualquier chispa es bienvenida.

Lo que no puedo ignorar, ni aunque quisiera, es lo que hay en las gradas. No están ahí por nosotras. Ojalá fuera así. Ojalá las miles de voces que están llenando el estadio hasta arriba fueran para el femenino. Habría sido histórico. Bueno, sí: nuestras familias están. Y algún que otro hincha fiel. Pero el resto ha venido a ver el circo. A confirmar el rumor. A ver si es verdad que el entrenador más cotizado del fútbol masculino ahora entrena a un equipo femenino que casi desciende el año pasado. Morbo puro. Prensa deportiva en estado de éxtasis.

Y lo trágico es que al protagonista le da igual.

Alkiza camina delante de nosotras, serio, rígido, sin saludar al aire ni perder la compostura. No se está regodeando. No sonríe. No actúa como un *showman*. Podría hacerlo. Está en su terreno. Sabe cómo manejar cámaras, micrófonos, prensa, focos. Lo ha hecho mil veces. En cambio, está como si alguien le hubiera puesto un reloj en la sien y estuviera esperando que llegue el segundo exacto para desaparecer.

Y eso me enfada aún más. Porque ni siquiera parece disfrutar del espectáculo que él mismo ha provocado.

—Nunca había visto el estadio así de lleno —dice Laetitia a mi lado, con ese acento francés delicioso que me dan ganas de imitar solo para molestarla—. Es casi como si fuéramos a levantar la liga.

—Es por él —le respondo, demasiado seca—. No te emociones.

Laetitia me mira de reojo, capta el tono, decide no tomárselo como algo personal. Es buena gente. Y es lista. Sabe más que la mayoría de cómo funcionan las cosas en este club y en todos los demás.

—Por lo que sea —dice finalmente, encogiéndose de hombros— están aquí. Y eso ya es mucho.

No puedo darle la razón. Pero tampoco puedo quitársela. Me muerdo la lengua, porque discutir ese punto sería admitir que me duele algo que no debería doler.

Subimos a la plataforma. Yo tendría que colocarme al lado del cuerpo técnico por pura etiqueta institucional. Lo llevo haciendo desde que me dieron el brazalete. Pero hoy no me apetece tener a Alkiza respirándome en la oreja, así que hago una maniobra discreta para que Arthur se quede en medio de los dos.

Cuando levanto la vista hacia el palco, Joanne Clarkson ya me está mirando. Y no necesita levantar ni una ceja para hacerme sentir como si acabara de meter un gol en propia puerta. La presidenta no suele desaprobar nada en público, pero cuando desaprueba en silencio es peor.

Me quedo donde estoy, porque ahora ya sería ridículo moverme otra vez. Además, que los periódicos digan mañana que la capitana no quiso posar junto al entrenador estrella me importa bastante menos de lo que debería. Que especulen. Que inventen. Que hagan su trabajo.

El presentador toma la palabra, el estadio ruge, las cámaras destellan. Hay algo casi obsceno en la facilidad con la que se genera espectáculo en el fútbol masculino. En el femenino hay que pelear hasta por una puta columna en la prensa local.

—¡Aficionados del Leyton! —grita el presentador— Aquí tenemos al equipo femenino absoluto, en quienes este año hemos puesto grandes esperanzas…

Qué cursilada. Parece un anuncio de colonias.

Pero la gente grita igual.

—…y lo hemos hecho porque el mejor entrenador del mundo se ha hecho cargo del equipo.

El estadio estalla. Literalmente estalla. Se levantan. Barren gradas enteras con ovaciones como si acabaran de anunciar que vuelve Jesucristo en tacos de fútbol.

Alkiza no sonríe. No hace el gesto de estrella. No hace la típica pose de brazos abiertos. Solo saluda. Una vuelta lenta sobre sí mismo. Educación y poco más.

Y entonces, cuando vuelve a su sitio… no vuelve a su sitio.

Vuelve al mío.

Se coloca justo pegado a mi lado, hombro con hombro, como si así debiera ser según un manual invisible de protocolo que solo él conoce. Y lo peor es que parece natural. Como si él y el brazalete fueran partes de un mismo sistema.

Se inclina apenas, acerca la boca a mi oído —demasiado cerca, joder— y me susurra:

—¿Creías que ibas a librarte de mí? No voy a ponértelo tan fácil.

Un escalofrío me recorre la espalda. No sé si de rabia. O de anticipación. O de las dos.

Cuando lo miro, él ya está mirando al frente, serio, impenetrable, manos entrelazadas sobre el vientre.

Pero sonríe.

Discreto. Mínimo. Suficiente para que yo entienda que acaba de marcar el primer gol del partido.

Y yo aún no he decidido si voy a jugar a defender o a atacar.

JON

Después de la foto oficial —tres filas perfectas, jugadoras de pie, otras sentadas en taburetes y la primera línea sobre bancos corridos — llega el turno de las preguntas y las fotos con los hinchas más jóvenes. Niños y niñas bajan al campo, corren hacia sus ídolos y piden autógrafos como si fueran cromos de edición limitada. Las chicas se toman fotos, escuchan preguntas inocentes y ríen más de lo que responden.

Son, sobre todo, niñas. Niñas que miran a estas futbolistas como si fueran superheroínas. Las observan con los ojos muy abiertos, como quien descubre que algo que deseaba existe de verdad. Ese es el público natural del fútbol femenino. El que lo sostiene. El que lo justifica. El que debería llenarlo todo. Y también el único que no está aquí por mí.

No soy parte de ese fenómeno. No soy su referente, ni su ilusión, ni su espejo. Y, de manera inesperada, esa exclusión me resulta… correcta. Como si el lugar que me corresponde hoy fuera precisamente ese: el que no roba el foco que no le pertenece.

Miro alrededor sin saber muy bien por qué, y entonces la encuentro. Lauren está no muy lejos, rodeada de dos niñas rubias que parecen copias jóvenes de ella: espigadas, atléticas, coleta alta y equipación completa del Leyton. Las pequeñas le piden fotos con caras raras y ella accede sin protestar, haciendo muecas exageradas que las hacen reír a carcajadas.

Es extraño verla así. Alegre. Sin tensión en los hombros ni furia en la mandíbula. Esa es una versión de Lauren Mitchell que yo no conocía. Yo solo he visto la otra: la capitana hecha de hierro y resentimiento. La mujer que no concede terreno ni siquiera cuando sería más fácil hacerlo. La que me mira como si querer ganarme fuera un deporte en sí mismo.

Pero esa Lauren no está ahora. Ahora está la otra: la que se olvida de sí misma durante un minuto entero para hacer felices a dos niñas que quizá la han visto jugar una vez en su vida y la han elegido como referente sin necesidad de razones. Y por un segundo me sorprendo sin saber qué hacer con esa información.

Me dura poco.

Porque entonces aparece él.

Ferguson.

Calum Ferguson, el *highlander*, como lo apoda la *Premier League*. Defensa central del equipo masculino, casi dos metros de músculo y desparpajo. Un tipo que cae bien en cualquier vestuario y al que la prensa adora porque no tiene miedo de decir tonterías ingeniosas ante un micrófono. Se acerca por detrás de Lauren y le dice algo que no alcanzo a escuchar, pero que provoca en ella una reacción automática: tensión, alerta, corrección de postura, mirada afilada.

La leona vuelve.

Me sorprende lo rápido que desaparece la ligereza. Es como ver un telón caer encima del escenario. La sonrisa infantil muere en un instante y deja paso a la máscara. La diferencia entre ambas versiones de Lauren es tan abismal que diría que no pertenecen a la misma persona si no supiera perfectamente que sí.

Las niñas se apartan unos pasos, curiosas. Ferguson no parece notar el cambio, o quizá lo nota y le da igual. Le habla como si fueran amigos, o como si alguna vez lo hubieran sido. Y entonces Lauren se gira del todo para encararlo. Y ahí lo veo: la historia entre ellos no es una historia feliz. No hace falta ni una palabra para saberlo.

Ferguson sonríe. Lauren no.

El contraste es llamativo: él enorme, ancho de hombros, cómodo en su piel; ella más pequeña pero mucho más afilada, como si cada milímetro de su cuerpo fuera un recordatorio de que está hecha para pelear aunque no quiera admitirlo.

Ella intenta despedirse de las niñas con suavidad, les firma la camiseta, y luego intenta alejarse del *highlander* con un gesto cortés, casi diplomático. Él no se aparta. Algo dice. Algo que no escucho. Y Lauren endurece la mirada tres grados más.

Y ahí está la parte que no esperaba: siento el impulso de ir. De plantarme al lado de ella. De sacarla de esa conversación no deseada. De ocupar el hueco que Ferguson está llenando. Es absurdo. Es estúpido. Y sobre todo: no es necesario.

Porque si hay algo que Lauren Mitchell no necesita es un salvador. Mucho menos a mí. Yo soy, en todo este estadio lleno, la persona a la que más detesta. O bueno, rectifico mentalmente: la segunda. Calum Ferguson acaba de arrebatarme el primer puesto sin siquiera sudar.

Me quedo quieto. Observando. Esperando. No porque disfrute del espectáculo, sino porque la capitana del Leyton tiene una habilidad admirable: no dejar que nadie la arrincone. Ni en el campo. Ni fuera de él. Ni emocionalmente. Ni jamás.

Y, joder, a pesar de mí mismo, eso me parece hermoso.

LAUREN

—Hola, nena. —Esa voz. Ese acento escocés arrastrado—. Esta mierda de presentación acaba de mejorar. Vaya que sí.

Mi estómago se contrae como si alguien hubiera metido la mano en mi abdomen y apretado con fuerza. Me había olvidado de él. O mejor dicho: me había permitido olvidarlo porque estaba cedido en el Tottenham. Pero las cesiones terminan, las temporadas vuelven a empezar y las malas decisiones siempre encuentran la forma de regresar a tu vida como un boomerang maldito.

Calum Ferguson vuelve al Leyton. Y yo tengo que volver a respirar.

—Piérdete, Calum. —No me molesto en fingir cortesía. No pienso regalarle ni una frase que pueda retorcer.

Porque eso es lo que hace Ferguson: coger cualquier cosa —una palabra, un gesto, una mirada— y convertirla en algo que nunca pretendiste. Lo conocí el día que llegué al club, cerca de Navidad, con esa lluvia gris tan típicamente londinense y un viento que te pellizcaba hasta el alma. Yo venía rota, con la rodilla recién reparada, con el ego pulverizado y con una rabia silenciosa contra el Manchester City por haberme vendido como si fuera una lavadora vieja.

No estaba en mi mejor momento. Ni como jugadora, ni como persona. Era una máquina de tomar malas decisiones en cadena. Y

él fue la peor de todas.

Ferguson olió mi vulnerabilidad como un sabueso y se me pegó como una mala resaca. Durante dos meses me dejé tratar como basura porque en el fondo creía que eso era lo que merecía. Y él no tuvo ningún problema en reafirmármelo. Yo era un trapo que él podía usar y tirar. Y lo hice. Lo permití. Volvía siempre. Le abría la puerta. Le dejaba pisotear todo lo que yo era.

No me enorgullece, pero tampoco voy a fingir que no ocurrió.

Cuando por fin intenté salir de ese lodazal, él decidió que no. Que le pertenecía. Que no había consentimiento que valiera. Que yo no podía irme. Tuve que acudir al club y presentar una queja formal para que se apartara de mí. Lo hizo a cambio de mi silencio. Yo también acepté. No tenía fuerzas para librar dos guerras a la vez: contra él y contra mí misma.

Y ahora está aquí, oliendo a colonia cara y arrogancia.

—Venga, nena. Ya cumplí mi castigo, no seas así.

Su mano atrapa mi brazo. Me quedo rígida. Se me dispara la adrenalina. No como cuando compito; como cuando sobrevivo.

—No me toques —le digo en un susurro tan afilado que me sorprende a mí misma—. No me busques. No me llames. No recuerdes que existo. ¿Me oyes?

Su gesto se contrae un segundo, solo uno, y luego se carcajea. Se reproduce la misma escena del pasado: el desprecio disfrazado de deseo, el poder mal entendido, la masculinidad cutre que confunde posesión con afecto.

—Dios, cómo me pones, Mitch. Te llevaba ahora mismo al vestuario y te follaba hasta que perdieras el sentido.

El asco me sube por la garganta. Las palabras eran las mismas de antes. Las que entonces me hacían pensar que aquello era sexo caliente y pasión prohibida. Ahora sé que solo eran violencia camuflada.

El campo da vueltas. No sé si me ve alguien, no sé si alguien escucha, no sé si estoy sola o si todo el estadio está mirando. Solo

sé que tengo que salir. Que la huida es lo que mantiene la cordura intacta.

Me arranco del agarre como si estuviera escapando de unas esposas invisibles y echo a andar deprisa, casi corriendo, sin mirar atrás. Quiero esconderme en un baño, debajo de una grada, dentro de un coche, donde sea con tal de no estar aquí. Con tal de no estar con él.

El universo decide que necesito una segunda colisión antes de lograrlo. Me estrello contra un cuerpo alto y firme. Las manos de esa persona me sostienen antes de que me caiga de bruces contra el césped.

Miro hacia arriba.

Jon Alkiza.

Claro. Quién si no.

Un segundo. Dos. Tres. Lo suficiente para que me lea. Porque Alkiza no es solo arrogancia: también observa. Sabe. Procesa. Y sé que tiene la pregunta en la punta de la lengua: *¿Estás bien?*

No quiero esa pregunta. No quiero la compasión. No quiero otra autoridad masculina en mi espacio.

Así que hago lo que mejor se me da últimamente: huyo.

Ni siquiera le doy tiempo a respirar.

Qué valiente, ¿verdad? No enfrentar al problema, sino correr como si estuviera en una semifinal de la Champions. A veces la cobardía es el único mecanismo de defensa que te queda cuando la valentía yace moribunda a tus pies.

CAPÍTULO 4
LAUREN

No necesito girarme para saber que Ferguson ronda. Se siente en el aire, como electricidad estática mezclada con perfume caro y testosterona desbocada.

—¿Quieres que me invente una excusa para largarnos de aquí? —susurra Nadia a mi lado, elegante hasta con ese acento sueco que la convierte en la criatura más chic de la campiña inglesa.

La miro. Lleva un vestido azul hielo que podría salir en la portada de Vogue y, aun así, no es lo que mejor lleva hoy. Lo mejor que lleva es esa lealtad silenciosa que no regala a cualquiera.

—No estaría mal, Nad —admito mientras recojo con dos dedos la maldita pamela que Joanne insistió en que era *apropiadísima para la recepción de sir Leyton*—. Pero soy la capitana. Toca aguantar. Y demostrar que valgo bastante más que ese baboso.

—Nadie sabe nada, Lauren. No tienes que demostrarle nada a nadie —me recuerda, y lo dice con esa tranquilidad férrea que me desarma.

El jardín de la casa de campo a la que hemos venido después de las presentaciones de equipo es de absurdo. Césped perfecto, rosaleda, camareros impecables, violines sonando como si fuéramos figurantes de Jane Austen. En otras circunstancias, me perdería aquí una semana entera. Hoy, es un campo minado.

Ajusto el vestido verde de gasa. No me representa. No soy gasa. Soy tejido técnico, bota de taco, cinta adhesiva, hielo en la rodilla. Pero aquí estamos.

—Tengo que demostrármelo a mí —corrijo—. Y con eso debería bastar.

Nadia sonríe y me estruja en un abrazo que dura un segundo más del protocolo. Me conmueve lo suficiente como para que me entren ganas de llorar. No lo hago. Soy buena en no llorar.

—Vale, pero si vamos a quedarnos, necesitamos refuerzos y alcohol —dictamina, arrastrándome hacia la mesa del catering con la determinación de quien planea una fuga carcelaria.

Vamos hacia las bandejas con tartaletas y champán cuando escucho:

—¡Mitchell! ¿Puedo hablar con usted un momento?

Me detengo. Nadia me suelta la mano en silencio, pero no sin antes apretarla fuerte. Ese gesto vale más que cien discursos. Se marcha hacia el *prosecco* y las ostras, y yo me giro para encontrarme con el único hombre que puede arruinarme el día tanto como Ferguson, pero por motivos muy distintos.

Jon Alkiza.

Tiene la americana perfectamente cortada y esa expresión neutra que siempre parece esconder algo. No me gusta que pueda esconder cosas. Me irrita no saber qué.

—Ya sé lo que va a decirme —me adelanto, cruzada de brazos—. Y también puedo imaginar el castigo correspondiente.

Él no se inmuta. Ni se ríe. Ni se enfada. Solo me mira. Y hace algo inesperado: da un paso hacia mí. No lo suficiente como para invadir, pero sí para que lo sienta. Para que se me erice la piel. Odio que el cuerpo haga estas cosas sin pedir permiso.

—En realidad, quería saber si se encontraba bien —dice.

Me quedo en blanco. Por un segundo. No más. Soy rápida recobrando la compostura.

A mi alrededor, la gente charla, brinda, flirtea, negocia contratos o reputaciones. Nadie presta atención a dos personas que parecen conversar sobre trivialidades. Lo agradezco. Estoy agotada de ser mirada, analizada, comparada.

Que Alkiza haya notado lo que ha pasado en el estadio —o peor: cómo me ha afectado— me irrita. Y me alivia. Y me cabrea que ambas cosas puedan coexistir.

—Perfectamente, señor —respondo con esa sonrisa fina que uso para cortar el mundo sin mancharme las manos.

Se le marca una sonrisa minúscula, como si me hubiera pillado en alguna clase de juego del que yo no era consciente.

—Las puertas de mi despacho están abiertas si necesita cualquier cosa, Mitchell.

No me mira como un jefe preocupado. No es condescendiente. No es paternalista. Es… algo que todavía no sé nombrar. Me obliga a mantenerle la mirada unos segundos más de los recomendables.

—De verdad. Estoy perfectamente —insisto, desviando ya el foco hacia Nadia, que desde la distancia me vigila como si fuera mi entrenadora personal de supervivencia social.

Él inclina la cabeza, casi como si aceptara la mentira con elegancia.

—Como quiera —dice, y empieza a marcharse. Se detiene al tercer paso y añade, sin volverse—. Solo quería que lo supiera.

Me doy la vuelta también. Gano un metro. Dos. Pero no puedo evitar girarme de nuevo.

—Un consejo, ya que estamos —lanzo, armándome con mi ironía de capitana cabreada—. Solo debería preocuparse por el puto desastre que somos en el terreno de juego. Nuestros desastres personales nos pertenecen. No necesitamos ni salvadores ni papis preocupados.

Lo digo y siento ese microsegundo glorioso en el que creo haber ganado una partida.

Empiezo a alejarme cuando escucho:

—¡Mitchell!

Me detengo sin querer. Mierda. Bajo un poco la pamela. Me vuelvo.

—Si no quiere paternalismo, la espero el lunes. A la hora de siempre —dice con su tono de entrenador que no negocia con terroristas—. No se vaya a malacostumbrar.

Y ahora sí, se pierde entre la multitud. No necesito verle la cara para saber que sonríe. Lo sé. Porque yo también lo haría si fuera él.

Puto Jon Alkiza.

JON

Repito para mis adentros el mantra que me acompaña desde que aterricé en Londres de nuevo: *cumple, sonríe lo imprescindible y vete a casa antes de que se complique*. La casa de campo de sir Milton Leyton es hermosa, sí. Verde, perfecta, aristocrática. Pero tengo la cabeza en otra parte. En demasiadas partes.

Camino hacia Joanne Clarkson para despedirme. Está impecable con un traje azul marino y un sombrero que parece diseñado para rendir homenaje a la monarquía británica. Sonríe, se ríe con el anfitrión, conversa con directivos y jugadores como si una tarde campestre fuera la cosa más natural del mundo.

Pero la tensión no abandona sus hombros.

No puedo culparla. El Leyton Planets femenino está a una temporada de desaparecer del mapa. Si bajan, adiós muy buenas. No habrá rescates emocionales ni discursos encendidos sobre la importancia del deporte femenino. Se extinguirán discretamente y nadie levantará demasiado la voz por ello. Ni siquiera el propio club.

Joanne lo sabe. Las veintidós jugadoras lo saben. Y yo lo sé mejor que nadie. Porque una decisión absurda tomada en París a las cuatro de la mañana ha puesto sus carreras entre mis manos.

A un paso de llegar hasta la presidenta, noto el móvil vibrar en el interior de mi americana. Lo saco. Miro la pantalla. Cierro los ojos un segundo.

Sam Charlton.

La tentación de tirar el teléfono al lago que decora los jardines traseros es intensa y casi física. Pero estoy intentando no huir más. Afrontar. Resolver. No siempre conseguiré las tres cosas, pero al menos ya no salgo corriendo al primer estímulo como hacía hace unos meses.

Respondo.

—Acabo de ver tu foto con las chicas en el Daily Star —ríe al otro lado—. Te queda bien el negro, Johnny.

—Si llamas para regodearte, juro que te bloqueo —respondo, buscando el lugar más apartado del jardín, lejos de oídos curiosos.

Sam se ríe más fuerte.

—Por supuesto que llamo para regodearme. Y para recordarte que, si yo gano la apuesta y tú haces lo que tienes que hacer con esas chicas, pronto seremos compañeros de equipo.

Y ahí está. El elefante en la línea telefónica. La apuesta. La razón por la que estoy aquí. La estupidez que acepté después de demasiadas copas, demasiada coca, demasiado vacío y un poco de nostalgia mal gestionada.

Me giro hacia la fila de árboles que separa el jardín del camino de entrada. Necesito distancia del resto del mundo para no estampar el móvil contra la fuente más cercana.

—Creo que acordamos no volver a hablar de la puta apuesta —gruño.

—Ya, tío, pero es difícil —dice Sam con esa ligereza irritante que solo él puede permitirse—. La apuesta es literalmente la razón por la que estás entrenando a un equipo femenino de final de tabla y saliendo en la prensa mundial como si hubieras bajado del Olimpo. ¿Cómo quieres que no hablemos de la puta apuesta?

Cierro los ojos y me apoyo en un árbol, con la frente apoyada en la corteza.

Sam es un cabrón considerable. Siempre lo ha sido. Pero también es el único cabrón que, en este momento de mi vida, todavía me llama para saber si estoy respirando.

—¿Necesitas que coja mi Ferrari nuevo de 350.000 libras y me plante en tu puerta en… dos horas? —pregunta con ese tono de niño mimado que sabe que puede hacer lo que quiera porque mide 1’90, marca goles y firma contratos obscenos.

—No flipemos. Hay doscientas millas entre Manchester y Londres —le recuerdo—. Y entrenas el lunes. No te conviene venir hasta aquí, pillarte una cogorza y salir en las portadas como un irresponsable.

—Durante la temporada no bebo —dice, ofendido—. Y, además, yo todavía compito al máximo nivel, no como ciertos fracasados que se dedican a entrenar porque ya no les queda más remedio.

Qué hijo de puta. Me río por primera vez en todo el día. Sam se permite el lujo de tocar la herida porque sabe que ya no supura con la misma facilidad.

Mi carrera acabó demasiado pronto. La suya no. Y ambos hemos aprendido a convivir con ese desequilibrio sin envenenarnos.

—Te agradezco el ofrecimiento, Sammy —digo al final—, pero no hace falta que vengas a lamerme las heridas. Puedo con esto.

Silencio al otro lado. Silencio real. Del que pesa. Del que conoce.

—¿Seguro? —pregunta, dejando caer ese tono suave que solo usa cuando habla conmigo después de una derrota o antes de una final —. No me cuesta nada.

Trago saliva. Miro el jardín. Miro a Lauren Mitchell riéndose con Nadia cerca del bufé. Miro a Joanne hablando con sir Milton. Miro mi propio reflejo en una fuente. Y lo digo:

—Sí, es algo que tengo que hacer solo. Todo tiene que ajustarse. Sea en el Leyton o en el United. Sea en Inglaterra, Japón o en casa. De algún modo, tiene que terminar por colocarse.

Sam no suspira. No hace ruido. Solo afirma:

—Lo hará. Todo se coloca. A veces tarde, pero se coloca.

Y cuelga. Sin despedirse. Como siempre.

Guardo el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta y respiro hondo. No tengo ganas de continuar aquí. No quiero ser simpático, ni encantador, ni figura pública. No quiero responder preguntas sobre si estoy emocionado con el proyecto ni hablar sobre un equipo con palabras que el resto del mundo no sabe traducir.

Me acerco a Joanne Clarkson solo lo justo para despedirme con educación. Ella lo agradece con una sonrisa que no llega a los ojos.

Nadie pregunta adónde voy. Nadie necesita saberlo.

Cruzo la gravilla del jardín con pasos largos y cuando llego al coche no pienso en nada excepto en el whisky que voy a servirme cuando llegue a casa.

Hoy no ha venido Sam a lamerme las heridas.

Así que tendré que intentarlo yo. Con un buen Macallan. O tres.

LAUREN

La primera bofetada de la tarde no viene de Ferguson, ni de Jon Alkiza, ni del propio club. Viene de los camareros.

—Lo siento, señoritas —dice uno de ellos con un acento pulido que podría servir té en Buckingham—. El alcohol solo está disponible para invitados no profesionales. Política de pretemporada.

Todas nos quedamos mirando las copas con sus combinaciones preciosistas, sus hielos perfectos y sus rodajitas de cítricos brillantes como si acabaran de arrebatarnos el único motivo legítimo para soportar esta fiesta.

—El año pasado no recuerdo que fueran tan estrictos —se lamenta Olivia, frunciendo el ceño con dignidad herida—. Si lo llego a saber, me traigo la petaca bien llena de tequila, carajo.

La entiendo al cien por cien. No somos alcohólicas funcionales en terapia grupal, pero hay eventos que solo se sobrellevan con cierta graduación etílica en sangre. Y esta recepción campestre de sir Milton Leyton para inaugurar la temporada es, de manual, uno de ellos.

Para colmo, este año han invitado a indeseables. Ferguson entre ellos. Va pegado a una chica que no debe de tener más de veintidós, toda sonrisa, pestañas y perfume caro. Ella no sabe con quién está. Él sí sabe a quién intenta clavar la mirada todo el tiempo.

No le respondo. Ni una vez. Es el mayor triunfo personal que he tenido hoy.

—Podríamos largarnos a celebrarlo como Dios manda a un pub del Soho —propone Becky Smith, que ya está calculando mentalmente cómo agenciarnos un medio de transporte que nos lleve allí rápido.

La aprobación casi unánime del grupo es inmediata. El hambre de escapatoria se palpa en el aire.

—O podríamos colarnos en la casa —sugiere Nadia, con ese pragmatismo adorable que mezcla travesura con eficiencia—. Si nos pillan, diremos que buscábamos el aseo.

Tres jugadoras levantan la mano y se esfuman hacia la fachada con la estrategia más poco disimulada del mundo. Las observo desaparecer en el interior de la residencia y, por un segundo, me dan ganas de acompañarlas. En otra vida, quizá.

La música sube un punto. La luz dorada de la tarde se vuelve más amable, más estival, más de postal. Algunos invitados —mayoritariamente del equipo masculino— se lanzan a la piscina sin camiseta, haciendo el payaso para llamar la atención de quién sabe quién.

El catering, al menos, es excelente. Bocaditos pequeños con pretensiones de Estrella Michelin que hacen olvidar durante dos o tres segundos que estamos sobrias y atrapadas en un evento social sin escapatoria digna.

Hay acercamientos. Conversaciones cruzadas. Miradas. Intercambio de contactos. Coqueteos tímidos. No es que lo vea mal, para nada, que las chicas se diviertan. Lo que me fastidia es ver cómo se reproduce una dinámica que ya he vivido: la mezcla de ingenuidad, deseo y expectativas a veces peligrosas.

Así empezó lo mío con Ferguson. Fiesta navideña del club. Alcohol. Vulnerabilidad. Y una decisión mala detrás de otra. Ojalá hubiera habido alguien que me hubiera agarrado del brazo entonces y me hubiera dicho *no te metas en esto*. Ojalá hubiera sido yo esa persona. Ojalá.

Las tres aventureras regresan del interior con las manos vacías, pero con la satisfacción del ladrón que ha podido husmear la mansión del millonario aunque no se haya llevado nada. Se unen al baile, al tonteo y a las risas.

Yo no. Me quedo en la periferia del caos. Es donde mejor veo. Es donde respiro mejor.

—Me alegra mucho que siga con nosotros, señorita Mitchell.

Casi doy un respingo. Sir Milton Leyton está a mi lado, con su barba canosa y su sonrisa sincera. Se mueve con esa mezcla de elegancia y torpeza de los hombres buenos que han heredado títulos y obligaciones, pero no arrogancia.

—Gracias por la invitación, sir Leyton —digo con una inclinación de cabeza que sale sola.

—Faltaría más. Este día es mi favorito del año. Abrir la casa… celebrar el club… mantener vivo el legado. Mi abuelo estaría orgulloso.

Lo dice con una nostalgia bonita, nada empalagosa. Sir Milton es uno de esos hombres que no pretende impresionar. Solo quiere recordar.

—Estoy segura de que sí, señor —respondo—. Y también de que estaría contento de que permanezca ligado al club no solo en el nombre.

Sonríe más. Se le iluminan los ojos.

—Mi abuelo luchó en la guerra. Era aviador. Estuvo cautivo en Austria. Dice que el fútbol fue lo que los mantuvo cuerdos. Él organizaba partidos improvisados con cualquier cosa que rodara. Botellas. Pelotas hechas con trapos. Era su manera de no perder la esperanza. Al volver… fundó el Leyton. Su contribución al país, decía él.

Una oleada de silencio amable nos rodea. Sir Milton mira hacia la casa, hacia el jardín, hacia el club entero, como si todas esas cosas fueran, todavía, responsabilidad de su familia.

—Era un club modesto —continúa—. Con camaradería, con sentido de pertenencia. Antes de que la globalización y los fondos de inversión lo convirtieran en… bueno… esto.

No detesto lo que dice. Lo entiendo. Más de lo que me gustaría.

Toco su mano. Es un gesto íntimo y sincero. Él no se sorprende. Solo asiente, como quien agradece que alguien entienda sin que haya que explicarlo más.

Entonces suena mi teléfono.

El sobresalto es inmediato. Sir Milton me invita a contestar con un gesto cortés antes de mezclarse de nuevo con sus invitados. Lo veo marcharse mientras saco el móvil del bolso y leo el nombre en la pantalla.

Dillon.

Mi cuñado no llama para hablar del tiempo.

—¿Todo bien? —pregunto con un hilo de voz que ya teme la respuesta.

—No —responde él, quebrado—. Alana está en el hospital. Ha vuelto a pasar. Ha… perdido al bebé.

No necesito más. No necesito preguntar cómo ni cuándo ni por qué. Cuelgo con un *voy para allá* dicho en piloto automático.

Mi hermana. Mi otra mitad. Mi única familia real. No ha podido tener hijos aún y cada pérdida le arranca un trozo de alma que no vuelve a crecer.

Camino hacia la salida de la propiedad mientras el corazón me late en el cuello. Abro la aplicación de taxis con las manos temblorosas. Tiempo estimado: 27 minutos. Imposible. Nadia me trajo en coche, pero no voy a arrastrarla conmigo. No hoy. No por esto.

Levanto la vista buscando alternativas.

Y allí está.

El coche de Jon Alkiza está avanzando por la grava hacia la salida de la finca. Negro, impecable, recién salido del concesionario. Le pega. Le pega la exactitud, la elegancia y el control aparente.

Corro hacia él. Ni pienso. El cuerpo actúa antes de que la mente pueda ponerle objeciones. Me planto delante del coche y él frena de golpe, lo suficiente para salvarme de un atropello y para provocarle probablemente un microinfarto.

Abro la puerta del copiloto sin pedir permiso, sin azúcar, sin rodeos.

—Me lleva, ¿verdad?

Y no es una pregunta.

Es la única opción que tengo.

Es la única opción que él tiene.

JON

Me lleva, ¿verdad?

Tardo tres segundos en procesar la frase. Tres segundos en los que ella ya se ha metido en el coche, ha cerrado la puerta del copiloto y se está abrochando el cinturón como si fuera su vehículo y yo su chófer.

Cuando recupero la capacidad de reaccionar, noto la furia subiéndome desde el estómago hasta la garganta.

—¿Estás loca? —chillo, sin filtro—. ¡Podría haberte llevado por delante!

Mi acento se rompe. El inglés perfecto que llevo puliendo años se resquebraja y sale algo más cercano a mi castellano de origen. Lo noto yo. Lo nota ella. Y también nota que es la primera vez que le hablo así, sin ese barniz de cortesía profesional que tengo siempre, incluso cuando estoy machacando al jugador más díscolo del vestuario.

—Lo sé —responde, sin moverse—. Pero necesito ir a Londres y no tengo tiempo para esperar un taxi. He supuesto que iba hacia allí y que no le importaría hacerme un favor.

Habla como si acabara de pedirme que la acerque a la esquina, no como si hubiera estado a veinte centímetros de comerse el capó.

—¿Y se te ha ocurrido que podrías haberme hecho una seña? —gruño—. Levantar la mano, ponerte a un lado, no sé… cualquier cosa que no fuera plantarte delante de mi coche y arriesgarte a que te mate.

—Iba a diez por hora. No he visto peligro de muerte —replica con una chispa de chulería que reconoce quien ya la ha visto antes en un despacho con vistas al campo de entrenamiento.

Ahí está otra vez la Lauren insolente. La que había desaparecido entre series de carrera a las cinco de la mañana. La que se había tragado la lengua para no añadir castigos. La que hace unas horas

se había colapsado delante de Ferguson… y se había recompuesto sola.

—A diez por hora podría haberte destrozado la rodilla. Otra vez —digo, mirándola con severidad—. No sé si eso también te parece *paternalista*… —uso la palabra deliberadamente.

La recibe como una hostia. Lo veo en su mandíbula. Pero no se achanta.

—Ya que lo dices, sí, suena bastante paternalista —me suelta, tuteándome sin recato—. Confiaba en que tus reflejos fueran tan grandes como tu ego, por si te lo preguntas.

Y entonces abre la puerta del copiloto como si pensara bajarse.

Estoy por explotar.

—¿Qué cojones haces ahora, Mitchell? ¿No querías ir al puto Londres?

Lo peor de todo esto no es que discuta. Lo peor es que nunca reacciona como espero. Justo cuando creo que la voy a tener donde la quiero, gira la jugada. Cuando espero docilidad, ataca. Cuando espero ataque, se apaga.

He lidiado con egos más grandes, con estrellas mundiales, con presidentes insoportables. He impuesto disciplina en vestuarios que eran polvorines. Pero esta mujer consigue, en dos frases, que me sienta como si fuera yo el que está quedando en ridículo.

Y sí, he buscado provocarla a veces. Hoy mismo, plantándome a su lado para la foto y susurrándole al oído solo para ver cómo reaccionaba. Pero esto… esto es otra cosa. Esto está fuera de guion.

—Voy a llamar a un taxi y ahorrarme los sermones, *señor* —dice, sacando el móvil del bolso.

Ese *señor* suena a bofetada envuelta en terciopelo. Como si fuera una noble del siglo XIV rindiendo homenaje al señor feudal que desprecia. Y mira, despreciarme, vale. Me lo he ganado en parte. Pero arrastrar esto al terreno de la falta de respeto profesional no entra en mis planes.

Salgo del coche y cierro la puerta con un golpe seco. Rodeo el capó y me planto frente a ella.

—No tengo muy claro cuál es tu puto problema conmigo —empiezo, bajando el tono pero no la intensidad—, pero quiero que termine aquí y ahora. Si en un equipo el capitán y el entrenador no se entienden, ese equipo no gana nunca. Eso es de primero de fútbol. Y a estas alturas de tu carrera, incluso una niñata como tú debería saberlo.

La palabra *niñata* la enciende como gasolina.

—¿Y cómo pretendes que se acabe aquí mi puto problema contigo si no dejas de recordarme cada cinco minutos que mandas tú? —me dispara, los ojos brillándole de rabia—. Joder, hasta para llevarme al maldito hospital donde acaban de ingresar a mi hermana me lo estás poniendo difícil.

Las últimas palabras salen quebradas. Ahí está la clave. Caigo en la cuenta demasiado tarde. No era solo prisa. No era solo carácter. Era miedo. Angustia. Dolor.

Y entonces veo cómo le tiemblan los hombros. El cuerpo entero. No es algo enorme porque su autocontrol es admirable, pero sirve para tirara al suelo la imagen que tenía de ella como roca inexpugnable.

—Joder… —murmuro, sin filtro—. Sube al coche, Mitchell. Podrías haber empezado por ahí.

No me sale mejor que eso. No soy bueno con las emociones ajenas cuando no las he previsto. El tono me sale brusco, pero no hay reproche. Hay urgencia.

—Esperaré a un taxi —insiste—. No quiero ir contigo.

Su mirada me atraviesa, me desafía, y luego se apaga. Baja los ojos al suelo.

—No quiero discutir contigo. No quiero hablar contigo —susurra.

Y ahí es cuando aparece, peligrosamente, el tipo de hombre que ella lleva días acusándome de ser: el paternalista. El que quiere proteger. El que quiere solucionarlo todo. El que quiere hacerse cargo.

Intento no serlo. Me da igual lo que piense de mí como hombre. Pero como entrenador, no puedo dejarla tirada aquí.

—Entra en el coche, Mitchell —digo, más bajo—. Te prometo que mantendré la boca cerrada todo el camino. Solo dime el hospital. Nada más.

Levanta la mirada despacio. Hay algo parecido al alivio en sus ojos, mezclado con desconfianza. Me basta con lo primero. Vuelve a agarrar la manilla de la puerta, se sienta, se pone el cinturón. Esta vez sin teatralidad, sin reto.

—Alana está en Barts —dice.

La miro, esperando aclaración.

—Alana es mi hermana —añade, como si me debiera alguna explicación—. Está ingresada en el Barts.

—¿Lo busco así? ¿Barts?

—San Bartolomé. Hospital de San Bartolomé. Smithfield.

Tecleo en el GPS, localizo el hospital y arranco. Salimos por el camino de grava de la finca, dejando atrás las risas, la música, el champán y toda esa vida perfecta que sir Milton quiere creer que sigue teniendo su club.

Cumplo mi promesa.

Treinta y cinco minutos de coche.

Treinta y cinco minutos de silencio absoluto.

Treinta y cinco minutos en los que ella mira por la ventanilla sin ver, con las manos apretadas en el regazo, como si sujetara algo que no quiere que se le rompa más. Treinta y cinco minutos en los que yo no pienso en fútbol, ni en tácticas, ni en apuestas, ni en Sam. Pienso en cómo una jugadora que siempre ha querido poderlo todo sola ha tenido que tirarse delante de mi coche para pedir ayuda.

Y en cómo, por primera vez desde que llegué a este club, tengo algo que hacer que no tenga que ver con ganar partidos.

Cuando por fin veo el cartel de Hospital de San Bartolomé en la entrada, bajo un cambio de marcha y me permito solo una frase:

—Hemos llegado.

Bajo del coche antes de que pueda darme las gracias o decir que no las va a dar. No quiero que me lo deba. No quiero que esto se

convierta en otra arma en nuestra guerra particular. Solo quiero que llegue hasta su hermana lo más rápido posible.

El resto ya lo pelearemos en el campo.

CAPÍTULO 5
LAUREN

Llego corriendo al hospital, como si las piernas decidieran por mí. No estoy acostumbrada a correr ni en tocones ni sin un balón de por medio; el cuerpo se mueve distinto cuando lo arrastra la urgencia.

Y, sin embargo, escucho un segundo par de pisadas detrás. Jon Alkiza camina conmigo, no al ritmo exacto, pero lo bastante cerca como para que se note. No dice nada. Ni pregunta. Ni exige explicaciones. Y me resulta raro. Inquietante. Casi… útil.

No sé si quiero que entre. No sé si quiero que sepa nada. Ni de Alana, ni de Dillon, ni de los cuatro abortos anteriores. Ni de lo que pienso de los padres que desaparecen cuando toca estar. Y mucho menos quiero que él vea la versión de mí que ni Nadia conoce.

En recepción me dicen que mi hermana está en el ala oeste. Corro. Los pasillos del Barts siempre parecen más largos cuando hay malas noticias. Al fondo del corredor está Dillon, caminando de un lado a otro, con la espalda encorvada y la cabeza gacha.

—¡Dillon! —lo llamo en voz baja. Aunque me gustaría gritarle al mundo, el hospital se impone como un templo.

Él levanta la vista y viene hacia mí. Está pálido y ojeroso. Cuando llega a mi lado, ni siquiera mira a Jon; me coge del antebrazo como si necesitara anclarse a algo que no se estuviera hundiendo.

—¿Qué tal está Alana?

Dillon se traga saliva.

—Descansando. Le han dado un calmante. Mañana por la mañana… —hace un gesto vago con la mano— le harán un legrado.

Hay algo en su voz que no sé si es rabia contenida o derrota. Tal vez ambas. Después de cuatro veces, ya no sé qué palabra usar. Hay

gente que describe estas cosas como tragedias. Para mi hermana, es más bien una guerra larga que lleva demasiado tiempo perdiendo.

—Estábamos más cerca que nunca… —musita él.

Lo abrazo. Nunca he sido buena con estas cosas; no sé llenar silencios incómodos ni sé decir frases que arreglan nada. Pero sé acompañar. Y sé que Dillon necesita un cuerpo disponible, no un discurso. Así que lo sostengo. Y lo dejo sostenerse.

—¿Quieres que me quede con ella esta noche? —pregunto cuando se separa.

Dillon niega suavemente.

—No. Necesita que esté yo. Sobre todo si me recompongo antes —dice intentando sonreír—. Delante de tu hermana soy una roca. Pero… —se señala el pecho— esto tenía que sacarlo en algún lado. Gracias, pajarito.

Ese mote me atraviesa como un recuerdo dulce. Hace veinte años yo tenía nueve y Alana catorce. Yo siempre detrás. Siempre la cría que molestaba. Y Dillon siempre riéndose mientras me tiraba del pelo.

—¿Has avisado a Pat? —pregunto.

Dillon suspira.

—Alana me dijo que no. Tampoco estuvo muy presente las tres veces anteriores. No hace falta añadirle más dolor a esto.

Tiene razón. Pat Mitchell nunca supo cómo ser padre. No creo que vaya a aprender a ser abuelo.

—Vendré mañana. Si necesitas ducharte o descansar un rato, te cubro —le ofrezco.

—No hace falta —dice con esa dulzura extraña de hombre grande que abraza como si temiera romperte—. Descansa tú. Hoy era un día importante para ti y te lo hemos pisoteado.

Eso sí que me arranca algo parecido a una carcajada triste.

—Créeme, me has salvado de una buena. No te imaginas la cantidad de lameculos que había sueltos ahí.

A mi espalda escucho una risa contenida. Y me acuerdo de él.

Claro. Jon Alkiza sigue ahí. En silencio. Como si no supiera dónde meterse. Dillon y yo nos giramos. Por pura educación, empiezo la presentación:

—Dillon, este es…

—Jon Alkiza —me interrumpe Dillon, y le ofrece la mano—. Entrenador del Manchester City. Es un placer.

Cierro los ojos y cuento mentalmente hasta cinco para no gritar.

—Ya no es del City —aclaro, quizá demasiado rápido—. Y él es mi cuñado, Dillon Bithell.

Se estrechan la mano como si fueran dos tipos que se respetan mutuamente. Curioso cómo se entienden los hombres cuando se reconocen algo, aunque no sepan bien qué.

No espero ni un segundo más para entrar a ver a Alana. Es una habitación en penumbra, silenciosa, con olor a desinfectante. Mi hermana duerme con las pestañas húmedas. Siento que tengo trece años otra vez, rogando que no la rompan más.

Le dejo un beso en la frente y le tomo la mano. Su piel está tibia. Su corazón, seguro, frío.

Salgo antes de llorar ahí dentro. No sería justo que me viera.

—Mañana a primera hora estaré aquí —digo a Dillon, con un tono que no permite discusión.

Él asiente. Me da un beso en la mejilla. Estrecha una vez más la mano de Jon. Luego entra en la habitación como si el mundo no le pesara. Pero le pesa.

Cuando nos alejamos por el pasillo, siento el cansancio entrando de golpe. Es increíble cómo la pena agota más que cualquier doble sesión de entrenamiento.

Al llegar a la salida, me giro hacia él.

No sé por qué lo digo, pero lo digo:

—Gracias.

Él asiente, sin hacer un gesto más grande que eso.

Y por primera vez desde hace mucho, tengo la sensación de que algo —yo, él, todo esto— podría haber sido distinto si nos

hubiéramos conocido en otro contexto. Pero no ha sido así. Y ahora mismo no tengo espacio mental para explorar posibilidades.

Solo quiero dormir. O desaparecer un rato.

JON

—Siento mucho lo de tu hermana.

El ruido que hacen sus zapatos de tacón en el suelo del hospital marca el ritmo de nuestra salida de este lugar al que me he sentido obligado a acompañarla. Pese a no dirigirnos la palabra, he asumido que a un sitio como este pocas veces se viene por algo bueno y, no sé, se me ha ocurrido que igual le vendría bien la compañía.

Me mira sin perder el paso, medio metro por delante de mí, y se encoge de hombros.

—¿Qué? ¿Sigo sin poder hablarte?

Se detiene, ya cerca de la puerta de salida, y me encara, aunque no sé muy bien con qué intenciones. Por si acaso, me pongo a la defensiva. Con el animal salvaje que vive en su interior, nunca se sabe.

—No es eso —dice, y su tono, por primera vez, no es beligerante al dirigirse a mí—. Es…

La contemplo mientras trata de encontrar las palabras para continuar y explicarse, y me doy cuenta de que está agotada. Y triste. Tan triste, que parece un ser desvalido y solo en medio de una travesía interminable. Siento el deseo extraño de abrazarla. Un instinto que, por supuesto, aplaco de inmediato, escondiéndolo en lo más profundo de mi mente.

—Da igual, olvídalo.

Me quedo con ganas de saberlo, pero no le pregunto porque no parece tener intención de compartirlo conmigo. ¿Por qué debería? No dejo de ser un extraño que solo la ha traído en coche hasta aquí.

Vuelve a caminar y sale del hospital, donde el frescor de la noche que ya ha caído nos saluda al cruzar la puerta. La temperatura es bastante agradable, propia de una jornada de finales de verano,

pero Lauren experimenta un ligero temblor en el que no puedo evitar fijarme.

Automáticamente, me quito la americana y se la coloco sobre sus hombros desnudos. Su vestido de cóctel de tirantes no es suficiente, y no parece haber traído ninguna chaqueta con ella o quizá puede que la haya dejado olvidada en la finca de sir Leyton.

Aunque al principio parece no reaccionar a mi gesto, luego intenta quitársela, lo que yo me apresuro a evitar.

—¿En serio vas a despreciarme la chaqueta solo por orgullo? —la reprendo. Y sí, ahí sí que me ha salido un ramalazo paternalista que me hace reírme de mí mismo. Afortunadamente, reprimo la risa antes de que esta logre escapar de mis labios.

—No quiero gestos románticos.

—Es solo un gesto cortés, Mitchell. Olvida el romance. Nadie ha hablado de romance esta noche.

No me replica, y eso intensifica más la sensación de que no está bien. Lo de su hermana debe de afectar a su ánimo de una manera desoladora, porque la leona está muy dormida y no peleando desde el centro de su pecho, como suele ocurrir.

—¿Te llevo a casa?

—Puedo pedir un taxi —dice, sin mirarme, arrebujándose en la chaqueta a la que se aprieta como si la necesitara para no caerse al suelo.

—Ya sé que puedes pedir un taxi, pero tengo el coche ahí —señalo el lugar en el que estacionamos media hora atrás—. No me supone ninguna molestia. A no ser que vivas en la otra punta del país. En ese caso, te espero mientras llega tu taxi.

Me mira un instante y, aunque es sumamente fugaz, una pequeña sonrisa asoma a su rostro compungido y es lo más hermoso que he visto hoy. Eso lo puedo garantizar.

Me gustaría que volviera a hacerlo, que otra vez se le iluminaran así las facciones regias que posee, pero sé que no puedo —ni debo — tentar a la suerte. Bastante agradecido debería sentirme solo por el mero hecho de que esté hablándome sin su desdén habitual.

—Vivo en Notting Hill —declara, tras una pequeña vacilación inicial que ella misma vence.

—Perfecto, no es la otra punta del país. De hecho, me pilla *casi* de paso. Yo voy para Kensington.

Sin que medie ninguna otra palabra de conformidad o de rechazo, ambos echamos a andar hacia el coche, que está a solo un minuto de donde nos encontramos.

Es un silencio diferente al del viaje desde la residencia campestre de sir Leyton, más cómodo. De alguna forma, más cómplice. No quiero venirme arriba, pero algo ha cambiado de manera manifiesta esta noche, aunque tampoco podría precisar el qué sin tener aún la certeza absoluta de que la leona no vuelva a sacar las garras a las primeras de cambio.

A lo lejos se vislumbra la luz instantánea de un relámpago y poco después se escucha un trueno, también lejano. La tormenta no debe de andar muy lejos.

—Te pega Notting Hill —digo cuando ya nos hemos abrochado los cinturones y he puesto en marcha el motor del coche.

Hay un silencio tras mis palabras y me tenso sin que logre saber la razón. La miro entonces, antes de iniciar la maniobra que saque el automóvil del estacionamiento, y siento que mi euforia de hace un par de minutos está a punto de venirse abajo.

—Te agradezco que me hayas traído hasta aquí y que ahora me acerques a casa. Pero no somos amigos, no vamos a serlo por más que te deba un favor, y me gustaría que quedara claro para evitar conflictos y malentendidos en el futuro.

Ahí está. La fiera enseñando las uñas.

Cortando por lo sano.

Quemando los puentes recién tendidos.

Me reiría de la situación si no me resultara tremendamente triste. Soy incapaz de hacer que la capitana del equipo que dirijo me tenga un mínimo de simpatía y pretenda tener una relación cordial dentro de lo profesional. Menudo año me espera.

—Como quiera, Mitchell —asiento, mirando al frente y poniendo rumbo a la dirección de Notting Hill que ella me proporcionará en algún momento de este singular viaje—. Como usted desee.

LAUREN

Cuando Jon Alkiza aparca frente a la puerta de mi edificio, la tormenta está prácticamente encima. Los relámpagos iluminan fugazmente las fachadas y los truenos tienen esa vibración grave que te mete el miedo en el pecho. El aire huele a lluvia y electricidad, como si la ciudad entera estuviera conteniendo el aliento.

Yo también lo estoy conteniendo desde hace horas. Me siento agotada, triste, crispada y con una necesidad absurda de llorar. Más incluso que cuando entré en la habitación de Alana y la vi durmiendo con ese aspecto diminuto, frágil, tan poco característico de ella. No sé en qué momento mi vida se transformó en una sucesión de angustias, sobresaltos y esta sensación constante de caminar sobre cristales.

Es injusto.

Para Alana y Dillon, que llevan años luchando por algo que debería llegar sin tanta crueldad.

Pero también para mí, que no podré estar bien jamás mientras siga viendo cómo la gente que quiero sufre de esa forma tan irracional.

No soy buena compañía hoy, y no quiero que Jon Alkiza —ni nadie — se acerque solo porque me ve en un estado lamentable. Por eso hice bien en dejar claro lo de no somos amigos. No sé si él lo entendió como yo quería, pero era necesario.

Sin embargo, cuando se lo dije, vi un destello extraño en sus ojos. Como decepción, o algo parecido. Y lo noté también cuando volvió a tratarme de usted, como si hubiera levantado un muro demasiado rápido para no dejar pasar nada que pudiera complicarle la vida. A veces me pregunto qué habría esperado que ocurriera. En cualquier caso, es mejor así.

—Gracias por llevarme al hospital —digo finalmente mientras abro la puerta del coche—. Sigo pensando que te debo un favor. Así que si puedo hacer algo por ti, puedes cobrártelo cuando quieras y así estaremos en paz.

Lo digo con la mejor intención, porque no quiero deberle nada a nadie, pero en su cara se dibuja una especie de reproche silencioso que no había previsto.

—No se moleste, Mitchell —responde con esa frialdad cortés que es tan propia de él—. No quiero nada a cambio. Descanse.

Dirige la mirada al frente. Espera. Quiere que salga, que cierre la puerta y que todo quede ahí. Ese debería ser el final lógico de la escena, pero mi orgullo y mi cabezonería rara vez comulgan con lo lógico.

—Mi madre no tuvo tiempo de enseñarme muchas cosas —añado antes de bajarme del coche—, pero la de ser agradecida sí, y la de devolver los favores también. Déjame devolvértelo y estaremos en paz.

La forma en la que me mira es entre exasperada e incrédula, como si yo fuera un problema sin solución dentro del ecosistema humano.

—¿Tanto te molesta que alguien haga algo por ti sin pedir nada? —pregunta—. No recuerdo haber conocido a nadie tan complicado como tú, Mitchell.

Me río. No sé si por agotamiento o por pura ironía. Es curioso que lo diga él, el hombre que dejó el Olimpo del fútbol para venir a hundirse con nosotras. Nada de complicado hay en eso, claro.

—Lo que me molesta es que no respetes lo que te pido —replico —. Allá tú. Si te ahogas o algo, no me llames.

Cierro la puerta del coche y subo los escalones del portal con la adrenalina todavía caliente en la sangre.

—¡No lo haré! —me grita desde la ventanilla del copiloto antes de que la tormenta termine de romper.

Me giro y le saco la lengua. Es absurdo y completamente inmaduro, pero es la respuesta más auténtica que tengo ahora

mismo.

Me pongo a rebuscar las llaves en el bolso mientras las primeras gotas gruesas empiezan a caer, tímidas al principio, luego insistentes. La tejavana me protege de la lluvia, pero no de la frustración acumulada. Encuentro de todo menos las llaves, porque la vida hoy ha decidido que nada va a ser sencillo.

—Mitchell.

Lo oigo antes de verlo. Su voz se impone por encima del ruido creciente de la tormenta. Me giro despacio, ya sin mucha energía para pelear con nadie. Siento el rostro caliente, la respiración agitada y los ojos tensos, como si detrás de ellos hubiera un dique agrietándose.

Jon Alkiza está fuera del coche, completamente empapado. Sube los escalones hasta el portal casi sin detenerse, con el traje pegado al cuerpo y el pelo chorreando agua.

—No hace falta que el lunes vengas a las cinco —dice, respirando un poco más rápido de lo normal—. Ni siquiera tienes que venir. Quédate con tu hermana.

Lo dice alto para pelear con la lluvia, pero el tono es íntimo, casi suave. No hay autoridad ahí, ni paternalismo, ni condescendencia. Es solo… humano.

Y esa humanidad es lo que me remata. Ya no puedo contener nada. Las lágrimas se me escapan sin pedir permiso, deslizándose rápido, mezclándose con la lluvia, con el maquillaje del día, con la tormenta que ya llevaba horas dentro de mí.

Él no dice nada más. Simplemente acorta la distancia, sube los últimos escalones y me abraza. Lo hace con firmeza, pero sin invadirme. Es un tipo de abrazo que no recordaba haber recibido en mucho tiempo: el que sostiene sin preguntar, el que acoge sin exigir explicación.

Me quedo ahí un rato que no sé medir. Podrían ser treinta segundos, cinco minutos o toda la tormenta entera. No tengo registro. Solo sé que siento el olor de su piel, el tejido empapado del

traje pegándose al vestido de fiesta y la extraña calma que da llorar cuando ya no te quedan fuerzas para hacer otra cosa.

Cuando al fin recupero algo de control, me separo despacio. Él me mira un instante, solo para constatar que puede soltarme sin que me derrumbe otra vez. Después asiente, serio y en silencio, como si no hiciera falta nada más.

Se gira y baja los escalones. La lluvia se lo traga como si la noche lo reclamara.

Yo me quedo bajo la tejavana, con las llaves por fin en la mano, el corazón acelerado y la sensación de que debería llevar la cuenta de los favores, porque en silencio acabo de sumar dos más.

Y no tengo ni idea de cómo ni cuándo voy a devolverlos.

CAPÍTULO 6
LAUREN

Cuando éramos pequeños vivíamos en el norte, en Durham, donde nuestro padre trabajaba en la mina Bradley, la última mina de carbón que quedaba abierta en el Reino Unido.

No pasaba mucho tiempo en casa. Entre el turno en las entrañas de la tierra y las ganas de apurar la vida fuera del túnel por si acaso un día no regresaba, no fue el padre que tres críos pequeños hubiéramos necesitado.

Había muchos como él alrededor. Mineros cansados, silenciosos, ásperos.

Pero ninguno tenía en casa una mujer enferma a la que ignoraban en favor del whisky de una taberna y un puñado de compañeros con los que no compartía nada más que la bajada al pozo cada madrugada.

No éramos pobres, pero tampoco sobraba el dinero. Y menos en aquellos años en los que las huelgas eran frecuentes y muchos cobros llegaban recortados casi a la mitad. No eran los ochenta, pero sí la etapa en la que el carbón del este de Europa era más barato de extraer y las minas británicas iban cayendo una a una, dejando a miles sin trabajo y a familias enteras al borde de la precariedad.

Alana, que era la mayor, se hizo cargo de casi todo en cuanto tuvo edad para hacerlo.
Nuestra madre entraba y salía del hospital, Terry era un niño difícil y yo… yo era la que no daba ruido. La que no pedía nada. Quiero pensar que eso se lo ponía un poco más fácil a Alana, una preocupación menos en una lista demasiado larga para una niña de once años.

Eso nos unió. A nosotras dos, al menos.

Terry siempre fue otra historia; siempre a contracorriente, siempre cabreado con el mundo. Quizá demasiado tocado por crecer en una familia que nunca supo ser familia del todo.

Alana fue madre por obligación antes de cumplir doce. Ahora que quiere serlo de verdad, la naturaleza se empeña en decirle que no puede.

He pasado a su lado todo el domingo y también hoy lunes: primero en el hospital, después del legrado, y ahora en casa, con el alta recién firmada y las ganas hechas migas.

Hemos llorado, hemos reído —como hacen las hermanas cuando el mundo se desploma pero hay que seguir— y hemos comido tanto helado que lo de mi estómago va a ser problema del nutricionista del club el resto de la semana.

Le agradezco enormemente al entrenador haberme dado el día libre. Alana lo necesitaba, pero yo también. Mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir antes de que empezara toda esta locura.

Menuda semana, la virgen.

La doctora Noor, la terapeuta del club, me lo ha confirmado esta mañana: había que parar. Llorar. Vaciar.

Recargar.

No puedes empezar una temporada con la sensación permanente de que el suelo bajo tus pies se está hundiendo. Y sobrevivir a esta temporada va a requerir cabeza, piernas y corazón. Todo a la vez.

—Dillon me contó que Alkiza te acompañó al hospital el sábado —dice Alana, deteniendo el episodio de *Los Bridgerton* mientras seguimos dándole al helado de chocolate con nueces de macadamia —. ¿Está tan cañón como parece en la tele?

La belleza innegable del entrenador no es mi tema favorito, pero me gusta verla hablar de algo tonto. Algo ligero. Algo que no sea pérdida ni culpa ni úteros traicioneros. Me sabe a victoria pequeña, pero de las buenas.

Sonrío y me meto una cucharada enorme en la boca. El chocolate me invade el paladar y por un momento el universo entero es más

fácil.

Mañana volveré a la dieta estricta y a los gramos de proteína exactos y al puto kale. Hoy esto me mantiene en pie.

—No te hagas la sorda, pajarito —interviene Dillon, entrando con la cesta de la colada camino de la terraza—. Dile que está bueno de cojones. Le va a dar rabia habérselo perdido.

—¡Tenía que estar dormida! —protesto—. Estaba descansando, genio.

—No te desvíes y contesta —apremia Alana, con esa sonrisilla suya tan cabrona—. ¿Está bueno de cojones?

—Está muy bueno —cedo al fin—. Pero es gilipollas.

Alana me mira como si me hubiera brotado una segunda cabeza.

—¿Qué? —me defiendo.

—Te has puesto roja.

—¿Qué? ¡No!

—Pajarito, eso significa algo.

—No significa nada. Apenas conozco a ese tío. Solo sé que es un arrogante y un engreído. Que me hace levantarme a las cuatro de la mañana para entrenar. Y que cuando estaba en el City ni siquiera sabía que las mujeres jugábamos al fútbol hasta que decidió darse la extravagancia de su vida y ponerse a entrenar a un equipo femenino desahuciado.

—Tiene un hoyuelo muy mono —sentencia Alana, con la tranquilidad del que suelta un misil estratégico y se queda tan pancha.

Le lanzo la tapa del helado. La esquiva entre carcajadas.

El sonido de su risa me golpea el pecho.

Qué tontería. Qué cosa tan simple. Y qué falta nos hacía.

Me quedo mirándola con esa sensación idiota de que si pestañeo, me la quitan. Ella me frunce el ceño.

—No me mires como si fueras mi madre y te doliera lo que ves —me gruñe, más sensible ahora—. No me cortes el rollo. No me hagas acordarme de que mi vida es una mierda.

Quiero abrazarla.

Lo he hecho casi dos días seguidos, pero sé reconocer a la Alana chunga. Y la Alana chunga no permite contacto. La Alana chunga es una fiera acorralada.

—Tu vida no es una mierda —digo, sabiendo que la frase puede rebotar antes de llegarle.

—Mi vida es un poco más mierda con cada bebé que pierdo —responde, bajito pero afilado—. No me digas cómo es mi vida, porque tú no sabes lo que siento.

El silencio que sigue está a punto de echarse a llorar con nosotras.

Me enderezo, respiro y fuerzo a mis lágrimas a quedarse donde están. No he venido a dejarla caer, he venido a sostenerla.

—Alkiza es el típico narcisista sin filtro que cree que el universo le pertenece —retomo por fin, dándole el gusto de volver al territorio ligero—. Pero si tanto te interesa, lo invito a cenar para que lo conozcas. Eso sí, en cuanto aparezca yo me largo.

La tapa del helado cruza de vuelta por el aire y la esquivo por pura dignidad atlética.

Alana sonríe. Yo respiro.

Me lo agradece así: riéndose de mí y de un entrenador gilipollas con hoyuelo. Y por unos minutos vive en un mundo donde las cosas no se rompen.

Y donde, sobre todo, no se rompen dentro de ella.

JON

El lunes ha sido productivo, aunque con una carencia absurda y difícil de admitir: me ha faltado alguien a quien desafiar.

Me había acostumbrado a empezar el día metiendo en cintura a Lauren Mitchell. Su ausencia ha dejado un hueco extraño en mi estómago, como si la rutina hubiera perdido sentido sin esa pequeña guerra matinal. Supongo que cuando nadie te muerde de vuelta, el trabajo se vuelve más monótono.

Y eso que hoy hemos empezado el entrenamiento en serio, con toda la plantilla al completo.

Arthur me ha pasado media biblioteca en informes: jugadoras que ya estaban, jugadoras recién llegadas, rendimiento físico, análisis tácticos, estadísticas y hasta notas de comportamiento. Trabaja como si estuviera intentando salvar una civilización perdida.

Las dos incorporaciones nuevas pintan muy bien: Karen Fleishmann, una media punta estadounidense rapidísima —cerebro ofensivo y último pase— y Enara Etxezarreta, central vasca, seria, contundente y con un entendimiento del juego posicional bastante poco común en esta liga.

Con lo visto estos días, y con Arthur dándome contexto del año anterior, el diagnóstico es demasiado claro para ser delicado: equipo fragmentado, ataque desconectado del medio, defensa desequilibrada. Mucho talento individual, muy poco tejido colectivo.

Traducido a lenguaje llano: cada una tira en una dirección. Y un equipo que tira en direcciones opuestas solo puede ir hacia abajo.

Y aquí viene la parte incómoda: la pieza que debía unirlas tampoco funciona. No por falta de capacidad —esa mujer tiene talento para dirigir la puta Orquesta Sinfónica de Londres— sino porque nadie ha trabajado lo necesario para que la capitana pudiera ejercer de capitana.

Sí, hablo de Lauren Mitchell.

La misma que ahora no está entrenando porque su hermana necesita a alguien que le sostenga el mundo.

La misma que, hace unos años, era la mejor futbolista inglesa de su generación.

Para ganarle a Sam tendría que quedarme quieto. Dejar que el caos siga su curso y que Mitchell siga sin encontrar el punto de fuga. Eso me daría la victoria en bandeja. Pero no funciona así conmigo.

Donde hay una pieza desajustada me entra la manía de arreglarla. Y ella no es una pieza cualquiera. Es todo el mecanismo. Y arreglar eso… sí, probablemente me meta en líos a mí mismo, pero es demasiado tentador.

—Arthur —lo llamo cuando pasa por mi oficina para despedirse. Lleva la bandolera cruzada, uniforme de profesor universitario despistado y cara de querer llegar a casa a tiempo para cenar algo decente—. Según tú, ¿qué diferencia hay entre la Mitchell del City y la que llegó aquí el año pasado?

Se queda quieto, luego se descuelga la bandolera y toma asiento sin que yo se lo pida. Lo hace para pensar mejor. O para hablar mejor. Con Arthur nunca se sabe.

Tiene esa mirada de quien está calibrando cuántas capas de verdad puede ofrecer en una sola respuesta.

—Lauren era explosiva, inteligente y, sobre todo, muy valiente —arranca finalmente.

—La jugadora perfecta —comento, casi sin ironía.

—Lo era —admite—. Antes de la triada.

La palabra me cae pesada en el estómago. La triada.

La maldición de los deportistas: ligamento cruzado anterior, ligamento lateral interno y menisco interno. Todo roto. Todo a la vez. No hay metáfora mejor que esa para describir a alguien cuyo futuro se quebró en un segundo.

—Menuda putada —murmuro—. Y era joven.

—Veinticinco años. En el cénit. Capitana en el Manchester City, líder de la selección inglesa. Un referente para las niñas. Una visionaria dentro del campo. Tenía una cualidad que no se entrena: veía antes. Antes que el resto, antes de la jugada, antes que la defensa.

Lo sé. Llevo días viendo partidos suyos del City. Me he quedado hasta las tantas analizando transiciones, giros de cadera, pases entre líneas. Tenía algo que se ve en pocos profesionales: carácter táctico.

El tipo de futbolista que no solo juega, sino que dirige el destino del partido.

—¿No estaba lista para volver después de la lesión? —pregunto, sorprendido de escucharme formular algo tan cruel.

—En lo físico, apta. En lo emocional… —Arthur se ajusta las gafas —, Lauren Mitchell, la futbolista legendaria que iba a ser, murió el día que se rompió la rodilla en Liverpool.

La frase me perfora.

No sé si por el peso del diagnóstico o por entender de golpe que lo que necesita este equipo ahora es justo aquello que ella ya no cree tener.

—Si me permites añadir algo más —continúa Arthur—, Mitchell necesita volver a creerse. Mirarse sin temor a su propia sombra. Y aceptar que, aunque esto no es el puto Manchester City, hay dignidad en levantar un equipo que todos daban por hundido.

Asiento despacio. Me irrita lo acertado que está.

Falta de confianza.

Miedo a fallar.

Comparación constante con su yo del pasado.

El peor rival de un deportista nunca es otro deportista. Siempre es la memoria de quien fue.

—Entonces habrá que traerla de vuelta —declaro finalmente, poniéndome de pie y tendiéndole la mano a Arthur en un gesto que resume tanto agradecimiento como el inicio informal de un plan de ataque.

—Empieza por conseguir que deje de hiperventilar cada vez que cree que su rodilla va a traicionarla —dice él colocándose la bandolera y sonriendo con la calma británica más pasivo-agresiva que he visto jamás.

Asiento, y esta vez sí sonrío de verdad.

Lo que antes parecía un rompecabezas empieza a parecer un mapa.

Y aunque no puedo evitar pensar en ella —en la mujer que lloraba bajo la tormenta sin dejar de hacerse la fuerte—, permito que la idea me cale despacio:

Hay que reconstruir algo.

O a alguien.

Y quizá eso le dé sentido a la maldita sensación de que estoy comprometiendo mi libertad futura por un club y una jugadora que hasta hace tres meses no sabían ni que existían.

CAPÍTULO 7
LAUREN

El martes aparco en mi sitio habitual a las cinco menos diez de la mañana. Es de noche, por supuesto, y el sueño todavía me pesa, aunque no tanto como la idea de retomar la semana con un día de retraso y volver al calvario de los entrenamientos adicionales con mi verdugo particular.

Veo su coche unas plazas más allá del mío y me sorprende comprobar que sigue siendo incapaz de quedarse dormido o permitirse un día más humano. No es el Aston Martin obsceno del sábado, sino un Nissan Micra rojo, viejo y con la pintura levantada, que parece haber sobrevivido a más temporales que el propio Leyton Park. Resulta extraño ver a Jon Alkiza moverse en un coche que no grita privilegio por los cuatro costados y no puedo evitar preguntarme qué historia habrá detrás de esa reliquia.

Dejo atrás el aparcamiento, lleno los pulmones del aire limpio que ha dejado la tormenta de dos días atrás y entro en las instalaciones del club. A estas horas todo está en penumbra, salvo una franja de luz al fondo del pasillo, en el despacho del ogro. No necesitaba ver el Nissan para deducir que está allí.

Voy directa al vestuario para dejar mis cosas y quitarme la sudadera. Si las dejo en el campo, como el martes pasado, tendré que volver después y no pienso regalarle más excusas para castigarme. Llevo apenas medio minuto dentro cuando alguien golpea la puerta con los nudillos: tres golpes secos que no necesitan presentación.

—¿Qué coño haces aquí?

Su voz arrastra el tono pétreo de quien toma a demasiada gente por estúpida. Si no conociera ya su repertorio intimidatorio, igual me

habría encogido, pero esto ya es territorio familiar. Le señalo el reloj con el dedo.

—Son casi las cinco. ¿Qué crees que hago aquí?

Me mira como si mi respuesta fuera una ofensa a la lógica elemental.

—¿Ha habido algún cambio en el calendario del que no me haya enterado? —añado, dejándome arrastrar por la chulería.

No contesta. Se da media vuelta y sale del vestuario con un paso que podría usarse para aplanar el campo.

—A mi despacho, Mitchell. Ahora.

Menos mal que estoy sola, porque la cara de pasmada que se me queda es para enmarcarla. Mientras me recoloco la sudadera pienso que si él va a tocarme las narices antes del amanecer, yo al menos voy a tomarme mi tiempo. No voy a desafiarlo de forma suicida, pero tampoco voy a salir corriendo ante un *ahora* pronunciado como decreto real.

—¡Mitchell! ¿Estás sorda o qué?

Esta vez sí me sobresalta. Dejo de apretar la coleta y voy hacia su despacho antes de que me dé por recordar que soy tozuda. Y que esto es su terreno, por más que me duela aceptarlo.

Está apoyado en la mesa, brazos cruzados, mandíbula firme.

—Siéntate —dice, con el tono un poco más bajo que antes.

Me siento sin plegarme. Respeto sí, genuflexión no.

—¿Qué tal está tu hermana?

La pregunta no me sorprende tanto como debería. Lo que me sorprende es que no me sorprenda.

—En lo físico, mejor. Ha descansado. En lo emocional le queda camino. Pero al menos ya está en casa.

Me guardo la parte en la que Alana y Dillon discutían si él era más guapo en persona que en la tele y si el hoyuelo de la mejilla era real o producto de la iluminación.

Él asiente.

—¿Por qué has venido?

—Trabajo aquí —respondo, abriendo las manos.

—Me refiero a por qué has venido a esta hora.

Me lo quedo mirando sin dar crédito.

—Porque el lunes me dijiste que me quedara con mi hermana, así que me quedé. Y el martes a las cinco es mi hora de reincorporarme. Fue bastante literal la instrucción.

Él cierra los ojos un instante, como si estuviera intentando no golpearse la frente con la propia mesa.

—Mierda. Lo siento, Mitchell. El sábado fue… raro.

—Raro sirve —concedo.

—Creí que había sido claro. Los entrenamientos a esta hora quedan suspendidos. Al menos hasta que vuelvas a merecértelos.

Levanta un dedo como quien firma una prórroga de guerra.

—Y según tu temperamento, no descarto que pase pronto.

Me quedo mirándolo.

Ha hecho una broma. Una jodida broma. Y antes de las seis de la mañana. El mundo está cambiando y yo sin enterarme.

—Entonces, si no esperabas que viniera —digo—, ¿qué haces tú aquí?

Por un momento creo que no va a contestarme, pero se acomoda en la silla con una naturalidad casi doméstica.

—Yo siempre estoy aquí a esta hora. Es cuando empieza mi jornada.

—Esto no es empezar temprano. Esto es masoquismo —comento.

Él se encoge de hombros y hace un gesto hacia el despacho.

—Es la mejor hora para pensar. Para analizar. Sin ruido, sin interrupciones, sin distracciones. Las conclusiones salen más limpias cuando nadie respira alrededor.

No puedo evitar asentir internamente. Correr sola por el campo al amanecer tiene ese mismo efecto. Las cosas se recolocan, aunque duelan.

Y entonces se me ocurre una locura.

—Ya que estoy aquí y volver a la cama no es una opción porque vivo lejos… ¿qué tal si me metes una sesión en el campo?

Levanta una ceja. La ceja más interrogativa del continente europeo.

—¿Voluntario?

—Voluntario. Pero sin humillar, ¿vale? Que tampoco es plan de empezar la semana llorando en el césped.

Él enarca ambas cejas esta vez.

—No hago descuentos, Mitchell.

—Y yo tampoco pido caramelos. Solo entrenamiento.

Algo en su expresión cambia. No es sonrisa. No es burla. Es… interés profesional, supongo.
O interés a secas, pero eso no lo voy a pensar ahora.

—Deja que planifique un par de cosas y te veo en diez minutos en el campo.

Salgo de su despacho y enfilo el pasillo, donde el aire frío se mete por las mangas de la sudadera. Me digo mentalmente que soy idiota, que podría haber vuelto a casa, que podría estar durmiendo, que podría estar desayunando con mi hermana.

Pero mientras cruzo el umbral hacia el vestuario, también sé otra cosa:

Yo sola me lo he buscado.

JON

El despacho está en silencio, salvo por el tic-tac de un reloj que no sé quién decidió colgar ahí. Arthur dice que lo puso Joanne porque da *sensación británica de respeto por el tiempo*. Para mí solo es una forma elegante de recordarme que llevo despierto desde las cuatro.

La pantalla del portátil ilumina la mesa. Tengo abiertas tres pestañas: el mapa táctico del Leyton, el calendario de pretemporada y un archivo que lleva tres días observándome desde su icono sin que yo me decida a abrirlo: Plantilla 2024/25 — Objetivos.

Demasiado pronto para escribir objetivos, para decidir sin son salvar al equipo o dejarlo caer. Demasiado pronto para prometer nada.

El móvil vibra una vez.

Son las 05:02. A esta hora solo escriben los insomnes, los enfermos… o Sam Charlton.

Mensaje:

No me digas que ya estás en el club.

Respondo sin levantar la vista del portátil:

No me digas que tú ya estás despierto.

La respuesta llega en menos de diez segundos. Nunca entenderé su metabolismo.

Yo no duermo desde que ficharon al chaval de Sao Paulo.

Si resulta ser un fraude me hago sacerdote.

No te veo con sotana.

Yo tampoco, pero si este tipo no sabe dar un pase en corto es el camino más rápido hacia la fe.

Sonrío pese a mí mismo. Sam podría estar incendiando ciudades y seguiría encontrando la forma de que sonara divertido.

¿Qué haces escribiéndome antes del amanecer?

¿Y tú?

Trabajo.

Yo también. Los delanteros fingimos que vemos vídeos.

Los entrenadores fingen que se lo creen.

Eres un genio, Charlton.

La genialidad es solo irresponsabilidad bien ejecutada.

Vuelve a quedarse quieto el chat. Creo que ya ha soltado su dosis diaria de estupidez motivacional. Guarda lo mejor para los periodistas deportivos.

Otro mensaje:

Por cierto, ¿cómo van las monjitas del Leyton?

Ahí está. La curiosidad.

No son monjitas, son futbolistas profesionales.

No me jodas. ¿Profesionales a las cinco de la mañana?

Yo estoy aquí a las cinco de la mañana, no ellas.

Tarda unos segundos en responder.

¿Y quién te mandó a ti enamorarte del trabajo?

¿Quién te mandó a ti escribirme a las cinco?

No te quejes. Cuando sea yo el que llegue a entrenador,

tú podrás llamarme a cualquier hora para joderme la existencia.

Ojalá no viva para verlo.

Viejo cascarrabias.

Cierro el chat. No es que haya acabado la conversación, pero si no lo hago seguirá escribiendo hasta que amanezca. Charlton nunca ha aprendido el concepto *final de mensaje*.

Guardo el móvil boca abajo, por si decide retomar el monólogo, y vuelvo a la pantalla.

Me masajeo el puente de la nariz, abro la pestaña táctica y amplío la posición de Lauren Mitchell en el campo: mediocentro ofensiva, con tendencia a ocupar zonas muertas entre líneas, justo donde más daño se hacía en el City.

El problema es que aquí no hay quien la acompañe.

Si ella no lidera, esto no funciona.

Cuando acepté esto —si es que aceptarlo fue voluntario— sabía que habría obstáculos tácticos, físicos y de confianza. Lo que no esperaba es que el obstáculo principal llevara coleta alta, una lengua afilada y un historial médico que da miedo leer de seguido.

La puerta del despacho está entornada. Desde aquí se ve parte del pasillo. Ni un alma. Normal: las jugadoras empiezan a llegar a las siete cuando hay sesión matinal. Las cinco de la mañana están reservadas para otra gente. La mayoría corredores *amateurs* que se creen místicos. O gente que no quiere pensar demasiado. Yo estoy en el segundo grupo.

Bebo un sorbo de café frío, abro la pestaña del calendario y dejo que la vista se pose en la fecha más temida: 24 de septiembre — Inicio WSL[1]

Quedan tres semanas.

Tres putas semanas para demostrar que soy capaz de dejarlas caer o de montar un sistema que no han tenido en tres años.

Me levanto de la silla. Me cruje la espalda, señal de que estoy oficialmente viejo para según qué heroicidades. Camino hasta la pizarra y escribo una frase que llevo días rumiando:

IDENTIDAD + RITMO + CORAJE

Se ve pretencioso. Pero también es verdad.

La parte del *coraje* no se compra en ningún sitio. Se entrena. Se exige. Se rompe y se recompone. A veces se contagia. Y a veces viene encapsulado en una sola jugadora y el resto del equipo vive de las migas.

Mitchell era eso.

Antes.

Escucho pasos en el pasillo. Rápidos. Firmes. Reconocibles. El tipo de pisada de quien está acostumbrada a correr antes de pensar.

Son las cinco y siete minutos.

Me asomo sin abrir del todo la puerta. La veo pasar con sudadera, rostro dispuesto y coleta recién ajustada. Va directa al campo.

Cierro la puerta y dejo escapar un suspiro que no sé muy bien qué intenta evacuar.

No sé qué narices hago pensando en estas cosas. No he venido a Londres a descifrar a una futbolista, mucho menos a una mujer. Había venido a consolidar un pensamiento de mierda sobre mí mismo, no a ganar, a reconstruir, a resurgir si me pongo dramático.

Pero hay una frase que se ha instalado en mi cabeza desde que Arthur me dijo lo que me dijo sobre ella:

Mitchell tiene que volver a creer.

Y si le quitas lo futbolístico, lo táctico y lo clínico… eso es un verbo peligrosamente íntimo.

Corro la cortina del despacho para ver la pista exterior. Todavía sin focos. Todavía vacía. Todavía mía.

Me pongo la chaqueta, cojo el bloc y el cronómetro, y salgo.

En dos minutos, estaremos ahí.

Y por primera vez en mucho tiempo, tengo la sensación absurda de que algo empieza.

LAUREN

El campo aún está oscuro cuando encendemos los focos laterales. El aire está frío. Y por primera vez desde que empezó este desastre, tengo ganas de correr.

—Calienta —ordena Alkiza.

Me echo a trotar. No más de cien metros y ya siento cómo el cuerpo despierta. Él me observa desde la línea de banda, manos en los bolsillos, postura relajada pero atento.

—Más alto el pie —dice—. No eres un caballo, Mitchell. Relaja la cadera o te va a doler todo el cuadro inferior en veinte minutos.

—Vaya combinación, ogro y fisio —respondo.

—Tengo títulos de sobra para firmarte el certificado de defunción deportiva si sigues corriendo así.

—Pues qué animado.

Continuamos así. Yo corro. Él corrige.

Y aunque me deba fastidiar, tiene razón en casi todo.

—¿Cuánto hace que no entrenas sola al amanecer por voluntad propia? —pregunta cuando paso frente a él.

—Desde antes de la triada.

Se detiene en seco. Yo también, porque el cuerpo me lo pide. Él no se acerca, pero baja la voz.

—Pues bienvenida de vuelta.

No sé por qué esa frase me golpea tan fuerte.

Reanudamos. Cinco rondas más y me siento viva. Sudor en la espalda, respiración más alta, músculos calientes.

Paro un segundo para atarme el cordón que se me ha suelto y entonces escucho:

—Respiras mejor cuando no estás cabreada.

—¿Y tú cómo sabes cómo respiro cabreada?

—Te entreno desde hace una semana. Créeme, ya tengo catálogo.

Me incorporo y él da un paso hacia mí. No demasiado. Lo justo para que note el calor de su cuerpo en el aire frío.

—A ver la rodilla —dice.

—No tiene nada.

—No te he preguntado eso. He dicho que me la enseñes.

Resoplo, pero me levanto el pantalón hasta la mitad del muslo. Él se agacha con gesto profesional, sin prisas, como quien lleva media vida palpando articulaciones y buscando microlesiones con la mirada.

Sus dedos presionan suave el lateral interno, luego el borde del menisco, después rota la tibia unos grados. Todo correcto. Todo técnico. Todo normal. Muy deportivo.

Pero mi piel no opina lo mismo.

Allí donde roza, los nervios despiertan como si hubiera cambiado de herramienta, como si el fisioterapeuta hubiese cedido terreno al hombre. Es un tacto cálido, firme, seguro. No sé si me sorprende más lo poco que tiembla mi rodilla o lo mucho que tiembla el resto de mí.

—¿Duele? —pregunta sin levantar la vista.

—No —contesto demasiado rápido—. Solo está frío.

—Normal —dice él, deslizando el pulgar por la inserción del vasto interno—, aún no has entrado del todo en calor.

Alza la vista justo cuando yo estoy conteniendo la respiración. Durante un segundo le veo el gesto concentrado, la ceja arqueada, la boca en una línea seria. Y entonces ocurre: una frase empieza a formarse en su cabeza. Le veo atrapado en ella antes de soltarla.

—Y a ti te cuesta más calentarte que al resto.

Levanto la ceja.

—¿Perdón?

Él parpadea una vez. Dos.

Luego entiende lo que acaba de soltar.

—Calentar muscular y metabólicamente. Joder, Mitchell, no pongas esa cara.

—No estoy poniendo ninguna cara.

—Estás poniendo todas las caras.

—Solo he dicho *perdón*.

—Y yo he dicho calentamiento. No lo sexualices.

—¿Sexualizar? ¿Yo? —me río—. Si alguien ha dicho que me cuesta más calentarme no he sido yo.

Él se pasa la mano por la cara con un suspiro que casi parece una plegaria.

—No voy a discutir esto a las cinco de la mañana.

—Menos mal. Porque te estaba dando una paliza dialéctica.

—Corre, Mitchell.

Y corro.

Y es idiota decirlo, pero por primera vez desde hace mucho, sonrío mientras lo hago.

JON

Lauren no se va al vestuario cuando terminamos. Se deja caer sobre el césped todavía húmedo, bebe del bidón y apoya la espalda en las manos con las piernas estiradas. Respira como si acabara de volver de algún sitio lejos. No del campo, sino de ella misma.

Yo recojo conos, bandas y balones en silencio, pero no estoy solo. Sé que está ahí sin necesidad de mirarla: su presencia ocupa el aire, no lo llena… lo define. Y resulta curioso que no me moleste. Hay silencios que son un alivio, casi un lujo.

La sesión ha sido extrañamente buena. Y no porque hayamos trabajado más, sino porque, por primera vez desde que pisé este club, no había castigo, ni desafío, ni orgullo escocido entre nosotros. Era voluntario. Eso cambia la física de cualquier cosa.

Cuando guardo el último balón en el carrito, me acerco a ella. Está todavía intentando controlar la respiración. El sudor le cae por la sien, la coleta alta deshecha y la camiseta pegada a la piel.

Musculatura marcada, pero sin tensión defensiva. Es un cuadro deportivo perfecto.

Y también es, joder, información útil.

—Hemos terminado por hoy —anuncio antes de que pueda levantarse para intentar demostrar nada más—. Media hora antes de que llegue el resto del equipo.

Ella asiente, se incorpora, bebe otro trago, se limpia la boca con el dorso del antebrazo. No dice nada y yo tampoco. El silencio en medio de un campo puede ser tantas cosas… hoy es respeto. Y también curiosidad.

Mientras nos quedamos ahí, pienso en lo que dijo Arthur ayer y en lo que he visto hoy: explosividad, lectura de juego, respiración que mejora cuando no está enfadada, miedo residual en la rodilla, tolerancia al dolor altísima, cerebro táctico en pausa. No es el cuerpo el que no está, es la cabeza.

En momentos como este, me gustaría jugar a ganar. Y para ganar necesito que vuelva ella.

—Mitchell —rompo el silencio—. Quiero hacerte una pregunta.

Ella me mira sin moverse, con los codos apoyados en las rodillas.

—Dispara.

—¿Qué crees que le falta al equipo?

Frunce el ceño. Baja un segundo la vista hacia las botas, como si las agujetas tuvieran la respuesta. Luego bufido corto.

—El entrenador eres tú. El que cree que somos un puto desastre eres tú. Me parece que te toca a ti el diagnóstico.

La salida por la tangente me provoca una sonrisa que no esperaba.

—Eres la capitana. Quiero tu opinión. La mía ya la tengo.

Eso la deja sin escapatoria fácil. Suspira, se pasa la mano por el muslo y deja el bidón a un lado. Cuando habla, lo hace sin la coraza de siempre.

—Quedan tres semanas para el comienzo de la liga y… lo que le falta al equipo es… bueno, que ha pasado por mucho. En el último año todo ha sido cuesta arriba. Y tal vez… —traga saliva, gesto

pequeño pero lleno de significado— tal vez otro de los problemas sea yo. Mi falta de liderazgo. Me lo dieron porque lo traía de serie. Porque lo llevaba en el City. Y lo acepté sin protestar, sin plantearme si podía seguir siendo la líder de verdad. Nadie calibró que yo ya no valía lo que valía antes.

Se calla. Y ese silencio es más grande que los anteriores.

El sol empieza a levantar una línea fina detrás de las gradas. El césped huele a tierra abierta. El aire es frío, pero no tanto como para explicar lo que acabo de sentir en el estómago al escucharla decir eso.

No me sorprende que lo piense. Lo que me sorprende es que lo admita delante de alguien que no le cae bien.

—Quedan tres semanas para que comience la liga, sí —digo por fin—. Habrá que ponerse a trabajar entonces.

Ella me mira, esperando que me ría, o que la contradiga, o que la humille como suele imaginar que voy a hacer. Pero no estoy en esa partida.

—Estoy convencido de que el desastre que somos ahora puede acabar convirtiéndose en la sensación de la WSL esta temporada.

Ella esboza la sombra de una sonrisa irónica.

—Optimista.

—Técnico —corrijo—. Y, para tu desgracia, cabezón.

Se levanta, recoge su bidón, estira un momento la espalda. Me da la impresión de que quiere decir algo más, pero luego decide callárselo.

Y ahí, cuando deja de estar a tres metros de mí y se vuelve intangible, es cuando el cerebro decide venir con retraso a procesar lo ocurrido hace apenas unos minutos en la línea de banda. El tacto de su piel fría bajo mis dedos, la tensión residual en el vasto interno, la respiración que se le elevó dos niveles cuando apoyé la mano en la cara lateral de la rodilla. La forma en que no apartó la pierna ni hizo un chiste para romper el momento. La forma en que me miró… no desafiando, sino midiendo.

Eso es lo que más me jode y más me fascina: que lo procesó. Que no fue indiferente. Que en ese microsegundo entendió algo de mí y no me lo dijo. Y que yo entendí algo de ella y tampoco lo dije.

No hay espalda, ni muslo, ni cintura que se haya convertido en el punto de contacto *íntimo* entre nosotros. Ha sido la rodilla. La maldita rodilla. La misma que casi le roba la carrera. La misma que yo necesito que me dé una temporada decente. La misma que, por algún motivo, al tocarla me produjo un impulso que no tengo derecho a tener.

Y no sé si el impulso fue proteger, corregir o desmontar la coraza. Tal vez las tres.

Y entonces empiezo a entenderlo.

Si recupero a Mitchell, recupero al Leyton.

Si recupero al Leyton, recupero algo de mí.

Y no sé cuál de las dos opciones me asusta más.

CAPÍTULO 8
JON

Hemos empezado la liga con altibajos y la prensa está encima de nosotros.

En realidad, están encima de mí, como buitres con hambre y ganas de sacarme las entrañas en directo. Debería estar acostumbrado, lo sé. Los años en el City me curtieron para este tipo de espectáculo mediático. Pero una cosa es que te quieran destripar por perder contra el Liverpool en semifinales de Champions, y otra que te quieran destripar por tres jornadas infames en una liga donde nadie esperaba ni siquiera que yo pusiera un pie.

Es humillante, incluso para mí.

Jornada 1: empate contra el Everton, allí en Liverpool. Cero a cero. Partido sin alma, sin ritmo, sin ideas. Las chicas entraron al campo con la misma energía que tendría un rebaño de ovejas recién anestesiadas. El Everton al menos corrió, metió pierna y se molestó en intentar ganar. Nosotros ni eso. El único nombre que destacar fue Nara Morgan, nuestra segunda portera. La ascensión acelerada por la lesión de Becky Smith le venía grande en teoría, pero fue la única en el campo que recordó que esto era fútbol y no una caminata turística por Walton Hall Park[2].

Jornada 2: empate otra vez. Uno a uno contra el West Ham. Partido bronco, feo de ver, agresivo sin gracia. Nuestro medio campo se deshizo como pan en un charco, y la defensa no apoyó a Nara ni una sola vez en noventa minutos. Por suerte, Nadia Lindberg decidió hacer un eslalon improvisado, se llevó a tres rivales y la clavó por la escuadra desde fuera del área. Golazo para enmarcar. Sin eso, estaríamos hablando de un puntos en dos jornadas. Otra vez, Nara evitó el desastre absoluto.

Jornada 3, hoy: derrota contra el Chelsea. Tres a cero. Y lo peor no fue el resultado. Fue que jamás estuvimos en el partido.

—Al menos, gracias a tu fracaso se hablará de fútbol femenino en los telediarios de esta noche —apunta Arthur mientras dejamos el campo entre los gritos de celebración de Kingsmeadow[3]—. Puede que hasta en los de mañana. Igual compensa.

Le lanza humor al cadáver. Es su don. En lugar de suavizar, deja más desnuda la herida… y aun así lo agradezco. Me quedo con esa frase como la mínima concesión al orgullo.

De camino al túnel, Arthur sigue:

—No te fustigues, jefe. Son las líderes. Era difícil ganarles en su casa.

El Chelsea es un bloque. Fútbol limpio, orden, velocidad, personalidad en ataque, cabeza en defensa. Hacen lo que deberían estar haciendo todos los equipos grandes en esta liga: tomársela en serio. Y nos han pasado por encima sin dudar. Sangre fría, cero sentimentalismo. La puta perfección táctica.

Y nosotras incapaces de tirar entre los tres palos. Ni siquiera molestamos a Layla Field. Y no porque ella sea la mejor portera de la liga —que lo es— sino porque ni la obligamos a ensuciarse los guantes. Ni un disparo. Ni una internada. Nada.

Yo no estoy acostumbrado a perder. Mi vida entera como entrenador ha sido una sucesión de exigencias y resultados. No ganaba siempre, pero perder no era una realidad con la que conviviera más de un par de veces por temporada. Aquí… ya van tres jornadas de frustración y sabor metálico en la boca.

Pero lo peor no es perder. Lo peor es **v**er cómo lo hacemos.

El Leyton no tiene un problema táctico. Tiene un problema de alma.

—¿Te has fijado en cómo Mitchell dejaba pasar la pelota? —dice Arthur cuando estamos ya en el pasillo del túnel.

Claro que me fijé. Durante gran parte del partido, Mitchell jugó con miedo. No miedo al rival. Miedo a sí misma. A fallar. A que la rodilla diga basta. A no estar a la altura de su fantasma del pasado.

—Mucha carga emocional en esa pierna —confirmo—. Y la cabeza en otra parte.

—Hay mucho miedo en esas piernas, jefe —añade él—. Y creo que no estamos acertando en cómo abordarlo.

—¿Qué propones?

Ahí es donde me sorprende.

—Yo la sentaría en el banquillo.

Me detengo. Literalmente me planto en seco en medio del pasillo. Dos suplentes casi me arrollan porque no esperaban mi frenazo.

Arthur se gira, levanta las cejas como si eso fuera lo más normal del mundo.

—No está funcionando —dice sin adornos—. Ahora mismo, no está.

Nunca había pensado que Arthur diría algo así sobre Lauren Mitchell. Él ha sido su defensor más fiel desde antes de que yo llegara. Por eso me impacta más.

—¿Y qué hacemos cuando la saquemos? —pregunto—. ¿Esperar iluminación divina?

—Esperar menos miedo en el campo —contesta él—. Dale la responsabilidad a otra. Cambia la dinámica. A veces, cuando quitas la pieza que todos creen imprescindible, el resto se ve obligado a ocupar espacio.

El planteamiento es coherente. Cruel, pero coherente. Esta liga no espera a nadie.

Me pasa una idea veloz por la cabeza: ¿y si funciona?

Y después otra: ¿y si la destroza?

No respondo enseguida. Dejamos el túnel, entramos en la zona mixta y se abre el infierno mediático. Flashes. Micrófonos. Voces. Preguntas. Sesgos. Opiniones disfrazadas de análisis. Y una certeza:

Hoy soy el juguete nuevo del circo.

La jefa de prensa del club me intercepta antes de que pueda pasar de largo.

—Jon, cinco minutos con la BBC. Luego Sky. Luego BT Sport. Ya he vetado a dos tabloides, pero no sé cuánto podremos frenar.

Asiento, respiro, pongo mi cara de *nada me afecta* y cumplo.

Las preguntas son las esperadas: por qué he venido, por qué el Leyton no arranca, por qué no fichamos más, por qué Lauren Mitchell parece un espectro de su versión del City, si me arrepiento de haber dejado la élite, si esto es castigo, si es marketing, si es un plan secreto, si es un experimento social, si es decadencia.

Respondo sin perder el temple. Mentor zen. Voz serena. Argumentos justos. Nada de carnaza.

Cuando termino, Arthur me espera en la puerta que lleva al interior.

—¿Sabes qué van a decir mañana? —pregunta.

—¿Algo que me haga gracia?

—"Caída libre de Alkiza".

—Clásico. —Silbo sin ganas—. Podría ser peor. Podría ser: "Alkiza hunde al Leyton".

—Eso será la cuarta jornada si no ganamos.

Nos reímos. Mejor dicho: él se ríe. Yo saco una exhalación que parece risa para no parecer un psicópata.

En el vestuario, las chicas están hundidas. Casi nadie habla. La derrota es un idioma que aún no saben pronunciar sin vergüenza.

Y en medio de eso, Mitchell se sienta junto a su taquilla con la cabeza baja. No se quita las botas aún. Las mira como si fueran responsables directas del resultado.

Yo también la miro. No se da cuenta. Me alegro de que no se dé cuenta.

No la voy a sentar. No todavía. No así. Si el equipo se cae sin su capitana, lo que se hunde no será Mitchell: será el proyecto entero.

Pero Arthur tiene razón en una cosa: no podemos seguir igual.

Cuando todas se han ido, él vuelve a la carga:

—Pues eso, jefe. Si quitamos a Mitchell y mejoramos, estupendo. Si la quitamos y empeoramos, jodidos. Si la dejamos y seguimos igual, aún más jodidos.

—¿Conclusión profesional? —pregunto.

—Que estamos jodidos —sonríe—. Profesionalmente hablando.

Le doy una palmada en el hombro.

—Entonces habrá que buscar el camino donde más provecho saque el caos.

—Ese camino suele ser el más incómodo.

—La incomodidad es nuestra marca este año —respondo.

Cuando salgo del estadio, el teléfono vibra. Sam, breve como siempre:

"*Jornadas 1–3:*

· *No perder no es lo mismo que competir.*

· *Competir no es lo mismo que ganar.*

· *Cambia el orden"*

Cierro el móvil.

Si quiero cambiar el orden, necesito recuperar a Mitchell.

Si recupero a Mitchell, recupero al Leyton.

Y si recupero al Leyton…

Quizá recupere algo que creía haber dejado atrás.

LAUREN

—Lau… ¿estás bien?

La voz de Nadia resuena dentro del vestuario como si viniera desde muy lejos. Estoy acurrucada en la esquina de las duchas, sentada en el suelo frío, espalda contra la pared. El agua ya no corre. El vapor hace rato que se disipó. Quedamos solo ella y yo, en un espacio que hace media hora estaba lleno de voces, de risas incómodas, de frustración silenciosa, de botellas de plástico chocando contra baldosas y de olor a champú barato.

Ahora hay silencio. Casi lo agradezco.

Lo único que no agradezco es que Nadia siga aquí.

Me aprieto las manos contra las orejas, intentando bloquearlo todo. No he tenido fuerzas ni para quitarme la camiseta del partido. Está empapada, pegada a mi piel, hedionda a sudor y derrota. No quiero hablar. Ni pensar. Ni sentir.

—Lauren… —insiste ella cuando ve que no le contesto.

—Vete, Nadia —digo sin mirarla—. Necesito estar sola.

Ella me ignora, porque por supuesto que me ignora. Se sienta conmigo en el suelo húmedo como si esto fuera un picnic en primavera y no el escenario de mi descomposición personal.

—Y yo necesito estar acompañada —responde—. Así que una de las dos va a tener que aguantarse.

Me dan ganas de tirarle una zapatilla. O llorar. O ambas cosas. Pero la verdad es que la adoro, incluso cuando hace cosas que me irritan.

—¿Es por el partido o por algo más? —pregunta, apoyando la cabeza en mi hombro como si yo fuera un cojín y no una persona en plena implosión.

No sé por dónde empezar. No sé cómo ordenar todo lo que me pesa dentro. Miedo. Vergüenza. Agotamiento. Rabia. Una sensación visceral de estar perdida en una carretera sin señalizar.

—Es… —la voz se me quiebra antes de llegar a ninguna parte.

Intento tragarme las lágrimas, pero ya estoy llorando antes de darme cuenta. Qué desastre de etapa, qué desastre de vida.

—Es la lista de convocadas para la selección inglesa —logro decir al fin.

Nadia parpadea. Es lista. Une puntos rápido.

—¿Temes no estar en ella? —pregunta, suave—. No te adelantes. Hasta mañana no sale la lista.

—Un amigo de la federación me llamó esta mañana —susurro—. No estoy. Otra vez fuera.

Lo digo y me escucho decirlo y es como si lo volviera real. Pero lleva siendo real desde hace horas. Desde que colgué. Desde que me encerré en el baño a rumiar la pena y la decepción.

—Lau, estás recuperándote. Es normal —dice Nadia con convicción.

—No. No lo es. Esto es el final. Mi carrera ha terminado con veintisiete años.

Ella se incorpora, me toma la cara entre sus manos y obliga a mis ojos a mirar los suyos.

—No dramatices.

—No estoy dramatizando. Estoy constatando hechos —escupo, cansada—. No estoy en la lista. Tampoco estuve en la última. Ni en la anterior. No soy la jugadora que era. Y a nadie le interesa una capitana rota de un equipo pequeño que no gana ni los entrenamientos.

Nadia aprieta los labios. No le gustan mis conclusiones, pero tampoco puede refutarlas tan fácilmente.

—Alkiza —dice entonces, como si el nombre fuera sinónimo de esperanza—. Él acaba de llegar. Aún no ha podido hacer nada. Dale tiempo. Tiene método. Y tú… tú eres demasiado buena para desaparecer así.

Me río, amarga. Media carcajada, media arcada.

—¿Sabes qué es lo peor? —pregunto—. Que yo no quiero desaparecer. Quiero estar ahí, en el campo, quiero sentir otra vez esa electricidad en las piernas. Quiero tener hambre. Quiero quererlo. Y no me sale. No puedo. No hay nada.

Mis lágrimas vuelven a brotar, impertinentes. Últimamente llorar se me está dando demasiado bien. Antes no lloraba. Nunca. Ni siquiera cuando mi madre empeoró. Ni siquiera cuando mi padre decidió que era más fácil esconderse en la mina que en nuestra casa. Ni siquiera cuando el City decidió despedirme con un comunicado frío en redes sociales.

Ahora lloro por todo.

Lloro por Alana y sus bebés, lloro por mi rodilla, lloro por los partidos, lloro por la lista, lloro por lo que he sido y por lo que ya no soy.

—A veces, me cuesta respirar dentro del campo —confieso de pronto.

Nadia me sostiene la mirada. No se asusta. No se aparta.

—Hoy me quedé paralizada en mitad del partido —añado—. No podía ni girar. Mis piernas no respondían. Mis pulmones tampoco.

Era como… —busco la palabra— como si me pusieran una campana de cristal alrededor. No oía nada. No veía nada. Solo miedo.

—Tener miedo es normal —susurra ella, apartando un mechón que se me ha pegado a la mejilla—. Y también pedir ayuda. Nadie te va a quitar puntos por admitir que no puedes con todo.

—Ya voy a terapia —admito—. Voy desde la lesión. Veo a la doctora Noor dos veces por semana. Iba bien. O eso pensaba. Hasta que empezó esta temporada y todo… —respiro temblorosa— todo está intentando tragarme.

Nadia no dice nada. Solo me abraza. Y yo me dejo. Hundo la cara en su hombro y me dejo sostener como si fuera una niña pequeña.

—No puedo seguir así —murmuro cuando por fin me separo—. El fútbol era lo único sólido en mi vida. Lo demás siempre fue caos. Si pierdo esto, si ya lo he perdido… ¿qué me queda?

Silencio.

No el silencio incómodo de quien no quiere estar ahí. El otro. El que acompaña.

Después de un minuto larguísimo, Nadia se pone en pie. Me ofrece su mano.

—Vamos.

—¿A dónde? —pregunto, ronca de tanto llorar.

—¿Confías en mí?

No hace falta pensar la respuesta.

—Con mi vida.

—Entonces vamos.

—¿A dónde? —repito mientras agarro su mano y me impulso fuera del suelo.

Nadia sonríe como si la respuesta fuese obvia.

—A conseguirte ayuda.

Y por primera vez en semanas, algo en mí se mueve. No esperanza. Eso sería demasiado ambicioso. Pero sí una molécula de voluntad. Una célula de *quizá*.

Algo que no sabía que aún tenía.

JON

El lunes sale la lista de convocadas para los dos próximos partidos de la selección inglesa femenina.
Lauren Mitchell no está en esa lista.

Lleva un año y medio sin ir con las Leonas[4] y, viendo lo que ha pasado este último año, es muy probable que no vuelva a vestir esa camiseta.

No es asunto mío. No soy seleccionador. No tengo velas en ese entierro.

Pero la conozco lo suficiente como para saber que, para ella, sí es el entierro. El de una parte importante de su vida.

A la una menos cuarto, justo antes de que nos vayamos todos a comer tras el entrenamiento, la convoco a mi despacho.

Es exactamente lo que no debería estar haciendo hoy, pero la conversación del sábado con Arthur sigue rebotando en mi cabeza: *Solo prueba un partido sin ella, Jon. A veces hay que sacar a la pieza clave para poder arreglarla*.

Y aquí estoy. Dispuesto a decirle a la capitana que va al banquillo el mismo día que ve, por enésima vez, su nombre fuera de una lista que le importa demasiado.

«*Excelente* timing*, Jontxu. De premio».*

—¿Querías verme? —pregunta desde la puerta, después de dar dos golpecitos con los nudillos.

Está recién duchada; huele a gel fresco y a flores. Lleva el pelo suelto, todavía húmedo, cayéndole por la espalda como una cortina rubia que hoy parece más clara de la cuenta, quizá por la luz que entra por la ventana del despacho. No suelo fijarme en esa clase de detalles, pero hoy lo veo todo.

Las ojeras. La tensión en la mandíbula. La manera en que sostiene la mochila como si se estuviera sujetando a algo.

Y sé, incluso antes de que hable, que está siendo un mal día.

—Siéntate, Mitchell.

Obedece sin rechistar y se deja caer en la silla frente a mí. Recuerdo la mañana que apareció a las cinco en punto, un día después del hospital, decidida a cumplir mi castigo como si fuera una penitencia necesaria. Lauren Mitchell puede ser muchas cosas, pero no es una cobarde. Ni se esconde.

Por eso me jode tanto lo que estoy a punto de hacer.

Quiero de vuelta a la leona. No quiero terminar de aplastar al pajarito en que se ha convertido.

—Verás… —empiezo, y la voz me sale más vacilante de lo que me gustaría.

Yo no vacilo. No en ruedas de prensa, no en charlas de vestuario, no en reuniones con directivos. Y, sin embargo, con esta mujer delante, se me encoge algo dentro del pecho que me vuelve torpe.

No es porque sea mujer, me repito. No es condescendencia. Es porque está rota. Y porque, joder, quiero arreglarla.

Y porque, aunque no me haga ninguna gracia admitirlo, me gusta más de lo que debería. Eso también suma.

—Mitchell —retomo, moviendo mi silla un poco hacia ella, para acortar la distancia—. Me gustaría hablar de lo que está pasando en el campo estas primeras semanas.

—¿Te refieres a lo que le pasa al equipo en general o a mí en particular? —dispara, directa.

Me sostiene la mirada. Si pudiera leer pensamientos, ya sabría exactamente por dónde voy.

—Me refiero a… —vacilo otra vez. Fantástico—. Mitchell… ¿tú estás cómoda en el terreno de juego? ¿Crees que es ahí donde deberías estar?

Frunzo el ceño nada más formularlo. Fatal pregunta. Ambigua. Cobarde.

Ella se queda inmóvil un segundo, como si intentara decidir si acabo de preguntarle por su posición, por su rol o por su existencia en este planeta.

—¿Te refieres a mi posición? —dice al fin.

—¿Vas a contestar a todas mis preguntas con más preguntas? —replico, irritado conmigo mismo, no con ella.

—¿Vas a hacer preguntas que no tengan dos o más interpretaciones posibles? —responde, a la defensiva.

La leona asoma medio segundo. Muero de ganas de agarrarme a esa versión suya y no soltarla.

Me paso una mano por el pelo y exhalo despacio.

«*Vale, Alkiza. Al grano. Como siempre. Como antes de volverte un imbécil sentimental*».

—Me refiero al equipo —digo por fin, mirando fijo a sus ojos—. A cómo encajas en él ahora mismo.

Silencio.

Trago saliva.

—Porque… para serte sincero, no creo que encajes en el equipo en este momento.

Sus ojos azules se clavan en los míos, inmóviles. No dice nada. No hace falta.

En esa quietud hay más dolor que en cualquier grito.

Siento algo parecido a un puñetazo en el estómago. Me obligo a no apartar la mirada. Si voy a disparar, al menos tendré la decencia de mirarla a los ojos mientras lo hago.

—No estoy diciendo que sobres… —empiezo, intentando amortiguar el golpe.

—En realidad, sí lo has dicho —contesta, sin elevar el tono.

Y tiene razón. Lo he dicho.

—Bueno, sí, pero no… —me corrijo, idiota.

—Tranquilo, lo pillo —me corta—. ¿Vais a transferirme a otro equipo?

—¿¡Qué!? ¡No! —salta de golpe mi tono—. ¿De dónde cojones sacas eso?

—De ti —responde ella, alzando un poco la voz por primera vez—. Acabas de decirme que no encajo en el equipo ahora mismo.

Me levanto de la silla y me masajeo el puente de la nariz. Dios, qué mal estoy haciendo esto. Y yo que me creía un especialista en conversaciones difíciles.

Respiro hondo, vuelvo a sentarme.

—Mira —empiezo, buscando la calma que ya no tengo—. Sé lo que he dicho, y lo mantengo, pero no significa que queramos transferirte. Nadie aquí quiere quitarte de en medio.

Ella me observa, esperando. Tiene los puños cerrados sobre las rodillas. No tiembla. Eso lo hago yo por dentro.

—Mira, Lauren… —la llamo por su nombre de pila sin pensar.

Ella abre un poco los ojos. No le pasa desapercibido. A mí tampoco, pero ya no me echo atrás.

—Creo que eres una jugadora formidable. Una entre un millón —digo despacio, midiendo cada palabra—. Pero no eres la misma que antes de la lesión. Y no, no hablo de tu rodilla —levanto la mano, anticipando la protesta—. Hablo de lo que pasa aquí.

Me señalo el pecho.

—Has perdido la capacidad de ir más allá. De querer más. De arrastrar al resto. De sentir el partido como lo sentías antes. Eso no tiene que ver con que tu cruzado aguantara o no. Tiene que ver con que tú ya no te crees que sigues siendo la misma.

Mientras hablo, Lauren va bajando la mirada. Al suelo. A sus botas. A cualquier sitio menos a mí.

Sé que estoy diciendo la verdad. Y sé que ella lo sabe también.

—Nadie quiere dejarte atrás —continúo—. Yo soy el primero que no quiere prescindir de ti. Pero tampoco puedo dejar que el equipo se hunda contigo. No sería justo para ellas. Ni para ti.

Asiente, una vez, sin levantar la cabeza.

Y, aunque se controla, sé que acabo de clavar el último clavo de algo importante.

—Vas a sentarme en el banquillo, ¿verdad? —pregunta al fin, devolviéndome la mirada.

No hay lágrimas. No hay drama. Solo cansancio. Y algo roto.

—Sé que no es el mejor día para que te diga esto —respondo—. Y sé que vienes encajando golpes por muchos frentes. Pero sí. Voy a sentarte en el banquillo. Creo que, ahora mismo, es lo mejor para todos. Incluida tú.

Hay un segundo en el que temo que me mande a la mierda. Que se levante, me grite, me recuerde que en el City nunca se habría atrevido nadie a plantear algo así. Que me escupa en la cara todo el resentimiento acumulado.

No lo hace.

Traga. Cierra los ojos medio segundo. Cuando los abre, las pupilas están brillantes, pero firmes.

—¿Es por los partidos? —pregunta, con la voz un poco más áspera—. ¿O por la lista?

La lista.

No había mencionado la lista. Sabía que la conocía ya, porque ya es pública, pero no pensaba sacarla a relucir.

—Es por lo que pasa en el campo —digo, sincero—. La lista… no la hago yo.

—Pero ayuda —murmura, casi para sí—. Ayuda a confirmar lo que ya estaba escrito.

Quiero decirle que no, que no está escrito nada. Que todo se puede reescribir. Pero me mordería la lengua. Sería una mentira que suena bonita, pero poco útil ahora mismo.

—¿Es definitivo? —pregunta.

—Nada es definitivo —respondo—. Es un partido. Probablemente dos. Quiero ver cómo responde el equipo, cómo respondes tú. Lo que pase después dependerá de lo que hagamos todos, no solo tú.

Se queda en silencio un momento. Luego asiente, una vez.

—Vale —dice.

Solo eso. Vale.

Y es la palabra más triste que he escuchado en mucho tiempo.

Podría dejarla ir ahí. Podría darle las gracias, decirle que se tome la tarde, que hable con Noor, que descanse. Podría adoptar un papel profesionalmente neutro y cerrar el tema.

Pero no me sale.

—Lauren —añado cuando ya está a punto de levantarse—. No eres una carga. No te estoy quitando de en medio. Te estoy sacando del juego para poder ayudarte a volver a entrar.

Se queda a medio movimiento. Me mira con una mezcla de incredulidad y rabia contenida.

—A ti te sentaron alguna vez, Alkiza? —pregunta.

La pregunta me atraviesa. No se refiere al banquillo, y lo sé. Se refiere a lo que pasó en el City. A mi carta. A mi salida.

—No —respondo despacio—. A mí no me sentaron. Me bajé yo solo del campo.

Ella asiente muy despacio, como si se guardara ese dato en algún lugar.

—Pues eso —murmura—. Tú decidiste. Yo no.

Se levanta. Coge la mochila. Camina hasta la puerta. Por un instante, creo que se irá sin mirar atrás.

Pero se detiene con la mano en el pomo.

—Espero que funcione —dice, sin girarse—. Por ellas.

—Por ellas —confirmo.

Apoyo los codos en la mesa y me froto la cara con fuerza. Tengo la sensación de haber hecho lo correcto de la peor manera posible.

He puesto a Lauren Mitchell en el banquillo. A la capitana. A la que era la mejor centrocampista de Inglaterra. Al símbolo de un equipo que ahora está hecho pedazos.

Y, sin embargo, algo dentro de mí sabe que no había alternativa. No si de verdad voy a mandarlo todo a la mierda y salvar al Leyton. No si de verdad quiero salvarla a ella de sí misma.

Pienso en el entrenamiento de madrugada. En su risa seca cuando me acusó de *sexualizar* un comentario sobre el calentamiento.

En la rodilla bajo mis manos: firme, estable, recuperada.

En la piel caliente bajo mis dedos, en cómo se tensó, en cómo se relajó un segundo después.

En cómo mi cuerpo reaccionó a ese contacto, ajeno a la sala de fisio, al contexto, al club, a la ética profesional. Ajeno a todo.

La he visto rota en el campo. He empezado a verla romperse fuera. Y ahora, encima, soy yo quien la sienta.

Si sale bien, será la jugada maestra. Si sale mal, habré ayudado a terminar de hundirla.

Si recupero a Mitchell, recupero al Leyton, me repito, *si recupero al Leyton, quizá recupere algo de mí*.

Sin embargo… esto no puede ser todo.

Creo que hay herramientas que pueden ayudarnos. Armas secretas, cartas bajo la manga. Es la hora de echar mano de todas ellas.

LAUREN

A pesar de que todas las palabras que dice llevo días repitiéndomelas yo sola, machacándome con una rabia desesperada, escucharlas de boca de Jon Alkiza me parte en dos.

Ratifica todo. Le pone sello y firma a mis peores pensamientos. No es solo mi cabeza exagerando. No es autosabotaje. No es que me esté poniendo dramática.

Para él tampoco encajo. Para él también soy un problema.

Cree que sentarme en el banquillo es lo mejor para todos.

Y el problema es que tiene razón.

Eso es lo que más jode.

—Mitchell, espera.

Escucho su voz a mi espalda antes de que haya recorrido tres metros en el pasillo Me indica con un gesto de la cabeza que vuelva al despacho.

Le sostengo la mirada, buscando algo en esos ojos marrones que me explique qué coño quiere ahora. Podría haberme dejado ir con la dignidad medio intacta. Podría haber sido el entrenador que manda, yo la jugadora que acata, fin de la historia.

Pero no. Tiene que complicarlo. Como todo.

Lo sigo al despacho mientras noto que la sangre empieza a entrar en ebullición. La Lauren modosita ha muerto en medio del pasillo.

—¿Qué quieres ahora? ¿Echar sal en la herida? —pregunto, el semblante alto para que entienda que no quiero seguir con esto.

—Quiero ayudarte. Quiero ayudar al Leyton —dice, con un tono tan conciliador que me da ganas de revolver los ojos.

—Tú lo único que quieres es que los periódicos y las teles dejen de decir que estás fracasando —le escupo—. Sobre todo cuando has venido aquí a pasearte, a conseguir galones, a divertirte un rato.

Sé que me estoy pasando. Lo sé incluso mientras lo estoy diciendo. Pero mi ego está magullado, mi orgullo sangra y, ahora mismo, soy perfectamente capaz de atropellar a cualquiera con mis palabras, incluido a mi flamante entrenador estrella.

—No estoy fracasando —responde al instante, sin ni siquiera molestarse en negar lo demás—. No estamos fracasando. Soy un entrenador solvente. De hecho, soy un entrenador de la hostia —añade, con una media sonrisa que deja claro que se lo cree de verdad—. Pero vosotras también lo sois. Solo tenemos que aprender a funcionar como un maldito reloj suizo.

—Creí que éramos un desastre —le recuerdo.

—Sois un puto desastre —confirma, sin pestañear—. Lo seguís siendo. Pero hay demasiado potencial como para no convertiros en campeonas si aprendemos a trabajar en equipo y jugamos para ganar todas a la vez.

Bufo como una cría incrédula a la que le han contado un cuento muy bonito antes de irse a dormir.

—Mierda, Mitchell —vuelve a mi apellido y noto el pinchazo raro en el estómago. Hace un momento me ha llamado Lauren y se me han atragantado hasta los pensamientos, como si no supiera qué hacer con la propia sonoridad de mi nombre en su boca. No sé por qué, pero me decepciona un poco que haya vuelto al Mitchell formal que pone distancia—. Tenemos un equipo de la leche: Morgan en la portería, qué descubrimiento. Olivia en el lateral derecho, una auténtica bala subiendo la banda. Nadia en ataque, una zurda que

vale oro, lista, rápida, se las sabe todas. Johnson en defensa. Campbell en la punta… —va enumerando como si pasara lista—. Y tú. Joder, tú.

Hace una pausa, como si buscara las palabras exactas.

—Tú, que eres una de las mentes más brillantes en la dirección del juego de toda la puta liga. Tú, que al cincuenta por ciento eres capaz de arrasar en cualquier campo. Tú, que eres la única capaz de controlar los tiempos del juego como si llevaras los mandos de un videojuego, que ves los huecos donde nadie los ve, que conviertes los errores ajenos en aciertos propios…

Se calla de golpe, como si se diera cuenta de hasta dónde ha llegado.

Un nudo enorme se me instala en la garganta. Me cuesta tragar, me cuesta respirar, me cuesta todo.

—Duele más si me recuerdas de lo que ya no soy capaz —susurro, sin estar segura de que llegue a oírlo.

—No quiero que duela —responde, con esa voz más baja, más suave que le sale a veces—, pero creo que es necesario que sepas que te valoramos. Que yo te valoro. Y que justamente por eso me doy cuenta de que ahora mismo estás… desapareciendo.

Su tono es casi tierno. Casi. Y el contraste entre lo que dice y cómo lo dice me desarma de una forma que no esperaba.

—Pues no sé cómo no hacerlo —confieso al fin.

Me siento derrumbarme un poco en la silla. Los hombros se me caen solos. Entre la lista de la selección, el puñetero banquillo y la sensación constante de estar a la deriva, este lunes podría haberse ido directamente a la basura.

—Yo puedo ayudarte, si me dejas —ofrece.

Lo dice como quien se ofrece a llevarte las bolsas del súper. Pero no es eso. Lo sé. Y por eso me quedo en blanco un segundo.

Se supone que esto es lo que diría un buen mentor, alguien que se preocupa por el desarrollo de sus jugadoras. El problema es que yo no he catalogado nunca a Jon Alkiza en el cajón de *buen mentor*, sino en el de *acaparador de titulares*, *niño bonito de la prensa* y

entrenador mimado con millones de libras en el campo y una sonrisa de anuncio fuera de él.

—Soy un entrenador de la hostia, ya te lo he dicho —añade, esta vez con una chispa de picardía, como si hubiera adivinado las etiquetas que le he colgado mentalmente.

Y, contra todo pronóstico, me arranca una media sonrisa.

—¿Qué propones? —pregunto, resignada.

Al menos puedo escuchar su plan antes de decidir si mandarlo a paseo.

—Lo primero, que aceptes quedarte en el banquillo —empieza.

—¿Toda esta charla era para que me sentara y me quedase calladita en los partidos? —mi voz suena más amarga de lo que pretendía, pero ahí está.

—No —niega—. Ahora mismo no puedes jugar. Y no solo porque no estés mentalmente lista para un buen partido. Es que cada vez que entras al campo te haces más pequeña. Y arrastras a las demás contigo, aunque no quieras.

No puedo discutir eso. Lo llevo notando desde la primera jornada. He seguido bajando el volumen de mi propio juego hasta casi no oírlo.

Asiento, a regañadientes.

—Pero te pido confianza, Lauren —dice entonces.

Otra vez mi nombre. Otra vez ese calambre extraño recorriéndome el cuerpo, como si alguien hubiera encendido las luces de un estadio de golpe.

—Dame tres meses —continúa—. Si en tres meses no hemos conseguido traerte de vuelta, nos sentamos otra vez, hablamos, y decidimos juntos cuáles son tus próximos pasos en el Leyton.

Me sorprende que use el plural: *decidimos juntos*. Podría haber dicho *decido*, punto. Es el entrenador. Tiene poder para hacerlo.

El caso es que, por primera vez en mucho tiempo, siento una cosa que se parece peligrosamente a la esperanza. Es pequeña, inestable, incómoda. Pero está ahí.

—¿Y cómo lo hacemos? —pregunto despacio—. ¿Qué tengo que hacer yo?

Con esa pregunta acabo de firmar un contrato que no está en papel, pero sí en todos los demás sitios.

—Volver a entrenar a las cinco de la mañana —responde, sin dramatismos—. Como los primeros días. Pero no como castigo. Como inversión en ti misma. Trabajaremos lo físico, afinaremos la rodilla, volveremos a exigirle al cuerpo lo que ya sabe hacer. Y luego…

Se queda callado.

Levanto la mirada para buscar la suya.

—¿Luego? —le apremio.

—Luego necesito que veas a alguien —dice por fin.

—¿A alguien? —repito, sospechando por dónde va.

—Un terapeuta.

—Ya voy a terapia —salto, casi ofendida—. Estoy con a doctora Noor. Es buena.

Asiente, sin discutirlo.

—Lo sé. Y me alegro. Pero me gustaría que hicieras una sesión con alguien más. El doctor Ansel Warren. Está especializado en traumas deportivos. Creo que podría llegar a sitios en los que ahora mismo no estás entrando. Si se lo permites.

—¿Crees que tengo un trauma deportivo? —pregunto, otra vez a la defensiva, como si acabara de llamarme loca.

Sonríe un poco. Esa sonrisa corta que apenas enseña dientes pero lo cambia todo en su cara. Ojalá no lo cambiara tanto, pero lo hace.

Estás fantaseando con la sonrisa de este capullo arrogante, me riñe mi voz interior.

—No lo descarto —responde—. La lesión que tuviste acaba con carreras enteras la mayoría de las veces. Lo pasaste mal, volviste porque el cuerpo respondió, más o menos, pero está claro que algo se ha quedado atascado por dentro.

Esta vez, soy yo la que asiente despacio. No tengo nada que rebatir.

No con la forma en que me ahogo en cada partido.

No con la imagen de mi rodilla doblándose que todavía me despierta algunas noches.

Me levanto muy despacio. Ahora no me detiene.

Se pone en pie también. Estamos cerca. Demasiado cerca para lo estrecho que es su despacho. El aire se siente espeso de repente.

—¿Por qué te importa? —me oigo preguntar, casi en un susurro—. ¿Por qué quieres ayudarme?

Por un momento, su sonrisa desaparece como si nunca hubiera existido. Me mira como si no entendiera la pregunta. Pero luego veo cómo encaja las piezas en su cabeza. Lo pilla.

Sabe que no estoy preguntando como jugadora, sino como persona que lleva demasiado tiempo sintiéndose una carga.

—Porque eso es el maldito fútbol para mí, Mitchell —responde al fin.

—¿Hacer que vuelva al juego? —arriesgo, sin apartar la mirada.

—Hacer que vuelvas a amar el juego —corrige—. Solo eso.

Solo eso, dice.

Como si fuera sencillo.

Pero no lo es.

No tiene nada de simple.

Es, con mucha diferencia, lo más complicado del mundo entero.

CAPÍTULO 9
LAUREN

—¿Piensas que este es el mejor modo de volver a amar el juego?

Lo pregunto sin despegar la vista de los guantes de boxeo rojos que Jon Alkiza acaba de dejarme sobre la mesa, como si fueran la clave de algún misterio arcano que no sé si quiero resolver. Están ahí, silenciosos, desafiándome a tener fe en algo, y yo no tengo fe en absolutamente nada últimamente.

Esta mañana, antes de darme los guantes, me ha obligado a escribir.

Sí, escribir. Sobre el fútbol, sobre lo que significaba para mí antes de la lesión, después de la lesión, ahora. Sobre si lo odio. Si lo echo de menos. Si me construye o si me destroza. Era una lista de preguntas absurdas que parecían sacadas de una jornada de autoayuda para ejecutivos en crisis.

He terminado redactando un puñado de frases incoherentes, como si estuviera exorcizando un demonio al que no sabía que llevaba dentro. Lo peor no ha sido escribirlo. Lo peor ha sido leérmelo. Yo. A mí misma.

Cuando he terminado, lo he entregado como quien entrega un órgano en una bandeja quirúrgica. Él lo ha doblado y directamente lo ha metido en un cajón. Ni lo ha leído.

Eso me ha sentado como un puñetazo en el estómago. Y aquí estoy ahora, contemplando dos guantes de boxeo que probablemente quiera que me ponga para pegarle a algo. La pregunta es si el objetivo es el saco, el aire o él.

Alkiza se apoya en el borde de la mesa del despacho, cruzando los brazos.

—Es el mejor modo —dice, tranquilo, casi didáctico—. Créeme.

—No te creo —respondo.

Y me sorprende lo rápido que lo digo. Ni un segundo de duda. La desconfianza ya la tengo incorporada como una prótesis.

Él ignora mi réplica, lo cual empieza a convertirse en un patrón irritante. Abre el cajón donde ha guardado mi confesión escrita —mi vómito emocional— y lo cierra de golpe. Como señal de *luego lo leo*. O como señal de *no hace falta leerlo para saber lo que pone*. No sé cuál me irrita más.

Levanto los guantes.

—¿Me va a decir de una vez qué hago con estos, señor entrenador? —pregunto con una insolencia calculada.

Se aproxima, coge los guantes y me los coloca en las manos con movimientos muy precisos, casi quirúrgicos.

—Te lo voy a enseñar. Es más eficaz que explicarlo.

Y sale del despacho.

Yo suspiro.

A veces tengo la impresión de que este hombre podría incendiar el estadio entero y ni siquiera se despeinaría.

Me quito los guantes, recojo mi anorak y la bolsa y salgo tras él.

Fuera hace frío. Frío auténtico, ese que atraviesa la ropa y se mete en los huesos. El parking está casi a oscuras; apenas dos farolas medio moribundas le dan un aspecto lúgubre y desangelado.

Dos coches.

Mi Honda Civic. Su Nissan Micra del pleistoceno inferior.

La carrocería del Micra es roja, pero ya ha perdido la batalla contra el tiempo. La pintura descascarillada parece piel vieja. El motor tiene la misma tos que un fumador empedernido. No entiendo cómo una persona como él —que puede aparcar perfectamente un Aston Martin de revista en cualquier sitio— conduce este trasto para venir a trabajar.

—Hace frío —digo, esperando que mi tono traiga consigo una protesta, una queja, o directamente una invitación a que se dé prisa.

No funciona.

Él busca las llaves, primero en los bolsillos del chándal, luego en los de la cazadora, luego en la mochila que lleva colgada al hombro. Se vuelve más y más tenso a medida que no las encuentra.

Yo sonrío por dentro.

Un entrenador perfecto no puede ayudarte si no sabe ni dónde dejó las llaves del coche.

—Podríamos morir aquí —añado—. Nos encontrarán congelados y con guantes de boxeo puestos. Los periódicos harán fiesta.

—Mitchell…

—¿Sí?

—No hables.

—¿Eso es una orden o una súplica?

Un músculo le tiembla en la mandíbula.

«Ay. Maravilloso».

Finalmente pulsa la manilla del coche y la puerta se abre. Sin llave.

—Por supuesto —murmuro—. El coche antigualla es su propio llavero.

Subo al asiento del copiloto sin que él me invite. Si quiere verme comportándome como una señorita, debería haberlo pedido antes de obligarme a enfrentar mi trauma futbolístico antes del amanecer.

Dentro huele a cuero viejo, a entrenador deportivo y a algo que parece café. Es un olor extraño pero agradable. Me da calor sin querer.

Él arranca. El motor suena como si hubiera fumado tres paquetes de tabaco antes del desayuno.

—Dime que no vamos lejos —digo—. No quiero ser vista contigo en este ataúd con ruedas.

—Es un vehículo histórico —replica, ofendido.

—Debería estar en un museo.

—Tiene carácter.

—Tiene achaques.

—Funciona.

—De milagro.

Me mira de reojo.

—Me gusta que vayas calentando para boxear —comenta.

—Limítate a conducir, anda.

Sus labios se curvan, apenas. Lo suficiente como para que yo lo detecte y me ponga nerviosa la evidencia de que casi le provoco una sonrisa. Detesto que me afecte eso. Lo detesto profundamente.

JON

—Ya sé que esto de hacerte el misterioso te funciona, pero a mí no me van las sorpresas.

Mitchell arruga el ceño y se cruza de brazos nada más abrirse la verja del aparcamiento, cuando saco el Micra con un pequeño derrape. El suelo está húmedo, las ruedas patinan un segundo y noto cómo ella se tensa en el asiento, aunque finja que no.

Bien. A veces viene bien que note que no soy tan inofensivo como parece mi coche.

—Pues es una pena que no te vayan las sorpresas —respondo, sin darle más contexto.

Si ella está desconcertada y furiosa y quiere arrastrarme a su fiesta del cabreo, puedo bailar el mismo ritmo. A mí el enfado me ha alimentado muchos años. Hay gente que funciona con calma; yo, con presión y mala leche.

Noto su mirada en el lateral de mi rostro mientras mantengo los ojos en la carretera. Lo hace a menudo. Se cree que no me doy cuenta, pero tengo en el cuerpo muchos años de entrenar gente: sé cuándo alguien me está radiografiando.

Y últimamente, yo también me sorprendo mirándola demasiado. Más de lo prudente. Más de lo profesional.

Londres a estas horas es una sombra gris que apenas empieza a aclararse. El cielo es una tapa de plomo, el amanecer todavía no se decide, y la temperatura roza ese frío que se te mete en los dedos. Subo un punto la calefacción porque hace frío… porque hace frío *y*

porque ella acaba de decir que tiene frío. Va enfundada en ese anorak de plumas amarillo fosforito que podría servir de bengala en mitad del océano.

Una luz amarilla en mi coche rojo desvencijado. Surrealista.

Alarga la mano hacia la radio, prueba el botón, gira la ruedecita… nada. El viejo plástico cruje y el silencio sigue siendo el mismo. Contengo una sonrisa.

—No te canses intentándolo —comento, sin apartar la vista del carril—. Nunca ha funcionado. Al menos no desde que tengo el coche.

La veo retirar la mano despacio. Me mira, y luego mira otra vez el panel como si estuviera viendo una pieza de museo.

Dejo pasar un par de segundos.

—Vamos, suéltalo —la pincho.

Sé exactamente lo que está pensando. Mitchell es un libro complicado, pero en estas cosas se la ve venir.

Niega con la cabeza, muy digna, como si de verdad fuera a resistir.

—No tengo nada que decir —miente.

Relaja la mirada hacia la ventanilla, la frente apoyada casi en el cristal, pero su postura la delata: se remueve en el asiento, se frota las manos por encima del cinturón de seguridad, se muerde el interior de la mejilla. Se está muriendo por preguntar.

—Mitchell… —insisto.

—Qué pesado eres —explota por fin, volviendo hacia mí con toda la irritación concentrada en los ojos—. Joder, tú ganas. ¿Me vas a contar de una vez por qué un tío con un pisazo en Kensington y un Aston Martin de varios cientos de miles de libras conduce este…?

Se corta justo a tiempo. Apuesto mi cláusula de rescisión a que ese *este* iba a terminar en *pedazo de chatarra* o algo peor. Me río abiertamente, la risa me sube al pecho y por primera vez en toda la mañana se me afloja el nudo del estómago.

No voy a negar que me encanta salirme con la mía. Me encanta aún más cuando la persona en cuestión a la que consigo doblegar es

Lauren Mitchell.

Pensamiento peligroso. Lo aparco para más tarde.

—Conduciendo mi coche chatarra protejo mi coche de varios cientos de miles de libras —contesto con toda la naturalidad del mundo.

—¿Coche *chatarra*? ¿Así lo llamas? —pregunta, incrédula.

—Es un buen nombre. Se acerca bastante a lo que realmente es.

—¿Y cómo llamas al otro? ¿*Coche lujoso*?

Su tono burlón me gusta demasiado. Hay algo en cómo arrastra la ironía que me enciende algo por dentro. Me obliga a agarrar más fuerte el volante y no perder de vista el semáforo que se pone en ámbar.

—Ninguno de los otros tres coches tiene nombre —aclaro.

—¿Tres? —salta, escandalizada.

Ahí está. La chavala de clase obrera poniendo los ojos en blanco ante el millonario capullo que colecciona coches. Razón no le falta.

—Tres —confirmo—. Y por si te lo preguntas, la moto tampoco tiene nombre. No soy de esa clase de tíos.

Ahora es ella la que se muerde una sonrisa. No lo consigue del todo. La risa se le escapa por la comisura de los labios, y por una fracción de segundo me gustaría inclinarme y atraparla. Otra idea que mando directamente al banquillo.

«*No vamos a ir por ahí, Jontxu*».

Dejo que el silencio se instale un momento, mientras las casas bajas de Plaistow empiezan a definirse a ambos lados de la calzada. Fachadas de ladrillo, tiendas cerradas, farolas parpadeando. Nada glamuroso. Nada de aquello a lo que ella deba estar acostumbrada.

—Bueno, entiendo que a este barrio traigas tu coche chatarra —dice al fin—. Me imagino que el de lujo no aguantaría entero ni dos minutos.

Su ceja se arquea. No suena clasista; suena a alguien que sabe perfectamente cuál es la diferencia entre un coche al que puedes rayarle la puerta y uno al que no te atreves ni a mirar de reojo.

—No conduzco el Micra por frecuentar ciertos barrios —matizo, aminorando la velocidad—, sino por evitar ciertos… comportamientos.

—¿Ciertos comportamientos? —levanta otra ceja.

Aparco justo delante de un edificio de chapa y hormigón pintado de negro mate. Nada especial a simple vista. Precisamente por eso me gusta. Corto el contacto, me quito el cinturón y me giro hacia ella.

Un mechón rebelde se ha escapado de su coleta y le cae por la mejilla. Me sorprende lo mucho que tengo que pelear conmigo mismo para no apartárselo con los dedos.

—No sabes la de veces que mi coche ha pagado el enfado de los aficionados por una mala tarde de fútbol —explico—. Demasiadas libras en chapa y pintura. Muchos cabreos innecesarios. Con el *coche chatarra* nadie se imagina que pueda ser mío, y los que llegan a saberlo, pasan de pagarlo con él, porque no merece la pena. Ya ves cómo está el pobre a estas alturas.

Ella me observa en silencio durante unos segundos que se me hacen largos. Me aguanta la mirada, como si quisiera comprobar si hablo en serio o le estoy soltando una de esas historias que uno se inventa para parecer más humano.

El aire dentro del Micra se vuelve raro. Denso. Puedo sentir mi propia respiración, la de ella, el ruido lejano de un camión de basura en la calle paralela. Todo exagerado.

Y, de pronto, se echa a reír. Una carcajada limpia, abierta, imposible de contener.

—Vaya con los *cityzens*[5] —se carcajea, llevándose una mano al estómago—. Bien jugado, lo de venderles Micra por Porsche.

La risa le ilumina la cara. Literalmente. No es la mirada cargada de rabia que llevo semanas recibiendo en el campo. Es otra cosa. Algo que, si no la conociera, llamaría felicidad.

Me fuerza una sonrisa propia, que se me escapa sin control.

—Soy más de Aston Martin que de Porsche —respondo, contagiado, sólo por mantener la broma.

—Lo sé, menudo cochazo —dice, y la forma en la que lo dice me dispara una imagen fugaz: ella, de madrugada, en el asiento de ese coche, volviendo del hospital, con los ojos rojos y la voz rota—. No te culpo por querer mantenerlo a salvo de esa panda de majaderos que paga sus frustraciones deportivas con carrocerías de cientos de miles de libras.

La risa se le apaga de golpe, como si alguien hubiera bajado un interruptor. Pero no se va del todo. Queda algo suave en las comisuras, en los ojos. Me mira entonces, de frente, sin barrera. Sus iris azules se me clavan dentro, y tengo la sensación física de que algo me roza por dentro del pecho.

Contengo un estremecimiento con un esfuerzo titánico.

Ella debe notarlo. Hay un microsegundo en el que su expresión cambia, como si hubiera sentido el tirón en el aire, y se reacomoda en el asiento. No se aparta, pero algo en ella retrocede. Se cierra un poco. Levanta una pequeña muralla invisible entre los dos.

Y el habitáculo del coche, que hace diez segundos estaba lleno de algo cálido y ligero, se enfría.

Siento frío. Y no es el de fuera.

Siento que acabo de perder algo que acabábamos de ganar. Una complicidad mínima, frágil, como espuma en la superficie del agua. Algo que podría haber sido nada… o podría haber sido el principio de algo jodidamente enrevesado.

Miro el edificio negro por la ventanilla del conductor, dejo que mis dedos tamborileen sobre el volante un par de segundos y respiro hondo.

«*Joder, Jontxu. Cómo te gusta complicarte la vida*».

LAUREN

Se me pasa el malhumor casi de repente, sin verlo venir, y eso, paradójicamente, me mosquea más.

Cambiar de estado de ánimo cada minuto es algo que no controlo desde la lesión. Que la entrada de Jon Alkiza en mi vida haya

coincidido con la temporada más caótica que he vivido en el fútbol, tampoco ayuda.

Alana diría que todo está conectado. Que todo pasa por algo. Incluso cuando pierde a sus bebés, cree que detrás hay una razón.

Yo, personalmente, creo que el universo está lleno de malnacidos aleatorios y que Jon Alkiza es uno de ellos.

Lo sigo fuera de su coche diminuto después de intentar sacudirme el momento raro que acabamos de compartir ahí dentro. Esa extraña chispa conectando dos cables pelados en mitad de un charco: su risa, mis carcajadas, sus mejillas levemente sonrojadas. En mi caso, todo acompañado de un amago de ataque cardíaco adolescente.

No sé qué me perturba más: que me saque de mis casillas, que me haga reír, que me haga creer que puedo volver a ser la que era, o todo lo anterior —que sería lo correcto, y lo más peligroso.

—Me has traído al peor barrio de la ciudad, y sé de lo que hablo, que viví aquí cerca cuando nos mudamos a Londres —comento mientras caminamos hacia el edificio anodino frente al que ha aparcado—. Espero que no quieras que fiche por su equipo de fútbol.

Me sale bromear, pero en realidad estoy nerviosa. Muy nerviosa. Intentarlo disimular es adorable por mi parte, pero también inútil, porque soy tan transparente que doy pena.

—Lo que quiero es que vuelvas a ser una leona —deja caer mientras abre una puerta acristalada tan sucia que mi reflejo parece un cuadro impresionista.

Se aparta un paso y me cede el paso.

Yo no entro.

Me quedo quieta, clavada al suelo.

Lo miro directamente, con toda la intención del mundo de que me vea.

Guantes de boxeo en las manos, ceja arqueada en modo *no me vaciles, cabrón*.

—No quiero juegos, Alkiza —le advierto, levantando los guantes unos centímetros—. Lo digo en serio.

No sé si quiero que entienda el mensaje literal o el metafórico. Creo que ni yo misma lo sé.

Él tampoco bromea.

—No hay juegos aquí —responde con una sobriedad que me encoge algo en el estómago—. Solo un proyecto, Mitchell. Un proyecto para volver a jugar con ganas.

Un proyecto.

Ganas.

Volver.

Tres palabras peligrosas juntas.

Tres palabras que llevan meses pinchándome por dentro sin que nadie las verbalice.

Algo se mueve en mí. Algo que no es enfado ni frustración ni ansiedad. Algo con una textura extraña, como un leve destello de… esperanza. Esa palabra que va a juego con las camisetas de las ONG, y que yo ya daba por extinguida en mi diccionario.

Doy un paso hacia atrás para recuperar aire, pero Alkiza sigue esperando que sea precisamente al revés: hacia adentro.

Entro.

El olor me golpea primero: humedad, sudor, cuerdas viejas y aire espeso reconcentrado. Un gimnasio de boxeo sacado de *Rocky* pero en versión East London post-brexit.

Casi me da la risa.

O las ganas d vomitar.

Reprimo ambos con elegancia y avanzo. El sitio es enorme: tres ring, sacos colgando como cadáveres deportivos, bancos de pesas, espalderas, sudaderas colgadas en cuerdas improvisadas, hombres jóvenes golpeando al vacío como si la vida dependiera de eso, un par de chicas en un ring intercambiándose hostias técnicas a ritmo de pies rápidos.

Y de fondo…

Nick Kamen cantando *I Promise Myself* como si la década de los 90 hubiera tenido un pacto secreto con este sitio para no morir jamás.

Por un instante, el caos me resulta curiosamente acogedor.

Es ruido.

Es vida.

Es gente haciendo algo con el cuerpo para no pensar con la cabeza.

Tiene sentido grabado en neón.

—Deja ahí tus cosas. Todo menos los guantes —me indica Alkiza, que ha activado su modo entrenador otra vez.

Obedezco sin rechistar. Eso ya debería ponerme en alerta sobre mi deterioro psicológico. Dejo mi bolsa junto a la pared del fondo y vuelvo hacia él.

Cuando llego, ya no está solo.

Un hombre gigantesco, tatuado hasta las orejas, manos vendadas, barba estilo *tengo una Harley*, sonrisa de "he visto cosas", lo estruja en un abrazo que casi hace desaparecer a Jon en su torso.

No sé qué me sorprende más: Si el abrazo, o lo mucho que Alkiza parece… disfrutarlo.

—Mitchell, te presento al tipo que va a ayudarme a traerte de vuelta: Ansel Warren —dice cuando recupera el control de su caja torácica.

—¿El mismo Ansel Warren que dijiste que era doctor especialista en traumas deportivos? —pregunto, sin filtro.

El hombretón me observa con una intensidad que me hace sentir como si estuviera dentro de un microscopio. Da un paso hacia mí. Yo doy uno hacia atrás, por si acaso.

Sonríe. Me tiende la mano.

—Te pareces a tu padre —sentencia—. La misma mala hostia mal canalizada que el viejo Pat.

Mi cerebro solo procesa dos datos:

1. *Conoce a mi padre.*
2. *Ha mencionado mi mala hostia antes incluso de saludarme.*

La respuesta se dispara sola:

—¿Y qué sabrás tú de mi mala hostia?

—Ya te he hablado de su carácter de mierda —se mete Alkiza, disfrutando demasiado del espectáculo—. Y de su puta manía de contestar con preguntas.

Lo odio.

Lo odio con toda mi alma.

Lo odio tanto que dejo los guantes de boxeo en su mano con gesto teatral.

—Vete a la mierda —le digo. Claro y nítido. Sin titubear—. Me largo de aquí.

Me giro para irme pero no consigo ni avanzar tres pasos.

—Y aquí tenemos la demostración práctica —comenta Ansel, divertido.

Siento que me siguen. Siento también la mano de Jon en mi brazo para detenerme.

—Déjame —le advierto en voz baja pero tensa—. Suéltame, o te juro que monto una escena que abre los telediarios de toda Europa.

Mi respiración va como un motor afónico, mi cuerpo quiere pelea. No sé si física o verbal, pero pelea. Él, en cambio, no acompaña mi enfado. Se queda quieto. Y muy calmado.

Demasiado calmado.

Eso me desconcierta más que si me gritara.

Ansel se aleja hacia un ring con la soltura del que sabe leer estas cosas de lejos. Jon no deja de observarme. No como un entrenador cabreado ni como un hombre condescendiente. Como si hubiera algo que estuviera intentando… descifrar.

Y es eso —su atención— lo que empieza a bajarme las pulsaciones.

No me suelta, pero tampoco me aprieta.

No me frena, pero tampoco se aparta.

—¿Estás mejor, Mitchell? —pregunta finalmente.

Miro sus ojos. Marrones. Atentos. Nada arrogantes esta vez. Nada fríos.

Asiento, confundida hasta la médula.

La rabia se va igual que vino. Igual que siempre.

Como un relámpago sin tormenta.

Y ahí está la parte que más me jode:

Algo está pasando.

Algo en mí se mueve en una textura que no reconozco. Un pequeño punto de luz en medio de una cueva oscura. ¿Esperanza? ¿Fe ajena? ¿Pelea todavía no perdida?

O, peor aún:

¿Jon Alkiza alcanzándome?

Y no sé si eso me da miedo… o si, por primera vez en mucho tiempo, creo que quizá puedo volver.

JON

Ha sido como ver cruzar un vendaval por delante de mí: la furia primero, el silencio después, y finalmente ese temblor que no es físico, sino algo más profundo. Y lo siento en mis manos, porque siguen en sus brazos y no he encontrado la voluntad —o la lucidez— para retirarlas todavía.

Podría soltarla ya.

No lo hago.

Su piel está fría por la rabieta y caliente por el esfuerzo, y no sé si el choque de temperaturas se está produciendo en ella o en mí. Cuando por fin levanta la barbilla para mirarme, siento un tirón en el estómago que no tiene nada que ver con el boxeo.

—No es un doctor —dice, y el tono confirma que ha vuelto en sí —. Dijiste que era un doctor.

Respiro hondo para no apartar la mirada antes de tiempo.

—En realidad lo es. *Cum Laude* por la Universidad de Oxford, para que te hagas una idea. No te dejes engañar por los tatuajes ni por el gimnasio cutre. Arregla más cabezas aquí que desde un consultorio con diplomas enmarcados.

Ella parpadea, incrédula. Sus ojos recorren el local mientras se le nota procesando la información. Y por alguna razón que intento no analizar demasiado, la idea de que esté tratando de cuadrar mis palabras con su propia realidad me produce un placer extraño.

—Ven —digo—. Te hago la presentación formal, prometo no añadir bromas.

La guío hacia Ansel tomándola de la mano. Es un segundo, quizá dos, antes de que la suelte, pero el peso de ese contacto se queda en mis dedos como si hubieran rozado electricidad estática.

Ansel nos espera con los brazos cruzados y la sonrisa sardónica de quien ha leído ya la escena entera sin necesidad de subtítulos. Él me conoce bien. Sabe dónde están mis grietas. Sabe que estoy procurando no mirarla demasiado y sabe también que no me está saliendo del todo.

Se estrechan la mano y se evalúan. La escena queda en suspenso un par de segundos, lo suficiente para saber que Lauren Mitchell se muestra siempre cautelosa en aquellos escenarios que sabe que no controla del todo.

Escenarios como este.

—Necesito ir al baño —murmura ella. La voz todavía rasposa por el grito anterior.

—Claro. Te esperamos aquí —señalo a Ansel para que vea que no nos movemos—. Tómate tu tiempo.

La miro alejarse. Cuando desaparece por la puerta del fondo, resoplo y me paso las manos por el pelo, tratando de aclarar pensamientos que llevan semanas retorciéndose como cables pelados.

Llevo mis ojos hacia Ansel con la misma actitud con la que uno podría acercarse a una silla eléctrica.

—No conocía esta faceta tuya de ir rescatando damiselas en apuros —se mofa, dándome un manotazo entre los omóplatos. Lo suficientemente fuerte para que duela pero no para romperme una costilla.

—No creo que ella encaje en la definición de damisela en apuros —corrijo.

—No —admite—. Es más bien una guerrera en posición de batalla.

—Permanente —añado.

—En posición de batalla permanente —ratifica, moviendo la cabeza—. Eso se ve desde la puerta. No hace falta ni hacerle un test.

Lo miro sin parpadear un segundo.

—¿Aceptas el reto entonces?

—¿Cuándo te he dicho yo que no? —ríe, dándome otra palmada, más suave—. Aunque veo que esta vez es diferente.

La frase abre una grieta que yo no quería abrir hoy.

—¿A qué te refieres? —pregunto, automático, defensivo, como si me hubiera hecho un pase raso al centro del área y yo tuviera que despejar.

Ansel me barre con la mirada. El cabrón siempre ha tenido ese talento: verte por capas.

—No sé, tío —dice con un tono demasiado ligero para lo que viene después—. Te veo más involucrado. ¿Hay algo que me quieras contar?

Podría reírme. Podría mandar todo a la mierda. Podría fingir. En su lugar, me sale la opción número cuatro:

—¿Me harías esa misma pregunta si en vez de traerte a una mujer te hubiera traído a uno de mis jugadores?

Él no pestañea.

—Jon, no me jodas —responde con calma quirúrgica—. A tus jugadores no los miras así.

—Ansel…

—Escucha —interrumpe, y me agarra por el brazo para que no huya de la conversación—. No hay nada de malo en ello. Tienes derecho a tener conexiones con la gente. A sentir cosas. A no vivir como si estuvieras en perpetuo modo avión emocional.

Se detiene. Me escanea de arriba abajo. Es como si estuviera calibrando el momento antes de soltar la bomba.

—Tienes derecho a enamorarte —dictamina finalmente—. Incluso de una de tus jugadoras. Y eso también estaría bien.

Se me sube la sangre a la cara. No sé si es vergüenza, enfado o pánico.

—No —digo, firme, preciso—. No estaría bien. Es poco profesional. Es imprudente. Es una cagada monumental. No voy a dejar que nadie insinúe algo así. Soy su entrenador. Punto.

—Lo que tú digas, tío —responde con una sonrisa ladeada, claramente incrédulo, mientras sube al cuadrilátero para recolocarse las vendas—. Sabes que estoy aquí para lo que necesites. Incluso para una buena pelea.

Señala con la cabeza un par de guantes que cuelgan de un gancho en la pared. La tentación me atraviesa el pecho como un golpe directo. Nada resetea mejor que intentar arrancarle la cabeza a Ansel durante diez asaltos. Pero no he venido por mí. Hoy no. Hoy me toca callarme mis mierdas.

Lauren vuelve en ese momento. Avanza sin prisa, con ese modo alerta perpetuo que parece tatuado en su ADN.

—¿Subes aquí arriba conmigo, rubita? —la provoca Ansel desde las cuerdas.

Ella me mira a mí. No a él.

Me digo, en silencio: *por favor, no te vayas*.

—¿Quieres que sigamos con esto? —pregunto en voz alta—. Podemos volver otro día.

No la intento convencer. Intento darle una salida si es lo que necesita ahora mismo. La elección es importante. Lo aprendí con jugadores que solo recuperaron el juego cuando recuperaron la capacidad de decisión.

Su respuesta es otra cosa:

—¿Desde cuándo permites que alguien se rinda, Alkiza?

—Deja que esta guerrera suba aquí arriba y saque lo que sea que la esté limitando —remata Warren.

Nos quedamos unos segundos en un limbo raro, tenso, digno de tiempo añadido. Luego asiente. Sube al cuadrilátero. Ansel le tiende de nuevo los guantes rojos.

Los métodos de Ansel son viscerales. No hay preguntas blandas ni metáforas ni ejercicios de respiración. Hay puñetazos. Hay ira. Hay memoria muscular del trauma. No hace distinciones entre mujeres u hombres. Solo entre quienes están dispuestos a bajar al barro y quienes no.

Ojalá vea a Lauren.

Ojalá encuentre la grieta.

Ojalá la traiga de vuelta.

Porque si ella vuelve, si la leona recupera algo de su rugido, puede que el Leyton también tenga una oportunidad.

Y aunque no lo admitiría delante de media Premier ni de Dios Padre, también puede que yo la tenga.

LAUREN

—Dame con todo lo que tengas.

Lo digo porque odio sentirme a la defensiva y porque, joder, prefiero sangrar antes que quedarme quieta. Y también porque hay algo dentro de mí que, aunque no quiera admitirlo, está pidiendo pelea.

Ansel Warren levanta las manos, enguantadas con esas manoplas gruesas de cuero que han visto más traumas que la mitad de los psicólogos de Londres juntos.

—Eso me gusta, rubita. La gente que pide guerra suele ser la que más necesita dejar de huir.

No sé si pretende provocarme o si simplemente está diagnosticando al vuelo, pero el comentario me empuja hacia adelante y lanzo el primer directo con la derecha. No es técnico —ni siquiera limpio—, pero suena. Y cuando un golpe suena, aunque sea feo, hay algo de verdad detrás.

El impacto me atraviesa el brazo hasta los pulmones. No me quedo ahí. Giro, pongo el peso sobre la pierna izquierda, cruzo con la derecha. Otro golpe. Otro. Y otro.

Furia. Competición. Miedo. Todo mezclado en un cóctel que no sé cómo destripar con palabras. Con golpes, en cambio, sí.

—Eso es —dice Ansel sin moverse del sitio—. No lo pienses. Lo estás pensando. No lo pienses, rubita. Golpea.

Le hago caso. Más asaltos. Más respiración entrecortada. Mis ojos se humedecen sin permiso. Me cabrea. Lo odio. No sé qué coño está pasando ni de dónde sale tanto.

En algún momento él da un paso atrás, levanta ambas manos en señal de alto.

—Para.

Me detengo porque mi cuerpo quiere colapsar, no porque mi mente quiera obedecer.

—Respira por la nariz —ordena—. Más lento. No hiperventiles en mi gimnasio, que luego me toca reanimar cadáveres y hoy llevo un retraso de la hostia con las consultas.

Me hace gracia. De verdad. Lo odio.

Obedezco.

Mi pecho baja milímetros. Mis costillas se expanden un poco más. Mi cerebro deja de sonar como una sirena de emergencia.

—Bien —dice. Se apoya en las cuerdas e inclina la cabeza hacia el lado—. Ahora dime una cosa. ¿Qué haces cuando te duele algo?

Parpadeo, confusa.

—¿En el campo o en la vida real?

—En el campo, rubita. Empecemos por lo fácil.

Me paso la lengua por los labios, tragando saliva para recomponer la garganta.

—Analizo el dolor. Ubico. Ajusto. Sigo.

—¿Y en la vida real?

Silencio.

Ni siquiera hace falta pensarla: en la vida real no analizo, no ubico, no ajusto. Solo sigo. Aunque esté sangrando.

—Claro —dice Ansel, como si hubiera leído la respuesta directamente de mi laringe—. Lo que hace un buen deportista suele matar al ser humano que lo habita. Interesante.

Casi le digo que deje la psicología barata. Pero él no lo hace barato. Lo hace quirúrgico.

—Siguiente pregunta —prosigue sin darme respiro—. ¿Qué pasó el día que te rompiste la rodilla?

Se me endurece el estómago.

Ahí está. El tema. La mierda nuclear.

—Fue una carga —digo—. Minuto setenta y tres. Íbamos uno a cero y…

—No. No quiero el parte técnico. Ese ya me lo sé. Está en YouTube en cámara lenta desde cinco ángulos distintos y con comentaristas mediocres narrándolo en tiempo real. Quiero lo otro. Lo que nadie oyó.

Trago saliva. Sabe a metal.

—No sé a qué te refieres.

—Me refiero —me interrumpe con suavidad desconcertante— a cuando tu cerebro dijo *mierda, no llego* dos segundos antes de que tu cuerpo dijera *no llego, pero yo voy igual*.

El corazón me da un latigazo.

Ah. Ese no llego. Ese pensamiento.

Ese preciso instante.

No supe que existía hasta que lo escuché dentro de mi cabeza la noche del hospital, con la pierna envuelta en hielo y vendajes, y el silencio rompiéndome los tímpanos.

Me muerdo el labio. No respondo. No tengo cómo.

Ansel baja la cabeza y vuelve a levantarla. No aprieta, no fuerza, solo deja el espacio abierto.

—Déjame adivinar, rubita. La lesión no fue el trauma. El trauma fue que ese *no llego* era verdad.

El mundo se me tambalea un segundo.

No por lo que dice, sino porque odio que me hayan pillado.

Las lágrimas suben otra vez. Las contengo igual que una fractura mal consolidada: tensando todo a mi alrededor.

—No era verdad —consigo decir, casi con rabia—. Yo siempre llegaba.

—Claro —admite él—. Pero ese día no. Y eso jodió algo más profundo que la rodilla. Jodió la identidad.

La palabra identidad me golpea más fuerte que cualquier directo.

Porque nadie me había dicho eso.

Porque nadie me había dado permiso para siquiera contemplar esa posibilidad.

Porque yo no era Lauren Mitchell, la chica, la hija, la hermana.

«*Yo era la que llegaba siempre*».

Y cuando dejó de ser cierto, no supe quién carajo quedaba.

No sé en qué momento siento que puedo perder el equilibrio. Me apoyo en las cuerdas del cuadrilátero para evitar que el temblor de mis piernas me haga irme al suelo. No es derrumbe dramático. Es aterrizaje controlado. Mis guantes se apoyan en las cuerdas. Mi respiración es irregular, pero no histérica.

No hay grito esta vez. Solo cansancio.

Ansel se acerca, apoyando un antebrazo a mi lado. No me toca.

Gracias, dios. O lo que sea.

—La gente cree que el trauma deportivo es miedo a lesionarse —dice—. Pero el verdadero trauma es miedo a no ser ya la persona que eras antes de lesionarte.

Cierro los ojos.

Lo siento en el abdomen. En la columna. En esa parte blanda debajo del esternón donde guardo todo lo que no digo en voz alta.

—¿Y ahora qué? —pregunto sin fuerzas para la ironía.

Ahí es cuando su cara cambia: menos oso, más Oxford.

—Ahora entrenamos al cuerpo para que vuelva a confiar en sí mismo —dice—. Y a la mente para que deje de exigir que seas la

versión anterior de ti. Esa ya murió. Y no pasa nada.

Respiro como si acabara de emerger del agua.

—¿Y si no sé quién coño soy ahora?

—Entonces lo descubrimos —responde sin pizca de duda—. Para eso estamos. Jon para devolverte al campo. Yo para devolverte a ti.

Miro hacia abajo, hacia la lona, hacia mis guantes. La rabia ya no es ruidosa. Es una brasa. Y las brasas, cuando las soplas, vuelven a arder.

Me incorporo despacio. Mis piernas siguen temblando. No es debilidad. Es descarga.

Al bajar del cuadrilátero, Jon sigue ahí. No ha movido un músculo desde que empezó todo. Me observa como si algo en él también hubiera recibido impacto.

No dice nada.

No hace falta.

Yo sí lo hago. No sé por qué.

—Te odio.

Lo digo sin dramatismo. Solo verdad.

Jon asiente. Una vez. Solo una.

Ansel termina la sesión sin aplausos ni moralejas.

—Hasta aquí por hoy, rubita. Te veo el miércoles. Trae agua. Y trae esa mala leche tuya. Es material clínico de primera.

Me quito los guantes. Me guardo mi corazón entre los dientes. Cojo mi bolsa. Me giro hacia Jon.

—Te odio —repito—. Pero joder… hace mucho que no sentía que algo me movía por dentro.

Él responde tan bajo que casi no lo oigo:

—Eso es empezar.

Salimos del gimnasio cuando ya ha amanecido. Londres está gris, húmedo y feo.

Yo también, en cierto modo.

Pero hay una diferencia casi imperceptible:

Hoy no estoy derrotada.

Solo cansada.
Y eso, en mi mundo, es un matiz enorme.

CAPÍTULO 10
LAUREN

Cuesta cambiar de opinión.

Al menos, a mí me cuesta muchísimo. Siempre me ha pasado.

Cada día que pasa desde que acepté las condiciones de Alkiza, mi cabeza libra una guerra civil entre lo que pensaba de él y lo que voy descubriendo con cada nueva sesión de entrenamiento.

Antes me despertaba a las cuatro de la mañana odiando el mundo, al club, al fútbol y, sobre todo, a él. Ahora suena la alarma y, aunque mi primer impulso sigue siendo tirarla por la ventana y volver a enterrarme bajo el edredón, hay… algo. Una fuerza rara, tozuda, que me empuja a poner los pies en el suelo.

Incluso los días de boxeo con Ansel Warren, ese salvaje titulado *Cum Laude* que consigue sacar lo peor y lo mejor de mí sobre un ring en el que, años atrás, se subía mi padre. Eso no ayuda precisamente a la paz interior.

—¿Crees que esta semana saldrás del banquillo? —pregunta Nadia, espatarrada en mi sofá como si fuera suyo.

Es sábado por la tarde, finales de noviembre, y lleva tirada desde que hemos vuelto del entrenamiento de esta mañana. Esta semana no hay jornada de liga por los partidos internacionales de selecciones absolutas y, como es obvio, yo no tengo que viajar porque no estoy convocada. Otra vez. Nadia lleva semana y media con molestias en los abductores, y los suecos han decidido que descanse en lugar de llevársela a Países Bajos.

—No es un castigo, Nad —replico, sentándome junto a ella con el bol de patatas fritas—. Es… otra cosa.

—Es un castigo, se ve desde la luna —sentencia, sin despegar los ojos de la tele—. Es como si te culpara a ti de los malos resultados

del principio.

—Pues, si eso es verdad, los resultados de los últimos cuatro partidos le están dando la razón —digo, con una sonrisa torcida.

En las últimas semanas hemos ganado un partido al Bristol —lo cual tampoco es para sacar pecho, son el único equipo más desastre que nosotras— y otro al Brighton, gracias a un penalti a nuestro favor en el último minuto cuando íbamos cero a cero. Los otros dos, empate: uno contra el Tottenham y otro contra el todopoderoso Manchester United.

Ese último empate es el que más nos ha subido la moral. Nadie esperaba que saliéramos del Leigh Sports Village[6] con un 2–2. Menos aún después de cómo empezamos la temporada.

—No digas que da resultado —protesta Nadia—. El equipo te echa de menos.

—Soy prescindible, Nadia —aseguro, encogiéndome de hombros —. Todas lo somos, en mayor o menor medida. Y eso es bueno. Significa que no dependemos de una sola persona.

Ella se incorpora, apoyando los codos en las rodillas, y me mira como si acabara de decir que la Tierra es plana.

—Lauren. Mitchell. Prescindible. No te lo crees ni tú —remarca, sílaba por sílaba.

—Mira la clasificación —respondo—. Estáis funcionando mejor sin mí en el campo.

—Estamos funcionando diferente —matiza—. Y no infravalores tu trabajo de fantasma en la banda, ni que llevas semanas levantándote a las cinco para currártelo con el ogro.

Querría creerla. De verdad. Pero hay un peso constante en el pecho que no se va ni con las victorias, ni con las risas, ni con el boxeo. Menos con el boxeo: ahí solo se desata.

Nadia consulta el móvil y, de repente, se le ponen los ojos como platos.

—Mierda. Vamos a llegar tarde.

Salta del sofá como impulsada por un resorte.

—¿Has quedado? —pregunto, desorientada.

Los únicos planes del día eran: sofá, comida a domicilio, cervezas y sentirnos mal por las cervezas mientras nos metemos otra patata frita en la boca. Ese tipo de productividad.

—Hemos quedado —me corrige, tirando de mi pierna—. Venga, arriba, que no quiero que me maten.

—¿Quién te va a matar? ¿La Premier? ¿Joanne? ¿El ogro? —me agarro al respaldo del sofá como si fuera un naufragio.

—La vida social, *älskling*[7] —responde, dramática—. No puedes quedarte en casa todos los días. Venga, es algo tranquilo. Y divertido.

—Paso, Nad. De verdad. Quiero dormitar y olvidarme de que en tres días viajamos a Leicester para calentar banquillo. Otra vez.

Me subo la manta hasta la barbilla. Escudo oficial antivida.

—No puedes seguir así —insiste, tirando de la manta hasta dejármela por la cintura—. Del entreno a casa, de casa al entreno, boxeo, terapia, ogro, sofá, ogro otra vez…

—Hace frío —añado, como argumento estrella. Me abrazo a mí misma—. Mucho frío.

—Eres un muermo —se ríe, sin piedad—. Y lo peor es que eres un muermo guapísimo, lo cual es un insulto a la humanidad.

—No voy a ningún sitio —declaro—. ¿Cuál es el plan, exactamente?

Se sienta a mi lado, poniéndose misteriosa. A veces creo que Nadia vive convencida de que hay una cámara grabándola permanentemente.

—Me alegra que, por fin, me hagas la pregunta adecuada —dice, encantada—. Vamos al teatro.

Parpadeo.

—¿Teatro?

—Teatro —repite, sonriente.

Me tienta. No lo esperaba. Pero me tienta.

—Podría ir al teatro —admito, tras un par de segundos—. Me gusta el teatro.

Nadia se ilumina como si le hubieran enchufado una guirnalda navideña.

—Perfecto. No me da tiempo a pasar por casa, así que nos vestimos aquí y vamos juntas. Tengo suerte de que me encante toda tu ropa —anuncia, ya de pie.

Y sin pedir permiso, me arrastra hacia mi habitación. Cruza la puerta de mi vestidor —mi pequeño santuario, mi único capricho serio de adulta con sueldo de futbolista— y empieza a sacar perchas a lo loco.

Vestidos que ni recordaba tener, faldas, tops que no veo desde antes de la triada, medias, chaquetas. Todo acaba encima de la cama en cuestión de segundos, hasta formar una montaña de tela negra y brillo.

—Vete pasándote las planchas o algo —dice, organizándose como si estuviera montando un desfile—. Enseguida te hago un *outfit*.

Hace un gesto con la mano, como quien da puerta a un asistente, y yo obedezco como una muñeca sin voluntad. Cuando Nadia se pone en este modo dictatorial, lo más sano es seguirle la corriente.

Entro en el baño y busco las planchas y el neceser de maquillaje. Hace siglos que no abro ninguno de los dos.

Antes de la lesión, arreglarme era casi un ritual. Lápiz de labios, *eyeliner*, tacones. No por nadie en concreto, sino por mí. Me hacía sentir fuerte, invencible, como si saliera al mundo con armadura brillante.

Luego vino la triada.

Y la rehabilitación eterna.

Y la salida por la puerta de atrás del City.

Y el Leyton.

Y todo lo demás.

Desde entonces, lo más glamuroso que he hecho ha sido ponerme rímel para la presentación del equipo y aquel infierno de fiesta en casa de sir Leyton. Ni en Navidad. La Nochebuena es para trabajar, y mis Navidades son chándal, sofá en casa de Alana y

Dillon, películas de los ochenta y horchata valenciana que trae la madre de Dillon como si fuera oro líquido.

Ni con Calum me arreglaba. Con Calum no hacía falta salir de la cama para nada, y no en el buen sentido.

Me miro en el espejo del baño. Ojeras, coleta deshecha, cejas pidiendo socorro. No es dramático, pero tampoco es la Lauren que recuerdo de hace unos años, la que caminaba por los pasillos del Etihad como si el estadio le perteneciera.

—Oye —grito hacia la habitación—. ¿Hace falta prepararse tanto para ir al teatro?

La risa de Nadia atraviesa la pared.

—Venga, que ponerte mona no te va a matar. Con lo guapa que eres y el poco partido que te sacas, Lau.

Resoplo, pero enciendo las planchas. Al final me dejo arrastrar por la corriente. Con mucha ayuda de Nadia, acabo con un aspecto… decente tirando a peligroso.

Falda negra midi con abertura en el lateral derecho que enseña más pierna de la que me parece apropiada para ver una obra. Top negro semitransparente que deja entrever el sujetador. Medias. Botines de tacón. Chaqueta corta.

Me miro y casi me sonrojo conmigo misma.

—Nadia, esto es demasiado —murmuro, girándome frente al espejo.

Ella, detrás, sonríe satisfecha.

—Estás ideal. De nada.

—Es para ir al teatro, no para una fiesta de fin de año —protesto.

—Los teatros del West End no son parroquias, *älskling*. En serio, estás increíble.

Ella va a juego: más negro, más transparencias, un pintalabios rojo que le sienta de escándalo y ese aire de *sí, sé perfectamente lo que hago* que yo ahora mismo envidio muchísimo.

Ni siquiera recordaba tener la mayoría de las prendas que llevo puestas. Es como si Nadia hubiera abierto un portal a la Lauren prelesión y le hubiera robado el armario.

Cuando llegamos al Soho, Londres está en modo postal: luces, neón, turistas haciéndose fotos, ese ruido constante de ciudad que no se calla nunca. Intento hacer memoria rápida de los teatros de la zona: Palace Theatre, London Palladium, Prince Edward, Piccadilly…

Me pregunto qué obra vamos a ver. Quizá un musical, una comedia ligera, algo de risa. Nadia ha sido hermética. "Sorpresa", ha repetido. Odio la palabra "sorpresa" casi tanto como la palabra "transferible".

Lo que sí es una sorpresa es el lugar donde se detiene.

No es un teatro clásico de fachada antigua y mármol, sino un edificio moderno, de fachada roja y negra, con tuberías vistas y detalles *steampunk*. De dentro sale música actual, un remix que suena en todos los gimnasios últimamente. En letras luminosas, el cartel:

The Theater.

El Teatro. Claro que sí.

—¿En serio? —pregunto, clavándola en el sitio con la mirada.

Cruzo los brazos. Es mi postura oficial de enfado. Nadia me mira con cara de *no me mates*.

—Perdona, Lauren —empieza, con esa vocecita dulce que saca cuando sabe que ha metido la pata—. Sé que he sido ligeramente ambigua…

—¿Ligeramente? —alzo una ceja. Mi voz sube dos o tres octavas.

—Bueno —concede—, quizá un pelín más que ligeramente. Pero tengo mis razones, te lo juro.

—¿Y cuáles son? —exijo, sin darle respiro.

Se recoloca el bolso al hombro, se pasa una mano por el pelo perfectamente peinado y se lanza.

—Es una fiesta. Una fiesta de cumpleaños.

La miro como si acabara de decirme que vamos a entrar en un matadero.

—¿Y…? —mi cara es un enorme *¿y qué?*

—Una fiesta de cumpleaños sorpresa —añade, midiendo mis gestos—, que hemos organizado y a la que, quizá, te ibas a negar si

te lo proponía a la cara, sin disfrazarlo de *vamos al teatro*.

Bufo tan fuerte que casi me descuelgo los pendientes.

No voy a dar media vuelta e irme a casa —estamos aquí, estoy maquillada, llevo medias sin carreras, mi amiga se ha partido la espalda para que salga—, pero me gustaría dejar constancia oficial de que *ganas* no me faltan.

—Me quedo veinte minutos —dictamino, señalándola con el dedo —. Veinte. Luego me pido un taxi y me voy. ¿De quién es el maldito cumpleaños?

Nadia sonríe con ese brillo de conspiradora peligrosa.

—Pasa, anda, y mejor lo compruebas por ti misma.

JON

Hace frío en Londres.

Ese frío húmedo cabrón que se te cuela por los huesos y te recuerda que vivir en esta ciudad es, básicamente, un deporte extremo.

A mediados de noviembre ya anochece a media tarde, y lo que más me apetece es quedarme en casa con una botella de whisky decente y un par de partidos que volver a ver para torturarme con todo lo que aún no hace bien el Leyton.

En lugar de eso, estoy bajando de un taxi en plena zona del Soho porque Arthur ha decidido que *hoy* es el mejor día para que lo acompañe a ver a su hermano debutar como monologuista o algo por el estilo.

—Acompañarte no significa que vaya a ser buena compañía —le advierto mientras le paga al taxista—. Un rato, y me largo.

—Con que aguantes hasta que salga mi hermano me vale —dice Arthur, subiéndose la bufanda y metiendo las manos en los bolsillos —. Luego eres libre de volver a tu cueva y analizar córneres hasta las tantas.

No descarto que eso sea exactamente lo que voy a hacer.

Arthur Collingham es un buen tipo. De esos que escasean. Ronda los cincuenta, tiene más años de banquillo que yo de vida profesional y un corazón que, en este mundillo, vale oro. Podría haber estado en ligas más grandes, en clubes con muchos más ceros… pero se quedó aquí y se especializó en fútbol femenino cuando a nadie le interesaba.

Ahora, conmigo en el Leyton, se deja la piel. Defiende el club, defiende a las chicas… y, cuando toca, defiende incluso decisiones con las que él mismo no está del todo de acuerdo. Como mandar al banquillo a Lauren Mitchell.

Aparto el pensamiento antes de que me atrape.

—Es aquí —dice Arthur, parando frente a un local con neón rojizo: *The Theater*.

Tiene pinta de club nocturno caro con aspiraciones artísticas. De esas fachadas que a Sam le encantan porque huelen a champán y fotos con filtros de Instagram.

—¿Tu hermano actúa en garitos con nombre pretencioso? —pregunto.

—Mi hermano actúa donde le dejen cobrar entradas —replica, divertido—. Dame un segundo, voy a llamarlo para ver si ya está dentro.

Mientras habla por teléfono, repaso mentalmente lo que tengo que hacer esta semana: revisionar vídeo del Leicester, ajustar la presión de Nadia si nos dejan sus abductores cargados, convencer a Olivia de que no se crea Dani Alves cada vez que cruza el centro del campo. Nada que no pueda hacer resacoso, si me pongo. No es que tenga intención de emborracharme… pero la idea flota.

Arthur cuelga y me hace un gesto.

—Está dentro. Pasa tú. Yo cierro con el de la puerta.

Abro la puerta acristalada esperando ruido, música, gente, algo.

Nada.

Silencio. Oscuridad. Solo una penumbra rara y eco de mis propios pasos.

Frunzo el ceño.

El local, a oscuras, parece cerrado. Puedo intuir las butacas, el escenario al fondo. Es realmente un teatro, no un club del todo. Muy bonito, con un toque elegante, barroco y desfasado al que le pega muy poco monólogos de hermano fracasado.

—Arthur, ¿estás seguro de que…?

—¡SORPRESA!

Las luces se encienden de golpe.

El corazón se me sube a la garganta.

De todos los rincones empiezan a salir personas como si estuvieran rodando un anuncio de Navidad: caras conocidas, voces, risas. Aplauden. Silban. Alguien me grita *"¡Johnny boy!"* desde un balcón.

—Joder… —mascullo.

Medio Manchester City está aquí. Literalmente. Veo a dos de mis ex defensas, a un preparador físico, a la nutricionista. Veo también caras del Leyton: Nadia, Olivia Torres, Campbell, alguna más. Creo que incluso he visto a Joanne Clarkson en la barra, con una copa en la mano y cara de orgullo absurdo.

Y la veo a ella.

Lauren Mitchell está un poco más apartada del corrillo principal, casi al fondo, como si quisiera pasar desapercibida. Lleva ropa apropiada para un club nocturno, nada que le haya visto antes; se me hace extraño verla sin chándal, sudadera o camiseta de entrenamiento. No sé si está más incómoda ella con esa ropa o yo con la idea de verla así.

Aparto la mirada demasiado deprisa. No sé si alguien se da cuenta.

—¡Feliz cumpleaños, niño bonito!

La voz me golpea antes que el abrazo.

Sam me rodea como si no nos hubiéramos visto en diez años, dándome palmadas en la espalda que, si no estuviera en buena forma, me recolocarían la columna.

—¿Qué te parece este tinglado, tío? —dice, separándose para poder ver mi cara.

Tiene esa sonrisa suya de sé que *me odias ahora, pero vas a agradecerme esto durante décadas*.

—Sam… —respiro hondo, observo a mi alrededor y fuerzo una sonrisa—. ¿Qué cojones es todo esto?

—¿Qué va a ser? ¡Tu fiesta de cumpleaños! —abre los brazos, orgulloso—. ¿De verdad pensabas que te iba a dejar pudrirte solo en esta ciudad gris mientras cumples treinta y seis? ¡Ni de coña!

—Te tengo dicho que no me montes estas mierdas —le recuerdo, con calma.

—Y yo te tengo dicho que no seas tan muermo —replica—. Además, reconócelo, nadie aquí sabía que era tu cumpleaños hasta que yo he cogido el teléfono.

En eso tiene razón.

Hasta esta mañana, yo era feliz pensando que nadie, absolutamente nadie, iba a mencionarlo.

—Te he traído a la gente que te ha aguantado las manías estos años —sigue Sam, señalando alrededor—. City, Leyton, amigos varios, algún que otro excompañero… Y sí, vale, puede que te apetezca matarme ahora mismo, es normal. Pero también sé que este año está siendo una mierda y que, si no te empujo, te enroscas en tu sofá a revisar estadísticas hasta los setenta.

Me aprieta los hombros y baja un poco la voz.

—Así que yo voy a pasar por alto tu cara de pocos amigos, me voy a olvidar de que todavía no me has dado las gracias por organizarte la mejor fiesta de tu vida y dejaré que me llames mañana con una resaca monumental para decirme que soy un genio.

Se ríe solo. Me arrastra con él.

Yo no me río tanto, pero se me afloja algo por dentro. No puedo estar enfadado con Sam más de cinco minutos seguidos; lo sabe, y lo explota.

—Olvídate de la resaca. Tenemos partido el miércoles en Leicester —le recuerdo—. No sé por quién me tomas.

—Por un tío que se sabe controlar —dice, muy serio durante exactamente dos segundos, hasta que vuelve a sonreír—. Además, me tienes a mí. Introduciré control de daños si hace falta.

No quiero saber qué entiende Sam por *control de daños.*

Me dejo arrastrar de corro en corro. Saludo a exjugadores que crecieron conmigo, a miembros del staff del City, a tipos que hace años que no veía y que ahora trabajan en televisión. También a gente del Leyton.

Nadia se me cuelga del cuello como si fuéramos amigos de la infancia.

—¡Entrenador! ¡Por muchos años más sacando de la cama a la gente a las cinco de la mañana! —brinda con una cerveza en alto.

—Para algunos, eso no es una felicitación, es una amenaza —le contesto, pero sonrío.

Olivia me planta dos besos sonoros y me llama *jefe* con su acento sevillano cotorra. Sara Quinn me da un apretón de manos serio, como si estuviera firmando un contrato, y me dice que espera seguir aprendiendo mucho de mí con una solemnidad que me hace sentir incómodo.

No busco a Mitchell.

No activamente, quiero decir.

Simplemente, la localizo cada vez que cambio de posición.

Está con Nadia un rato, luego con Kylee y Nara Norton, luego se acerca a la barra, luego escucha a Arthur contar algo exagerado. Se ríe, pero no del todo. Tiene ese gesto suyo de estar ahí sin estarlo, como si pudiera desaparecer cuando quisiera.

Procuro no mirarla demasiado. No siempre lo consigo.

La música sube un poco. El local es una mezcla rara entre teatro y sala de eventos: techos altos, columnas de hierro, balcones laterales, lámparas de aspecto industrial, algún engranaje decorativo en la pared. *Steampunk*, que lo llama Sam. A mí todo me parece *demasiado*.

En el escenario han puesto un proyector donde, de vez en cuando, aparecen fotos mías: con camiseta del Athletic, levantando

un trofeo con el City, haciendo el idiota con Sam en Ibiza. Cada vez que veo una, quiero disolverme en el suelo.

—¿Te estás divirtiendo? —Arthur se acerca con una copa de vino —. Porque si no, puedo fingir que me siento mal y nos vamos.

—No te pienso dar ese gusto —respondo—. Pero gracias por ser tan compasivo en mi día.

—De nada, jefe. Sabes que te quiero ver sufrir —bromea.

—Ya, de ahí la encerrona, me imagino.

Sonríe y se encoge de hombros. Supongo que para él ha sido imposible escapar de los encantos de Sam, aunque también creo que no le ha importado lo más mínimo. Arthur lleva un actor genuino dentro de su disfraz de entrenador de fútbol femenino.

Pasada más de una hora, empiezo a calcular mentalmente la posibilidad de una retirada táctica.
No desaparecer en plan drama, simplemente ir al baño, mandar un mensaje a Sam, pedir un taxi y salir por otra puerta. Estoy casi seguro de que podría lograrlo sin demasiados esfuerzos.

Estoy mirando justo hacia la puerta cuando se abre.

Y el plan muere, muy rápido.

La figura que entra la reconocería incluso con los ojos cerrados. La postura, la manera de andar, el tipo de abrigo que lleva, el brillo del pelo oscuro cayendo sobre los hombros, las piernas eternas en unos tacones imposibles.

Indira.

Siento el impacto primero en el estómago, luego en el pecho. Como si alguien me hubiera dado un rodillazo desde dentro.

La sala sigue llena de ruido, de música, de conversaciones, pero el sonido se me aleja unos segundos. Ella avanza despacio, con esa seguridad de quien sabe perfectamente que todas las miradas van a ir hacia ella, y no le importa.

Modelo brasileña, portada de medio planeta, exnovia oficial de Jon Alkiza durante un año entero.
También: persona que conoce demasiadas partes de mí que dejé de enseñar hace mucho tiempo.

Sam chillará como un gorila en cuanto la vea. No necesito mirar para saberlo; lo conozco. Probablemente ha sido cosa suya. Quién, si no. Pudo enviarle un mensaje: *"Ven a Londres, lo necesita. Y de paso nos lo pasamos bien."* Es su estilo.

Indira me ve antes de que yo tenga tiempo de decidir si mirar hacia otro lado. Sonríe. Esa sonrisa de campaña de perfume, perfecta, pero que yo recuerdo borracha a las cuatro de la mañana comiendo pizza fría en un portal.

Camina hacia mí. Cada paso es un recuerdo distinto: una final de copa, una pelea en un hotel, una portada de periódico sensacionalista, una noche en Río con calor brutal y ropa pegada a la piel.

Noto la mandíbula tensa. No sé si quiero que se acerque o que dé media vuelta y desaparezca.

No da media vuelta.

Se planta frente a mí, tan tranquila, tan en su elemento. Huele exactamente igual que la última vez que la tuve cerca: caro, intenso, un punto dulce que siempre me pareció una trampa.

—Feliz cumpleaños, Jon —susurra, inclinándose lo justo para que solo yo la escuche, la voz aterciopelada por encima de la música con ese acento caribeño que acaricia y atraviesa.

Apoya la mano en mi cuello, se eleva un poco sobre los tacones y deja un beso en mis labios. No es largo, no es intenso. Es calculado. Lo suficiente para ser ambiguo. Lo suficiente para que cualquiera que mire pueda interpretarlo como le dé la gana.

Siento el roce, la memoria muscular hace su trabajo, el cuerpo reacciona antes que la cabeza.

La cabeza, sin embargo, va por libre.

Se me cruzan demasiadas imágenes a la vez: mis sesiones de boxeo con Ansel, Lauren jadeando en el césped con la rodilla entre mis manos, las portadas de hace dos años con Indira abrazándome en Mánchester, los titulares que decían que yo era el *entrenador dorado* con la *novia perfecta*.

Trago saliva.

—Indira…

LAUREN

Tres zumos de frutas y un dolor creciente en los pies por los tacones que Nadia decidió que eran imprescindibles, estoy semitumbada en un sofá de los reservados del piso superior, junto a uno de los antiguos palcos del teatro que debió de ser este sitio antes de reconvertirse en local de ocio nocturno.

La vista desde aquí es buena: permite observar sin participar. Perfecto para alguien que no ha salido a socializar en dos años. Muchas de las chicas del equipo van y vienen —se sientan, cuchichean, se presentan con sus parejas, con novedades sentimentales recién adquiridas, o entre ellas en grupitos de dos o tres—, entre risas, cervezas y anécdotas. Parece que el límite tácito son dos cervezas y ni una más. Norma estricta cuando hay partido en tres días y el entrenador anda suelto. Las veteranas ni siquiera lo discuten.

Nadia está charlando con un jugador del Manchester City que insiste en hacerme partícipe de una conversación que, si tuviera una materia prima, se habría extinguido sola por falta de oxígeno. No es mal tipo, de hecho lo recuerdo de cuando compartíamos club, pero ya entonces no me parecía especialmente estimulante, lo cual no impide que mi amiga lo esté mirando con una fascinación que rozaría lo científico.

El enfado con Nadia por el engaño de esta tarde ya se me ha pasado. También la ofensa por haber mantenido en secreto la existencia de esta fiesta toda la semana. Según ella, si lo hubiera sabido, habría sido mucho más probable que, en un arranque, hubiera discutido con Alkiza durante cualquier sesión y me hubiera ido de la lengua. Lo peor es que tiene razón. Me conozco. Y me conozco especialmente con él.

A veces me pregunto por qué todo se ha vuelto tan complicado entre mi cabeza y el mundo. Antes las cosas eran simples: jugaba, competía, ganaba, me reía, salía, hacía planes, me vestía para

sentirme guapa y poderosa, y dejaba que las cosas sucedieran sin preguntarme si el universo pretendía hundirme o enseñarme una lección trascendental. No cargaba nada con peso filosófico. Vivía.

Ahora parece que tengo un departamento de análisis existencial dentro de la cabeza que evalúa absolutamente todo.

La música cambia y suena algo de The Weeknd cuando me levanto y me acerco al balcón del palco. Desde arriba, el panorama del piso inferior impresiona. Más jugadores, más modelos de catálogo, más chicas del Leyton. Mucho brillo, mucha conversación ligera, mucho postureo… y yo, intentando acordarme de cómo se juega a esto de la vida social.

Bebo el último sorbo de mi zumo como si fuera vodka y dejo que mi vista lo recorra entero.

Jon Alkiza.

El entrenador. El protagonista involuntario de esta encerrona en forma de fiesta. Está abajo, cerca de la puerta, con la expresión de quien sopesa seriamente la posibilidad de abrirla y desaparecer. Esa expresión, por cierto, la reconozco muy bien: la mía propia en la mayoría de eventos no deportivos.

Está tenso, incómodo, casi atrapado en sí mismo. Me sorprende lo mucho que me divierte descubrirlo igual que yo: fuera de lugar, superado, con un aire de querer gritarle al mundo que lo dejen en paz.

Me sorprendo sonriendo. Si se lo dijera, seguro que acabaríamos lanzándonos alguna pulla mutua, como siempre. Él haría algún comentario borde, yo exageraría mi indignación como si fuéramos enemigos públicos y, al final, se nos escaparía la risa a los dos. Es nuestro equilibrio enfermizamente funcional.

Quizá debería acercarme. Felicitarlo. Despedirme. Y luego irme a casa a quitarme estos tacones asesinos, el maquillaje y la sensación pegajosa de no encajar ya en ningún sitio que antes era mío.

Me giro hacia Nadia.

—Nad, me largo —anuncio. Ella apenas levanta la mirada del jugador del City, demasiado ocupada sobreviviendo a la proximidad

de sus pecas—. Te dejo en buena compañía.

No espero respuesta. No necesito sermones, ni negociaciones, ni discursos motivacionales. Ya he hecho acto de presencia, he bebido zumos de colores, he sonreído cuando tocaba. He cumplido.

—¡Nosotros también nos iremos! ¡Vamos a cambiar de garito en cinco minutos! —oigo que grita a mi espalda justo cuando me doy la vuelta. Levanto la mano a modo de aprobación y cierro el tema.

Vuelvo al balcón para una última ojeada antes de irme. Y justo entonces la puerta del local se abre.

Entra una mujer. Alta. Precisa. Elegante. El tipo de presencia que arrastra luz consigo.

Indira Miller.

La modelo. La brasileña. La que lleva meses saliendo en titulares vinculada a Jon Alkiza. La que —según los rumores— era su pareja desde hacía más de un año.

Desde mi posición en las alturas observo cómo se acerca a él. Le dice algo al oído. Le da un beso en los labios. Él la rodea por la cintura con naturalidad, sin tensión ni torpeza. Se inclinan el uno hacia el otro para hablar. Hay sonrisas. Hay afinidad. Hay historia.

La escena dura segundos, pero es quirúrgica. Perfecta. Coordinada. Como si ambos fueran dos bailarines entrenados en una coreografía privada.

Y entonces me ocurre algo insólito.

Una punzada en la boca del estómago. Justo ahí, entre la boca y el corazón, esa zona donde se agolpan los impulsos que una preferiría ignorar. No es grande, no es devastadora, no es un incendio. Es apenas una chispa. Pero duele.

Miro hacia otro lado de inmediato, como si me hubieran sorprendido mirando algo que no debía.

No quiero pensar en nada de esto. No quiero darle palabras. Mucho menos significado. No quiero conectar ideas absurdas como que hace semanas que entreno con él a las cinco de la mañana o que en los últimos días he vuelto a reír sin darme cuenta o que de

pronto duermo menos mal. Eso no tiene relación con nadie que no sea yo misma.

Recojo mi bolso y bajo las escaleras con la determinación de quien huye antes de hacerse preguntas incómodas.

El local está a rebosar. La fiesta es privada y parece que medio Reino Unido ha sido invitado. O que Jon tiene muchos más amigos de los que creía. O las dos cosas.

Cuando paso cerca de él, sigo mirando al frente. Indira está a su lado, radiante en un vestido plateado que le cae como una cascada. Es tan guapa que casi molesta.

No me detengo. No felicito. No saludo. No digo adiós. No interrumpo nada.

Solo paso.

Y cuando estoy a su altura, siento su mirada encontrarse con la mía. Y por un segundo, sin detenerme, le regalo una sonrisa mínima. Cordial. Respetuosa. Indolora. O eso quiero creer. Luego acelero.

Salir del local es como salir de un horno. En la calle hace un frío de cuchillo. Me arrebujo dentro de mi abrigo de pelo sintético y avanzo hasta la parte más transitada de la acera para buscar un taxi. El Soho está lleno de vida. Gente que entra y sale de pubs, restaurantes, clubs. Dicen que el barrio ya no es lo que era, pero sigue teniendo pulso. Y pulso no le falta esta noche.

Un taxi aparece doblando la esquina y casi celebro físicamente el milagro logístico. Levanto la mano para señalarlo cuando noto una presencia a mi lado haciendo exactamente lo mismo.

Ni muerta.

—Ni se te ocurra, chaval. Yo lo vi primero —amenazo, con toda la energía territorial del último tigre de Bengala.

Termino la frase justo cuando giro la cabeza y la sangre me abandona la cara.

Jon Alkiza.

Él me mira con una expresión inescrutable y que casi diría que es nueva, que nunca le he visto componer en su rostro de anuncio de

colonia cara.

—¿Lo compartimos?

JON

—¿Lo compartimos? —propongo, consciente de que estoy negociando con alguien que tiende a preferir quemar puentes antes que cruzarlos.

Tuerce el gesto con una lentitud teatral que casi me hace reír. Está guapísima, por cierto. Pero no lo digo. Ni loco. Si existe una regla número uno desde que entreno mujeres es no verbalizar lo que pueda generar cien variables inesperadas.

O mil.

—Apiádate de mí. Notting Hill y Kensington están prácticamente al lado —añado, elevando un poco las manos, como quien ruega clemencia—. Además, dijiste que estabas en deuda conmigo. ¿Puedo cobrarme la deuda ahora? Es mi cumpleaños.

Un instante. Fugaz. Una especie de amago de sonrisa. Aparece y desaparece como si jamás hubiera existido.

—Para no querer nada a cambio de tu favor —dice con esa voz suya que mezcla sarcasmo con dignidad herida—, no has tardado mucho en querer cobrártelo.

Me lo merezco. Y me encanta. Tiene esa energía de persona que perderá un debate pero jamás lo concederá en público.

El taxi se detiene frente a nosotros y ella abre la puerta trasera sin dejar de mirarme, como si estuviera evaluando mi alma para decidir si valgo la pena o si mejor me deja tirado en medio de esta calle atestada de manera inevitable.

Está hermosa. El frío le ha encendido las mejillas y el conjunto que lleva deja atisbar algo que no suelo ver en ella: fragilidad sin aviso previo. Me desconcierta más que cualquier provocación.

Entra finalmente en el vehículo y deja la puerta abierta. Me está dando permiso sin verbalizarlo. Lo capto. Me subo antes de que cambie de opinión.

—No tengo toda la maldita noche —murmura sin mirarme.

Me echo a reír. Con ganas. Diría que hacía meses que no me reía así sin alcohol de por medio.

—Al 79 de Ladbroke Grove, por favor —le digo al taxista, aún sonriendo.

Mitchell se vuelve hacia mí como si acabara de oír que he confesado un crimen.

—¿Te sabes mi dirección? ¿Eres un acosador o algo?

—Te he llevado a casa, Mitchell. ¿O ya no te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —concede—, pero después de tantas semanas cualquiera habría olvidado la dirección exacta.

—Yo no soy cualquiera. Pensé que eso estaba claro.

Le regalo una sonrisa de suficiencia que me reconcilia un poco con el día. Ella, por supuesto, intenta fingir que no le afecta. No lo consigue del todo.

El taxi arranca. Necesita unos minutos para bajar la guardia. Se sienta recta, mira al frente, mandíbula tensa. Yo sí la observo. Sin disimulo. El abrigo negro, la falda, las piernas. Es otra mujer comparada con la jugadora que se presenta cada mañana con coleta alta, ropa técnica y ojeras de guerra.

No sé con qué versión me quedo.

La falda se desliza un par de centímetros y deja más pierna al descubierto. Intento mirar hacia otro lado, pero mi cuerpo tiene voluntad propia y ella me excita.

No sentimentalmente. No suave. Físicamente. En la manera animal y perfectamente reconocible en la que un hombre reacciona cuando una mujer que le gusta está a quince centímetros dentro de un coche cerrado, perfumada, con las piernas cruzadas y esa boca que parece hecha para arruinarte la disciplina.

Me gustaría decírselo, pero no lo hago. Sigo siendo su entrenador. Aunque la verdad es la verdad: me pone cachondo. Tanto como me desespera. Tanto como me saca de mis casillas. Tanto como me activa esa parte primitiva que llevo intentando enterrar desde que llegué al Leyton.

—Te vas pronto —la tanteo, curioso—. ¿Te aburría mi fiesta?

Me mira. Directa. Tormenta en los ojos. Mierda. Otra vez hablando antes de pensar.

—¿Me lo preguntas tú, que la fiesta era tuya y estás aquí, a la misma hora que yo?

—Vuelves a hacerlo.

—¿El qué?

—Responder con preguntas.

Se encoge de hombros con un arte que debería patentarse.

—Será que tengo un don. ¿Qué sé yo?

—Otra pregunta.

—¿Quiere otra? Tengo muchas más.

Y se ríe. De verdad. Ese sonido me golpea en el pecho de un modo que no tenía previsto. Joder. Qué alivio. Qué sorpresa. Qué peligro.

—Feliz cumpleaños, por cierto —añade luego, más suave.

—Gracias. Y gracias por venir a… ya sabes —gesticulo hacia atrás, hacia la masa humana del *The Theater*—. A eso.

—¿A la encerrona que te han organizado tus amigos?

—Otra pregunta.

El taxi se convierte en una burbuja cálida en mitad de la ciudad helada.

—¿Ha sido una encerrona tal cual parecía? —inquiere bajando los párpados de una manera que me hace descontar un par de respiraciones.

—Tal cual.

—Pensé que igual eras tú el organizador original.

—Ese no es mi estilo.

—Bueno, al menos ha venido tu novia —dice entonces, bajando la temperatura del vehículo diez grados en tres segundos—. Eso sí te habrá gustado.

Podría haberme clavado un cuchillo y habría dolido menos.

Miro por la ventanilla un instante. Necesito ordenar la respuesta. Ni siquiera yo sé qué diablos quiere Indira de mí a estas alturas.

—Las cosas con Indira son… complicadas —resumo—. No sabía que iba a venir. Me ha pillado totalmente por sorpresa.

La información no parece tranquilizarla. Asiente una sola vez y vuelve a mirar hacia adelante, como un soldado que regresa a su puesto. Barreras arriba. Otra vez. Siempre.

El resto del trayecto transcurre en un silencio raro. No es hostil, pero tampoco cómodo. Es como estar en medio de un pasillo estrecho donde ambos intentamos no rozarnos.

Llegamos a su calle. Ella intenta pagar, pero niego con la cabeza.

—La carrera sigue. Ya hacemos cuentas al final.

Lo acepta. O al menos, no pelea esa batalla. Me bajo tras ella. Pido al taxista que espere dos minutos aunque no estoy seguro de por qué lo hago. Solo sé que quiero asegurarme de que entra bien. Profesionalmente impecable, podría justificarlo así.

Mentiría.

Subimos los escalones de su entrada. Lauren gira antes de llegar al último.

—Puedo ir yo sola desde aquí, gracias.

No es una frase. Es un muro. Y me irrita que saque los bloques ahora, cuando en el taxi nos habíamos encontrado en un punto intermedio.

—Ya sé que puedes ir tú sola —respondo—. Me quedo más tranquilo si veo cómo entras.

No replica. Se limita a buscar las llaves en el bolso con una eficacia que no tarda ni diez segundos en desmoronarse.

—Mierda…

El susurro sale cargado de algo que no le escucho a menudo: vulnerabilidad.

—¿Todo bien, Mitchell?

Baja los hombros. Se rinde. Ahí está la verdad.

—Este es el bolso de Nadia —confiesa—. Estas son sus malditas llaves. Y este, su teléfono. Joder…

CAPÍTULO 11
LAUREN

Si alguien me hubiera contado esta mañana que iba a terminar el día en el pisazo de Jon Alkiza en Kensington, me habría reído en su cara. A carcajadas. Con lágrimas. Y un "¿pero tú crees que me he vuelto completamente idiota?" a modo de remate.

Pero la vida tiene ese humor suyo tan peculiar, casi ácido, y a veces decide que va a jugar contigo como si fueras una figurita lego, colocándote en escenarios que jamás hubieras pedido voluntariamente.

Cuando descubrí que había cogido mi bolso, pero en realidad en ese momento era el bolso de Nadia, porque Nadia va vestida al completo con mis cosas, sentí que algo en mi interior se aflojaba. El cabreo inicial dio paso a un cansancio gigantesco, planetario, de esos que te hacen replantearte la decisión de seguir en la Tierra como persona funcional.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Alkiza desde los escalones.

Lo miré. No como se mira a un entrenador. Ni como se mira a un compañero. Tampoco como se mira a alguien que te cae especialmente bien. Lo miré como se mira al único adulto disponible cuando te acabas de dar cuenta de que has metido la pata hasta el húmero.

Me habría encantado decir algo ingenioso. O sarcástico. Pero lo que salió fue una mezcla de derrota y ojalá-trágame-la-tierra.

—No tengo llaves. Las mías están en el bolso de Nadia. Las de repuesto también, porque las tiene ella en su casa. Y ella tiene mi móvil.

Hice el intento absurdo de llamarme a mí misma desde el móvil de Alkiza. Tres veces. Nada. Luego cinco. Luego me rendí. Con el rictus fruncido del que sabe que no hay plan B y se empieza a plantear plan C: tirarse bajo un autobús o dormir en el felpudo del portal.

—Volvamos —dijo Jon—. Yo te acompaño.

No lo cuestioné demasiado. Tampoco estaba en condiciones. Subimos al taxi de nuevo, el conductor con cara de *esta noche pago la universidad de mis hijos* y yo deseando poder morirme diez minutos para no asistir conscientemente al viaje en reversa de toda esta estupidez.

The Theater seguía lleno, vibrante y húmedo de fiesta cuando llegamos. Yo me lancé fuera del coche como si fuera una atleta olímpica, empujada por la adrenalina del desastre logístico. Revisé sala, pasillos, baños, barra, calle… Ni rastro de Nadia. Ni del jugador del City. Ni del bolso correcto. Ni de mi dignidad.

Volví al taxi derrotada, como si me hubiera pasado un rodillo industrial por encima.

Me asomé por la ventanilla y dije:

—Voy a buscar un hotel.

Lo solté con la misma energía con la que alguien asegura que se va a amputar una pierna con un cuchillo de mantequilla: resignación pura.

—Puedes venir a mi casa —soltó Jon.

Me quedé quieta. En silencio. Mi cerebro hizo el equivalente mental a un frenazo en seco.

—¿Te has vuelto loco? —exploté.

Su expresión no se alteró. Ni un parpadeo. Ni un gesto. Ni un amago de *es broma*. Nada. Solo esa calma irritante y maldita suya que parece diseñada para subirme la presión arterial.

—Ya estás con las preguntas otra vez —observó, casi divertido—. No puedes evitarlo, ¿verdad?

—Bórrate la sonrisa de la cara. Esto es serio.

—Para mí también lo es —respondió—. Tengo dormitorios de sobra. No necesitas ningún hotel.

—No sería correcto.

—¿Por qué?

Porque eres mi entrenador. Porque acabamos de salir de tu fiesta sorpresa. Porque tenías a una modelo brasileña besándote en medio del local. Porque esto parece el escenario perfecto para un malentendido de proporciones épicas. Porque yo no sé qué hacer contigo. Porque cada vez que estamos juntos siento que estoy jugando con dinamita.

Pero dije:

—Porque eres… —me mordí la lengua, frustrada—. Mierda. Eres mi entrenador. Es raro.

—No es raro. Es una situación complicada con una solución muy sencilla.

Me quedé callada. Y el silencio, cuando es denso, te obliga a pensar. Pensé en Alana y en Dillon, de escapada romántica en Edimburgo todo el fin de semana. Pensé que si fuera al revés —si él estuviera sin llaves a medianoche en mi portal— yo no lo invitaría, y no porque no quisiera, sino porque mi piso es pequeño y cutre y él podría pagarse un hotel de cinco estrellas sin pestañear.

Pensé en la mañana, en el entrenamiento, en cómo me había sentido bien, de verdad, por primera vez en mucho tiempo. Pensé en lo cansada que estaba, en lo raro que es que alguien te ofrezca ayuda de forma tan directa sin querer nada a cambio. Pensé que la soledad de un hotel, hoy, me mataría.

Así que dije:

—Vale.

Y él solo asintió, como si hubiera sabido desde el minuto uno que esa iba a ser mi respuesta.

*****

Kensington es otro planeta. Las calles son silenciosas, de una elegancia contenida que casi molesta. Las hileras de casas

victorianas blancas miran al mundo con ese aire de *hemos visto cosas y ninguna nos ha impresionado*.

Cuando bajamos del taxi, yo siento la súbita necesidad de arreglarme la postura, como si el barrio exigiera un mínimo de dignidad para pisar sus aceras.

Entramos por un portal ostentoso. Impresionante y recargado por fuera. Pero cuando abre la puerta de su piso… bueno.

Ahí estaba el contraste: el exterior se expande; el interior es lujo silencioso, casi minimalista.

Altura de techos. Luz cálida. Madera. Acero. Libros. Fotografías en blanco y negro. Una cocina abierta que parece salida de una revista. Y ese aroma —mezcla de hogar, café, y algo mineral— que no esperaba encontrar en una casa ajena.

—Bienvenida.

No puedo evitar soltar una risa nerviosa.

—Si mañana me dicen que he soñado todo esto, lo voy a creer —confieso—. Y si mañana resulta que no era un sueño, espero que la curiosidad no sea mi perdición, como la del gato.

Porque, honestamente, lo único más peligroso que la cercanía de Jon Alkiza es la posibilidad de empezar a sentirme cómoda en ella.

JON

Entramos en mi piso y estoy nervioso. Algo ridículo en un hombre de treinta y seis años que ha vivido en seis países, entrenado a estrellas mundiales, enfrentado a hinchas cabreados y a directivos que querían su cabeza. Pero aquí estoy: con el estómago hecho un nudo porque Lauren Mitchell está en mi casa.

Es la primera vez que traigo a una mujer a este apartamento y me siento como si tuviera dieciséis años y estuviera escondiendo a mi cita de mis padres.

Me recrimino mentalmente la estupidez, pero no sirve. Se queda.

—Pues… esta es mi casa —digo, abriendo las manos a modo de presentación.

En cuanto lo digo quiero morderme la lengua. He sonado como un idiota inseguro que no sabe ni qué decir. Me falta ofrecerle pastas y limonada.

—Es… muy bonita —acierta a decir ella.

Su voz también tiene un ligero temblor. O igual soy yo el que está interpretándolo todo con exceso de sensibilidad. La observo: está erguida, alerta, como una criatura salvaje en terreno desconocido. Y creo que por primera vez me doy cuenta de que no existe versión desarmada de Lauren Mitchell: incluso vulnerable, es combate.

—Te la enseño —propongo, y ella asiente, siguiéndome.

El piso es enorme para uno solo. Siempre me lo ha parecido. Recorrerlo con ella detrás lo hace aún más evidente. Tres habitaciones que no uso. Un despacho que es lo único que ocupo. Una cocina sobredimensionada. Espacio. Mucho espacio. Un lujo y una condena al mismo tiempo.

Cuando terminamos volvemos al salón y por un instante no sabemos qué hacer. Nos quedamos parados frente a frente, sin decir palabra, respirando el mismo aire cargado de algo que ninguno de los dos nombra.

Ella carraspea y me despierta del embrujo.

—Nos queda la terraza —digo, como si de pronto me hubiera acordado de lo más importante.

Abro las puertas francesas. Sale la bocanada helada de la noche. Lauren me sigue y siento el cambio en su cuerpo: afloja los hombros, baja la guardia, su mirada se expande hacia el horizonte.

Las vistas son las que me hicieron quedarme con el piso: media ciudad a oscuras con el parque en primer plano y el palacio de Kensington insinuándose entre las sombras.

—Es mágico —susurra.

Esa palabra, en su voz, me roza la piel como una caricia sin contacto. Y por primera vez desde que entramos a casa, siento que quiero acercarme a ella. De verdad. No desde la distancia profesional del entrenador. No desde el deber moral de cuidarla

como atleta. Sino desde el hombre que la observa en la noche y la desea.

La luna le cae en diagonal, prendida en mechones rubios que la brisa desordena. La nariz se le pone ligeramente colorada por el frío. Sus labios —ese maldito coral natural que no sé cómo no va por la vida arrasando ciudades— se entreabren con la sorpresa.

No es la mujer más bella que he conocido. Pero nunca había visto a nadie volverse bello de esa manera: por cómo reacciona a lo que ve, a lo que le va sucediendo.

—Apuesto a que compraste el piso solo por esto —dice entonces, mirándome por primera vez desde que llegamos.

La forma en que lo dice hace algo dentro de mí. Es una puñalada suave, pero certera. Acierta. Me ve.

—No lo compré —aclaro—. Lo alquilo. No sé cuánto tiempo voy a quedarme en Londres.

Ella asiente, como si lo diera por hecho.

—Claro. Eres un nómada. Todos lo somos un poco en esta profesión.

No sé si lo dice con nostalgia o como reproche. Quizá ambas.

—Vivía en Manchester hace seis meses —explico—. Ahora es Londres. No sé qué será después. Aún no he encontrado un sitio donde decir *hasta aquí*. Donde plantar la bandera.

—Puedes elegir —dice—. Eso es lo que más envidio de los hombres. Podéis elegir. Y encima el mundo os recibe con los brazos abiertos.

Eso tiene filo. Filigrana de resentimiento. Y el cambio de tono me pone en alerta. Quiero estirar el hilo con cuidado, pero Lauren no es hilo: es cuchilla.

—Elegí el Leyton —digo—. Podría haber ido a otro sitio. Pero vine aquí.

Ella suelta una risa sin humor.

—Sí. Y cambiaste al City por un equipo femenino de segunda línea. Una anomalía tan grande que aún no la termino de procesar.

—Eres injusta con el club —la reprendo, sin ganas de discutir pero tampoco dispuesto a dejar que pisotee lo que intento construir—. No es el City. Eso está claro. Pero tiene potencial y…

—¿Cuando dices potencial hablas de ti mismo? —interrumpe con una sonrisa venenosa.

Dios. Si supiera lo atractiva que es cuando ataca. Si supiera lo mucho que me pone esa manera suya de entrar en combate. Si supiera que mi primera reacción no es callarla, sino besarle la boca hasta hacerla perder el equilibrio.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto para no decirle las barbaridades que mi cerebro está formando a toda velocidad.

—Si hubiera querido seguir bebiendo, me habría quedado en el bar.

Eso me hace reír por dentro. Es la primera réplica sin pregunta en toda la noche y me la lanza como un dardo.

—Si no te importa, estoy cansada. Preferiría irme a dormir —añade.

Asiento, aunque algo dentro de mí se queja. La acompaño hasta la habitación. Cuando está a punto de cerrar la puerta, vuelve a asomarse:

—¿Puedes dejarme una camiseta?

Le llevo una. Blanca. Grande. De algodón. La abre en toda su extensión y la mira con algo parecido a aprobación.

—Gracias. Por… todo. Buenas noches.

Cierra.

Me quedo mirando la puerta un segundo más del necesario. No porque espere que la vuelva a abrir. Sino porque algo en mí quiere imaginar cómo se quita los tacones, cómo se suelta el pelo, cómo se quita el top negro que le he estado tratando de no mirar toda la noche.

Voy al salón. Me sirvo un whisky. Apuro el primer trago de un tirón.

Las venas se me calientan casi al instante, así que salgo a la terraza, donde el frío me recibe inmisericorde. Pese a ello, me abro

dos botones de la camisa y agradezco no llevar puesta la corbata. Necesito oxígeno, espacio y una excusa para no entrar a esa habitación y hacer una estupidez.

Nunca he sido demasiado visual con las mujeres. Me interesan las mentes, los desafíos, la conversación. Pero Lauren… joder. Lauren es otra cosa. Es mente, pero también cuerpo. Es inteligencia, pero también peligro. Es la forma en la que se mueve, en la que replica, en la que te mira como si fuera a desmontarte pieza por pieza.

Y sí. Lo admito dentro de mi propio cráneo antes de que pueda censurarlo:

Me pone duro.

Desde hace semanas. En chándal. En el campo. En el ring. En el taxi. En mi salón ahora mismo. Me excita esa jodida mezcla de hostilidad, honestidad brutal y fragilidad escondida que la empuja a morder antes de dejarse querer.

Suelto el aire. Muy despacio. Hyde Park ahí abajo no responde. Nunca responde.

Me apoyo en la barandilla, con la copa en la mano y pienso que nada es como debería.

Y entonces empiezo a tener la sospecha inquietante de que quizás… quizás nunca quise que lo fuera.

LAUREN

No puedo dormir.

Llevo dando vueltas en la enorme cama de esta habitación descomunal al menos veinte minutos. Es cómoda. Es bonita. Huele a suavizante caro y a madera encerada. Y aun así no hay forma.

Pienso demasiadas cosas. Pienso en jugadas, en personas, en frases sueltas que me han dicho esta semana. Pienso en el roce descuidado de Jon Alkiza cuando me enseñó la terraza, en la mirada que tenía cuando consiguió sacarme una risa sin querer. Pienso en sus ojos en el taxi y en cómo me ofreció su casa sin rastro de segundas intenciones, lo cual, paradójicamente, es lo que más me descolocó.

No sabría decir qué es exactamente lo que me incomoda de él. No es seducción, no es insistencia, no es ese interés obvio que sé gestionar porque siempre viene con condiciones. Es otra cosa. Una presencia tranquila. Una forma de escuchar. Una manera de no pedirme nada. Y eso me deja en terreno desconocido.

Y pienso también en mí ante él: siempre a la defensiva. Siempre midiendo. Siempre esperando que falle para tener razón.

Qué agotador.

Cuando ya no puedo con la cama ni con mi cabeza, me levanto en silencio y voy al baño. Me refresco la nuca. La camiseta que me ha prestado Jon me llega hasta la mitad de los muslos y es suave como un secreto. Huele a él, o mejor dicho, huele a su casa: a detergente caro y algo floral. Tener ese olor sobre mi cuerpo me produce una sensación absurda de refugio, como si estuviera usando una armadura que no es mía.

No debería sentirme así de cómoda en una casa que no es la mía. No debería sentirme tan poco tensa. Pero el cuerpo no siempre obedece a las normas que una se repite.

Necesito agua. O algo que me distraiga.

Abro con cuidado la puerta de la habitación y salgo descalza al pasillo. La casa está totalmente a oscuras, sumida en esa tranquilidad de las dos de la madrugada en las casas grandes: el silencio parece una alfombra que amortigua cada paso. No quiero encender ninguna luz; la claridad de la luna que entra desde la terraza es suficiente para orientarme.

En la cocina encuentro un vaso y abro la nevera. La luz blanca me ciega un segundo y también me reconforta. Encuentro una botella de leche y me sirvo. La bebo fría, como cuando era niña. Y, por un instante, gracias a esa estupidez, el mundo deja de quedar tan lejos.

Recuerdo una mesa de formica verde desvaído, la leche comprada a la señora Altenberg en el pueblo, mi madre cantando bajito una canción que decía que la leche hacía fuerte el corazón, mientras nosotros apurábamos el vaso. La obligación de no hacer ruido para no despertar a mi padre.

Recuerdos que no me visitan nunca porque son demasiado buenos para tocarlos sin cuidado.
Recuerdos que me devuelven a los años donde todavía no estaba rota. Donde las cosas eran duras pero sencillas y bastaba con una canción bajita de mi madre para que el mundo se ordenara.

Cierro la botella y tomo el vaso. Con él en la mano, me acerco al salón en busca de nuevo de esas vistas. Necesito el aire. Necesito sentir algo que no sea ruido dentro de mi cabeza.

Al acercarme, noto inmediatamente la corriente fría. Las puertas francesas que dan a la terraza están entreabiertas. Y hay una voz.

Es su voz.

Me detengo en seco.

Durante una fracción de segundo pienso en entrar, en decir algo, en hacer ruido para que sepa que estoy ahí. Luego me quedo quieta. No porque tenga miedo, sino porque algo me pide silencio. Algo parecido a la intuición. O a la curiosidad. O a una forma torpe de cuidado.

Apoyo el vaso de leche en una mesita baja, de manera casi mecánica. Mi cabeza sabe que podría caerse de mis manos y armar un estropicio.

—…saliste corriendo —dice una voz masculina al otro lado del teléfono—. Pensé que acompañado…

Es Sam Charlton. Lo reconozco enseguida por la forma de arrastrar algunas palabras.

Jon se ríe bajo. Su risa es distinta en la intimidad: más lenta, más grave, menos defensiva. Hay algo en esa risa que no me pertenece y, sin embargo, me resulta incómodamente cercana.

—Indira y yo tenemos muchas cosas que resolver. Pero hoy no era el día…

Se me encoge algo en el estómago. Su relación con Indira no es un rumor ni un titular. Es real. Es cálida. Es presente.

La mención a la impresionante modelo brasileña es el momento idóneo para dejarlo aquí. Para ser consciente de que estoy invadiendo un espacio que no me pertenece. Y no quiero espiarlo,

me siento como si estuviera rompiendo una norma no escrita sobre no invadir la intimidad de otra persona cuando esta te ha ofrecido cobijo en la necesidad absoluta.

Me giro para irme, llego al pasillo, pero me doy cuenta de que he dejado el vaso con la leche en la mesita de al lado de la ventana de la terraza.

Tengo que volver para no delatar mi presencia.

Lo dudo durante unos segundos. No quiero exponerme, pero tampoco acercarme de nuevo y volver a entrar en un círculo donde atento contra su derecho a decir lo que quiera en su propia casa. Avanzo hacia la habitación para darle espacio, pero luego pienso que es peor que vea el vaso y piense que lo he estado espiando.

Así que me doy la vuelta y me acerco a la terraza de nuevo.

—Tengo varios nombres —lo escucho decir cuando vuelvo a acercarme.

Sam se ríe.

—La capitana.

Escuchar eso, inevitablemente, hace que ponga más atención, pese a que no quiera hacerlo. Porque aunque no quiero ser invasiva con su privacidad, se me dispara el instinto de protección hacia mí misma de una manera que no consigo controlar.

Me quedo quieta, envuelta en un silencio espeso que dura un solo segundo.

Incluso dejo de respirar.

—Está cañón, buena elección.

—Sam, no seas cerdo… Mitchell es lo opuesto a eso… Nunca podría verla de ese modo.

Su afirmación me atraviesa. Tal cual. Como si mis huesos fueran mantequilla caliente.

Nunca podría verla de ese modo.

No sé si duelen más las palabras o la firmeza con la que las dice. O, tal vez, que ni siquiera suena molesto, solo cansado. Como si necesitara dejar claro algo que le resulta evidente.

—Lauren Mitchell no me atrae ni lo más mínimo.

Ahí el estómago me da una vuelta y la náusea sube por la garganta. La camiseta me pesa en la piel. Mi orgullo se despierta como un animal acorralado.

No es solo rechazo. Es la sensación incómoda de haber bajado la guardia un centímetro más de lo que debía. De haber permitido que alguien entrara en una zona que yo creía blindada. De haber confundido comodidad con algo que no era mío.

Retrocedo sin hacer ruido, me llevo el vaso conmigo para no dejar pruebas, cierro la puerta de mi habitación y me enfundo bajo las sábanas con las manos frías.

Miro el techo y pienso:

«*Claro. Qué tontería*».

Al final, la única idiota que había bajado la guardia fui yo.

JON

Hace un frío de mil demonios aquí fuera, pero es justo como a mí me gusta. El aire corta, limpia, ordena. Siempre he sido un tío un poco extremo; eso dice mi madre cada vez que critica alguna de mis manías.

Tengo a mi lado la botella de Macallan Harmony Collection, la que me han enviado los chicos del City por mi cumpleaños. Saben el whisky que bebo y cuándo lo bebo: de noche, en terrazas frías como esta, cuando la casa está en silencio y el día ha sido demasiado largo.

Me sirvo un poco más en el vaso. El hielo choca contra el cristal y el sonido me calma más que muchas conversaciones.

Pienso en la fiesta. En Sam gritando "¡sorpresa!". En Indira apareciendo sin avisar. En las caras conocidas. En las desconocidas. En las ganas de largarme desde el minuto dos.

Y pienso en el taxi.

En ella.

Mitchell riéndose conmigo. O de mí, que viene a ser parecido. En la forma en que se le han encendido los ojos cuando la he picado

con lo de las preguntas. En cómo se ha encajado a mi lado en el asiento, recta, tensa… y aun así, cómoda. O eso quiero creer.

Y ahora está durmiendo en una de mis habitaciones. Con una camiseta mía. En mi casa.

Dios.

El móvil vibra sobre la mesita baja. El nombre de Sam parpadea en pantalla. FaceTime.

«*Claro. Faltabas tú*».

Cojo la llamada. La pantalla se llena de su cara: pelo despeinado, sonrisa de niño grande, sin camiseta y con un vaso en la mano.

—Te fuiste muy rápido, Johnny —me suelta a modo de saludo, el tono contenido, habla bajo para ser Sam—. Pensé que acompañado, pero luego vi a la bella Indira por ahí, como alma en pena, y he tenido que reconsiderar tu cordura.

—Buenas noches para ti también —respondo, esbozando una sonrisa que no siento.

—No cambies de tema. ¿Qué ha pasado? Me ha dicho que saliste corriendo como si te hubieras dejado el horno encendido.

—No tengo horno —replico—. Ya sabes que me prohíben acercarme a la cocina si no es para abrir la nevera.

—Por eso mismo sé que no te habías dejado nada —se ríe—. Así que las hipótesis que manejo son que estuvieras huyendo de ella… o persiguiendo a otra.

Bebo un trago lento. El whisky baja caliente. Yo, no tanto.

—Indira y yo tenemos muchas cosas que resolver. Pero hoy no era el día.

Sam ladea la cabeza, como si pudiera verme mejor a través de la pantalla.

—Ajá… vale. Traduzco: "no quiero hablar de Indira". Acepto. De momento.

Se incorpora un poco. Detrás de él se ve un cabecero de hotel caro y, entre las sábanas, la forma humana de un hombre corpulento que apenas se mueve y debe andar por el quinto sueño.

—Voy a la sala, que como lo despierte, me mata —murmura, bajando aún más la voz.

Lo veo caminar por la suite mientras yo me recoloco en la butaca de la terraza. El frío me atraviesa la camisa, pero no me apetece entrar.

—A ver, niño bonito —dice por fin, dejándose caer en el sofá—. Ni siquiera te he dado tu regalo. Y te va a encantar.

Pongo los ojos en blanco.

—No me gustan los regalos. Ya lo sabes.

—Te gustan los que van en botella y cuestan lo que un sueldo medio inglés —señala mi Macallan con la barbilla—. Pero este no ocupa espacio. Es información. Y de la buena.

—Me das miedo.

—Mi objetivo en la vida —sonríe—. Escucha: se le ha escapado a mi padre que este año te van a dar uno de los equipos del *Christmas Football Game*.

Parpadeo una vez. Dos.

El frío de la terraza se queda corto al lado del golpe que me da eso en el pecho.

—¿Estás… seguro?

—Mi padre lo está. Y ya sabes quién es mi padre.

Nestor Charlton. Presidente de la FA[8]. Si él lo ha dicho en voz alta, es que está hecho. No hay filtraciones accidentales ahí, solo resbalones calculados.

Sirvo más whisky sin apartar la vista del móvil. El vapor de mi respiración sube en hilitos blancos.

Nunca lo he dicho en alto, pero quería ese partido. Es benéfico, es show, es escaparate… pero también es una especie de sello dentro del fútbol inglés. Es decir: *este tío importa*.

Pensaba que este año me lo había cargado todo: mi reputación, mi cartel, mi halo de entrenador intocable. Y, sin embargo, ahí está: la FA sigue mirándome.

—Felicidades, míster —dice Sam, alzando su vaso—. Estas Navidades vas a hacer feliz a un montón de niños con camisetas

firmadas y a unos cuantos patrocinadores aburridos.

—Brindo por los patrocinadores aburridos —respondo, chocando virtualmente mi vaso con el suyo.

Bebemos los dos.

—Además, este año lo tienes fácil para meter la parte femenina —añade—. Nunca has conocido tan bien ese lado del fútbol. Seguro que ya tienes nombres.

Tengo uno, claro. Uno que me quema en la lengua. Uno que no está en las listas de la selección y que, sin embargo, debería estar en todas partes.

—Tengo varios nombres —digo, midiendo las palabras.

Sam sonríe como si me hubiera pillado robando galletas.

—La capitana.

No es una pregunta. Es una sentencia.

Me quedo en silencio unos segundos. Lo justo para que mi cabeza se llene de imágenes que no debería tener ahora mismo: Lauren corriendo de madrugada, sudando en el campo, apoyada en la valla, jadeando tras un *sprint*, con los guantes rojos en el ring, con mis dedos en su rodilla...

Joder.

—Te he visto la cara, tío —Sam se ríe—. Está cañón, buena elección.

—Sam, no seas cerdo —respondo, demasiado rápido, demasiado alto—. Y no me alabes un gusto que tú no tienes.

—Que me vayan más los futbolistas con pelos en las piernas y buenos pectorales no significa que no pueda reconocer a una tía espectacular cuando la veo —se defiende, encantado de escucharse —. Además, hablé con ella en la fiesta. Lista, borde, con mala leche… muy tu tipo.

—No sigas por ahí —le corto, apoyando el codo en la rodilla y frotándome la cara con la mano libre—. Mitchell es lo opuesto a eso que insinúas. Nunca podría verla de ese modo.

Sam entrecierra los ojos. Lo conozco: está olfateando sangre.

—¿De qué modo, exactamente?

Muerdo el interior de mi mejilla. Podría esquivar la pregunta. Podría colgar. Podría decirle que mañana tengo mucho trabajo y que es tarde. Podría hacer muchas cosas razonables.

Hago otra.

—Lauren Mitchell no me atrae ni lo más mínimo.

Lo digo despacio, con claridad, como si necesitara oírlo yo tanto como él.

Sam me sostiene la mirada unos segundos a través de la pantalla. Luego sonríe, ladeando la cabeza.

—Qué discurso tan bien pronunciado, Johnny.

—Vete a la mierda.

—Con cariño, siempre —se ríe—. Oye, ahora en serio: que no te la tires no significa que no puedas convocarla si llega a tiempo. Y sé cómo la miras cuando se te olvida que hay gente alrededor.

El corazón me da un golpe seco contra las costillas. No me gusta que me vean. No me gusta que me lean.

—La tengo en el banquillo, Sam. ¿Te parece lógico llevarla a un partido así cuando ni siquiera está siendo titular en su propio equipo?

—También podrías verlo como una motivación —argumenta—. "Oye, Mitchell, si trabajas conmigo de aquí a Navidad, te meto en un escaparate mundial con un montón de cámaras y niños con bufanda". No parece mal trato.

No contesto al instante. Me limito a escuchar el ruido lejano de un coche en la calle, el hielo derritiéndose en mi vaso, la respiración de Sam al otro lado.

Claro que me la imagino ahí. En Wembley. Defendiendo una camiseta que significa algo. Con la sonrisa de antes. Con la mirada encendida.

Pero no se arreglan así las cosas. No se cura un trauma a base de escaparates.

—Cuando esté lista, lo sabré —digo al fin—. Y si llega a tiempo, si encaja en el equipo… veremos.

—En otras palabras: ya has decidido, pero aún no te lo quieres reconocer —traduce él, satisfecho.

—Buenas noches, Sam.

Se ríe.

—Vale, vale, corto el rollo. Felicidades otra vez por el *Christmas*. Y tus treinta y seis tan bien llevados. Y por el pedazo de capitana que NO te atrae nada de nada.

—Adiós, Sam.

Cuelgo antes de que pueda soltar otra frase.

El silencio vuelve a la terraza de golpe. Solo quedan el frío, el brillo lejano de las luces de la ciudad y el peso de mis propias palabras rebotando en la cabeza.

Lauren Mitchell no me atrae ni lo más mínimo.

Mentira.

Claro que me atrae. Me atrae demasiado. Me atrae de formas que no debería permitirme. Como jugador, nunca habría tolerado que un entrenador mío mirase a una compañera así. Como entrenador, hace años que tengo claro que las líneas existen por algo.

Me llevo el vaso a los labios y descubro que está vacío.

Pienso en la forma en que ha salido del taxi, en la calle, con ese abrigo y esa falda y las piernas temblando del frío. En cómo se le ha roto la voz cuando se ha dado cuenta de que tenía el bolso de Nadia. En su cara cuando le he ofrecido una habitación.

He metido en mi casa a una jugadora que me atrae y luego he jurado en alto que no es verdad. Manual perfecto de contradicciones.

Me levanto al fin, recogiendo la botella y el vaso. Cierro las puertas de la terraza y el aire cálido del salón me envuelve la piel. Echo un último vistazo alrededor y camino descalzo por el pasillo.

Paso frente a la puerta de la habitación donde está Mitchell. Está cerrada. No se oye nada.

Me detengo un segundo. Solo un segundo. Mano en el pomo, respiración contenida, cerebro insultándome en cinco idiomas distintos.

No la abro.

Por suerte.

Sigo hasta mi cuarto, me visto con el pijama de siempre y me meto en la cama sin apagar del todo la luz. El techo blanco me mira como si supiera demasiado.

Cierro los ojos y, en lugar de dormir, veo un ring, unos guantes rojos, una rodilla bajo mis manos y una camiseta blanca cayéndole por el muslo.

Y pienso que, si no tengo cuidado, el único que va a necesitar terapia de alto impacto voy a ser yo.

CAPÍTULO 12
LAUREN

—¡No me escuchas, Mitchell! ¡Maldita sea! —ruge Alkiza desde el otro extremo del campo.

Ni siquiera son las seis de la mañana. El sol aún no existe en Londres y el aire parece querer arrancarte la piel de la cara a mordiscos. Llevo la ropa deportiva empapada y pegada al cuerpo como si hubiera nadado vestida hasta el centro del Támesis.

Mi rodilla, milagrosamente, no protesta. Lleva días sin hacerlo, y casi me da miedo nombrarlo por si se rompe el hechizo. Horas en el gimnasio, horas con Gordon Tully —ese fisio que es regalo inesperado que Alkiza trajo del City— y horas con mis demonios, que al parecer también necesitaban un preparador físico.

—¡Sí te escucho! —le devuelvo el grito mientras corro hacia él—. Será que te explicas como un niño de tres años.

Lo veo intentar contenerse, pero la comisura traiciona al ogro. Se ríe, aunque pretende camuflarlo entre autoridad y cabreo. En él, el humor suele esconderse así: detrás de un rugido.

—¡Quiero los tiros con la zurda o te largas ahora mismo a la ducha!

Suena tan tentador...

—¿Me lo prometes? —disparo mientras me acerco.

Él baja el ritmo y se planta justo cuando llego a su altura. No sé si es el frío o yo, pero el aire entre los dos se vuelve eléctrico.

—No te la juegues, Mitchell —me advierte, serio—. No ahora que queda tan poco.

No respondo. Solo vuelvo a plantar el balón. Zurda. Rodilla con historia. Corazón con ganas de suicidarse.

Respiro. Chuto.

El golpe es bueno, pero no es suficiente.

—Tienes fuerza para hacerlo mejor —me reprueba, acercándose de nuevo—. No dejes que gane el miedo.

Qué fácil es decirlo cuando tu cuerpo nunca te ha traicionado. Cuando tus huesos no han crujido como un mueble viejo en mitad de un estadio con miles de testigos. Cuando los medios no te han enterrado antes de hora.

Pero no lo admito. No ante él. No ante nadie.

Chuto un par de veces más. Cada intento una negociación con mi cabeza. Con mi rodilla. Con mi historia. Hasta que él levanta la mano para detenerme.

Y ahí está: decepción. En su gesto. En sus ojos. En la forma en la que respira. No sé si prefiero eso o la lástima.

Probablemente ninguna.

Ninguna viniendo de él.

—¿Qué tal con Warren? —pregunta.

Qué cambio de tercio más cobarde. Por parte de él. Por mi parte, también, porque no sé si me alivia o me deja a la deriva.

—No lo sé, dímelo tú —respondo, áspera—. Estoy segura de que te pasa informes puntualmente cada vez que abandono el cuadrilátero.

Alkiza deja escapar un bufido desde lo más hondo de su paciencia. Da dos pasos hacia mí. Solo dos. Pero suficientes para que lo tenga cerca. Demasiado cerca.

Y entonces me golpea ese olor que ya reconozco. Que ya archivé sin querer. Su ropa limpia. Su suavizante. Su piel caliente bajo la ropa térmica. Ese olor que me envolvió entero cuando dormí con su camiseta, como una segunda piel inesperada.

Mi cuerpo reacciona como un incendio mal sofocado. Y maldita sea, cómo odio que lo haga.

Pero también recuerdo las palabras.

Las que no debía oír.

«Lauren Mitchell no me atrae ni lo más mínimo.»

Me perforaron por dentro. No en el ego. No solo en el ego. Algo más profundo. Algo que ojalá no tuviera nombre.

—Mitchell, me carga tu insolencia —dice. Su voz baja, grave, áspera. Me atraviesa sin pedir permiso—. ¿De verdad crees que Warren comparte conmigo una sola palabra de vuestras sesiones *privadas*?

La forma en la que enfatiza la palabra privadas me provoca un escalofrío involuntario que recorre mi columna como un latigazo. No sé por qué. No sé si es indignación, deseo o vergüenza. Puede que todo a la vez.

—Bueno… —intento defenderme— reconoce que puedes ser muy persuasivo.

—¿Sabes qué? —responde, cortante— Olvídalo. No quiero saber cómo te va con Warren. De hecho, no quiero saber nada de ti en lo que queda de mañana.

Da un par de pasos hacia atrás. El aire vuelve a entrar en mis pulmones sin autorización.

—Da diez vueltas al campo y luego vuelves aquí a practicar lanzamientos desde el punto de penalti —ordena mientras se gira para alejarse—. ¡Con la puta pierna izquierda.

Empiezo a correr mientras la lluvia empieza a caer en gotas microscópicas.

Mis pulmones queman. Mis mejillas arden. Mi cabeza hierve.

Pero el frío es una bendición, porque adormece lo que más me gustaría anestesiar: lo emocional.

Diez vueltas. Diez oportunidades para intentar entender por qué demonios su voz me afecta. Por qué su decepción pesa. Por qué su olor se quedó en mi cabeza. Por qué me dolió lo que no debía oír. Por qué sentí algo que no tocaría sentir con respecto a tu propio entrenador.

Y por qué, cuando me grita, cuando me exige, cuando me provoca… me siento viva de un modo que había olvidado.

Con el resto de las jugadoras es Firme, autoritario, centrado. Profesional. Justo como debería ser siempre conmigo.

Justo como quiero que sea.

Justo como odio que sea cuando lo es.

Cuando termino la décima vuelta vuelvo a su lado. El balón está ahí, en el punto de penalti. Como una condena. Como una oportunidad.

Me mira sin decir nada. Agarro el balón y lo coloco en el punto, retrocedo tres pasos.

Respiro.

Y chuto.

Con la zurda, mientras mi rodilla mala se lleva el peso y la carga del movimiento.

Y esta vez… entra.

Su silencio dura unos segundos. Luego asiente apenas. Un gesto mínimo. Pero juro por Dios que me calienta más que una ovación de treinta mil personas.

—Otra —dice.

Y no sé si habla de fútbol o de mí.

JON

Después de finalizar la sesión matutina con Mitchell, tengo que salir corriendo para llegar a la rueda de prensa que se va a dar en el estadio de Wembley, donde están ubicadas las oficinas de la FA en Londres, así que dejo a Arthur al frente del entrenamiento. Con el día que llevo, mejor no enfrentarme más a Lauren Mitchell si no quiero dimitir de mi trabajo para no aguantarla más.

La forma en la que me mira o me habla me hace gracia la mayoría de los días, aunque sea insolente y se dirige a mí con un desdén que no le permitiría a cualquiera. Pero cuando lo hace porque tiene miedo, cuando me habla así porque simplemente su confianza se derrumba, me toca los cojones.

Me entran ganas de cogerla por los hombros y zarandearla hasta que espabile. O sentarla sobre mis rodillas y echarle una charla que luego ella tildaría de paternalista, haciéndome perder los papeles. O

—y esto es lo peor— me dan ganas de arrinconarla y tomar su boca por asalto, callar con un maldito beso en condiciones todo ese descaro, hacérselo tragar de una forma del todo indecorosa.

Me vuelven loco estos pensamientos. Joder. Yo no soy así. Nunca he estado tan cerca de algo que me tentaba tanto y me sacaba de mis casillas a la vez. ¿Es acaso posible que esa dicotomía pueda darse a la vez por causa de una persona?

Tomo un taxi hasta Wembley. No quiero preocuparme por aparcar ni sumar más estrés del necesario. En el vehículo repaso mentalmente la lista que voy a ofrecer a los medios y me voy blindando para las preguntas a las que me van a someter. En las ruedas de prensa del Leyton voy haciéndome con las riendas, pero aún tengo presentes lo duras que eran las preguntas y las suposiciones cuando me puse al frente de la dirección técnica del equipo.

Todavía no han superado que haya dejado el City. No lo han hecho en Manchester. Tampoco lo han hecho los periodistas deportivos de cualquier rincón del planeta, que siguen empeñados en desenmarañar el misterio que implica mi salida de un banquillo tan potente para acabar entrenando a un equipo de chicas en el extrarradio londinense.

Que sigan con las dudas, aunque eso signifique aguantar hasta mi retirada del fútbol las mismas putas preguntas una y otra vez.

—Hemos llegado, señor.

Estoy tan ensimismado repasando la lista que no me percato de que estamos ya aparcados frente al mítico estadio. Pago la carrera, me apeo y enseguida me rodea una nube de periodistas que me colocan sus micrófonos en la boca y me impiden llegar a mi destino. Intento abrirme paso como sea, pero está claro que no me lo van a poner fácil.

Es hora de sacar al borde, al entrenador prepotente y chulo que les va a tocar las pelotas. Me la suda. Haga lo que haga, hace tiempo que tengo esa fama y sé que jamás conseguiré revertirla. Si creen que soy un arrogante, pues me comporto como se espera de mí y así no los decepciono.

—Contestaré a las preguntas pertinentes tras la rueda de prensa —les digo, con mi voz más fría y mi semblante más serio—. Ahora, si no me dejáis pasar, daré la puta lista y me largaré a mi casa, dejándoos sin la más mínima oportunidad de hacer preguntas. Vosotros veréis.

A mi alrededor se empieza a imponer el silencio. Muchos micrófonos y teléfonos móviles se retiran de mi boca, moviéndose hacia lugares más privados y, como las aguas del Mar Negro, una cortina de periodistas se abre para permitirme avanzar sin ser molestado al interior del estadio, donde me están esperando en las oficinas de la FA.

Acabo de darles buen material para ser considerado el tío más imbécil del año.

Afortunadamente, ni siquiera me importa.

LAUREN

—¿Quieres venir de una vez, Lauren?

Nadia se asoma por la puerta del vestuario y me señala con el dedo como si fuera una profesora de infantil con un alumno rezagado. Las chicas me reclaman porque se acerca el momento: Jon Alkiza va a leer su lista para el *Christmas Football Game*.

Y claro, hay que estar.

Yo, en cambio, me estoy tomando mi dulce tiempo guardando mis botas en la taquilla, colocando el neceser, cerrando la mochila, y básicamente evitando dejarme arrastrar por la energía del grupo. No me siento parte de eso, aunque quiera fingir que sí.

—Ya voy —gruño, echando el candado a la taquilla.

Subimos todas juntas hacia la planta superior del edificio central del club, donde está el despacho de Joanne Clarkson. Desde que Jon llegó, Clarkson se ha convertido en un punto intermedio entre el vestuario y la directiva. Es una de las pocas que realmente se parte la cara por nosotras. Y hoy ha transformado su despacho en una especie de palco VIP: ha mandado traer una tele enorme, ha movido

las sillas, ha pedido café y ha colocado bandejas con galletas como si fuéramos a una tarde de cine.

Ojalá mi cuerpo y mi cabeza acompañasen esa ilusión.

Me siento en el brazo del sofá, evitando coger sitio en medio. Me encuentro mejor en los márgenes, desde donde no molesto y no brillo.

Las demás están excitadas. Literalmente excitadas. No por Jon, sino por lo que significa. Solo salir en esa lista es reconocimiento, es presencia, es existir en un escenario donde las mujeres casi nunca existimos. El *Christmas Football Game* es el único evento mediático del calendario que no nos ignora del todo. Los equipos que compone el evento son mixtos y eso es todo un acontecimiento para el fútbol femenino que, por una vez al año, nos equipara a nuestro homólogo masculino.

Yo no estoy emocionada. Pero no porque no me parezca importante.

Es porque sé que no estaré en esa lista.

Sé que no me van a llamar porque escuché a Alkiza decirlo con mis propios oídos: que no soy opción. Que no estoy lista. Y porque sigo en el puñetero banquillo de mi propio equipo, lo cual debería ser motivo suficiente para no alimentar esperanzas idiotas.

Además está lo otro.

Lauren Mitchell no me atrae ni lo más mínimo.

Qué maravilla de noche aquella. Qué noche tan redonda para el ego, para la autoestima y para mi capacidad de no tomarme las cosas de forma personal.

—¿No es emocionante? —me susurra Nara Morgan mientras se inclina hacia mí. Tiene los ojos brillantes y esa energía eléctrica de quien huele posibilidad en el aire—. Te imaginas si alguna entrara… ¡si nosotras entráramos!

Sonrío sin ganas. Me hace ilusión por ella, porque si alguien se lo merece es nuestra portera. Nara, que hace un par de meses era la suplente, lleva sosteniendo este equipo con sus guantes en las últimas jornadas. Es, además, una profesional que nunca se queja y

que da lo mejor de sí misma justo cuando se pide que cumpla con su papel.

—Ojalá —le respondo.

No digo más. No tengo fuerzas.

La tele se enciende justo en ese instante y aparece el secretario de la FA, Alan Barrows. Siempre tiene ese aire de funcionario amable, como quien escolta a los niños de colegio en una excursión cultural.

—Buenos días, amigos de los medios y las redes sociales…

Y ya está, empieza la liturgia. Primero la presentación, luego el discurso institucional y después, por fin, las listas.

—Este año, la entrenadora del Arsenal femenino, Sue Mason, será la responsable de liderar el equipo del *Silver Gang*.

La cámara enfoca a Mason y yo me enderezo en la silla. Mason es imponente. Altísima, fuerte, sonrisa de anuncio, piel de ébano, presencia de mujer que no se disculpa por existir en un mundo que prefiere a los hombres. Hay respeto en la sala cuando toma el micro. Es bonito verlo, porque no siempre pasa.

—Estos son los elegidos para el equipo S*ilver Gang*…

El despacho de Joanne se enciende. Los nombres masculinos pasan rápido, las chicas hacemos ruido cuando aparece alguna de las nuestras. Cuando en ese lista se pronuncia el nombre de Nadia, todo se convierte en una celebración en toda regla.

—¡Vamos, Nad! —grita alguien, y la alzan como si hubiera metido un gol.

Nadia se sonroja, restando importancia, pero se le nota el orgullo en cada poro de su piel. Yo aplaudo también. Me alegro de verdad. Me duele que no la haya elegido Alkiza, pero al menos está llamada.

Calum Ferguson aparece también en la lista y solo de escucharlo siento una punzada en la boca del estómago. No por celos deportivos, sino porque Calum es la clase de persona que siempre aterriza de pie. Lo sucio, lo feo, lo injusto… nunca le salpica. Ese tipo de gente debería estar estudiada científicamente.

Entonces Barrows vuelve al micrófono.

—Jon Alkiza, nos dará ahora la lista del equipo *Purple Squad*, el que él liderará en el *Christmas Football Game* este año.

La cámara lo enfoca.

Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza. No es normal que lo note tanto cuando aparece en pantalla —como si hubiera una corriente eléctrica dentro de mi caja torácica—, pero últimamente me ocurre mucho. Lo odio un poco y no sé si lo odio más por lo que siento o por lo que él no siente.

Está erguido, los hombros ligeramente alzados, la cabeza firme con su mirada inescrutable al frente. Su mandíbula está tensa, pero todo su cuerpo emite una seguridad que desafía a cualquiera a llevarle la contraria. Sus ojos oscuros escrutan la sala antes de empezar a dar la lista. El lobo olisquea el ambiente y se prepara para devolver cualquier ataque.

—Buenos días a todos —dice con voz firme.

Esa voz que conozco bien. Esa voz que ordena, que desarma, que manda. Esa voz que ha pasado media vida en banquillos donde las estrellas del fútbol giran alrededor del planeta Jon Alkiza.

—La lista del equipo *Purple Squad* es la siguiente…

Las pulsaciones de todas suben. Es casi cómico sentir la histeria colectiva.

—En la portería, Nara Morgan, del Leyton…

Las chicas rugen. Literalmente rugen. Y yo me giro hacia Nara con una sonrisa amplia porque me alegro tanto por ella que casi olvido que estoy en modo catástrofe personal desde hace semanas.

Entonces procede.

—…y Luke Benson, del Liverpool. La defensa la conformarán Miguel Torres, del Everton Mireille Lemoux, el Chelsea, David Treadaway, del Manchester City, George Milton, del Newcastle… y Lauren Mitchell, del Leyton.

Silencio.

Y después un estallido.

Como si alguien hubiera lanzado confeti encima del vestuario entero, la sala explota en un griterío alegre y yo… yo me quedo

congelada.

¿Ha dicho…?

¿ha dicho Lauren Mitchell?

Voy con retraso. Es mi nombre. Soy yo.

Alguien me sacude los hombros. Otra me levanta del sofá. No sé quién. Escucho vítores, aplausos, alguien me besa en la mejilla, Nadia me abraza por la cintura mientras grita mi nombre como si yo acabara de bajar del podio olímpico.

Yo no reacciono.

No puedo.

Mi pensamiento es que debe de haber más Mitchells en el fútbol inglés. Luego recuerdo que no, que soy la única. Después llega el pánico más puro: ¿qué está haciendo Alkiza? ¿Qué mierda está haciendo? ¿Por qué?

No puede ser verdad.

No puede tener esa cara tan dura.

No después de lo que le escuché.

No después de dejarme fuera de mi propio once durante semanas.

No después de…

No sé ni cuántas cosas.

Cuando por fin logro moverme, lo hago porque necesito volver a mirar la pantalla.

Él sigue hablando. Ejerciendo control. Desgranando nombres, ordenando el universo con la seguridad de quien ha nacido para eso. Y yo ahí, con las manos temblando y la mandíbula en tensión, atrapada entre dos emociones irreconciliables: la euforia y la rabia.

Cuando termina su lista, el enjambre de reporteros levanta los brazos como si fueran un campo de girasoles excitados.

Yo sé cuál será la primera pregunta.

Todo el mundo lo sabe.

Y lo más gracioso —o lo más tragicómico— es que él también.

Jon Alkiza siempre espera a sus presas. Es su especialidad.

Lo curioso es que a veces deseo saber qué piensa mientras lo hace. Cómo ordena la estrategia, cómo prepara las respuestas, cómo decide cuándo callar y cuándo golpear.

Las chicas siguen celebrando. Me empujan, me rodean, me felicitan.

Yo asiento, sonriendo como puedo, tragándome las lágrimas que me están dejando la voz en carne viva.

No me puedo permitir llorar ahora. No delante de ellas. No cuando por primera vez en mucho tiempo algo se parece a una victoria.

—Tía, ¡es increíble! —me dice Nadia, tomándome la cara entre las manos—. Te lo mereces, Lau. Te lo mereces desde hace años.

No digo nada. No puedo.

Porque en mitad de la alegría hay un pensamiento que me perfora desde dentro:

Si me ha elegido, ¿por qué no me ha puesto a jugar todavía en el Leyton?

Me limpio la comisura del ojo antes de que nadie me vea. Y vuelvo a mirar la pantalla, donde Alkiza coloca las manos sobre la mesa como quien acepta una batalla.

Muy bien, entrenador.

Que empiece tu *show*.

JON

—Simon Dell, del *Mirror* —inquiere el primero de ellos, identificándose antes de comenzar el bombardeo—. Entrenador Alkiza, llama la atención la inclusión de Lauren Mitchell en su lis…

Los flashes ya apuntan a la mesa y hay mil manos levantadas cuando le he dado paso a ese tipo. Todo el mundo esperaba la pregunta. En Londres, la prensa no calienta: embiste. No hay protocolo, no hay piedad, no hay tiempos muertos. Aquí el primer balón siempre va a la entrepierna.

—¿Por qué? —lo corto antes de darle siquiera la oportunidad de acabar una cuestión que ya viene afilada.

—Pues porque… —titubea Dell, sorprendido de que no le haya dejado terminar la frase— porque… usted la tiene sentada en el banquillo. Usted mismo…

Aguanto la respiración. Sé que tengo que administrar mi munición verbal con calma. Si me pongo a la defensiva demasiado pronto, huelen la sangre. Y si huelen sangre en una sala de prensa londinense, estás muerto. Así que exhalo despacio, cruzo los brazos con parsimonia sobre la mesa y procuro templar la voz.

—¿Cree que propondría a alguien sin estar absolutamente seguro de su potencial? —le lanzo.

—No, claro. Pero… —insiste él— usted mismo…

Ya basta. Esto hay que encarrilarlo desde el principio.

—Verás, *Simon Dell del Mirror* —articulo con una amabilidad que solo es real en apariencia—. Lauren Mitchell es, probablemente, la mejor jugadora de fútbol del país. Como futbolista es rápida, intuitiva, generosa e inteligente. Aunque no fuera nada de todo esto —y lo es—, Lauren Mitchell es una líder natural.

Pausa. Que cale.

—Incluso en el banquillo del Leyton, donde ahora mismo está por razones más que justificadas, se lo aseguro, hace tanto como sus compañeras que meten goles en el campo o evitan que los marque el equipo contrario.

Dell traga saliva. Bien. Continúo.

—Estoy seguro de que sabe mucho de fútbol, señor Dell, pero estoy aún más convencido de que yo sé más. Solo le pido, a usted y a sus lectores, que confíen en mi criterio profesional. Muchas gracias.

Un murmullo serpentea por la sala. Nada violento, pero sí inquieto. Mi radar interno se activa: buscan grietas, buscan contradicciones, buscan pistas. Yo también. No quiero que parezca que Mitchell me importa más de la cuenta, pero tampoco voy a dejar que la prensa la convierta en carnaza por mi culpa.

Me pregunto qué cara habrá puesto ella al escuchar su nombre en la transmisión. Ojalá hubiera podido verla.

El siguiente brazo levantado al que le doy la venia para preguntar pertenece a un tipo que no reconozco.

—Mike Voggel, del *Sun* —dice.

Ya está. Aquí viene la parte *B* de la ecuación: tabloide puro. Los del *Sun* siempre van a saco. No tienen reparos, no tienen pudor y no tienen nada que perder. Y lo saben.

—¿Qué le parece la nueva conquista de Indira Miller en el mundo del fútbol con la clara intención de reemplazarle?

Ahí está el titular. El golpe bajo. El giro morboso. Y la frase envenenada: *con la clara intención de reemplazarle*. Qué frase de mierda. Qué construcción tan deliberadamente provocadora.

Intento no sonreír. Si sonrío, parezco afectado. Si frunzo el ceño, también. Si me quedo en blanco, peor. El truco es el desprecio educado.

—No sé a qué cojones se refiere —replico, frío como un bloque de granito— pero creo que este no es el lug…

—¿No ha escuchado la noticia? —me interrumpe él, ampliando su sonrisa de hiena—. En el *Sun* adelantamos esta misma mañana la relación entre la señorita Miller y Didier Gaillard, centrocampista del Paris Saint Germain. Se les ha visto muy acaramelados saliendo de la casa de Indira en Mónaco…

Más murmullo. Más movimiento de cabezas. Más ojos brillando con esa excitación masturbatoria que les provoca el drama ajeno. Conozco esa mirada. La he vivido cada vez que salí en un titular sobre Indira. Sobre el City. Sobre mi salida. Sobre mi carácter. Sobre cualquier mierda.

—¿Señor Alkiza? —insiste el mentecato, creyendo que ha encontrado oro.

No lo ha hecho. No esta vez.

—Didier Gaillard es el mejor centro que tiene Francia —replico, sin subir el volumen ni un decibelio—. Y eso es todo lo que un

profesional del fútbol como yo tiene que opinar sobre otro profesional del fútbol como él. Gracias.

Respondo solo lo estrictamente opinable en un ámbito profesional. No me voy al barro. No le doy carnaza. No muerdo.

Es la forma.

La única forma.

Vuelven los murmullos. Las manos siguen levantadas. Las ganas de pillar algo no bajan. Si algo se aprende estando tantos años en la élite masculina, es esto: la prensa nunca quiere saber de fútbol. No les interesa. El fútbol es el pretexto. Lo humano es lo que vende.

Sue Mason también lo sabe. Se apoya ligeramente hacia atrás en la silla y me lanza una mirada cargada de una mezcla de respeto y lástima. Me sorprende esa lástima. No suele haber lástima en el gremio. Ella sí la tiene. Ella entiende lo que es entrar en una sala y ser la presa.

La siguiente voz viene con tono monocorde y piel de serpiente:

—Norman Slider, del *Independence* —se presenta otro periodista, este con cara de póquer de los que no enseñan las cartas hasta que ya te han ganado la mano. Lo conozco, es un buitre de manual—. Señor Alkiza, ¿considera que la FA ha obrado con profesionalidad al darle uno de los dos equipos del *Christmas Football Game* de este año después de su controvertida salida del City?

Hay preguntas y hay *trabajos de demolición*. Esta es lo segundo.

Slider se sienta después de lanzarla. La deja rebotar en la sala para que haga daño. Y lo hace. Se nota en los codazos, en los móviles levantados, en los gestos voraces de los que aún no tienen titular pero ya huelen sangre.

Siento la presión en la mandíbula, la tenso cuando estoy conteniendo algo. Casi siempre es enfado. Hoy también.

La mano de Sue Mason me aprieta el hombro desde su silla. Un gesto leve pero lo suficientemente claro para quien viene del fútbol femenino: soporte sin paternalismo. Respeto. Y un mensaje silencioso: *No les des lo que quieren*.

—Dígame —respondo, articulando cada palabra—, ¿cree que debo renunciar a todo por haber tomado una decisión que a usted no le gusta?

Pero Slider no ha terminado. Un tipo que empieza así no se conforma con un rasguño.

—Según el presidente del Manchester City, usted no dejó el club por voluntad propia —añade, ampliando la sonrisa como si estuviera disfrutando del aperitivo antes del plato fuerte.

Levanta su tablet desde la segunda fila para que todos puedan ver el titular de su propio periódico. El cabrón ha venido preparado.

Malek Al-Sunarak: "Alkiza no tenía ningún futuro en el Manchester City; dejarle marchar fue lo más lógico".

Una daga. Al-Sunarak sí sabe esperar para cobrarse una venganza. Cinco meses ha tardado. Podría haber sido hace unas semanas. Podría haber sido mañana. Podría haber sido dentro de un año. Pero ha esperado al momento justo, porque lo relevante es la *escena* y el *público*. Y hoy contaba con ambos.

La sala enmudece. El silencio del periodismo siempre es malsano. Es el de los que ya han olido una historia mejor que la que tenían preparada.

Yo pienso en mis temporadas allí: el vestuario, los viajes, las finales, la Champions, las renuncias, las pataletas de ego, las discusiones por minutos, por cargas internas, por recuperaciones, por planificación, por mercados. Y pienso en lo más importante: lo dejé yo. Y a nadie le gusta cuando un activo decide que el capital ya no le compra.

No respondo al momento. Es un error responder sin haber decidido si boxeas o si esquivas. Y estos hijos de puta siempre esperan que respondas en caliente.

Siento que vibra mi teléfono encima de la mesa. Lo tengo en silencio. Sólo lo noto yo.

Un mensaje.

De Lauren.

"*Menudo gilipollas. Ponle en su sitio, entrenador"*

No sé por qué, pero siento que me estira hacia arriba desde dentro del estómago. Una mezcla extraña entre orgullo, complicidad y un *maldito sí, joder*. Se me sube una sonrisa al rostro antes de que pueda controlarla. No muy grande, lo justo para que los de la primera fila la confundan con soberbia y no con… lo que sea que realmente es.

Me encojo de hombros. Levanto la vista hacia Slider y decido que voy a boxear.

—Verá, *Norman Slider, del Independence* —comienzo, devolviéndole su propia fórmula, porque en el fútbol táctico siempre conviene utilizar el mismo modelo para cambiar el resultado—. No sabía que dejar el City por voluntad propia estaba penado con el ostracismo profesional. ¿Necesita usted que suene arrepentido para sentirse cómodo con la narrativa?

Un murmullo recorre la sala. No es aprobación. Es excitación. Esto es mejor que cualquier comunicado. Es *carne fresca*.

Pero sigo. Si empiezas, terminas.

—Si su pregunta es si considero profesional la decisión de la FA, la respuesta es sí. Rotundamente sí. Elegir a profesionales por méritos deportivos es la definición de profesionalidad. Otra cosa es que a usted —o a su periódico— les resulte más entretenido insinuar conspiraciones o dramatizar salidas. Pero le recuerdo que aquí no estamos para interpretar el teatro de otros, sino para presentar un equipo que jugará para recaudar millones que servirá para investigar enfermedades raras que afectan a muchos niños. Y eso, se lo aseguro, es más importante que cualquier cotilleo de despacho entre ejecutivos enfadados.

Slider aprieta los labios. Toca repliegue. Pero no ha soltado la tablet.

—El señor Al-Sunarak afirmó que usted *no tenía futuro* bajo su presidencia.

—Sé lo que puede llegar a afirmar el señor Al-Sunarak —contesto —. Pero también sé que usted publica media frase. Y eso ya no es fútbol. Eso es edición creativa.

La sala vuelve a reaccionar. No hago contacto con nadie más que con el cabrón que ha lanzado la pregunta. Si algo detesta un periodista es que le señalen el truco.

—Si hubiera investigado la otra media frase, podría haber descubierto, por ejemplo, que yo rechacé la renovación sin esperar el cierre del mercado, o que presenté mi renuncia antes de que ellos encontraran un sustituto. Pudo haberlo confirmado. No lo hizo. Usted eligió la mitad que encaja con su guion. Y está bien. Es legítimo. Pero entonces no venga a pedirme honestidad cuando usted no la practica.

Y ahí sí, Slider baja la tablet. No por vergüenza. Por respeto táctico. No todos los rivales de prensa lo entienden, pero este sí.

Cuando Sue Mason se inclina hacia su micrófono, sé que la dinámica se ha roto. Los periodistas la han ignorado treinta minutos y eso también tiene consecuencias.

—Si me lo permiten —añade con voz grave—, este evento es paritario, no es un circo. Quizá convenga recordar que hoy aquí se han presentado unas listas, hay futbolistas que celebrar y un partido solidario que jugar.

Se hace silencio. De los buenos.

Yo me pongo en pie. No porque me apetezca irme —aunque me apetece— sino porque quedarse después de una frase así sería una falta de respeto hacia ella.

—Y ahora, si no tienen nada más relacionado con el *Christmas Football Game* —remato, ajustándome la americana sin prisa—, tenemos entrenamiento y tenemos trabajo. Tal vez eso también pueda enseñarles algo.

No espero réplica. Mason se levanta conmigo. Abandonamos la sala juntos, espalda recta, ritmo firme. Los fotógrafos disparan. Los micrófonos graban. El ruido mediático vuelve a su hábitat natural.

Ellos creen que han ganado. Que han encontrado fisuras. Que han abierto grietas.

Lo divertido es que no han entendido nada.

No tienen ni idea de dónde está el verdadero titular.

CAPÍTULO 13
LAUREN

Cuando Warren me llama *rubita* por tercera vez en diez minutos, sé que estoy dispersa, desparramada, como si mi mente fuera un vaso estrellado contra el suelo.

Estoy aquí y no estoy. Mi cuerpo pega, mis manos golpean, pero mi cabeza está en otra parte, en un estadio, con decenas de miles de personas, y yo vestida con la camiseta morada de los *Purple Squad* intentando no fallar.

El peor lugar del mundo para tener la cabeza puesta ahora mismo.

—Eh, rubita, céntrate. Hoy pegas como si te hubieras dejado el cerebro en la mesilla.

Levanto la vista hacia él, ofendida, aunque a estas alturas debería estar vacunada contra sus comentarios.

—Perdona, ¿y esa forma de motivar, *Señor Terapia Cognitivo-Conductual*?

—Así —responde él elevando las manoplas y poniendo el cuerpo en guardia—. Otra vez. Pero ahora, en vez de con palabras, con los puños.

Resoplo. Vuelvo a mi postura, pies separados, guardia alta, y lanzo los puños. Mis golpes tocan, pero son flojos, desganados, como si estuviera tanteando el aire en lugar de reventar una puta puerta.

—Pareces una nenaza, Mitchell.

Me duele el comentario, aunque sepa que mi falta de fuerza hoy es real. Me duele lo suficiente para que me hierva la sangre.

—Menudo terapeuta me ha buscado Alkiza —gruño—. Te informo de que eso es sexista.

—¿Te ofende? —pregunta él, inocentísimo.

—Me irrita.

—Genial —sonríe—. Entonces seguiré haciéndolo, a no ser que te eches a llorar como una niñita pequeña.

Y ahí lo pillo. El cabrón quiere que me enfade. Quiere que muerda el anzuelo. Quiere que deje de boxear con miedo y empiece a boxear desde el instinto.

Y funciona. Porque le meto una derecha que hace que retroceda medio paso.

—Eso está mejor, princesa del drama.

—Qué pesado eres —suelto entre dientes—. Y qué anticuado.

—A mí me gusta pensar que soy *vintage* —responde, burlón.

Engarzo dos ganchos más, esta vez con más peso en la cadera. Warren ni pestañea. El tío tiene los antebrazos de un toro y unos reflejos que ya los querrían chavales de veinte años.

—No quiero flojas en mi cuadrilátero, Mitchell —me dice, serio por primera vez—. Pat se sentiría profundamente ofendido de verte hoy.

Me freno.

Pat. Mi padre. Otra puñalada.

—Me la suda Pat, Warren.

—No te la suda ni un poco —contesta sin alterar el pulso—. A estas alturas deberías evitar mentirte a ti misma. Sobre todo tú, que ya te mientes lo bastante como deporte olímpico.

La derecha me tiembla en la guardia. No sé si es por la rabia o por el golpe bajo emocional.

—Mentirse por dentro destruye —sigue, suave, como si estuviéramos tomando té en lugar de boxeando—. Te impide reconocer la verdad incluso cuando te la estampan en la cara.

—¿Y esa frase de dónde sale? ¿De una galleta de la fortuna? —le pincho—. ¿O de un Instagram de frases moñas tipo *eres suficiente, cariño*?

Se ríe. Se lo pasa pipa conmigo. Me odia y me quiere despertar a la vez. Cabronazo.

—No necesito Instagram. Tengo ojos —responde—. Y ahora mismo veo miedo. Mucho.

Y ahí exploto.

Como un volcán. Como una puñetera granada.

Mis guantes golpean sus manoplas con ritmo frenético, casi bruto. Derecha–izquierda–gancho, repito, hasta que mi visión se estrecha y solo existe el objetivo y el impacto.

—Yo. No. Tengo. Miedo.

Cada palabra un golpe.

Cada golpe una mentira.

Me arde el antebrazo, me quema el hombro, la muñeca zigzaguea con fatiga. Pero sigo, porque si paro me derrumbo. Porque si paro tengo que admitir que la idea de volver a competir, de volver a ser "Lauren Mitchell, capitana del Leyton" me aterra hasta los huesos.

Warren apenas se inmuta. Solo ajusta el peso y absorbe mis descargas. Es una puta pared.

—Lo que tú digas —murmura, calmadísimo—. Lo que tú digas, rubita.

Y eso me remata. Me remata porque no me rebate con más fuerza, me remata porque tiene razón. Porque sabe.

Cuando finalmente me quedo sin aire, sin rabia y sin gasolina, suelto un grito desde un lugar que no sabía que existía dentro de mí, y suelto los brazos, doblada, la respiración entrecortada, manos sobre los muslos temblorosos.

Me siento una bomba descargada. Una carcasa.

—Tu chica pega con ganas, Alkiza.

Levanto la cabeza de golpe.

Jon está ahí.

No sé cuánto lleva ahí parado, ni cuánto ha visto ni escuchado, pero está apoyado en la esquina del cuadrilátero, con media barba más oscura por la luz que le cae indirecta y esos ojos pardos

clavados en mí como si fuera una ecuación complicada que estuviera intentando resolver.

Y yo… juro que por un segundo no oigo nada. Ni el zumbido del gimnasio, ni el golpeo de otros sacos, ni la voz de Warren. Nada.

Solo su mirada fija. Sin juzgar. Sin compadecer. Sin dudar.

Y eso es lo que más me jode.

Porque preferiría que me juzgara. O que pensara que soy débil. O que fuera distante, como siempre lo es con casi todo el mundo.

Pero no. Jon Alkiza me mira como si acabara de demostrarle algo que no esperaba. Como si acabara de encender una luz en un sitio al que él ya había renunciado a asomarse.

No pestañea. No rompe el contacto visual. Solo asiente, un gesto minúsculo, pero tan claro como un portazo en el alma.

Y yo, agotada, sudada, con la camiseta pegada a la piel y los guantes temblando, me doy cuenta de una cosa que me dispara otro miedo más:

No sé si he encontrado un enemigo o un refugio.

Y no sé qué me aterra más.

JON

—Vete a la ducha, rubita. Hoy te la has ganado.

La voz grave de Ansel corta el minuto más extraño que he vivido en semanas. El hechizo se rompe, tal cual. Si hubiera durado un segundo más, quizá habría pasado algo que ninguno de los dos parecía preparado para procesar.

Lauren aparta la mirada de la mía. No la retengo. No me atrevo. Pasa a mi lado como un cohete, dejando tras de sí un olor distinto al que lleva en el campo —sudor, gimnasio, adrenalina— y desaparece tras la puerta que lleva a los vestuarios.

Me doy permiso para respirar de nuevo.

Yo no suelo venir a estas sesiones. Nunca lo hago. No es mi terreno. No quiero contaminar el proceso ni parecer un entrenador controlador metiendo la nariz donde no debe. Menos aún cuando el

paciente es la persona que más me desvela últimamente. Lo último que necesita Warren es tenerme a mí mirando por encima de la cuerda del cuadrilátero como un padre neurótico.

Pero necesito ver con mis propios ojos que el proceso funciona y que Mitchell lo está asimilando.

Mi mirada busca a Ansel. No es reproche lo que llevo en los ojos, pero sí una mezcla rara de alerta e incredulidad. Él me conoce demasiado bien para disimular.

—¿Está… está bien? —pregunto.

Él se quita las manoplas con un gesto fluido y sin urgencias.

—Lo estará.

Pero esa pausa deliberada antes del futuro simple me toca las narices. Me cruzo de brazos, incómodo.

—Lo está haciendo bien, Jon —añade, mientras se seca el sudor de la frente—. Es una auténtica luchadora. Pero eso ya lo sabías cuando me la trajiste.

—Que sea luchadora no significa que puedas…

Levanta la vista un milímetro. Cirugía para cortar la frase en seco.

—¿Que pueda qué?

Chasqueo la lengua, frustrado.

—Que puedas vapulearla, joder. Es una persona, no un puto saco.

—Pensé que eso era precisamente lo que querías que hiciera.

Lo miro como si me hablara en chino antiguo.

—¿Qué? ¿Es que has perdido la cabeza?

Ansel deja la toalla, se cruza de brazos y me analiza con la tranquilidad de quien lleva veinte años sacudiendo la mente de atletas profesionales.

—No, Jon —dice, lento, casi académico—. Creo que el que ha perdido la cabeza eres tú. Por ella. ¿Me equivoco?

Mi mandíbula se tensa. Mis ojos se van al suelo. Me odio un poco por ese gesto.

—Claro que te equivocas —miento con una torpeza digna de un chaval de dieciséis—. Es mi jugadora. Me preocupo por ella. Punto.

Baja del cuadrilátero, se me acerca y me coloca la mano en el hombro. No me retiro. Quizá debería.

—No quiero pensar que te preocupas más que por otros pacientes solo porque se trata de una mujer y la consideras más débil.

—¿Estamos insinuando que soy machista? ¿O paternalista?

—Nada de eso —dice él, negando con suavidad—. Estoy diciendo que hay un exceso de celo. Y cuando hay un exceso de celo suele haber también un afecto singular. No es Freud, es aritmética.

Me río sin ganas.

—No seas condescendiente.

—No lo soy. Solo soy el que ve lo que tú evitas mirar.

Me atraviesa. Es una sensación física. Como si hubiera soltado un golpe directo a mi estómago.

—Quizá el que debería ponerse los guantes y subir ahí arriba soy yo, ¿no? —digo intentando desviar la conversación.

—Me parece el mejor plan que has tenido en meses —sonríe, señalando el cuadrilátero con el mentón—. Unas hostias y un poco de psicoanálisis te vendrían de maravilla.

—No tengo tiempo para tus chorradas, Ansel. Estoy hasta arriba.

—Entonces ¿a qué cojones has venido?

—A comprobar…

—¿Que no mato a golpes a tu estrella? —me corta—. Pues no, no lo hago. Aunque tú lo veas así. Mitchell necesita afrontar cosas. Cosas feas. Cosas que lleva aplastando desde hace años. Mis métodos no son suaves. Y no pienso pedir perdón por ello.

—Solo digo que…

—No, Jon. Solo digo yo —me frena, levantando una mano—. Si te cuesta verla así, no vengas. Si no puedes soportar ver cómo se rompe para recomponerse, entonces espera en tu despacho al informe de progresos.

Silencio.

Un silencio de esos que sirven más que mil discusiones.

—¿Confías en mí? —pregunta.

Trago saliva. A veces Ansel sabe ser más violento sin guantes que con ellos.

—Claro que confío en ti —admito—. Te confiaría mi vida.

—Entonces confíame la suya. Déjame trabajar.

Asiento al fin.

—No volverá a pasar.

—Bien —dice, agarrando su bolsa de deporte—. Y ahora vamos con lo que realmente importa: tú. Sigues a punto de reventar y lo sabes. Deberías venir una tarde, ponerte los guantes y subir ahí conmigo. Sacaríamos petróleo de ti.

—Lo tendré en cuenta —respondo, sin tenerlo en cuenta en absoluto.

—Claro, claro. *Lo tendré en cuenta*, dice el tío que lleva meses con el peso del mundo sobre los hombros.

—No seas imbécil.

—Vaya, la defensa ha llegado rápido hoy —ríe—. Eso confirma mi teoría: te importa más de lo que puedes admitir sin vomitar.

Quiero decirle que se vaya a la mierda. Quiero discutir. Quiero ganar la discusión. Pero en lugar de eso, guardo silencio, que para él ya es confesión.

Y entonces aparece.

Lauren sale de los vestuarios con el pelo húmedo, una sudadera grande, la bolsa al hombro y la mirada medio retadora, medio agotada. No hay maquillaje, no hay escenario, no hay público. Solo ella. Cruda.

Ansel levanta la mano.

—Rubita, tu jefe ha venido a asegurarse de que no te estoy convirtiendo en puré. Parece que se va satisfecho.

Ella me mira entonces. No como se mira a un entrenador. No como se mira a un terapeuta. No como se mira a un enemigo. Algo entre todo eso y otra cosa más peligrosa que no quiero nombrar.

—¿Has venido a hacerme de niñera? —espeta.

Dios. Qué forma de matar cualquier posibilidad de conversación civilizada.

Pero lo peor es lo que me nace al mismo tiempo que la irritación: el deseo. El impulso ridículo de besarla justo cuando pone esa cara de mierda. Quitarle el gesto a mordiscos. Romperle la muralla.

Joder…

Me recompongo en un segundo. Soy bueno fingiendo.

—No, Mitchell. He venido a comprobar que haces tu trabajo y no desaprovechas la oportunidad de salir del banquillo.

Su mandíbula se tensa.

—Vete a la mierda —dice, lacónica, seca, sin levantar la voz.

Pasa delante de mí, roza mi brazo con el suyo, y se larga por la puerta del gimnasio sin volver la cabeza.

El eco tarda en disolverse.

Ansel silba, divertido.

—Qué bonito es el amor moderno —musita, guardándose las vendas en la bolsa.

—No empieces.

—Yo no he empezado. Solo observo.

—A veces podrías observar en silencio.

—Podría. Pero entonces no sería yo.

Recojo mi abrigo. Ansel me golpea el brazo antes de irse.

—Por cierto —dice—. No la has cagado tanto como crees.

Lo miro con escepticismo.

—Yo diría que va la tres milésima vez que sí.

—Jon —dice él, serio por primera vez en todo el día—. Cuando alguien te manda a la mierda, es porque no le da igual. El día que no te diga nada, preocúpate.

Se marcha dejándome allí parado, entre sacos, cuerdas y olor a cuero, pensando en lo que acaba de soltarme.

Y aunque no lo admitiría ni borracho, me aferro a esa idea como si fuera una puta tabla en medio de un naufragio.

Porque sí. La he cagado. Otra vez.

Pero lo que de verdad no sé es si tengo alguna intención real de dejar de cagarla.

LAUREN

—¡Mitchell, espera!

Su voz a mi espalda me hace crispar los puños. Como si no los tuviera ya reventados por culpa de la terapia de choque del puto Ansel Warren.

No quiero más de ellos hoy. De ninguno de los dos. Quiero irme a mi casa, meter las manos bajo el agua caliente y olvidarme de todos los hombres que creen saber qué es lo mejor para mí.

Me planto de golpe y me giro tan rápido que casi se estrella contra mi pecho.

El impacto se queda a milímetros. Me cubre la sombra de su cuerpo y, de repente, el aire parece más denso. Pese al frío criminal de la mañana de diciembre, noto un calor potente subiendo desde el centro del cuerpo hasta la cara, colonizándolo todo.

El peligro tiene ojos oscuros, más oscuros de lo habitual, y una expresión entre sobresaltada y tensa, como si a él también le hubiera pasado algo por dentro al quedarse tan cerca.

Maldita sea.

Retrocedo dos pasos, puro instinto de supervivencia. Si se queda tan pegado, mi cuerpo se pone de su parte y no, gracias.

—Déjame en paz —le planto, helada.

—Quiero disculparme —dice, aún un poco corto de aire—. Me acabo de comportar como un auténtico capullo.

—Es que eres un auténtico capullo, Alkiza. Ya no engañas a nadie.

Intento zanjar el asunto ahí, dándome la vuelta para largarme.

Lejos de él.

—Mitchell, espera —repite.

Esta vez no solo lo dice: me agarra la mano.

Sus dedos son cálidos. Demasiado. Un calor seco, directo, que se cuela por la piel, sube por el antebrazo y me explota en la nuca. Debería arrancar la mano, decirle que no me toque, que no procede, que es invasivo, que es mi entrenador.

Pero algo se me queda suspendido, como si moverme significara arrancar un cable vital que ahora mismo me mantiene conectada a él.

—Tengo que irme… —balbuceo. Genial, ahora también me quedo sin vocabulario.

Sus ojos buscan los míos. Son oscuros, sí, pero no agresivos. Podrían dar miedo, sin embargo yo lo que veo es desorden. Y una especie de… urgencia. Más cachorro perdido que perro de pelea.

No quiero que despierte mi simpatía. Mucho menos otra cosa.

Retiro la mano por fin.

El invierno se cuela entre los dos como si estuviera esperando su oportunidad.

Me humedezco los labios, respiro hondo y decido dejar las cosas claras de una vez.

—Mira —empiezo, clavándole la mirada—. Sé que tendrás mil cosas en la cabeza con el equipo, las chicas, el partido de Navidad y los periodistas estúpidos que solo buscan tocarte las narices, pero yo paso de toda esta mierda. Necesito estabilidad para recuperarme. Y esto —hago un gesto entre él y yo— no es sano ni me ayuda.

Agacha la cabeza un segundo. Cuando la levanta, lleva puesta una media sonrisa triste que me hace daño en sitios que no debería.

—Tienes razón —admite—. Esto no es sano. —Se aclara la garganta—. Espero que me disculpes por haberte hablado en ese tono y por… no sé, por todo lo que pueda haber afectado al modo en el que te estás recuperando.

No sé qué me desconcierta más, si que pida disculpas o que lo haga tan en serio.

—Vale —respondo, más seca de lo que pretendía.

Él asiente, da un paso atrás y se dirige a su coche, el Micra rojo hecho polvo que parece haber sobrevivido a tres guerras mundiales y a una manada de *hooligans* borrachos. Lo veo subir, cerrar la puerta y meter la llave en el contacto.

El motor protesta con un sonido patético, ahogado. Lo intenta otra vez. Nada. La tercera suena peor.

Me muerdo la cara interior de la mejilla para no reírme en voz alta.

Cuando su intento número cuatro produce un ruido que solo puede significar *hoy no, amigo*, me acerco y llamo con los nudillos en la ventanilla. Él baja el cristal a manivela.

—No afectas a mi recuperación, Alkiza —le digo, más suave—. Quiero creer que me estás ayudando. Solo que esto… me confunde, ¿sabes? A veces eres la persona más disponible del mundo y otras, la más distante, como si mi sola presencia te molestara tanto que necesitaras ser desagradable conmigo solo para alejarme y no tener que lidiar con el asunto. Y sé que no soy una mujer fácil, que tengo un carácter complicado…

—Un carácter de mierda, en realidad —me interrumpe, con una sonrisa pequeña, casi cómplice.

—Sí —admito, encogiéndome de hombros, intentando contener la sonrisa que me sube a traición—. Un carácter de mierda en algunas ocasiones, pero es mi puto mal carácter y la mayoría de las veces está más que justificado.

—Toda la razón —concede—. Incluso cuando lo diriges contra mí sin motivo aparente.

—Nunca he hecho tal cosa —protesto—. Siempre he tenido mis motivos y estaré encantada de detallártelos.

—Estaría encantado de escucharlos, aunque en otro momento —replica—, porque preveo que será una lista larga y tengo un sitio al que llegar. Si mi coche quiere llevarme, claro.

Señala el volante con fastidio teatral y vuelve a girar la llave. El pobre Micra suena como una vaca agonizando.

—Creo que tu coche está pidiendo la extremaunción —comento.

—Mi coche es un superviviente. Solo está… pensándoselo.

—Claro. —Me cruzo de brazos—. Pues mientras lo piensa, vas a llegar tarde a ese sitio al que tienes que llegar.

Suspira, mira el salpicadero como si esperara que este le contestara y al final apaga el contacto, derrotado.

No sé si es el cansancio, la culpa o que me da pena ver al tipo que dirige mi vida profesional atrapado en un coche moribundo, pero las palabras salen solas:

—Si me dices ese sitio, puedo acercarte sin problemas. He acabado mis tareas diarias.

Abro las manos, resignada. ¿Quién me manda abrir la boca?

Él me observa un momento, evaluándome, como si comprobara si voy en serio o si lo voy a dejar tirado a medio camino por deporte.

—En realidad —dice al fin, saliendo del coche con la bolsa de deporte en la mano—, creo que podría tratarse de una prolongación de tus tareas diarias que no te vendría nada mal probar.

Su sonrisa enigmática hace que se me enciendan todas las alarmas. Si algo he aprendido de Jon Alkiza es que su concepto de *te vendrá bien* suele equivaler a *vas a sudar, sufrir y querer matarme en algún punto del proceso*.

—¿Qué tipo de prolongación? —pregunto, estrechando los ojos.

—Sube al coche —señala el mío con la barbilla— y te lo cuento por el camino.

—No me fío de ti.

—Eso significa que estás aprendiendo.

El muy imbécil.

Pero ya me he ofrecido. Y no soy de las que se echan atrás, por mucho que el instinto me diga que huya en dirección contraria.

Resoplo, abro mi coche y me siento al volante.

Mientras él rodea el capó para colocarse de copiloto, solo puedo pensar una cosa, muy clara:

¿Quién me mandaría a mí actuar como un ser humano caritativo y decente?

CAPÍTULO 14
LAUREN

—¿Tú plan es pasar una mañana de invierno en el parque con el frío que hace?

Hemos dejado el coche en el aparcamiento justo al lado de la entrada sur de Hyde Park, y ahora estamos internándonos por sus senderos a buen paso. Él lleva al hombro su bolsa de deporte, aunque a mí me ha instado a dejar la mía en el maletero.

—Mi plan es conseguir que un puñado de mocosas me haga más caso que mis jugadoras habituales —dice, apretando el paso cuando llegamos a un claro donde se ha improvisado un campo de fútbol de dimensiones más reducidas que las que usamos para los partidos de las categorías superiores.

En el campo, un equipo de niñas de unos ocho años, todas vestidas con equipación rojo y blanco y coletas tan apretadas que hasta duele solo de ver lo monas que son, corretean de un lado a otro como pollo sin cabeza. Sus padres, distraídos en grupos de charleta, parecen encantados de tener un sitio en el que estar pese a la temperatura extrema que hoy experimentamos en Londres. No sería extraño que se pusiera a nevar de un momento a otro.

—Joder, lo de mocosas era literal —comento como quien no quiere la cosa, solo para mí, aunque Alkiza lo escucha, lo cual le provoca una sonrisa fuera de lo común en él.

Es rarísimo verlo así, casi relajado, y me gusta. Por alguna extraña y retorcida razón, me gusta mucho. Igual es que los adultos lo ponen nervioso y las personas de menos de metro y medio lo liberan de estrés.

—Mitchell, te presento a las Ardillas de Hyde Park —dice, señalando vagamente al grupo de escolares que calientan de

manera sorprendentemente disciplinada para tener ocho años.

—Dime que te pillaron conduciendo borracho y te conmutaron la pena por entrenar a niñas de primaria.

Se ríe de mi broma mientras se pasa la mano por la nuca. Por un segundo, solo uno, desearía poder hacerlo yo. Desecho el pensamiento por perturbador y compongo una sonrisa beatífica en mi rostro que espero él sepa unir a la mordacidad de mi comentario.

—Ves demasiadas películas. Mitchell.

—No le veo otra explicación.

—Desgrava impuestos —se limita a decir, encogiéndose de hombros mientras esconde una sonrisa que podría calificar de perversa.

—¡A ver, niñas! ¡Venid aquí inmediatamente! —grita con una voz tan profunda que me sobresalta.

Definitivamente las niñas de primaria no lo liberan del estrés.

El equipo al completo, unas quince nenas sonrientes y dispuestas, se acerca a nosotros dando saltitos de alegría. Algunas lo miran arrobadas, otras, lo contemplan con cierta cautela, aunque no dejan de acercarse dispuestas a escuchar lo que sea que Jon Alkiza tenga que decirles.

Los padres, desde una prudencial distancia, también lo miran como si fuera un auténtico dios. Su dios del fútbol particular que, por alguna razón que no alcanzo a comprender, se encarga de entrenar a sus hijas en medio de Hyde Park.

—¡Lauren Mitchell —grita una de ellas de repente, una niña de piel aceitunada y ojos enormes que no me ha quitado de encima desde que se ha acercado a nosotros—. ¡Eres Lauren Mitchell!

De repente, todas las demás dejan de fijar su atención en Alkiza para dedicármela a mí. Lo que veo en sus miradas curiosas es una especie de ilusión inocente que me penetra sin remedio al instante. Es como si tuvieran delante a alguien a quien conocen y admiran, alguien a quien, incluso, aman a su modo infantil y tan libre de prejuicios y estereotipos marcados de antemano.

Todas me rodean de inmediato, coreando mi nombre con una fascinación preciosa en sus voces agudas y cantarinas.

Intercambio una mirada con Jon Alkiza que me sonríe como si me estuviera contemplando después de recibir el mejor regalo de Navidad del mundo. Es algo así como me siento, aunque en realidad aún falte una semana para Nochebuena.

El contacto de mis ojos sobre los suyos se prolonga un par de segundos más de lo que podría denominarse como normal, así que los desvío en cuanto me doy cuenta y procuro centrar mis pensamientos solamente en las vocecitas de las niñas y sus preguntas y apreciaciones atropelladas, pisándose unas a otras.

—¿Estás contenta de jugar el *Christmas Football Game*?

—¿Me enseñas a chutar un penalti?

—¡Qué pelo tan bonito tienes!

Me río. Dios, me río y lo disfruto como hacía una eternidad que no disfrutaba nada. No es ser objeto de sus afectos, es la forma en la que me hacen sentir, como si yo importara, como si me tomaran en serio. Como si mi ejemplo mereciera ser seguido.

—¿El entrenador y tú sois novios?

La risa se muere a la vez que mi saliva se niega a pasar por mi garganta. Intercambio otra mirada con Alkiza, esta vez él alza las cejas, divertido, mientras yo soy consciente de que me pongo roja como un tomate. Se ríe con las niñas, que también sufren un pequeño ataque de vergüenza cuando él se vuelve a ellas dando palmadas.

—¡Basta ya de molestar a Mitchell! ¡A calentar todas, señoritas!

Todas salen en estampida entre risitas ahogadas y murmullos alegres. Siento que estoy demasiado feliz como para discutir con él por ninguna razón y decido que hoy ya no le voy a tocar las narices. Me acaba de regalar un momento único que le voy a agradecer de por vida.

—¿Señoritas? A nosotras no nos tratas con tanta delicadeza.

—Vosotras no tenéis a esas, que son capaces de comerme vivo si no actúo como un oso amoroso con sus retoños —dice, señalando a

las mamás de las criaturas, todas de punta en blanco como si acabaran de salir del *brunch* de los domingos en el Ritz.

—*Esas* fijo que están esperando la mínima oportunidad para comerte vivo.

Vuelve a alzar una ceja divertido, y sé que estamos teniendo un momento. Algo que nos conecta, como cuando me abrazó bajo la lluvia el día que ingresaron en el hospital a Alana tras perder a su bebé. Me intimida tanto como me genera curiosidad, así que me dejo llevar y yo también le alzo una ceja, aumentando la cercanía que nos rodea, como si nos estuviéramos convirtiendo en íntimos amigos que hacen bromas subidas de tono.

—¿Qué? —pregunto cuando veo que él no va a añadir nada—. ¿Es que no te habías percatado del grupito de mamis solas que no te quita el ojo de encima? Eres Jon Alkiza. Eres famoso y rico, y estás muy bueno. ¿Acaso te sorprende?

—¿Estoy muy bueno?

Lo miro de arriba abajo, sardónica, como evaluando el material. Él se ríe y yo mantengo el personaje.

—Estás como un queso, Alkiza —doy mi veredicto—. Pero eso ya lo sabes.

—Lo que no sabía es que lo pensaras tú.

—Bueno, tengo ojos en la cara.

Retira la sonrisa con lentitud de su rostro y me contempla unos segundos con una intensidad que me remueve y me saca del modo jocoso en el que nos habíamos instalado solo unos segundos atrás.

—Bueno… —toso—. Tengo ojos en la cara, quiero decir. Es pura… objetividad. No es que me gustes ni nada de eso. Es más… —me oigo patinar y no sé dónde frenar—. Es más una observación técnica. Estás bueno y punto.

Muy bien, Lauren. Aplauso lento.

—Voy con las madres —remato, huyendo—. Aunque en vez del Ritz parezca que vengo de vender droga.

Me giro para irme al otro lado del campo, al punto más lejano de su presencia, pero no llego a dar tres pasos.

Su mano encuentra la mía.

No me aprieta. Solo me retiene. Pero el impacto es eléctrico. Su piel está caliente, seca, firme. El calor me sube por la mano, el antebrazo, el hombro, directo al pecho. Debería soltarme. Sacudirlo. Decirle que no me toque. Recordarle que es mi entrenador. Recordármelo a mí.

No lo hago.

Vuelvo a mirarlo y solo puedo centrarme en su sonrisa contenida y en el hoyuelo de su barbilla, más enfatizado que nunca. Su mano se ha detenido sobre la mía, y sé que algo así no les va a pasar por alto a la concentración de mamás que no nos quitan ojo desde que hemos llegado.

Sé que hay gente alrededor. Madres. Padres. Niñas. Que si alguien mira, esto parece lo que no debería parecer jamás. Pero en mi cabeza, de pronto, solo existen su mano sobre la mía y sus ojos sobre los míos. El resto del mundo se queda en silencio, como si alguien hubiera apagado el sonido ambiente.

No sé cuánto dura. Dos segundos. Diez. Mil. El tiempo deja de tener forma.

—Tú le das mil vueltas a las mamás del Ritz, Mitchell —casi susurra con voz ronca, acercándose mucho a mí, tanto, que puedo sentir su olor penetrando en mi sistema y alterándolo todo a su paso.

Siento que me flaquean las rodillas, que me tiemblan tanto que apenas tienen la fuerza necesaria para sostenerme. En sus palabras hay intención, estoy segura.

No me sale ni una frase sarcástica. Ni una palabra inteligente. Ni una tontería. Nada. Solo quiero quedarme así. Que el mundo se pare aquí. En este punto exacto.

—Sí que sois novios.

La voz pequeñita a nuestra izquierda explota la burbuja. Los dos damos un respingo. Él suelta mi mano como si quemara. Yo noto el vacío casi físico, como cuando te quitas una rodillera después de llevarla demasiadas horas.

—Qué imaginación tienen estas criaturas —consigo decir, con una risa que suena artificial hasta en mis propios oídos. Me llevo una mano a la nuca, reflejo automático—. Como decía, será mejor que me vaya para allí…

Señalo hacia la otra banda, el punto que ahora mismo me parece más seguro del planeta: lejos de su olor, lejos de sus manos, lejos de sus ojos que acaban de decirme algo que no sé si quiero procesar.

Empiezo a andar. Esta vez sí. Esta vez no me toca.

Pero me para igual.

Solo que con la voz.

—Me gustaría que te quedaras aquí, Mitchell.

No es una orden. Tampoco suena como las instrucciones de entrenador. Suena… casi como una petición. Una súplica discreta, contenida.

Me quedo quieta, de espaldas a él, con los hombros tensos. Respiro. Giro solo la cabeza primero, luego el cuerpo entero. Él sigue ahí, firme, sin acercarse ni invadir nada más.

—Quiero que seas mi ayudante en este partido —añade, mirándome tan serio que parece que estamos en Wembley y no rodeados de niñas de ocho años—. Creo que te puede ayudar.

La frase se me queda clavada entre las costillas. *Te puede ayudar*. No *me vendría bien*, no *me harías un favor*, no *así las niñas flipan contigo*. No. Es un "te puede ayudar" pensado para mí. Para mi rodilla. Para mi cabeza. Para la capitana en paréntesis que llevo dentro.

Levanto la barbilla, intentando parecer mucho más entera de lo que estoy.

—¿Ayudar… en plan psicología barata, o en plan hacer de cono humano? —pregunto, buscando refugio en el sarcasmo.

Sus labios se curvan apenas.

—En plan recordarte quién demonios eres cuando no estás pensando en tu rodilla —responde.

Ay.

No sé qué diría Ansel Warren de esta frase, pero estoy bastante segura de que la aprobaría con sello y firma.

Lo miro. Me mira. Hay toda una conversación silenciosa entre los dos que no sé traducir, pero que siento retumbarme en las entrañas. Se me aprieta algo en la garganta. No sé si es miedo o ganas.

—Vale —cedo al fin—. Me quedo. Pero si alguna Ardilla me rompe un tobillo, me quejaré ante FA para que te quiten el equipo del *Christmas*.

—Trato hecho —responde, y la sonrisa que se le escapa esta vez es más limpia que cualquiera de las que le he visto en ruedas de prensa o en campo—. Ven, capitana. Vamos a enseñarles cómo se manda desde atrás.

JON

—¡Smith, cierra el hueco! ¡No dejes que pase!

La niña reacciona como si estuviera en una final europea. Sube la rodilla, se adelanta, mete el cuerpo y roba el balón antes de que la delantera rival llegue a tocarlo. Entre los padres hay aplausos tímidos, pero esta pequeña actuación me hace soltar una carcajada de pura satisfacción.

Es ridículo y maravilloso a la vez: un grupo de niñas de ocho años es más disciplinado que muchas de mis profesionales adultas. Quizá el problema no es la disciplina, sino los egos.

—¡Eso es, Smith! ¡Eso es, maldita sea!

—Igual no deberías maldecir ante niñas de primaria —murmura Mitchell a mi derecha.

Es la primera frase que me dirige desde que le pedí que se quedara a ayudarme. Su voz me cae encima como un golpe de calor inesperado en una mañana de invierno. Yo ya estaba empezando a pensar que me estaba aplicando su silencio de hielo, que es quizá el arma más letal que tiene. Sobre todo cuando piensa que debe defenderse de algo y asumo que ahora cree que debe defenderse de mí.

La miro de reojo. Lleva las manos en los bolsillos del anorak, los ojos en el campo, el pelo parcialmente suelto bajo la capucha. Parece tranquila, pero sé que no lo está. Mitchell nunca está tranquila cuando se obliga a estarlo.

—Las niñas de primaria escuchan de todo —respondo—. Y peor.

Ella resopla una risa muy silenciosa. La guardo como quien guarda algo valioso.

No debería detenerme en esto, en la forma en que una mínima reacción suya me desajusta por dentro. Pero después de lo que ha pasado hace diez minutos, ignorarlo es absurdo. La tuve demasiado cerca. Su mano en la mía, su perfume de sudor limpio y ese tono desafiante que siempre lleva de armadura. Y ese momento suspendido que ni sé describir. Ni sé en qué categoría poner.

Tampoco quiero.

Lo único que sé es que mi corazón se desbocó como si tuviera veinte años. Y que si lo hubiera prolongado dos segundos más, no sé a dónde habría ido a parar.

No sé gestionar esto. Ni sé si quiero aprender.

Soy un tipo complicado; eso lo tengo asumido desde hace muchos años y muchas sesiones con Ansel. Lo que nunca me imaginé es que la complicación vendría ahora del exterior y con forma de futbolista. De su sarcasmo. De sus sonrisas torcidas. De sus ojos que se ensombrecen cuando se acuerda de lo que perdió. De la forma en que lidera aunque no esté en el campo. De su risa —esa risa reciente y rarísima que le escuché con las niñas— y del modo en que mira el fútbol. Dios, sobre todo eso. Cómo mira el fútbol.

—La pequeña tiene buenas piernas —dice ella de pronto, sacándome de mi ensimismamiento.

Parpadeo, vuelvo al partido.

—¿Perdona?

—La pequeña —señala con la cabeza hacia la banda derecha—. Thema. Tiene piernas potentes.

Miro a Thema, observo cómo controla el balón, cómo mira antes de tocar. Una mirada rápida, pero suficiente para predecir la jugada. Me hace sonreír sin querer.

—Se parece a ti.

Ella gira la cabeza tan rápido que casi se le cae la capucha.

—¿Que se parece a mí? Se parece más a Idris Elba que a mí —replica.

Es verdad: piel de ébano, pelo rapado, hija de inmigrantes ghaneses recién llegada al equipo. Aún no domina el inglés pero entiende el fútbol, que es un lenguaje más útil que cualquier otro aquí.

—No lo decía por lo físico —aclaro—. Sabe ver antes que el resto. Ve el pase antes del pase. Eso no se entrena. Tú lo tenías. Sigues teniéndolo.

Ella no dice nada durante varios segundos. Yo tampoco. El frío entra en el pulmón, pero algo más caliente se queda clavado entre ambos.

—Estaría mejor en el centro —dice al fin, con tono técnico, casi clínico—. Distribuyendo. Pero eso exige sacrificar velocidad.

Una sonrisa de suficiencia se le escapa sin que pueda evitarlo. Es de las sonrisas que más me gustan: las que se le caen sin permiso, sobre todo cuando habla de fútbol.

—¿Tú lo harías? —le pregunto.

—¿El qué?

—Sacrificar su velocidad.

—Por el juego colectivo, sí —contesta sin vacilar—. El equipo es más valioso que el lucimiento individual.

Me río. Ella me mira como si le acabara de decir que el campo es redondo.

—¿De qué te ríes? —pregunta, elevando una ceja.

—De tu curiosa manía de responder a todo con más preguntas.

Ella gira la cara hacia el campo, pero noto cómo se tensa la mandíbula.

—No es una manía.

—Lo sé —digo tras una breve pausa—. Es un mecanismo de defensa.

Se queda quieta. No del todo, pero lo suficiente para que entienda que he tocado una fibra que ella preferiría no mostrar.

—No pasa nada —añado, más suave—. Yo también tengo los míos. Ningún deportista sobrevive sin ellos.

Ella tarda, pero respira. Lenta. Me permite seguir.

—Me cuesta imaginar un escenario donde Jon Alkiza se sienta inseguro.

—Eso es porque no conoces la mitad del cuadro —respondo, sin ironía.

Ella me mira un segundo como si intentara descubrir si estoy fingiendo o hablando en serio. No estoy fingiendo. Lo nota. Mira al campo otra vez.

El partido avanza. Las Ardillas tienen ganas. Thema recupera otra pelota en medio campo, hace un giro que no le ha enseñado nadie aquí y se proyecta. Mitchell observa la secuencia con los brazos cruzados, los ojos medio entornados. Se la ve disfrutar del fútbol. Se la ve… viva.

—Dásela —murmura, bajito—. Dásela ya.

Como si la niña la hubiera oído, la pasa. Gol. La portera no llega ni a rozarla.

Las madres aplauden. Las niñas chillan. Yo me encojo de hombros tratando de pasar desapercibido, pero ella me mira de reojo con esa expresión que siempre he querido descifrar. Es mitad triunfo y mitad nostalgia.

—Te he visto hacer ese pase —le digo.

—Hace años —responde.

—No tantos.

No sé por qué lo digo. Ella sí lo sabe. Y escucharlo le atraviesa algo por dentro; lo veo en el modo en que traga saliva.

Me pongo en cuclillas para corregir a dos niñas que celebran de manera demasiado expansiva y se han olvidado de que el balón vuelve al centro del campo y el partido se reanuda. Cuando me

levanto, la noto más cerca. No sé si se ha movido ella o yo, pero la distancia ha disminuido.

—Te hacen caso —dice.

—No siempre.

—Más que nosotras.

Sonrío.

—Vosotras sois demasiado adultas para hacer caso a la primera.

Ella asiente, y en ese gesto hay más verdad que en cualquier análisis táctico que pudiéramos hacer.

Diez minutos después, dirigimos un pequeño descanso. Las niñas beben agua, se sientan en el césped húmedo y hablan todas a la vez. Mitchell las observa con una suavidad que no le conocía. Es una suavidad que no tiene nada que ver con debilidad, sino con una forma de cuidado silencioso.

Me acerco a ella.

—No lo sabes, pero las niñas te han adoptado.

—Qué horror.

—Les gustas.

—Todavía peor.

Me río. Ella baja la mirada, pero sonríe. Es tan jodidamente transparente cuando se relaja que me desarma.

—Mitchell —empiezo.

Ella me mira sin defensas, solo un segundo. Ese segundo basta para que lo diga.

—Eres muy buena en esto.

No lo digo como entrenador. Lo digo como alguien que ha pasado media vida viendo talento de cerca. Ella siente el peso del comentario, pero no huye. No esta vez.

—Yo… no sé si volveré a serlo —admite.

Primera verdad verbalizada del día. Primera que no esperaba que me entregara gratis.

—No te preguntes si eres la misma —respondo—. Quédate con que sigues siendo buena.

El tiempo vuelve a detenerse. Se queda en el aire una pregunta que ninguno formula: *¿y si no hace falta volver a ser lo que fue para volver a jugar?*

Antes de que pueda seguir, una niña vuelve corriendo y le tira de la manga.

—¿Nos ayudas en la segunda parte?

Lauren parpadea, sorprendida. Me mira con los ojos calibrando mis reacciones. No me pide permiso —no lo necesita—, pero quiere mi señal.

Yo asiento.

Ella se pone de pie.

—Vale, Ardillas. A ver qué tenéis.

Y en ese instante pasa lo inevitable: vuelve a ser capitana. No necesita brazalete. No necesita campo profesional, ni miles de seguidores, ni prensa, ni un contrato. Solo necesita un equipo que la mire con fe. Es lo que siempre ha sido. Lo que nadie le quitó cuando se rompió.

Y yo la observo desde la banda, con las manos en los bolsillos y un frío punzante en las orejas, pensando sin ser capaz de frenarlo que estoy perdido.

No tengo ni idea de cómo empezó esto ni cuándo.

Solo sé que cuando la veo así —mandando, leyendo, riéndose, encendiendo a un equipo—, la parte más jodida de mí quiere quedarse ahí y mirar. Y la otra parte quiere acercarse, tocar, intervenir.

Y ninguna de las dos está dispuesta a rendirse.

LAUREN

Aunque deteste la facilidad con la que me descuadra el suelo —como si me empujara siempre medio centímetro fuera de balance— tengo que reconocerle algo que me escuece admitir: Jon Alkiza suele tener razón. No siempre, porque sería insoportable, pero casi.

Lo que más rabia me da es que ve cosas de mí que llevo enterrando años. Mis mecanismos cutres para no sentir, mis huidas estratégicas, mis bromas afiladas para no exponer la herida. Toda esa superficie recién asfaltada donde aún se notan los baches si sabes dónde mirar.

Y parece que él sabe.

—Invierto un pastizal en psicólogos —dice, arqueando una ceja con una sonrisa que no debería afectarme, pero lo hace—. Por eso no se me notan las taras. Pero tenerlas, te aseguro que las tengo. Todos las tenemos, de un modo u otro.

—¿Me estás llamando tarada? —replico, porque si no replico, ¿qué hago? ¿Me derrito?

Su sonrisa se amplía. Es ese tipo de sonrisa peligrosa que invita a acercarse un centímetro más. Un centímetro que no debería existir.

—Te estoy llamando persona —responde—. Persona normal. Con derecho a sentir cosas. A meter la pata. A ser imperfecta. Somos imperfectos y no pasa nada.

Qué facilidad para decirlo así, como si el mundo entero no hubiera sido educado para odiar sus grietas.

Me río, nerviosa. Me niego a sostenerle la mirada porque si la sostengo, me va a leer. Y ahora mismo no quiero ser leída: quiero ser impenetrable, un muro liso, acero inoxidable. Pero con él nunca me sale del todo.

—Suenas como una agenda motivacional de esas que venden en papelerías cuquis —ironizo—. 'Si quieres, puedes'. 'Tus sueños están a tu alcance'. Bla, bla, bla.

Suelta una carcajada limpia que me sorprende por completa, por abierta, como si yo hubiera dicho algo realmente gracioso y no un sarcasmo más.

—No te hacía tan cínica —dice.

—Ni yo a ti fan de *Mr. Wonderful*.

Ríe más fuerte. Y yo me odio un poco por querer escucharlo de nuevo. En él la risa no hace ruido por fuera, pero expande algo hacia dentro. El rostro se le suaviza, los hombros bajan, los ojos se

oscurecen apenas. Se ve… bien. Se ve menos blindado. Y el problema es que eso también me gusta.

—Lauren —dice de pronto.

Escuchar mi nombre en su boca me golpea la boca del estómago. No sé por qué. Quizá por cómo lo suelta: ligero, sin el escudo del *Mitchell*, sin distancia profesional. Mi nombre desnudo. Y yo soy idiota, porque eso es suficiente para que el aire se me espese.

—Nunca dejas de sorprenderme —añade.

Intento hacerme la dueña del momento, no la víctima.

—¿Qué le voy a hacer? Tengo un don —murmuro, con una sonrisa que me sale más suave de lo previsto.

Todo es agradable hasta que deja de serlo.

Un grito agudo corta el campo.

—¡Ayyyyyy!

Una niña —rubia, delgadísima, trenzas perfectas— se agarra el tobillo en el centro del césped. Jon rompe nuestro contacto visual con una tensión repentina que casi me da ternura. Él funciona así: un interruptor que se activa en un segundo.

—Mia, ¿estás bien? —pregunta mientras se agacha junto a ella.

Mia lo mira como si dependiera de él la continuidad del universo. Los ojos gigantes, brillantes, el labio mordido para no llorar. Me muerdo la lengua para no derretirme. El contraste entre su tamaño —pequeña, frágil— y el de él —alto, sólido, grave— me deja algo suelto en la caja torácica.

No sé si es ternura o envidia, y eso me incomoda más que cualquiera de las dos cosas por separado.

—Dime dónde te duele —dice Jon, con una voz delicada que jamás usa con hombres adultos de metro noventa, tampoco con futbolistas femeninas de más de veinte años.

Mia señala el tobillo. Él lo manipula con cuidado, rotándolo lo justo para comprobar rango y reacción. Seguro de sí, pero no bruto. Y claro: ahí está el pinchazo de dolor. La niña aprieta la mandíbula con una disciplina marcial que me recuerda a demasiadas cosas.

A mí, principalmente.

—Lo siento, Mia —dicta sentencia, sin dramatismos—. No puedes seguir sin que un médico te vea.

—Por favor —suplica, y esa palabra le tiembla—. Por favor, entrenador.

Y ahí está. La peor escena para cualquier deportista: que te saquen. Aunque tengas ocho años y estés en Hyde Park.

Jon me mira. No sé qué espera exactamente, pero algo en su mirada pregunta. Y algo en mí responde.

Me agacho y le aparto un mechón que se le ha escapado de la trenza.

—Mia —empiezo, suave, sin impostar nada—. Yo me rompí la rodilla hace unos años. Y aunque me dolía de verdad, tampoco quería salir del campo. Pensaba que si salía, perdía. Pero no podemos jugar si nos duele. Nuestro cuerpo no nos deja. Y el equipo necesita que estemos bien.

Ella me observa, con la respiración entrecortada.

—Podemos ver el partido juntas —propongo—. Y animar. Si quieres.

Le ofrezco la mano. Ella la acepta, con la solemnidad de quien firma un tratado diplomático. Cuando la levanto, pesa poquísimo. Huesos finos, lo justo de músculo, cero grasa. Esa edad en la que el cuerpo todavía no ha aprendido a defenderse.

La cargo en brazos. Su cabeza queda cerca de mi cuello. Jon camina a nuestro lado. No me roza, pero la sensación de cercanía es tan física que me dan ganas de reírme. Él le hace un gesto a los padres del otro lado del campo. Ellos asienten, tranquilos.

—Gracias —dice él.

Esa palabra, en esa voz, así de breve, se cuela por un sitio estúpido. Caliente. El tipo de calor que sube lento, como algo líquido.

—Gracias a ti —respondo, apenas audible.

No lo digo para quedar bien. Lo digo porque hoy me ha mostrado algo que yo no sabía de él. Algo que derriba la imagen que yo tenía archivada de Jon Alkiza: entrenador frío, calculador, mandíbula de

granito, ego de acero. El que no nos miraba cuando yo estaba en el City. El que parecía incapaz de interesarse por nada que no fuera ganar.

Y ahora lo tengo aquí, preocupado por una niña que quiere seguir jugando aunque no pueda. Mirándola como si entendiera exactamente lo que significa salir del campo. Y entendiendo, quizá, también lo que significa querer quedarse dentro aunque duela.

Cuando dejamos a Mia en el banco en la banda, envuelta en una manta y rodeada de galletas, él se queda de pie, a mi lado.

No hablamos.

No hace falta.

A veces el silencio no es distancia. A veces es una forma de acercarse sin hacer ruido.

—¿Lista? —pregunta al fin, con esa voz grave que me trastoca más de lo que admito.

—Para animar, sí —respondo.

—No. Para volver —dice—. Te toca entrar conmigo otra vez.

Sé que se refiere a volver al mundo del fútbol real, el que da miedo y me hace dudar. El que él trata de volver a ponerme de nuevo al alcance de las botas.

Y ahí está el problema con Jon Alkiza: que cuando te mira así, con esa calma y esa certeza, es muy difícil decirle que no.

Muy difícil no querer seguirle.

JON

Las Ardillas de Hyde Park ganan el campeonato prenavideño en los penaltis, cinco a cuatro.

La explosión viene después: primero el grito, luego el salto, luego la estampida. Un enjambre de niñas de ocho años ocupando la pizzería como si hubieran conquistado el planeta. Todavía llevan la equipación rojo y blanco, todavía sudan, todavía brillan. Algunas abrazan a sus rivales, otras abrazan a su pizza. El júbilo es inversamente proporcional al tamaño. Siempre lo es.

Lo prometido es deuda: había dicho pizza y helado, ganaran o perdieran. Y aquí estamos, en medio del caos más puro que he presenciado en semanas. Y sorprendentemente, me apetece quedarme.

Mitchell también está. Y menos mal.

Tiene dos niñas sentadas en el regazo, otra trenzándole el pelo y una cuarta enfrente que solo la mira, seria, como si estuviera estudiando los rasgos de una estatua de museo. Y ella… ella aguanta preguntas, risas, trenzas, manos pequeñas tocándole las uñas, y farfullos infantiles del tipo *¿qué se siente al ser famosa?* como si llevara toda la vida preparada para esto.

La admiran. Y ella —que no sabe esconder cuando algo la ablanda— está entre confusa y orgullosa. Las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes, una sonrisa que todavía no le había visto. Una sonrisa sin defensas.

Es extraño pensar que esta es la misma mujer que hace unas horas quería arrancarme la cabeza en el gimnasio de Ansel.

Aunque quizá no es tan extraño. Quizá siempre estuvo ahí. Solo hacía falta el contexto adecuado.

—Nos has dado suerte —le digo en voz alta, para provocarle la reacción—. Deberías venir a más partidos.

Ella me mira y no pierde la sonrisa. Las niñas chillan la idea como si fuera ley: *¡Lauren! ¡Lauren!*

—Pensaba que para ti esto era ocasional —responde, arqueando la ceja—. No un contrato indefinido.

—Lo era —admito—. Pero creo que podría gustarme dedicarme a personas con tanto espíritu de lucha como las Ardillas.

Las pequeñas escuchan y se inflan de orgullo. Una intenta ocultar que está roja. Falla miserablemente.

Lauren se acerca un poco más —solo lo justo para que yo note su calor, que es penetrante y se contagia— y me susurra:

—Sus mamás van a tener una excusa de oro para ponerse guapas los domingos.

La picardía le sale sin esfuerzo. Joder, cómo me gusta.

—No vas a conseguir ruborizarme, Mitchell.

—No lo pretendía —dice, divertida—. Se te ve seguro de ti mismo.

—Si tú supieras… —me sale antes de poder frenarlo.

Su reacción es quirúrgica. Levanta la cabeza. Me mira. Me lee.

Hay pocas cosas en el mundo que me aterren más que ser leído sin permiso. Y sin embargo, con ella pasa y no me deshago. Solo desvío la mirada hacia las niñas, como si la pizza tuviera respuestas.

La verdad es que hoy tengo la guardia baja. El entorno, la compañía, el ruido, ella. Soy un desastre cuando estoy relajado. Y ahora mismo estoy peligrosamente cerca de estarlo.

—Quiero agradecerte de nuevo esto —dice, señalando el caos infantil a nuestro alrededor—. Ha sido un día… interesante.

—Me alegra que te lo hayas pasado bien —respondo—. Me apetecía que…

Me freno. El problema no es que no sepa qué decir. El problema es que sé demasiado bien lo que iba a decir.

Ella arquea una ceja, inquisitiva.

—¿Que…?

Me apoyo en el respaldo, respiro. Y me lanzo.

—Que bajaras las defensas. Que los dos las bajáramos.

Quince segundos exactos. Lo sé porque los cuento mentalmente, como si eso me protegiera. Lauren se queda inmóvil. Ni un músculo del rostro se altera. Noto la sombra de la duda: quizás he ido demasiado lejos, quizás estoy rompiendo un equilibrio, quizás esto era solo una tregua temporal y yo acabo de dinamitarla.

Y entonces habla:

—Me hacía falta relajarme.

Lo dice con una sonrisa tan limpia que me quedo quieto, como si la escena no fuera real.

Y entonces ocurre lo que no había previsto.

Lauren se inclina hacia mí.

No hay ruido en ese segundo. Ni niñas, ni padres, ni vasos, ni pizza. Solo ella acercándose con un movimiento lento, seguro, casi

inconsciente. Su pelo roza mi piel primero. Luego siento sus labios sobre la mejilla, sobre la barba de una semana que llevo encima. Es un beso breve, pero no superficial. No es un saludo. No es cordialidad. Es un gesto. De los que cuentan.

Calor. Preciso. Directo. No sexual. No explícito. Pero sí íntimo. Y, sobre todo, inesperado.

Me invade una calma extraña. Como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo de golpe.

Podría ser el momento más desconcertante de mi vida reciente, y eso considerando que este mismo año presenté mi dimisión al City y pasé de entrenador intocable a enigma en el banquillo de un club femenino.

Pero esto… esto está en otra categoría.

Lauren se separa. No mucho. O quizás soy yo quien se acerca un milímetro sin querer.

—¡Uy! —exclama Celia desde detrás—. ¿Veis como sí son novios?

Un coro de risas, palmas y silbidos infantiles nos rodea. Y yo no sé quién está peor, si ella porque se ha expuesto delante de quince criaturas sin ningún filtro o yo porque lo único que puedo pensar, con una claridad que da miedo, es:

Quiero besarla de verdad.

En los labios. Sin testigos. Sin miedo.

Y con todas las ganas del mundo.

CAPÍTULO 15
JON

El amanecer de Nochebuena huele a tormenta. El cielo lleva horas acumulando plomo y mala leche, como si Londres fuera a venirse abajo en cualquier momento. Hace un frío cortante, de esos que obligan a activar las piernas o te congelas.

Lo único que detesto del *Christmas Football Game* es justo esto: el día, la hora y la logística imposible. El partido empieza a las cuatro en Stamford Bridge, y si quiero llegar al último vuelo a Bilbao antes de la cena, necesito un milagro o que el tráfico navideño decida volverse civilizado. Ninguna de las dos cosas es precisamente probable.

Mientras tanto, los dos equipos calientan a ambos lados del campo. Stamford Bridge está lleno, si cierro los ojos un segundo escucho el rumor del fútbol real: bufandas, cánticos dispersos, familias enteras envueltas en gorros absurdos, cámaras, focos, periodistas que opinan gratis.

Colores morado y plata por todas partes. Los mismos dos colores que llevan veinte años partiéndose la cara por esta copa absurda y maravillosa que la Premier inventó para abrir la Navidad con un espectáculo televisivo y benéfico que nadie se quiere perder. El *Christmas* ya es tradición. Igual de inútil competitivamente que de mágico emocionalmente.

Mis chicos y chicas del *Purple Squad* estiran a la derecha. Sam, con la camiseta plateada del conjunto rival, se señala la frente formando una L de *loser* cada vez que me mira. Si pudiera, le arrancaría el brazo y se lo tiraría a la grada.

—Sam está insoportable —murmura Arthur detrás de mí, como si lo hubiera leído en mi cabeza.

—Está acojonado —respondo—. Lo disfraza de chulería.

En realidad le hace ilusión. Siempre le ha hecho. La gente como Sam necesita ganar cosas, aunque sean absurdas, para confirmar que la vida sigue un orden interno. Yo no comparto ese orden, pero sé leerlo.

Muevo la mirada hacia la derecha y la encuentro: Lauren Mitchell. Calienta un poco separada del resto, botando suave, tobillos activos, hombros sueltos, intentando recordar a su cuerpo quién era ella antes de que todo se jodiera. Podría jurar que está repasando mentalmente los patrones de salida desde atrás, incluso si este partido no requiere ni un treinta por ciento de su inteligencia táctica.

La prensa ha opinado lo de siempre: que si está sin minutos en el club, que si su convocatoria es un gesto de marketing, que si yo me he vuelto loco. No sé qué parte me irrita más, si la condescendencia hacia ella o la condescendencia hacia mí.

Mitchell levanta la vista justo cuando pienso en ello. No sé si me viene de fábrica esta fatalidad cinematográfica o es que ella tiene un radar para mis tormentas mentales. Sus ojos buscan los míos. Y los encuentran. Como siempre.

Hay preguntas ahí. No ha dejado de haberlas desde que la convoqué.

No sé si entiende mis motivos. No sé si quiere entenderlos. Pero están ahí: ella todavía pertenece al fútbol. Yo no pienso permitir que lo dude un minuto más.

Le sonrío. Lo juro: no lo decido. Sucede. Últimamente me sucede. Una jodida incomodidad sentimental creciente y muy poco sostenible. Si ahora mismo hay una cámara apuntándonos, más de un medio va a empezar a tejer hilos. Y ese es el problema. Ella está expuesta, aunque todavía no se haya dado cuenta. Y yo mataría por evitarlo.

La distancia entre nosotros sigue siendo necesaria. Aunque quisiera borrarla de un plumazo.

—Se está poniendo fea la cosa, amigo —dice Arthur, imprimiendo a su afirmación esa calma de relojero viejo que tiene para todo lo

táctico y lo emocional.

—¿El partido? Ni ha empezado.

—El cielo, joder.

Levanto la vista. Más oscuro. Más cerrado. Más olor a nieve.

—Va a caer una de la hostia —dice arrugando la nariz, como si pudiese oler los copos antes de que existan.

—¿Ahora eres meteorólogo, Collingham?

—No, solo tengo ojos y nariz. Huele a nieve. Y a desastre logístico para tu vuelo.

Chasqueo la lengua.

—No seas agorero. Tengo un avión que coger.

—Y yo tengo una silla vacía en casa para cenar esta noche —dice como si no fuera nada.

Eso me detiene un segundo. Arthur, el tipo que suele pasar la Nochebuena en casa de su cuñado, rodeado de veinticinco personas grises y sobremesas eternas… ofreciéndome alternativa.

—¿Me estás invitando a la casa del aburrimiento?

—Mejor la casa del aburrimiento que la de la soledad y el silencio, hermano.

Me río. No sé qué me sorprende más, si la invitación o la certeza de que tal vez no vaya a coger ese avión.

A estas alturas ni yo me creo lo del vuelo.

—Mejor si gano este partido, entonces —respondo—. Así al menos tendré una historia digna para justificar mi deserción navideña.

Arthur me da una palmada en la espalda.

—Pues por eso estamos aquí, ¿no?

El calentamiento termina. Los equipos se colocan en formación para la presentación protocolaria mientras la megafonía retumba, el estadio responde, y el *Christmas* se siente como lo que es: un circo precioso donde el fútbol se disfraza de fiesta y la fiesta de competición.

Miro a Mitchell en la fila. Hombros cuadrados. Cuello largo. Mirada clavada al frente. El mundo cree que está temblando. Yo sé que está calibrando. Ella nunca ha temblado en un campo, ni siquiera cuando el campo era un campo de minas.

Sam pasa a mi lado cuando el protocolo y las fotos terminan y él ya quiere ocupar su sitio de jugador en el campo.

—¿Preparado para perder, Johnny?

—Si tu plan es ganarme en esa banda, voy a necesitar mucho más café para respetarte.

Sam se ríe. Siempre se ríe cuando le lanzo un golpe técnico en plena conversación. Frío y quirúrgico. Le duele. Le divierte.

Es fútbol.

Lo que viene después dura segundos: moneda al aire, saludo, replanteamiento de posiciones. Y luego el silbato, que corta el aire como una cuchilla.

El *Christmas Football Game* no requiere sistemas tácticos complejos, pero aun así siempre termina jugándose como un partido de verdad. Coloco a los *Purple* con un sistema sencillo, 4-3-3 con extremos altos para obligar al rival a hundirse. El conjunto plateado sale con un 3-2-5, muy City, muy Sam, muy *quiero hacerme el moderno ante las cámaras*.

Mitchell juega por dentro, en una especie de interior mixto donde pueda tocar mucho y pensar aún más. Yo necesito que toque. Una jugadora que piensa desde la pausa es oxígeno puro para cualquier equipo.

En la tercera posesión ya lo veo claro: está dentro del partido. Recibe orientado, primer toque hacia adelante, no hacia atrás. Eso lo dice todo.

Arthur, a mi derecha, también lo nota.

—Está viva.

—Nunca ha estaba muerta —respondo sin pensarlo.

En el minuto ocho de partido Mitchell roba la pelota, acelera dos pasos y filtra un pase diagonal entre líneas con la precisión de hace tres años. El estadio reacciona a coro. Es un murmullo, pero es

reconocimiento. Y ella lo oye. Lo sé. Se le tensa la mandíbula de una forma que no es miedo: es memoria.

Yo siento el aire entrarme al cuerpo como si no hubiera respirado bien en meses.

—Mitchell —murmuro sin voz—. Joder.

Y ahí, justo cuando la Navidad debería ser metáfora de paz, me invade una certeza incómoda y demasiado sincera para digerirla sin whisky: No estoy preocupado por el resultado. Estoy preocupado por lo que pasará cuando esto termine.

LAUREN

El sonido de las gradas abarrotadas me retumba en las costillas mientras piso el césped de Stamford Bridge. El murmullo se vuelve rugido cuando los focos nos pillan corriendo hacia nuestras posiciones. Huele a hierba húmeda, a invierno y a electricidad.

Esto es el maldito *Christmas Football Game*. Es Nochebuena, aquí hay sesenta mil personas a mi alrededor y el visionario de Jon Alkiza ha decidido ponerme en el once titular del *Purple Squad*.

Genial.

No sé si es una absoluta locura o un acto de fe. No sé cuál de las dos opciones me aterra más. Por más que le agradezca estar aquí, en el escaparate, en el partido en el que siempre quise jugar, una parte de mí piensa que no estoy lista. Que si la cago, no solo le hago quedar mal a él: revalido la sentencia de todos los que llevan meses pensando que Lauren Mitchell ya no existe.

Me ha colocado en el centro de la defensa, organizando la línea. Mi sitio. Mi casa. Solo que hoy, al otro lado, las amenazas tienen nombres propios muy concretos: Sam Charlton, Fletcher Smith… y mi mejor amiga en el mundo, Nadia, con la camiseta plateada de los *Silver Gang*. Y un poco más atrás, en el centro del campo, también de plata, la persona que menos me apetecería ver en el momento clave de regresar a un maldito campo de fútbol: Calum Ferguson.

Levanto la vista y lo busco sin querer. Calum no decepciona: me está mirando ya. Sonríe con esa sonrisa de anuncio de colonia

barata que solo yo sé que huele a gasolina y a cenizas. Se humedece los labios a cámara lenta, gesto explícitamente sexual. Sabe lo que hace. Sabe qué tecla toca. Sabe lo que me hizo y todo lo que se llevó por delante.

Esta vez no aparto la mirada de inmediato. Se la aguanto un par de segundos, como si así pudiera dejar claro que ya no me domina, que no puede derribarme con solo existir. Luego giro la cabeza hacia el banquillo.

Jon me observa serio, casi diría que preocupado. Ese tipo de preocupación que se le marca en la línea dura de la boca y en cómo no se le relaja nunca la espalda. Afirmo con la cabeza, apenas un gesto. Estoy bien. O lo voy a fingir.

Él inclina la suya, muy leve. No se le suaviza ni un músculo, pero algo en su mirada cambia. No sé si es confianza o miedo. Tampoco sé qué prefiero.

El árbitro pita. El balón rueda. Y ya no hay tiempo para preguntas.

La primera vez que el balón supera el centro del campo viene por la banda izquierda, en las botas de Fletcher Smith. Es un demonio. Se lleva al lateral con una bicicleta ridícula, como si fuera un cono, y se lanza hacia el pasillo interior.

«*Llega, Lauren*».

Mis piernas obedecen antes que mi cabeza. Salgo de la zona, abandono a mi par y ataco la carrera de Smith en diagonal. Noto el pulso en la garganta, el aire frío cortándome los pulmones, los tacos arañando el césped.

Fletcher carga la zurda para armar el disparo. Si suelta esa pierna, Nara va a tener que hacer un milagro.

No me da tiempo a pensar que no llego. Me tiro al suelo con todo lo que tengo: cadera, muslo, orgullo. Estiro la pierna buena, la sana. Toco balón. Solo balón. La pelota se desvía justo lo suficiente; el chute sale mordido y se pierde lamiendo el lateral de la red.

El estadio se levanta en un "uuuuuh" de esos que son casi gol, casi tragedia, casi alivio. Oigo el nombre de Smith, pero también

oigo algo más. Oigo "Mitchell". Lo distingo. Siempre distingues cuando un rugido lleva tu nombre dentro.

Me incorporo con un gruñido. Nara viene hacia mí como un vendaval.

—¡Eso es, capitana! —me grita, y me da un guantazo cariñoso en lo alto de la cabeza—. ¡Así sí!

Le sostengo la mirada un segundo. Me está sonriendo como si nunca hubiera dudado de mí. Me duele más que cualquier golpe.

Alzo los ojos hacia la banda. Jon está en la zona técnica, manos en los bolsillos del abrigo, cuerpo inclinado hacia el campo. Cuando nuestras miradas se cruzan, su gesto casi imperceptible lo dice todo: un asentimiento corto, orgulloso, como si acabara de confirmar algo que ya sabía.

Y joder, cómo calienta eso.

Veinte minutos después, tengo fuego en las piernas.

El partido es un ida y vuelta constante, puro espectáculo de televisión. Los comentaristas estarán felices, pero yo no tanto. He dirigido la línea, he sacado balones, he corregido un par de cagadas ajenas y he ganado dos duelos directos a Sam. Incluso he logrado robarle un balón a Nadia, cosa que ella me ha devuelto con una sonrisa de *luego hablamos, traidora*.

Pero también he llegado tarde a un cierre, he perdido una cobertura y hemos encajado un gol en un balón parado en el que me he quedado a medio camino entre dos marcas. Nada dramático, nada que no pase en cualquier partido. Aun así, mi cabeza lo archiva en la carpeta de pruebas que hacen dudar de la capacidad de una jugadora que quizá no está lista.

Mis compañeros parecen jugar al doscientos por cien. Yo siento que, siendo muy optimista, no alcanzo ni el ochenta. No es una catástrofe, pero tampoco es la Lauren de antes de la triada.

Y entonces llega la voz que menos quería oír.

—Te hace falta más entrenamiento, rubia.

Me recorre la espalda como una descarga eléctrica. Podría identificar esa voz entre cien mil. Grave, con esa ironía que roza el

asco.

—No das ni una —añade, demasiado cerca.

No me giro. No pienso darle al cerdo de Calum Ferguson el gusto de ver mi cara. Mantengo la vista en el balón, que viaja hacia nuestra banda izquierda. Retrocedo en bloque con la línea, achicando espacio.

Siento su presencia a mi espalda, cómo me sigue, cómo me busca el muy cabrón. Quiere convertirse en mi sombra, en mi pesadilla portátil, como si el fútbol fuera accesorio y lo verdaderamente importante fuera hundirme.

«*Joder, Alkiza, sácame de aquí de una puta vez*».

En la primera pausa, busco el banquillo y le hago un gesto discreto a Jon: mano hacia abajo, pulgar a la banda. Cambia. Sácame. Esto no está bien.

Él me ve, claro que me ve, pero me ignora con una profesionalidad que me revienta.

Bien, entendido: vas a dejar que te demuestre que tenías razón, aunque sea a base de sangre.

—¿Te molesta escuchar la verdad, Mitchell? —insiste Calum, pegado a mi hombro.

La sangre me zumba en las sienes. Me niego a mirarlo, pero la rabia se me acomoda entre las costillas. No hay prudencia cuando la rabia se sienta a los mandos.

La siguiente pelota que pasa cerca es para él. Baja a recibir entre líneas, pivota y se gira hacia nuestra portería como si estuviera entrenando solo. Le cierro por delante con una determinación que nace de lo mucho que lo odio y lo poco que le importa a él. No le doy ni medio metro. No me importa que el balón acabe en banda ni que desde la grada griten. Lo único que me importa es ver cómo su cara de superioridad empieza a agrietarse.

Durante los siguientes diez minutos me pego a él como una lapa. No le dejo jugar cómodo: le robo un balón, le fuerzo a retrasar otro, le encierro contra la banda y le saco una falta cuando intenta girar sobre mí. Desde luego no soy más rápida que él, pero estoy más

cabreada y sé leerle los movimientos como si llevara un manual en la mano.

En uno de los repliegues, lo oigo bufar.

—Estás pesada, joder.

—Has empezado tú —escupo, sin mirarlo.

En la siguiente jugada me lanza una mirada llena de venas en la sien. Esa vena la conozco. Nunca trae nada bueno. Lo peor de todo es que, a estas alturas de la confrontación, esto solo puede definirse como asunto personal y mi prudencia está a años luz de mi propio cuerpo.

En ele minuto cuarenta y dos, el árbitro pita un córner a favor del *Silver Gang*. El marcador está ajustado, vamos dos a dos a estas alturas. Los aficionados están enloquecidos porque están recibiendo goles y espectáculo, y el viento ha empezado a traer ese olor raro que antecede a la nieve.

Nos colocamos dentro del área. Yo me pego a mi par, que a estas alturas ya es, definitivamente, Calum Ferguson. Podría pedirle a otro que tome mi posición y lo presionen mientras yo me coloco junto a alguien menos agresivo y a quien le tenga menos ganas, pero ni se me pasa por la cabeza. Si va a marcar hoy, no va a ser en mi puta cara.

Siento el peso de su cuerpo pegado al mío. Huele a sudor caro y a perfume de noche. Apoya el antebrazo en mi espalda, como si estuviera reposando, pero ejerce presión. La jugada ensayada de pegarse al contrincante antes de despegarse como un misil en cuanto salga el balón.

—Adoro al gilipollas que pensó que poner una defensa mujer delante de un torbellino con pelotas iba a servir de algo —murmura, lo suficientemente bajo para que solo yo le oiga.

Ni siquiera dejo que las palabras terminen de asentarse. Me giro un poco, solo lo justo para clavarle la mirada.

No le voy a regalar ni una reacción en la cara. Se va a comer mi respuesta luego, cuando vea que no pasa.

La árbitra auxiliar levanta el banderín y el lanzador toma carrera. Mi corazón late a un ritmo que no tiene nada que ver con el ejercicio físico que llevo en el cuerpo.

Me centro en lo mío, en no perder de vista al balón, ni al gilipollas que está pegado a mí, ni tampoco al espacio que hay disponible para realizar cualquier jugada. Lo he hecho mil veces. Me convierto en su sombra, siento su camiseta contra mi brazo, noto cómo carga el peso para saltar.

No pienso en mi rodilla.

No pienso en nada que no sea ganar este duelo.

Por eso, cuando llega el desastre, ni siquiera lo veo venir.

JON

Siento el golpe como si me lo hubieran dado a mí.

Lauren cae al suelo cuando los tacos de Calum Ferguson impactan en un punto de su rodilla que sé que no puede ser bueno. La misma rodilla. La de la triada. La que acababa de volver a la vida. Lo hace cuando ya no hay balón que jugar, como si fuera una rencilla personal que está ansioso por zanjar.

Cierro los ojos con fuerza —como si eso sirviera para desactivar la descarga eléctrica que me acaba de bajar por la columna—. No sirve de nada. El vértigo me traga igual.

Cuando vuelvo a abrirlos, los sanitarios ya están corriendo hacia ella y tengo que agarrarme la muñeca con la otra mano para no salir disparado al centro del campo. No puedo. Soy el puto entrenador. No soy… lo otro.

Durante un par de minutos no oigo nada. Ni a Arthur, ni al estadio, ni a la comentarista repitiendo tres veces seguidas que *"Calum Ferguson ha ido muy duro al contacto. No había necesidad. La ha cepillado por puro gusto"*. Lo ha visto ella, y lo está viendo el estadio entero en las pantallas, donde la imagen se repite a cámara lenta y yo lo siento como un maldito golpe en las costillas.

Lo único que quiero es que Lauren levante la cabeza y me mire, para que sepa que estoy aquí. Mi único pensamiento junto con el de

querer hacerme visible y presente para ella, es que si el hijo de puta de Ferguson la ha roto otra vez, no voy a perdonarme jamás haberla dejado entrar en este partido.

Finalmente los compañeros se abren, dejan paso, y ella aparece entre dos sanitarios, apoyada en ellos, saltando sobre la pierna buena, con la otra tensa y protegida. El dolor en su cara es real. La frustración, peor.

Me mira.

Por fin, me mira.

Y durante ese segundo el estadio, los sanitarios, las cámaras, Arthur, Sam, los comentaristas y los sesenta mil espectadores desaparecen. Solo estamos nosotros dos en mitad de un vacío inmenso.

Sonríe. Mínimo. Solo para mí.

Y sé que lo hace para sacarme el peso de la culpa del pecho. Para decirme *no te atrevas a arrepentirte de haberme puesto*.

Porque estaba lista. Lo estaba. Mis tripas lo sabían. Lauren Mitchell había vuelto a vivir en el campo. Todos los que estaban aquí lo han visto y yo siento que me acaban de abrir el pecho con un abrelatas y meterme dentro una mezcla viscosa de orgullo, miedo y un asombro que me está reventando el diafragma.

A veces el fútbol te agarra por las pelotas y aprieta hasta que lloras. Otras, las pocas de verdad, te agarra del corazón y te lo estruja hasta que recuerdas por qué mierda sigues viviendo para esto.

Y esta, joder, es una de ellas.

Ella y yo. De una forma que no tengo manera de saber explicar.

Los sanitarios la acompañan despacio, Lauren apoya el brazo en sus hombros y contiene el dolor con la mandíbula apretada. No es una retirada elegante; es una retirada valiente. La clase de retirada que en el fútbol sabe más a guerra que a lesión.

El estadio tarda dos segundos enteros en entender lo que acaba de pasar.

Luego se encienden.

Primero es un murmullo que sube desde las filas bajas, un murmullo tembloroso que empieza a tomar forma, que se llena de consonantes y golpes de garganta.

Después toma nombre.

MITCHELL

La grada lo mastica una vez, otra, otra más, como si estuvieran probando la textura del apellido antes de soltarlo a pleno pulmón.

MITCHELL

MITCHELL

MITCHELL

Y entonces revientan.

La ovación sube vertical, desde los aficionados pegados al césped hasta los palcos altos, donde los de traje dejan de mirar el móvil durante un segundo para ponerse de pie y aplaudir con la misma fuerza que los demás.

Y ella —Lauren— aguanta el tipo mientras las lágrimas le arañan el borde de los ojos y la mandíbula se le tensa para no delatarse. No hay orgullo en ese gesto; hay dignidad. Y la dignidad, cuando está herida, es mil veces más conmovedora.

Paso tras paso, salto tras salto, atraviesa el campo como una soldado que vuelve del frente. La aplauden antiguos rivales, la aplauden niños con bufandas, la aplauden señores que probablemente jamás han visto un partido del Leyton en su vida. La aplaude incluso la portera del equipo contrario, que se quita el guante para hacerlo con la mano desnuda.

Nunca he visto esto. Nunca.

Y yo… yo busco dentro de mí todo mi puto autocontrol para no romperme en pedazos.

Porque todos lo han visto y todos lo saben: que Lauren Mitchell volvió. Que estuvo ahí dentro otra vez. Que compitió otra vez. Que mandó otra vez. Que anticipó otra vez. Que ladró, que corrió, que mordió el partido hasta que no le quedó más carne.

Y que si se ha roto, no se ha roto por miedo. Se ha roto por haberlo intentado.

Cuando por fin abandona el césped y pisa la línea blanca antes del túnel, ya no hay cánticos. El estadio entero se ha ordenado en un solo ruido largo, sostenido, atronador:

Un rugido.

De esos que no distinguen categorías ni géneros ni ligas ni mierdas. Rugidos iguales para los que se atreven a estar en el centro del campo cuando la vida duele.

Es en ese exacto segundo cuando la cámara central gira hacia Calum Ferguson.

Y el rugido cambia de forma. Se vuelve ácido. Oscuro. Cuchillo.

Primero se oye un silbido aislado desde la grada este. Luego otro. Luego cien. Luego mil. Hasta que ya no son silbidos: son abucheos. Son protestas. Son insultos en inglés, en español, en árabe, en francés, en italiano, en lenguajes de estadio universales.

BUUUUUUUUUUUUUUUU

Todo Stamford Bridge lo rodea. Ya no hay fútbol ahí; hay juicio. Y la sentencia es simple: *Sacadlo del campo*.

Sue Mason, en la banda, levanta la mirada hacia los comentaristas técnicos, hacia su segundo, hacia mí. Y yo no digo una sola palabra, pero tampoco aparto los ojos. Ni un milímetro.

Ella lo entiende.

Ferguson no.

Ferguson se gira hacia la grada con los brazos abiertos, como si buscara explicación, como si aquí el incomprendido fuera él. Después se lleva el dedo índice al oído para hacer el famoso gesto del *no os oigo.*

El estadio responde como una tormenta:

¡FUERA!

¡FUERA!

¡FUERA!

Y entonces Sue hace lo que pocos entrenadores tienen los huevos de hacer en público:

Gira, coge la pizarra, y llama al asistente de línea.

Cambio.

La cámara se va a ella. La grada aplaude, los aficionados están de acuerdo

Andrea Cooper se quita la chaqueta del chándal mientras el número electrónico se ilumina en rojo sobre el banquillo.

El estadio vuelve a rugir, esta vez con aprobación por la justicia y la reparación obtenidas.

Ferguson, por su parte, sirve el postre: protesta, señala su dorsal en el marcador electrónico que sostiene el asistente, niega con la cabeza y masculla improperios, todo mientras casi esperas ver cómo le sale espuma por la boca. Cuando el *highlander* comienza a caminar para salir del campo ni siquiera mira a Cooper, y a Sue Mason le regala una peineta que la cámara recoge con un teleobjetivo digno de documental bélico.

El público asiste encantado a esta sátira. Es el teatro del fútbol en su forma más primitiva. Más humana. Más despierta. Las tertulias deportivas tienen carnaza para varios días con este espectáculo tan bochornoso.

Para cuando Lauren desaparece por el túnel, ya no hay abucheos ni insultos, solo queda un estribillo que hace que yo me tenga que morder la lengua para no salir corriendo detrás.

Y si alguien no entiende por qué este deporte duele tanto es porque nunca ha visto algo así.

Lauren desaparece engullida por el túnel, apoyada en los sanitarios. Cuando me mira por última vez, le pregunto con los ojos si está bien. Me responde con un gesto leve. Cuando le ofrezco acompañarla, niega.

Tiene razón. No puedo dejar al equipo sin entrenador. No todavía.

Pero en cuanto veo a Ferguson tomar el mismo túnel que ella, penas dos minutos después, no me pienso una mierda. Señalo a Arthur, le entrego la banda, y salgo detrás.

El pasillo es largo, húmedo, las luces blancas parpadean y el olor a desinfectante se mezcla con el del césped. Y entonces lo veo.

No corro, no grito, no hago aspavientos. Simplemente voy. Hay cosas que se hacen así.

El túnel está vacío. El público se oye como un ruido sordo a mi espalda. Aquí dentro se amplifica el sonido de nuestras zapatillas contra el cemento húmedo del pasillo y el eco lejano de las instrucciones técnicas por megafonía.

Calum Ferguson va sacándose la camiseta con esa mezcla suya de chulería y desprecio. Ni se gira

No falta que hace.

—Menudo circo —masculla no sé si para sí mismo o para el público al que espera recibir tras de sí—. Una entrada y casi me queman vivo.

Cierro la distancia.

—Eso no ha sido una entrada normal —digo.

Él alza una ceja y s limpia el sudor del mentón con la camiseta.

—Ah, mira quién es. El entrenador del proyecto de caridad.

No le contesto. No lo necesita.

—¿Sabes qué es lo mejor? —continúa— Que ella aún se cree jugadora. Le he hecho un favor. Cuanto antes lo asuma, mejor para todos.

Lo dice sin emoción, como si comentara el precio de la gasolina y yo noto el pulso subirme a las sienes, sin poderlo evitar. Hay un tipo de persona que te hace daño queriendo y luego te pide que le des las gracias. Este puto subnormal es exactamente esa clase de mierda.

—Te voy a decir algo —añado, acercándome lo justo para que no necesite oírme más de una vez—. Si vuelves a tocarla, te saco del fútbol yo mismo.

Él sonríe. Una sonrisa lenta, torcida, de tarado funcional.

—¿Eso es una amenaza?

Lo miro con una calma que me sorprende. La terapia sirve para muchas cosas, entre ellas, elegir bien cuándo dejar de usarla.

—No —digo—. Eso es un hecho.

Él da un paso más. Por fin se atreve a mirarme desde arriba, con esa arrogancia suya de chico criado para creer que el mundo se abre solo si él lo ordena.

—No te has enterado, ¿no? —susurra—. Yo ya la rompí una vez. Y entonces nadie me tocó los cojones.

Ahí se acabó.

No lo pienso.

Mi hombro se adelanta, mi cadera gira, el brazo sale desde abajo y el puño viaja directo con el peso del cuerpo detrás. No hay ruido de esfuerzo, ni grito, ni aspaviento. Solo el impacto.

Un crac sordo, preciso.

El *highlander* cae con toda su envergadura sentado contra la pared del túnel, la mano en la nariz. La sangre le escurre entre los dedos. Se queda así cinco segundos, respirando por la boca como si no supiera muy bien qué ha pasado.

Yo solo lo miro.

La ira no me tiembla en las manos porque no es ira descontrolada. Es otra cosa: una línea que no pienso dejar que nadie cruce dos veces.

Cuando por fin levanta la mirada, por su nariz escapa un profuso reguero de sangre y los ojos abiertos de par en par.

—Vas a lamentarlo —escupe, con la voz nasal y el orgullo hecho añicos por el suelo.

—No más que tú —respondo—. Y no más que la próxima vez que te cruces con ella.

Lo dejo ahí. No me acerco. No remato. No lo tengo que hacer.

Me giro, camino hacia el césped y siento cómo la adrenalina tarda unos segundos en decidir si quedarse o soltarme.

Cuando salgo otra vez a la banda, todavía siento la sangre bombear en mis sienes. Me duele el puño como si hubiera impactado contra una pared de acero, pero es un dolor dulce, uno que me recuerda que estoy vivo.

Lo estilo y lo encojo con una satisfacción malsana. Creo que no olvidaré la cara de ese malnacido cayendo mientras viva.

LAUREN

No me llevan al hospital.

No hay silla de ruedas.

No hay muletas.

Solo una camilla, dos fisios, una lámpara blanca y mi rodilla izquierda latiendo como si llevara un corazón propio.

—No parece rotura —dice el médico, palpando con unos dedos que, por suerte, saben dónde no apretar—. Tenemos ligamentos cabreados y contusión fuerte por lo que puedo extraer después de la exploración. Lo mejor es que mañana hagamos resonancia para confirmarlo, pero si fuera lo mismo de la otra vez ya estarías pegada al techo.

Me río, nerviosa.

—Qué gráfico, doctor.

Me coloca una bolsa de hielo atada con venda elástica. Mi gemelo está gemelo tenso y mi estómago, revuelto. No sé si quiero vomitar o llorar. Igual las dos cosas.

—¿Puedo volver al banquillo? —pregunto, porque la alternativa es quedarme aquí tirada como un mueble y ahora mismo preferiría morirme en directo que esconderme.

El médico me mira con cara de *futbolistas y* se encoge de hombros, pero acaba asintiendo.

—Nada de correr, nada de tonterías. Si te molesta mucho, te sientas y ponte hielo cada rato. Y, lo más importante, mañana a primera hora a la clínica.

—Hecho.

Bajo de la camilla con más dignidad de la que siento. La rodilla protesta, sí, pero no es ese dolor viejo, hueco, que recuerdo del día que me rompí con el City. Es otra cosa. Asusta, pero no lo siento como si fuera el fin del mundo.

Aun así, me tiemblan las manos cuando me pongo el pantalón del chándal y lo bajo con cuidado sobre la venda. Camino despacio por el túnel de vestuarios, apoyando el peso en la otra pierna. El ruido

del estadio se cuela desde arriba: un murmullo constante, alguna oleada de gritos, un cántico lejano.

Cuando piso el cemento que da a la salida del túnel, el murmullo cambia.

Se hace más fuerte.

Más nítido.

Y entonces lo oigo.

—¡MIT-CHELL! ¡MIT-CHELL! ¡MIT-CHELL!

Me quedo clavada un segundo, con la mano en la barandilla. No estaba preparada para esto.

Las gradas enteras se levantan. No es solo la afición del Leyton; son camisetas de todos los colores, bufandas de media Premier, gente que no me debe nada, que ni siquiera ha venido a verme a mí… y que aun así, ahora, grita mi nombre como si fuera suyo.

Tengo la piel erizada hasta detrás de las orejas.

Camino hacia el banquillo cojeando, sin poder evitar sonreír. Levanto una mano, tímida, y el rugido sube un punto más. Es ridículo lo que hace esto por dentro. Ridículo lo que pesa, lo que cura, lo que ordena.

No sé si me lo merezco.

Pero sé que lo necesitaba.

Arthur se adelanta y me tiende un peto, que me coloco con esfuerzo, porque me tiembla un poco todo. Me sonríe y me aprieta el hombro con cariño, mientras yo contengo las lágrimas con mucho esfuerzo.

Jon está de pie en el área técnica, con el abrigo oscuro y el gesto tenso. Cuando por fin me mira, la tensión cambia de sitio. No desaparece; se reacomoda. Sus hombros bajan un centímetro y la mandíbula se le afloja un poco.

Se gira hacia la grada y, por una vez, no parece el ogro del Leyton. Parece… orgulloso. De mí. Lo cual es, francamente, una locura.

Me acerco a él, bordeando el banquillo. Nara me lanza una mirada desde la portería y alza el pulgar. Yo se lo devuelvo. Nadia, en el

campo, me ve y me manda un beso exagerado antes de volver a encarar a su lateral. Me vuelvo hacia Jon.

Lo primero que noto no es su rostro, sino su mano.

La derecha está un poco hinchada, los nudillos enrojecidos, la piel levantada en un par de puntos. No es algo que note cualquiera, pero yo vivo rodeada de golpes desde que Ansel empezó a hacer de mi cuerpo un saco de boxeo con dignidad.

—Vaya —murmuro, colocándome a su lado, justo en la línea—. ¿Te has peleado con el muro del banquillo?

Él sigue mirando el campo, pero la comisura de su boca se curva un milímetro.

—El muro empezó —responde.

—Claro —replico—. Los muros son famosos por provocarte.

No insiste. Yo tampoco. Su mano dice cosas que él no está preparado para contar y, sinceramente, ahora mismo no sé si quiero saberlas.

Me quedo de pie junto a él, con el hielo apretando la rodilla y el corazón encajado a trompicones bajo el pecho. El marcador sigue empatado. El resultado ahora es de tres a tres. Al partido apenas le quedan cinco minutos y los plata y los morados aprietan.

—¿Qué te han dicho? —pregunta sin apartar la vista del juego.

—Que no está rota —resumo—. Que mañana me meten en una máquina de hacer ruido y lo miran mejor. De momento, susto y drama.

Aspira despacio. No dice *menos mal*, pero yo lo oigo igual.

El balón circula por la zona central. Un par de pases, amago, cambio de orientación. Yo noto algo raro y mi cuerpo se adelanta a mi cabeza.

—Su lateral izquierdo está muerto —suelto, señalando con la barbilla—. Llega tarde a los cierres. Mira cómo se hunde cada vez que Olafson cae a su banda. Si mandas a Becky Armstrong a atacarle por dentro, no por fuera, lo rompe.

Jon no me mira, pero sé que me escucha. Lo noto en cómo se le tensa el hombro bajo el abrigo, en la forma en que su mano sana se

encoge en un puño por un segundo.

—¿Seguro? —pregunta, más por rutina que por duda real.

—Seguro —respondo—. Si sale mal, en cuanto me recupere, me tienes en el campo de entrenamiento a las cuatro de la mañana en lugar de a las cinco.

Se ríe, bajo, y llama a uno de los asistentes.

—Dile a Armstrong que encare por dentro, que el tres está fundido. Y que Holmes se pegue al segundo palo.

El mensaje vuela al campo en cuestión de segundos. Yo sigo cada movimiento con atención. El balón va y viene, un robo, un pase atrás, otro cambio de orientación. Entonces, ocurre.

Becky recibe abierta, encara al lateral, amaga hacia afuera y se mete hacia dentro, como si le hubieran abierto una autopista. Olafson llega tarde, se descuadra, choca con su propio central. Un pase raso, tenso, al corazón del área.

Holmes aparece en el segundo palo, libre como un pájaro.

Remata.

La red tiembla.

El estadio estalla.

No sé si reír, llorar o abrazar a alguien al azar. Así que hago las tres cosas en un orden confuso.

Jon grita algo que no entiendo y pega un puñetazo al aire con la mano inflamada, lo cual tiene cero sentido práctico pero mucha coherencia emocional. Las jugadoras y jugadores se amontonan sobre Holmes. Las gradas son un caos de bufandas moradas, flashes, humo frío.

Yo me sujeto a la barandilla para no olvidarme de que mi rodilla no está para fiestas y siento que el mundo, por primera vez en mucho tiempo, vuelve a tener sentido.

El árbitro mientras señala el centro del campo. Se produce el saque, dos minutos más de juego y la respiración de todo el estadio se contiene al mismo tiempo. El balón apenas se mueve antes de que el silbato suene, largo, definitivo.

Y entonces, casi como si se tratase de una coreografía hollywoodiense, cae el primer copo.

Lo veo flotar delante de mí, insolente, antes de posar su frío absurdo en la manga de mi chándal. Luego otro. Y otro. En cuestión de segundos, Stamford Bridge se llena de puntitos blancos descendiendo sobre los jugadores, sobre el césped, sobre la copa del *Christmas* que alguien trae ya hacia la banda.

—Claro —murmuro—. Nieve. Obvio. Muy sutil, universo.

Jon suelta el aire en una carcajada sin voz.

—Drama completo o nada —responde

Nos miramos un segundo. Él tiene el pelo ligeramente húmedo por el sudor, la barba sombreada, la mano derecha hinchada y las pupilas brillando como si lo que acabara de pasar fuera más que un partido benéfico de Nochebuena.

Yo tengo una rodilla cabreada, frío cayéndome por la pierna a consecuencia del hielo, el corazón loco y la cabeza llena de cosas que me niego a ordenar.

En el estadio, las cámaras giran, la gente canta y el presentador del evento dice por los altavoces algo sobre la recaudación y los niños y las enfermedades raras. Yo apenas oigo. Estoy aquí, de pie, junto a él, con la nieve empezando a cuajar en su abrigo oscuro y en mi pelo.

—Por cierto —digo al fin, subida a un impulso que no sé de dónde sale—. Si tu avión no sale esta tarde, ¿qué planes tienes para Nochebuena, entrenador?

CAPÍTULO 16
LAUREN

—Si llego a saber que me tocaba perlar y cortar patatas para cien, me habría quedado con Arthur y sus quince parientes aburridos —murmura Jon, cuchillo en mano, ojos puestos en la tabla para no dejarse un dedo o dos en la tarea.

—Bienvenido a la Navidad de los Mitchell —respondo, entregándole otra bandeja de patatas recién peladas—. Aquí se viene a sufrir.

La cocina del albergue es un caos caliente y ruidoso: vapores, sartenes chisporroteando, cazuelas industriales hirviendo, gente entrando y saliendo con bandejas. Fuera, tras las ventanas empañadas, la nieve cae en diagonal, gruesa, como si alguien hubiese agitado una bola de cristal gigante sobre Londres.

—¿Siempre haces esto en Nochebuena? —pregunta Jon, empujando con el antebrazo las mangas de su carísima camisa hecha a medida hacia arriba.

—Desde que vinimos a vivir a Londres.

—Cuando me ofreciste una Nochebuena llena de espíritu navideño pensé que solo era una metáfora tuya para convencerme de que le diera esquinazo al pobre Arthur. No sé… No esto.

Señala con el cuchillo al árbol flaco con luces parpadeantes, las cazuelas gigantes con pollo, la señora que manda como si dirigiera un batallón y el voluntario que está discutiendo porque el belén no puede tener puesto al niño Jesús hasta pasada medianoche *por liturgia*.

Sonrío.

—¿Tan malo es dar un poco de vez en cuando?

—¿Malo? —pregunta, levantando el cuchillo de la patata que está bajo su corte desigual y un poco caótico—. Yo no he dicho malo. ¿Sorprendente? Mucho. ¿Malo? Ayudar nunca puede ser malo.

—Mi madre decía que si te han ayudado a ti, luego te toca ayudar tú. Y a nosotros nos ayudaron mucho.

No lo miro cuando lo digo. Cojo otra patata.

—¿Servicios sociales?

Asiento.

—Banco de alimentos, juguetes de campañas navideñas… Mamá siempre decía que nadie tiene la obligación de ser bueno, pero que sería de mala educación no intentar devolver un poco de lo que te han dado. Así que Nochebuena era esto: cocinar, servir, limpiar, escuchar. Un acto de amor y agradecimiento que realizábamos sin rechistar.

—Tenía razón —dice Jon, bajito.

Exhalo lentamente el aire que no sabía que estaba reteniendo dentro del pecho.

—Mi padre no venía a ayudar mucho—añado—. Si estaba sobrio, aparecía a cenar. Si no, mejor que no estuviera. A veces era más seguro estar aquí que en casa.

Él no dice *lo siento*. No dice nada. Se limita a seguir cortando, y de alguna forma esa prudencia me parece el gesto más adulto del mundo.

—Así que ya sabes —resoplo—. Esta es mi postal navideña.

—No es la peor —responde—. He pasado Navidades mirando un portátil analizando fases defensivas del City. Créeme, pelar patatas gana.

Me hace reír. Lo odio un poco por eso.

—Tiene sentido —continua—. Crear tu propia tradición donde te sientes a salvo.

Suena tan simple así, que me dan ganas de abrazar a mi madre a través del tiempo.

—Bueno —resoplo—, ahora ya sabes dónde trae Lauren Mitchell a los entrenadores cuando los secuestra en Nochebuena.

—Y yo que creía que tu plan navideño iba a ser más glamuroso —bromea.

—Es esto o un kebab frío viendo *Love Actually*.

—Pues cortar patatas gana. De largo.

Le echo una mirada de reojo. Está sonriendo, concentrado, con el pelo un poco descolocado por el trabajo y la cocina, las mangas de su camisa de entrenador de élite remangadas, el cuchillo moviéndose con cuidado exagerado. Nadie aquí le presta atención más allá de gritarle "¡cuidado con esos dedos, guapo!" cuando casi se rebana media mano. Para ellos es solo otro voluntario que ha asegurado que sabe seguir instrucciones.

Me gusta. Demasiado.

Y entonces su mirada baja a mi pierna. No de forma brusca ni invasiva, de forma clínica, la del entrenador que no puede desconectar jamás.

—¿Cómo va la rodilla?

El cuchillo se detiene en el aire. Me sorprende lo poco que tarda en ir al punto profesional.

—Bien —miento primero por reflejo—. Un poco cargada del golpe… nada dramático.

—No te he preguntado si es dramático —replica—. Te he preguntado cómo va.

Que cabrón.

Me rindo.

—Late —confieso—. Y tira un poco cuando giro. Creo que la hinchazón está bajando.

Asiente una sola vez.

—Siéntate cinco minutos.

—No necesito…

—Mitchell.

Dejo el cuchillo y me siento en un taburete bajo junto a un horno industrial. Jon busca hielo, lo envuelve en un trapo y me lo pone sobre la parte interna del tendón. Sus dedos rozan el borde de mi piel sin querer. O queriendo. No lo voy a analizar ahora.

—No te pases de graciosa —me advierte—. Te quiero de pie, no en quirófano.

—¿Me quieres? —pregunto con descaro, saboreando el verbo.

No se inmuta, pero le tiembla el hoyuelo.

—No empieces —murmura—. No estoy en condiciones de jugar.

Lo dejo ganar esta.

—Cinco minutos —ordena—. Luego cambias hielo por tarea ligera.

—¿Tarea ligera es…?

—No sé, ¿dar órdenes desde una silla? Sea como sea, si veo que cojeas, te llevo yo misma a rastras a la camilla del fisio.

Me acerca otra bandeja, una de zanahorias, para que por lo menos me entretenga troceando sentada. La imagen ridícula de él cargándome en brazos hace que me atragante con mi propia saliva.

—Jon —digo, sin pensar.

Él parpadea, como si le hubiera tirado algo.

—¿Sí?

—Nada. Que… gracias por venir.

Otra vez el hoyuelo en la mejilla.

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre —observa.

Me quedo quieta. Mierda. Es verdad. Siempre es entrenador, ogro, Alkiza. El nombre de pila es otra liga.

—No te acostumbres —replico, rápido—. Hoy es Navidad. Estoy blanda.

—Me gusta —dice, bajito—. Me gusta cómo suena en tu voz.

Me rehogo con mi propia saliva, por idiota. Menos mal que la puerta se abre en ese momento.

—¡Ya era hora! —grito hacia la entrada, aunque en realidad me alegra que hayan llegado cuando ya estaba a punto de quedarme sin excusas para no pensar.

Alana aparece cargada con dos bolsas enormes de pan, envuelta en un gorro de lana que parece una catedral portátil y que hace juego con una bufanda todavía más desproporcionada, y las mejillas enrojecidas por el frío y el trajín.

—El tráfico está imposible —se justifica Alana mientras deja las bolsas sobre una mesa—. La nieve ha convertido la ciudad en una trampa y Dillon conduce como si lleváramos algo altamente inflamable en el maletero.

Alana un par de pasos más hacia mí y entonces se detiene. No es un gesto exagerado, sino esa pausa casi imperceptible que se produce cuando algo rompe el mapa mental que traías preparado. Primero me mira a la cara, como siempre, buscando una versión reconocible de mí. Después, sin esfuerzo alguno por disimular, deja que la mirada descienda.

La pierna elevada y la bolsa de hielo apoyada con una lógica precaria captan toda su atención.

Cómo no.

—Lauren… —dice, y en esa sola palabra se desmorona todo el tono ligero con el que había entrado—. ¿Cómo estás?

Me adelanto a la explicación con una rapidez casi violenta, como si pudiera cerrarle el paso a cualquier interpretación más grave.

—No es nada serio —digo—. No hay nada roto. Mañana me hacen una prueba para descartar cosas, pero la exploración ha ido bien.

Alana no se da por satisfecha. Frunce ligeramente el ceño y se acerca despacio, quitándose uno de los guantes. He visto ese gesto mil veces a lo largo de mi vida: no es dramatismo, es atención concentrada. Se inclina frente a mí y apoya los dedos sobre mi rodilla con un cuidado que me desarma más que cualquier muestra de alarma abierta.

—Te he visto por la tele —dice, sin levantar la voz—. He visto la caída, la repetición, la forma en la que tardabas en incorporarte. Y ahora te encuentro aquí, sentada, con hielo y la pierna en alto… igual deberías irte a casa.

Trago saliva. No porque me duela, sino porque sé que tiene razón y porque hay una parte de mí que se siente culpable por haber convertido su miedo en un efecto colateral de mi trabajo.

—Estoy bien —respondo—. No es la primera vez que mi rodilla protesta y no será la última. Está controlado. Hay gente mirándolo

de cerca.

Alana me observa en silencio durante unos segundos largos, evaluando no solo mis palabras, sino las grietas entre ellas. Al final asiente, pero lo hace con esa resignación práctica que no equivale a tranquilidad, sino a una tregua temporal.

—Luego me lo cuentas bien —dictamina—. Sin prisa y sin espectadores. Y sin hacerte la fuerte solo porque hay más gente delante.

Dillon entra entonces, equilibrando una bandeja de tartas industriales con la solemnidad de quien transporta algo sagrado, una sonrisa amplia y despreocupada instalada en la cara.

—Buenas noches a todos —anuncia, levantando la bandeja—. Traigo azúcar y espíritu navideño para aprovisionar un campamento militar.

Consigo sonreír con su entrada teatral, aunque por dentro sigo sintiendo ese tirón incómodo entre la gratitud y el cansancio de tener que tranquilizar siempre a los demás.

—Alana, Dillon —digo entonces, girándome ligeramente—. Este es Jon.

Jon se limpia las manos en el delantal de papel con un gesto automático, casi torpe, que me resulta inesperadamente humano, y se acerca para saludar. No puedo evitar notar cómo se coloca justo a la distancia correcta: ni invasivo, ni ausente.

—Jon Alkiza —se presenta, ofreciéndoles la mano—. Encantado.

—Nos conocimos en el hospital —le recuerda mi cuñado y Jon asiente.

Lo ha reconocido y eso a Dillon le sube la autoestima tres o cuatro puntos. El apretón de manos es épico para mi cuñado.

Alana no se la estrecha de inmediato. Lo observa primero, con una atención directa y sin concesiones, como si no estuviera valorando a un hombre cualquiera, sino a alguien que, de algún modo, ya forma parte del contexto en el que yo me muevo. Cuando por fin le da la mano, su gesto es firme, deliberado.

—Pareces más alto en la tele —suelta, sin rastro de sonrisa.

Me dan ganas de meter la cabeza en el horno.

Dillon se ríe.

—Cariño, en la tele parece un puto titán. No le hagas caso, *míster*. Es su forma de decir que le caes bien.

Alana le da un codazo a Dillon, pero sus ojos siguen clavados en Jon, analizándolo. Y entonces, muy despacio, hace algo que me deja sin aire: me lanza una mirada rápida, fugaz, y asiente apenas. Aprobación. Como si dijera *vale, este sí*.

Si alguien en el mundo tiene derecho a ponerle pegatinas de aprobado o suspenso a las personas que se acercan a mí, es ella. Y acaba de darle un *check* verde a Jon Alkiza.

Me dan ganas de reír y de llorar a la vez.

—Lauren me ha hablado mucho de vosotros —les informa Jon con una sonrisa.

—Más le vale que haya sido bien —responde Alana, alzando una ceja—. Si no, le retiro el saludo ahora mismo.

—Uff, yo no me arriesgaría —contesta él, dejando caer una media sonrisa—. Me da más miedo tu hermana que el fondo sur de Stamford Bridge.

Dillon suelta una carcajada.

—Eso dice mucho de ti como profesional, *míster*. Si te impone más Lauren que un estadio lleno de *hooligans*… Bueno, en fin, ¿dónde quieres que dejemos esto, pajarito?

Le señalo a la jefa de cocina, que ya está organizando bandejas como si estuviera al mando de un catering del Ritz. Nos reparte tareas a todos: Alana con los postres, Dillon con el pan, Jon y yo seguimos con la montaña infinita de tubérculos.

Es una tontería, pero en ese momento pienso que a veces basta con una cocina llena de voluntarios, nieve en la ventana y la sensación incómoda —pero preciosa— de que alguien se ha quedado.

JON

No debería sentirme así de fuera de lugar.

No por el sitio —he estado en lugares mucho más hostiles—, sino por la forma en la que mi cuerpo no sabe dónde colocarse. No hay una posición correcta aquí. No hay un rol claro. Nadie espera nada concreto de mí y, paradójicamente, eso es lo que más me desarma.

Estoy acostumbrado a contextos con bordes definidos. Jerarquías claras. Expectativas explícitas. Aquí no. Aquí todo funciona sin que nadie levante la voz ni marque territorio. Y Lauren… Lauren no dirige. Pertenece. Eso es lo que me descoloca.

No la miro hacer nada en concreto. No hace falta. Su presencia tiene peso incluso cuando está quieta. Hay personas así: no necesitan ocupar el centro para sostener el conjunto. Yo siempre he sido lo contrario. He sostenido desde arriba. Desde el control. Desde la orden.

Aquí eso no sirve.

Me sorprendo pensando que no recuerdo la última vez que estuve en un sitio que no me pidiera resultados. Ni explicaciones. Ni que fuera alguien en concreto. Aquí soy solo un tipo más. Y eso debería aliviarme. Pero no lo hace.

Porque si no soy el entrenador, si no soy el que toma decisiones, si no soy el que marca el rumbo… ¿qué queda?

Me quedo dándole vueltas a eso mientras hago lo que tenga que hacer con las manos. Da igual qué. Las manos agradecen la repetición; la cabeza no tanto.

Un hombre mayor me observa un rato. No sé en qué momento se ha sentado a mi lado. No pregunta nada relevante. No parece interesado en mí. Solo constata lo evidente: hago lo que puedo, aunque no sea brillante.

—Mal cortadas —dice, apreciativo—. Pero con dedicación. Eso es lo que cuenta.

Asiento como si me acabara de hacer una evaluación técnica profunda. Me dan ganas de pedirle que me lo firme.

No me defiendo. No me justifico. Me limito a asentir. Porque tiene razón. Y porque nadie me había evaluado así en años. Sin agenda.

Sin contexto.

No sé en qué momento exacto Dillon decide que soy material de conversación navideña, pero cuando levanta la cabeza del caldo que está sirviendo, dirige sus preguntas curiosas hacia mí.

—Oye, *míster* —dice, señalándome con el cucharón—. ¿Y tú qué haces normalmente en Navidad?

La pregunta es sencilla. Demasiado. De esas que no te preparas porque nunca parecen peligrosas hasta que alguien las formula sin ironía.

Lauren está a mi lado. No me mira directamente, pero sé que escucha. Alana sí me observa sin disimulo, con esa atención limpia que tienen las personas que han aprendido a leer más allá de lo que se dice.

Cambio el peso de un pie al otro. Respiro.

—Trabajo —respondo primero, porque es verdad—. Casi siempre trabajo.

—¿Y en qué trabaja un entrenador en Nochebuena? —inquiere Dillon.

Suelto una media sonrisa.

—hay mil cosas: entrenar, viajar, analizar partidos, preparar el siguiente. A veces ceno solo en el hotel viendo fútbol en la tele. Otras veces me quedo dormido con el portátil abierto encima.

—Joder —dice Dillon—. Espíritu navideño a tope.

—Es lo que hay —respondo, sin ponerme a la defensiva—. Durante años me ha funcionado así.

Lauren gira ligeramente la cabeza hacia mí. No dice nada, pero noto ese pequeño cambio de postura que indica interés real, no cortesía.

—¿Y la familia? —pregunta Alana, tranquila, sin trampa.

Ahí sí me tomo un segundo más.

—En Bermeo —contesto—. Mis padres, mi hermano, su mujer, los críos. Siguen juntándose todos los años.

—¿Y no vas? —insiste Dillon—. Quiero decir… ¿nunca?

—A veces —digo—. Cuando se puede. Cuando no hay partidos, ni concentraciones, ni vuelos imposibles.

—O sea —resume—, casi nunca.

No me molesta cómo lo dice. No hay juicio. Solo constatación.

—Ya están acostumbrados —añado—. Al principio costaba más. Luego… se normaliza.

Alana frunce apenas el ceño.

—¿Y a ti? —pregunta—. ¿También se te ha normalizado?

Lauren deja de mirarme, pero sé que esa pregunta también es suya.

Me encojo de hombros.

—Supongo que sí.

—Eso no es una respuesta —dice Dillon, sin maldad—. Es un empate a cero.

Sonrío, porque es justo.

—Echo de menos cosas —admito al fin—. No estar. No sentarme a la mesa. No oír a mi madre protestar porque nadie corta el pan recto. Pero… —hago un gesto vago con la mano— también he asumido que mi vida es esta. Y que no siempre hay sitio para todo.

Lauren se vuelve desde su silla, donde lleva casi sin moverse desde que la condené al reposo. Esta vez sí me mira, de frente, y dispara a quemarropa sin inmutarse.

—¿Y a ti te vale? —pregunta.

No hay ironía. Pese a lo directo de su cuestión, asumo que es una pregunta limpia. Demasiado.

—Me ha valido —respondo—. Sí, supongo que durante mucho tiempo me ha valido.

—Eso tampoco es una respuesta —dice ella ahora.

La miro. Por fin me atrevo a mirarla de frente. Sus ojos no buscan una confesión épica. Buscan coherencia.

—Me vale… —empiezo— porque no sé hacerlo de otra forma.

El silencio que sigue no es incómodo. Es denso. Como si nadie quisiera llenarlo con algo superficial.

Dillon revuelve el caldo como si ahí dentro estuviera el secreto de la felicidad.

—O sea que no es que no quieras ir —dice—. Es que no sabes quedarte.

La frase me da donde tiene que dar.

—Algo así.

Alana asiente despacio.

—Eso también cansa —dice—. Aunque por fuera parezca que lo llevas bien.

Lauren baja la mirada un instante. No dice nada. Pero algo en su mandíbula se tensa. No sé por qué, pero me dan ganas de explicarme mejor. No para justificarme. Para no quedar reducido a una versión cómoda de mí mismo.

—No es que no los quiera —añado—. Ni que no los eche de menos. Es solo que… —busco las palabras— he pasado tantos años poniendo mi vida en pausa por el siguiente partido, que ahora no sé dónde encajarla cuando el partido no está.

Dillon se queda pensativo.

—Eso es tristísimo, tío.

—Gracias —respondo, la risa irónica saliendo sin permiso—. Era justo el sentimiento que buscaba despertar.

Lauren sonríe un poco. Apenas. Pero es real.

—Mi madre decía que el problema no es trabajar mucho —afirma —. Es no saber dónde volver cuando paras.

No responde a nadie en concreto. Pero me llega.

—¿Y tú sabes dónde volverías? —le pregunto.

Me mira. Esta vez sí. Directo.

—Lo estoy averiguando.

No dice más. No hace falta.

Alana se levanta para preparar otra olla de caldo, dándole espacio a la conversación sin romperla.

—Si te sirve de consuelo —dice Dillon—, aquí nadie sabe muy bien lo que hace. Solo fingimos mejor o peor.

—Algunos fingís fatal —contesta Lauren.

—Oye —la regaña su cuñado lanzándole un trapo de cocina que llevaba prendido al ridículo delantal de reno de Papá Noel que lleva puesto.

Me río. Y en ese gesto simple, sin cámaras ni expectativas, me doy cuenta de algo incómodo: me siento parte. No invitado. No de paso. Parte.

Y eso, para alguien como yo, es casi peligroso.

Dillon se va a ayudar a Alana con la olla, y Lauren y yo nos quedamos solos, en algo parecido al silencio.

—Gracias por decírmelo —dice Lauren de pronto. Es apenas un susurro, pero me llega.

La escucho y me llega.

—¿El qué?

—Lo de la Navidad. Podrías haberte hecho el interesante y guardarte esas cosas. Sé que podrías haberlo hecho con elegancia.

—Lo he intentado —confieso—. Pero contigo no siempre me sale.

No es una frase calculada. Se me escapa. Y durante un segundo temo haber cruzado una línea.

Lauren no se aparta. No sonríe. No bromea.

—A veces —dice— no guardarse las cosas es suficiente.

Asiento. Y por primera vez en años, no me siento mal por no tener una respuesta clara a todas las malditas preguntas que me llenan la cabeza todos los días de mi vida.

LAUREN

Cuando por fin cerramos la puerta de la cocina y dejamos la última bandeja vacía sobre la mesa, siento cómo la espalda me pide la jubilación anticipada. Estar sentada en la silla tantas horas puede acabar con la integridad de varios de mis músculos más valiosos.

Estoy cansada. Cansada de verdad. Pero es un cansancio limpio, de esos que no te aplastan el pecho.

Mis manos huelen a zanahoria, patatas y cebolla. Jon está igual de desastroso que yo, con las mangas remangadas y un gorro de papel que alguien le encasquetó en algún momento de la noche.

La cena ha salido bien. Muy bien. Ochenta personas han comido como si mañana no existiera. Hemos servido caldo, pollo, puré, verduras, tartas de chocolate y flan casero. Jon ha pasado de chef a camarero a abridor de botellas sin rechistar. La jefa del servicio lo ha ascendido a voluntario eficiente, lo cual, según Dillon, es el mayor elogio del albergue.

Ahora estamos sentados los cuatro —Alana, Dillon, Jon y yo— alrededor de una mesa alargada junto a la ventana. Afuera, la nieve cae en diagonal, gruesa, silenciosa, como si Londres estuviera dentro de una bola de cristal agitada hace un segundo.

—No me puedo creer que hayas sobrevivido —dice Dillon mirando a Jon, que mastica lento un trozo de pollo como si fuera caviar—. La primera vez que vine con Alana pensé que me iba a morir por intoxicación de vapor de caldo.

—He visto finales de Champions menos estresantes —replica Jon, y Alana se ríe por primera vez en horas.

Yo me acomodo como puedo para mitigar el dolor de espalda y de rodilla, y miro el comedor vacío. Sólo quedan voluntarios fregando y recogiendo. El árbol del fondo está encendido. La figura del niño Jesús espera en una caja hasta medianoche. La Navidad tiene su propio reglamento en este lugar.

Alana sirve vino. Dillon ataca el pan caliente. Jon mira la mesa como si todavía no entendiera del todo en qué tipo de escena lo han metido.

—Bueno —dice Dillon, levantando la copa—, por sobrevivir al turno de cocina, al tráfico, a la nieve y a Lauren coordinando turnos como si fuéramos soldados.

—Yo he sido amable —protesto.

—Has usado un temporizador —dice Jon—. Eso no es amabilidad, eso es disciplina militar.

Alana se ríe y choca su copa con la mía.

—Lo lleva en el ADN —comenta—. Si esta mujer hubiera nacido en 1800, habría organizado la Marina británica.

La rodilla protesta cuando doblo la pierna. No es un grito, es un recordatorio: sigo aquí. El hielo ha hecho efecto, pero el latido sigue. Jon está sentado a mi lado, Dillon enfrente, Alana a su lado. Alguien aparece con una sopera industrial y empieza a servirnos.

—Esto huele increíble —dice Jon, sincero.

Tiene esa expresión suya de cuando observa antes de intervenir, como si aún no se hubiera permitido del todo estar aquí. Lleva las mangas remangadas, el pelo un poco desordenado, una pequeña mancha de salsa en el antebrazo que no se ha limpiado. Parece… normal. Y eso me descoloca más que cualquier otra cosa.

Me llevo la cuchara a la boca. El caldo está caliente, reconfortante. Me quema un poco la lengua y agradezco ese dolor mínimo, controlable.

—No recuerdo la última vez que cené algo que no viniera con mantel de tela y camareros mudos —comenta Jon al fin.

—Eso es porque te mueves en círculos de gente que cree que el silencio es elegante —le responde Dillon—. Aquí somos más de sorber.

Jon asiente, divertido.

—Lo noto.

Hay un momento extraño, pequeño, en el que me descubro observándolos como si fueran una escena ajena: mi hermana, su pareja, mi entrenador. Tres mundos que no tendrían por qué tocarse y que, sin embargo, están aquí, compartiendo pan.

Me llega de golpe lo que ha dicho Jon antes, mientras servíamos. No como una frase concreta, sino como una suma de ellas. Hoteles. Pantallas. Partidos en diferido. Navidades que pasan sin dejar huella. Una familia que se acostumbra a que él no esté. Y esa forma suya de decirlo sin dramatismo, como quien ya ha aceptado una norma que no le gusta pero que no sabe cómo romper.

No sé por qué eso me ha tocado más de lo que debería. Quizá porque yo sí sé lo que es crecer esperando a alguien que no llega, o

porque reconozco ese gesto de resignación práctica.
Quizá es, simplemente, porque hay ausencias que se normalizan tanto que dejan de doler… y eso es lo más peligroso de todo.

—Oye —dice Alana de pronto—. ¿No os parece que hoy hay menos gente?

—Es la nieve —responde Dillon—. A muchos no les dejan salir de los centros. Y otros no llegan.

Asiento en silencio. La Navidad siempre es una estadística incómoda.

Entonces la puerta se abre.

No de golpe ni con estruendo. Se abre como si el aire empujara primero y el cuerpo después.

Lo noto antes de verlo.

Hay cosas que el cuerpo reconoce antes que la cabeza. Un cambio en la temperatura. Un olor distinto. Un ruido que no encaja con el resto. Levanto la vista sin saber por qué.

Y ahí está.

Pat.

Mi padre.

Se queda quieto en el umbral, respirando fuerte, como si la caminata desde la calle le hubiera costado media vida. La nieve le empapa el pelo, ahora más blanco que gris. La cazadora que lleva es vieja, con las costuras levantadas. Bajo ella, un jersey que le cuelga del cuerpo como si alguien lo hubiera estirado. Está pálido. Demasiado pálido. Las mejillas hundidas. Las manos le tiemblan apenas.

No está borracho. Eso lo sé al instante. No hay torpeza, no hay ese brillo pastoso en la mirada. Huele a frío. Y a calle. Y a hambre.

Busca con la mirada entre la poca gente que queda a estas alturas, hasta que da con nosotros. No hay sorpresa. No hay alegría. Sólo una especie de reconocimiento cansado.

—Buenas noches —dice.

La voz es más áspera. Más pequeña.

Alana deja el vaso en la mesa. Dillon endereza la espalda. Jon me mira de reojo sin invadir. Yo aprieto el pan en la mano como si fuera arcilla fresca.

—Hola, papá —dice Alana, primera como siempre.

Él asiente, sin acercarse aún.

—Ha nevado —continúa él como si hubiera que explicar algo más complejo—. Pensé que estaría abierto.

—Está abierto —contesta Dillon—. Y queda comida.

Mi padre niega con la cabeza con una rapidez que me hace sospechar.

—He cenado —miente.

Lo dice con una seguridad que sería convincente si su estómago no rugiera justo después como un perro en huelga de hambre. El silencio que sigue es tan embarazoso que hasta Jon pestañea hacia la mesa.

Alana respira hondo, se levanta y sin pedir permiso coge un plato limpio. Sirve pollo, un poco de sopa espesa que aún está caliente, un pedazo de pan y verduras. Se acerca a él, le planta el plato delante y le dice:

—Siéntate.

No es una invitación. Es una orden. La de alguien que tuvo que aprender a mandar para que el mundo no se desmoronara del todo.

Pat duda. Mira el plato. Mira a Alana. Mira a Dillon. Finalmente mira el pan. Ese gesto pequeñísimo es el que lo delata. Tiene hambre. Mucha.

Se sienta a nuestro lado. No al final de la mesa. Entre nosotros. Como si no supiera dónde están los bordes de las cosas.

—No venías desde… —empiezo, pero él me corta.

—El año pasado no vine.

Lo dice sin excusas. Sin adornos. Sin justificar nada.

El año pasado no vino. Tampoco hizo una llamada ni mandó un mensaje. Alana preparó un plato extra por si aparecía. Yo fingí que no me importaba. Mamá habría dejado la puerta abierta hasta el último minuto.

—Papá —intervengo—. ¿Has venido solo?

Asiente, clavando la vista en el caldo.

—Como siempre. Ya sabes.

Me fijo en sus manos. Le tiemblan un poco. Los nudillos se le marcan bajo la piel fina.

—Te he visto en la tele —dice de pronto, mirándome—. Otra vez en el suelo.

No sé si es reproche o preocupación. Probablemente ni él lo sepa.

—Me he levantado —respondo.

Asiente. Algo se le afloja en la cara.

—Siempre lo haces.

No dice que se alegra ni tampoco que tenga cuidado. Pero hay algo ahí. Algo torpe. Algo que no sabe cómo salir mejor.

Jon permanece en silencio, sin invadir ni preguntar. Simplemente está. Esa presencia suya, firme pero discreta, me sostiene más de lo que quiero admitir.

—Este es Jon —digo, señalándolo—. Mi entrenador.

Pat lo mira entonces con atención, como si evaluara algo importante.

—El de la tele.

—Uno de tantos —responde Jon.

—Pareces más… —Pat busca la palabra— …normal.

Jon sonríe apenas.

—La cocina hace milagros.

Mi padre deja el caldo y contempla el pollo. Coge el tenedor, pero la mano le tiembla un poco. Entonces, sin mirar a nadie, empieza a comer.

No lo devora como si fuera un lobo. No. Come lento. Concentrado. Como un hombre que no recuerda bien cómo se come algo caliente. Cada bocado parece un examen. Cada trago una negociación.

Después del tercer bocado, su respiración cambia. El color le sube un poco a las mejillas. Dillon levanta la ceja en mi dirección. Yo le

devuelvo un gesto mínimo: *lo sé*.

—Está bueno —dice papá con la boca llena.

—Lo hemos hecho nosotros —responde Alana, inexpresiva.

Papá asiente. Sigue comiendo.

El ambiente se afloja un poco. Lo justo para que nadie salga corriendo.

Comemos.

Pat lo hace despacio, como si cada bocado fuera una decisión. Después del tercero, el color le vuelve un poco a la cara. Después del quinto, su respiración cambia. No habla mucho. No pregunta. Está. Y eso, hoy, es suficiente.

—Mamá estaría contenta —dice de pronto, sin mirar a nadie—. De seguir viendo que volvéis cada año.

Es como si hubiera lanzado una bomba de humo. La mención a mi madre llena el aire de cosas que no sabemos nombrar.

Alana aprieta los labios. Yo trago.

—Era su idea —respondo al fin—. Nosotras solo seguimos el manual.

Él asiente. Sus ojos se humedecen un segundo, pero parpadea fuerte y lo despeja a base de orgullo.

—Yo no era muy bueno con los manuales —admite.

Podríamos lanzarnos a la yugular. Podríamos enumerar hospital tras hospital, borrachera tras bronca, ausencia tras ausencia. No lo hacemos. No esta noche. La Navidad siempre fue guerra de trincheras en nuestra casa; hoy es un alto el fuego extraño.

Dillon cambia de tema con la delicadeza de un cirujano.

—¿Has visto el partido, Pat? —pregunta—. Lauren se ha merendado a medio equipo dorado.

—He visto que la han cazado bien —dice él, haciendo que mi rostro se arrugue por el golpe verbal—. Y que ha vuelto a levantarse. Como siempre.

Eso me deja sin palabras.

Jon se mueve a mi lado, apenas un centímetro. No dice nada, pero siento su presencia como un apoyo silencioso, una barra en la que puedes descansar el peso sin que se note.

La nieve golpea los cristales más fuerte. Yo miro a mi padre. Él mira su plato. Jon nos mira a todos como si acabara de entrar en un lugar al que no sabía que quería pertenecer.

—Feliz Navidad —susurra, y a mí el nudo en la garganta se me deshace un poquito.

JON

La nieve no cae como una postal. No es estética ni amable. Cae con una determinación incómoda, horizontal, como si la ciudad estuviera siendo borrada a propósito, línea a línea, calle a calle. Me doy cuenta de que nos va a costar movernos cuando Dillon abre la puerta apenas unos centímetros y el viento blanco entra como una bofetada directa, helada y sin matices, obligándolo a cerrarla de golpe.

—Ni de broma —dice, ya sin humor—. Esto parece una película sobre el fin del mundo.

No lo discute nadie. Ni siquiera Lauren, que sigue sentada con la pierna ligeramente adelantada, en esa postura engañosa que conozco demasiado bien: no es descanso, es contención. El cuerpo todavía obedece, pero empieza a negociar. Y cuando un cuerpo empieza a negociar, ya va tarde.

Pat está de pie a un lado, con las manos juntas frente al cuerpo, ocupando el mínimo espacio posible, como si temiera que alguien se diera cuenta de que está ahí. No invade, no propone, no estorba. Su presencia es la de alguien que todavía no sabe si tiene permiso para quedarse.

Me resulta imposible no verlo, quizá porque llevo media vida dominando ese mismo arte: estar sin molestar.

La responsable del albergue le tiende una bolsa a Alana con táperes hasta arriba con sobras del delicioso guiso de pollo y reparte abrazos de agradecimiento entre todos.

Es entonces cuando Dillon decide por todos.

—Os venís a casa.

No lo plantea como una opción ni como una invitación educada. Lo dice como se dicen las cosas que no se discuten. Lauren levanta la cabeza, lenta.

—Dillon...

—No —la corta él, sin aspereza, pero sin huecos—. No empieces. Tú no caminas con esa rodilla y tu padre tampoco va a ponerse a deambular con esta nevada hasta Dagenham.

Pat carraspea, incómodo, y hace un intento torpe de intervenir.

—Yo puedo quedarme aquí… ayudar a recoger… no hace falta que…

Alana lo mira. No hay dureza en sus ojos, pero sí una firmeza aprendida a base de años en los que nadie más tomó decisiones difíciles.

—No —dice—. Hoy no. Hoy te vienes a casa, papá.

Debería retirarme elegantemente de la escena. Decir que buscaré un hotel, que no quiero molestar, que estoy acostumbrado a arreglármelas solo. Es lo que hago siempre: desaparecer cuando la situación empieza a parecerse demasiado a algo que importa.

Pero no lo hago.

No lo hago porque veo a Lauren intentar levantarse por pura inercia, fallar durante una fracción de segundo y recomponerse como si nadie lo hubiera notado. No lo hago porque Pat tarda demasiado en ponerse recto, apoyándose en la silla con un cansancio que no es solo físico. No lo hago porque sé leer cuerpos y sé cuándo la noche ha ganado ya demasiadas batallas.

—Me parece bien —digo al final—. Si no os importa.

No hay drama en la frase. Solo aceptación. Dillon sonríe, satisfecho, como si hubiera esperado esa respuesta desde el principio.

—Bienvenido al pack completo de navidad con las Mitchell, *míster*.

Alana asiente una vez. Lauren me mira de reojo. No sonríe ni da las gracias, pero su postura cambia apenas, lo justo para que yo lo note. El cuerpo acepta la decisión antes que la cabeza.

Dillon va a buscar el coche mientras recogemos lo último que queda. Platos limpios que se apilan, manos que se afanan por terminar una jornada agotadora, un lugar que vuelve a quedarse vacío después de haber servido de faro durante unas horas para tanta gente, puede que incluso para mí. Lauren vuelve a moverse en la silla, incómoda.

—Voy a ayudar…

Apoyo la mano en el respaldo, sin mirarla directamente.

—Te quedas donde estás.

—Jon…

—Te quedas donde estás —repito.

No elevo la voz ni adopto un tono profesional. Simplemente no cedo. Resopla, molesta, pero se queda sentada. En ella, eso ya es una concesión importante.

Alana ayuda a Pat a ponerse el abrigo. El gesto es lento, casi ceremonioso, como si ambos recordaran haberlo hecho muchas veces antes. Ella le sube la cremallera con cuidado, ajusta el cuello, le coloca el gorro. Él se deja hacer sin protestar. Hay escenas que no necesitan palabras, y esta no es mía. Miro a otro lado.

Dillon vuelve del exterior con la cara salpicada de nieve.

—El coche estaba medio enterrado, pero arranca. Es ahora o nos quedamos aquí a dormir.

Salimos. El frío muerde sin pedir permiso. La nieve cruje bajo los pies y amortigua el sonido de todo lo demás. Lauren se apoya en mi brazo sin ceremonias, como si fuera el gesto más lógico del mundo. Ajusto el paso sin comentarlo. No es romanticismo. Es pura logística.

Pat camina detrás, más despacio. Alana no se separa de él. Nadie habla. No hace falta.

El coche espera con las luces encendidas, una promesa absurda en mitad del blanco. Subimos como podemos. Lauren delante. Pat detrás. Alana cierra. Dillon arranca con una suavidad sorprendente.

Dentro, el silencio no pesa. Se estira. Miro por la ventana y me doy cuenta de que Londres ha desaparecido. No hay ciudad, ni

estadios, ni focos. Solo calles borradas y una sensación extraña de estar fuera del tiempo.

Pienso en el vuelo que no he cogido. En mi madre llamando. En la frase repetida año tras año: *otra vez no vienes*. Y, por primera vez, no siento culpa. Solo una calma rara, casi sospechosa.

Me dejo caer contra el respaldo y permito que el cansancio me alcance. No el físico. El otro. El que llevo años manteniendo a raya con trabajo, viajes y ruido constante.

No sé el tiempo que pasamos para recorrer los novecientos metros que separan el albergue de la casa de Dillon y Alana, puede que la eternidad blanca nos haya engullido, puede que se haya suspendido incluso el tiempo entre copos blancos, silencio y la idea inequívoca de que el silencio se ha comido a Londres de un solo bocado.

Cuando llegamos, la nieve arrecia, la tormenta está en su máximo apogeo. Ayudo a Lauren a bajar del coche, la dejo apoyarse en mí mientras Dillon hace lo propio con Pat y Alana se hace cargo de las bolsas y las llaves para abrir la puerta.

Cuando entran todos, Lauren me retiene un segundo, parándonos bajo la tormenta de nieve, y rompe el silencio sin mirarme.

—No tenías por qué quedarte.

No lo dice como reproche ni como agradecimiento. Es una constatación. Su tono es apenas un susurro y me desarma. Contengo un escalofrío que me recorre entero.

—No me he quedado —respondo—. He decidido no irme.

No sé qué va a pasar mañana. No sé qué va a pasar con el equipo ni con ella. Pero sé que, cuando pode haberme marchado sin consecuencias, no lo hice.

Y no porque fuera lo correcto, ni lo valiente, ni lo noble, sino porque, por primera vez en mucho tiempo, la idea de quedarme no me pareció una renuncia.

Y eso, me guste o no, cambia el mapa entero.

CAPÍTULO 17
LAUREN

La nieve todavía pega con ganas cuando entramos en el edificio y por fin parece que la tormenta ha dejado de amenazar con engullirnos.

—Arriba —dice Dillon desde las escaleras—. Solo son dos pisos.

En el portal huele a calefacción vieja y a árboles de Navidad de otros. Subimos despacio: Alana cargando con bolsas, Dillon casi cargando con Pat, Jon detrás de mí por si me resbalo. Siento su presencia a mi espalda como un radiador de lujo.

Pat resopla delante de mí, reconsiderando una vez más su presencia aquí.

—Yo me vuelvo a casa —gruñe, con ese tono suyo de orgullo barato—. No voy a ocuparle la cama a nadie.

El mal humor del viejo Pat le sale casi sin querer, algo que me devuelve a Navidades pasadas y a escenarios agridulces donde aún había nostalgia, esperanza y también mucha incertidumbre.

Ya no es el ogro implacable que imponía las reglas y los silencios en nuestra casa de niños. Ahora es un ser menguado, se le ve reventado y pequeño. Demasiado delgado. Demasiado pálido. Como si su cuerpo hubiese decidido irse despidiendo en silencio.

—Ni hablar —salta Alana desde delante, girándose hacia él—. No vas a dormir solo en tu piso con la que está cayendo. Mañana te llevamos. Hoy te quedas con nosotros.

—Que no, he dicho.

—Que sí —replica ella, con ese tono que usaba conmigo cuando yo tenía diez años y quería ir al entrenamiento con fiebre.

Jon no dice nada. Solo sigue a mi lado, vigilando mi paso escalón tras escalón, como si diera por hecho que la orden de Alana es ley. Yo lo sigo, la rodilla protestando un poco con el cambio de temperatura.

El piso de mi hermana y Dillon es pequeño pero cálido. Luces amarillas, un sofá grande, fotos por las paredes: ellos dos en mil versiones diferentes, mi madre en un marco discreto, mi hermana conmigo en el jardín del hospital, Pat en una de esas pocas épocas en las que parecía un poco más padre que dragón o fantasma.

—Vale —dice Dillon, frotándose las manos—. Logística de guerra.

Señala con la barbilla el pequeño pasillo.

—Nuestra habitación es la de siempre —explica—. La otra tiene cama de matrimonio. El sofá se hace cama también. No es el Ritz, pero aguanta.

Pat se adelanta.

—El sofá es mío. No pienso discutirlo.

—Papá… —empieza Alana.

—He dicho que el sofá es mío —repite, más fuerte—. Bastante os he dado la noche.

No es el momento de desmontarle ese relato novelesco en el que molesta de repente, cuando lo único que ha hecho ha sido existir en nuestra periferia durante años. Alana hace ese gesto de apretar los labios. Suele significar muchas cosas, sobre todo, que va a contenerse para no acabar gritando y discutiendo con Pat.

—Vale —cede, al final—. El sofá para ti.

Y entonces se da cuenta del resto de la ecuación. Sus ojos saltan de mí a Jon, de Jon a la puerta de la segunda habitación.

—¿Y vosotros?

Se hace un silencio corto. Dillon parpadea como si estuviera viendo el dibujo por primera vez.

—Pues… —dice, demasiado alegre—. Vosotros tenéis la cama de matrimonio, ¿no?

Yo noto cómo se me sube el calor al cuello. Jon carraspea.

—Puedo dormir en el suelo —propone—. O en el coche.

—Ni de coña vas a dormir en el coche con esta nevada —corta Alana—. Lauren, deja de poner cara de que vas a quemar la casa por esto. Es una cama. No es una boda.

—Podemos hacer turnos —intento—. Uno se queda despierto vigilando la nieve, el otro duerme…

Dillon se ríe.

—Lleváis meses entrenando juntos a las cinco de la mañana y os está dando pudor compartir colchón. Madre mía, qué intensitos sois los del fútbol.

—Díselo a tu mujer —mascullo.

Alana me lanza una mirada afilada que en realidad es cariño con disfraz de amenaza.

—Mañana os llevaré chocolate caliente a la cama —dice, teatral—. A los dos. Fin del debate.

Está decidido. Igual que siempre estuvo decidido que Alana era la que mandaba en nuestra casa de niñas, aunque Pat estuviera físicamente presente.

Jon me mira de reojo. Yo hago lo único decente que se me ocurre:

—No ronco —miento.

Él asiente, muy serio.

—Yo tampoco —miente mejor.

Me voy corriendo a la ducha para no tener que procesar nada de todo esto.

El agua se lleva parte del agotamiento acumulado por un día intenso y lleno de momentos para procesar y analizar. Me visto con una camiseta enorme de mi hermana colgándome hasta medio muslo y unos pantalones de algodón prestados que me quedan fatal. Los calcetines gordos son la única dignidad que me queda.

Me miro un segundo en el espejo empañado. Pelo recogido en un moño raro, cara sin maquillaje, ropa prestada y poco favorecedora. Si no fuera yo, probablemente haría un comentario sarcástico sobre esta pinta.

Cuando abro la puerta del dormitorio, Jon ya está dentro.

Se ha puesto una camiseta vieja de Dillon, a él también le cae un poco grande porque la corpulencia de Dillon está lejos de parecerse a la suya, y unos pantalones de chándal. Está descalzo, sentado al borde de la cama, mirando por la ventana el cielo blanco. La luz del pasillo le dibuja el perfil: mandíbula, cuello, las manos enlazadas.

Le oigo tragar saliva. O igual soy yo.

—Te prometo que no soy de los que acaparan el edredón —dice, sin girarse—. Lo he meditado mucho y creo que puedo respetar la línea del medio.

—Habrá que pintarla —respondo, intentando sonar ligera—. No quiero invasiones territoriales.

Se vuelve entonces. Y se queda callado un segundo.

—Te queda bien la ropa prestada —suelta.

Mi cerebro se reinicia.

—Es una camiseta —consigo decir—. No había mucho donde elegir.

Él sonríe, un punto cansado, un punto… tierno. Odio esa palabra y, sin embargo, es lo que hay.

Me meto en la cama del lado que está más cerca de la puerta, como si eso sirviera de escapatoria. Tengo la rodilla apoyada en una almohada, por indicación suya, y el hielo ya ha hecho su trabajo: duele menos, aunque late. Jon apaga la luz principal y deja solo la lámpara de la mesilla: una luz cálida, suave, de piso pequeño y vida contenida.

Durante unos segundos no pasa nada. Solo se oye el radiador, la nieve contra la ventana y el murmullo lejano de la tele del salón donde Pat la ha puesto bajito para no molestar.

—¿Te duele mucho? —pregunta Jon, aún mirando al techo.

—Podría ser peor —respondo—. Podría ser rodilla, tobillo y orgullo a la vez.

—El orgullo lo tienes intacto, desde luego.

—Menos mal —murmuro—. Es lo único que me mantiene de pie.

Silencio, de esos que no pesan y dicen muchas cosas.

—Cuando tenía tu edad —empieza de pronto—, mi Navidad favorita era correr al puerto.

Lo miro, de lado.

—¿Al puerto?

—Mi padre era pescador —explica—. Se pasaba meses en alta mar. Cuando yo era niño, Navidad no era el veinticuatro. Navidad era el día que el barco atracaba en Bermeo y él bajaba por la pasarela con la barba llena de sal y las manos rotas. Ese día nos íbamos a San Mamés. Aunque fuera enero, o abril. Pero para mí era Navidad.

Le escucho en silencio. Su voz se ha vuelto más grave, más baja. La de los días que no es entrenador, ni ogro, ni estratega: solo un tipo de pueblo que echa de menos cosas que ya no existen.

—Te imaginaba más de… no sé, cenas en restaurantes con estrellas Michelin y trajes caros —confieso.

—También —admite—. Luego vinieron los restaurantes y los trajes. Y las noches en hoteles de concentración. Y las Navidades en aeropuertos, en ruedas de prensa, en habitaciones donde lo único que se oía era el aire acondicionado.

Gira la cabeza hacia mí.

—Y de pronto estoy aquí. En una cama prestada, con calcetines de abuela y olor a sopa de albergue en la ropa. Y me siento más… —busca la palabra— real que en muchos años.

Hay algo en su mirada que me hace bajar la mía. Como si sostenerle ese nivel de sinceridad fuera un ejercicio físico.

—¿Y tu lesión? —pregunto—. Nunca me has contado qué pasó.

—Fue como la tuya, pero versión ligera —dice—. Tendón maltrecho, cartílago cabreado, médicos diciéndome que podría volver, pero que me lo tendría que currar. Y yo… no sé si fue ahí donde empecé a descubrir cosas que no sabía ni que podían ser una opción. La mayoría de los días me aburría tanto que me quedaba quieto junto al entrenador. Y comencé a analizar, a corregir. Resultó que era mejor moviendo a otros que moviéndome yo.

—Y te cargaste a media Europa —resumo.

—Y me cargué a media Europa —confirma, con una sonrisa sin orgullo—. Y un día me di cuenta de que lo había ganado todo… y me había quedado solo en una casa enorme donde me regodeaba en la sensación de ser la peor persona del mundo.

Lo miro sin poder creerme que él tenga esa percepción de sí mismo. La arruga que se acentúa en su frente me confirma que es algo que tiene asumido como una verdad incuestionable.

—No creo que seas mala persona —digo, casi en su susurro, girando todo mi cuerpo hacia él.

Él se queda quieto. Completamente quieto.

—No me conoces tanto —responde, suave.

—Te conozco lo suficiente como para saber que un cabrón no se deja la piel por un equipo que todos daban por muerto —replico—. Ni vende su Nochebuena por cortar patatas en un albergue. Ni me levanta a las cinco de la mañana para que deje de tenerle miedo a mi propio cuerpo.

Eso último me sale más roto de lo que pretendía. Demasiado de verdad.

Jon también se gira hacia mí, apoyándose de medio lado sobre el codo. La camiseta de Dillon se le ajusta al pecho, el pelo se le ha despeinado un poco. Está cerca. Más de lo que lo ha estado nunca sin balón de por medio.

—Lauren —dice, y mi nombre en su boca es otra cosa. Otra textura—. Si sigues hablando así, voy a hacer algo muy poco profesional.

Mi corazón hace una chilena dentro del pecho.

—Siempre puedes mandarme dar diez vueltas al pasillo para compensar —intento bromear.

Pero su mano ya está buscando la mía encima del edredón. La encuentra. La cubre. Sus dedos están calientes y son firmes. No aprietan, solo… existen encima de los míos. Y yo, que soy toda reacción y sarcasmo, no hago nada. No retiro la mano. No hago chistes. No huyo.

Solo respiro.

Él se inclina un poco más. Puedo contarle las pestañas. Puedo ver el hilo de una cicatriz mínima en su ceja derecha. Puedo notar el calor que desprende su cuerpo a través de la camiseta.

—Dime que pare —susurra, a medio camino—. O no digas nada.

No digo nada.

Nuestros labios se encuentran despacio, casi con timidez, como si los dos tuviéramos miedo de romper algo invisible. El primer beso es un toque, un saludo, algo que podría definir el cambio de lo que somos ahora. El segundo ya no. El segundo tiene hambre. Tiene meses de tensión, de pullas, de madrugadas compartidas, de miradas que se escapaban y volvían.

Su mano suelta la mía y busca mi cintura, la tela blanda de la camiseta. Me acerco sin pensar, pegando mi cuerpo al suyo, sintiendo cómo el colchón cede bajo los dos. Se tumba sobre mí despacio, sin dejar de besarme, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Su rodilla se coloca con cuidado entre las mías, lejos de la que lleva la rodillera; hasta en esto piensa.

Mis dedos se enredan en el cuello de su camiseta, tiro de él. La tela me roza la piel del vientre cuando su mano se cuela un poco más arriba, rozando el borde de mis pantalones prestados. El borde de mi realidad. No hay prisa, no hay torpeza; solo una especie de vértigo cálido que no sabía que podía sentir otra vez.

Pienso, con una lucidez absurda, que podría quedarme aquí para siempre: en esta cama que no es la mía, en esta casa pequeña, en esta noche que huele a sopa y a nieve, con la boca de Jon Alkiza sobre la mía y sus dedos dibujando promesas en mi cintura.

Se acerca más, si es que eso es humanamente posible. Su aliento en mi piel despierta todas mis terminaciones nerviosas y su mano sobre mi vientre, bajando en busca de algo que necesito que encuentre, recorre senderos que llevan años olvidados.

Nos enredamos bajo las sábanas, buscando el calor corporal del otro. Meto mis manos bajo su camiseta, acariciando la piel suave de su espalda, sintiendo que ese lugar es uno de esos sitios en los que quedarse amarrada.

Parece que no hay vuelta atrás, y mi corazón late con un desenfreno superior al de cualquier otro momento. Nadie podría haber previsto este final para el día de hoy, pero juro que no quiero estar en ningún otro lugar mientras siento sus manos en mi cuerpo y su boca jugando a volverme loca.

Y justo entonces, se oye.

Un ruido seco. Luego otro. Luego el inconfundible sonido de alguien vomitando en el baño del pasillo.

Los dos nos quedamos congelados.

—Mierda… —susurro.

Jon apoya la frente en la almohada, junto a la mía, respirando fuerte.

—Creo que al universo no le ha hecho nada de gracia que hagamos esto —murmura, sin humor.

Me entra la risa y las ganas de llorar al mismo tiempo. Siento el elástico de la camiseta a mitad del costado, sus dedos todavía en mi piel, el corazón desbocado… y el recuerdo de Pat, demacrado, tragando más cena de la que su cuerpo podría aguantar después de quién sabe cuánto mal comiendo.

—Tengo que ir a ver —digo, intentando incorporarme.

Jon se aparta en seguida, como si le hubieran desenchufado. Me ayuda a sentarme con cuidado de la rodilla, me baja la camiseta sin mirarme demasiado, se pasa la mano por la cara. Vuelve a ser entrenador, adulto, a tener el control.

—Yo voy primero —dice, levantándose—. Si es solo que le ha sentado mal, te ahorras la escena. Si es algo más… te aviso.

—No —lo detengo y señalo la prueba evidente de que no estábamos intentando conciliar el sueño precisamente—. Si quieres ahorrarte preguntas incómodas de Alana, será mejor que vaya yo. Aunque no sea nada, pero sobre todo por si es algo.

Asiente y yo me incorporo de la cama, tragándome la decepción como si también fuese sopa caliente. Abro la puerta, salgo al pasillo en calcetines, la luz se cuela un segundo en la habitación y luego la dejo atrás.

Doy pasos pequeños, como queriendo no volver a la realidad, con el eco del beso en la boca, el cuerpo todavía encendido y el techo de la casa de Alana mirándome como si supiera demasiado.

Y pienso que claro, por supuesto.

Ni siquiera cuando la vida te da un momento perfecto, te deja quedarte en él sin recordarte de dónde vienes.

Sin recordarte quién sigue vomitando al otro lado de la pared.

JON

No hay manera elegante de disimular lo que acaba de pasar en esa cama. Ni lo que no ha llegado a pasar.

Cuando escuché arcadas al otro lado del pasillo, mi cerebro hizo un cortocircuito brutal: primero instinto, luego culpa, luego un fogonazo de puro deseo que no tuvo tiempo de convertirse en nada porque Lauren había saltado de la cama en cuanto escuchó a su padre. Yo tardé medio segundo más. Solo medio. Lo suficiente como para que se me quedara grabado el hueco caliente que dejó su cuerpo al apartarse del mío.

Y ahí está la trampa: no debería haber estado tan cerca como para notar nada de eso.

Lo sé. Ella también lo sabe. No hemos pronunciado una palabra desde que ayudamos a Alana a llevar al viejo Mitchell al baño para que se lavara la cara y sacara el vómito con lo que quedaba de dignidad en el cuerpo. Dillon está buscando una camiseta vieja para él y Lauren está de pie frente al espejo del pasillo con los brazos cruzados, como si necesitara sostenerse en vertical por pura fuerza de voluntad.

Yo me inclino contra el marco de la puerta. No sé qué cara tengo, pero sé cómo me siento: demasiado consciente.

Del olor de su piel en mi camiseta.

De sus dedos agarrándome el antebrazo para impulsarse.

De su respiración caliente en mi mandíbula cuando casi todo había llegado a ese punto de no retorno que solo la realidad más

hija de puta puede robarte.

La puerta se abre. Dillon pasa de largo con una toalla, Alana trae un cubo y unas balletas. La logística del desastre es eficiente; se nota que no es la primera vez que gestionan uno.

Cuando el baño queda finalmente en calma, Pat sale con la camiseta limpia, calzoncillos heredados y una palidez que asusta incluso a la nieve. Se apoya en el marco y fuerza una sonrisa que es más hueso que carne.

—Estoy bien. Solo ha sido… la cena.

Mentira. Ha sido la cena porque antes no hubo muchas otras cenas.

Lauren aprieta los labios. Yo no sé hablar con él —no sé cuál es la distancia prudente— pero Dillon sí.

—Vamos a llevarte al sofá, Pat.

—No necesito… —empieza él.

Alana lo corta con un gesto. Ni siquiera con palabras.

El hombre obedece. El cuerpo le tiembla mientras cruza el salón para tumbarse. Lauren le cubre con una manta fina. Yo me quedo quieto y callado porque siento que cualquier gesto mío puede ser interpretado como intruso. Hay códigos en estas familias rotas que no se aprenden mirando, solo naciendo dentro de ellas.

Cuando todo parece estabilizado, Dillon recoge vasos, Alana se mete en la cocina a por una bolsa para el cubo de la basura del baño y Lauren se queda plantada en mitad del salón mirando la ventana.

Nieve. Mucha. Tan tranquila que jode.

Me acerco un poco, lo suficiente para que me escuche sin obligarla a mirarme.

—No es culpa tuya.

Lauren no se mueve.

—Nadie ha dicho que lo sea.

—Lo sé. Pero se te nota en la espalda.

Ella exhala por la nariz. No ríe, pero algo se afloja.

—Ha tenido meses para joderse solo. No necesita mi ayuda.

Me sorprende el filo de su voz. Es casi humor negro, pero sin escapatoria.

Me apoyo en la pared.

—Y aún así has corrido.

—Es mi padre —murmura ella.

Una explicación y una derrota en una sola frase.

No respondo. Hay cosas que no requieren comentario.

Dillon da por finalizado el zafarrancho de combate y mira por la ventana.

—Está cayendo la de Dios.

Luego me mira a mí.

—No te vas a ir a tu casa conduciendo con esta mierda.

Me asombra la manera en la que me ha leído el pensamiento. No he verbalizado que quiero irme, pero siento que les debo un poco de intimidad para lidiar con sus demonios familiares. Además, lo que ha pasado en esa habitación entre Lauren y yo hace media hora no es algo que pueda pasarse por alto.

—Puedo coger un taxi.

—¿Y qué culpa tiene el taxista?

Lauren interviene, sin girarse:

—No te vas. Punto.

Su tono no deja margen. Ni debatirlo ni suavizarlo. Simplemente ordena, como en el campo cuando lee una transición y manda a la central adelantar la línea.

Dillon apoya su idea y empiezo a temer que no haya una escapatoria tan fácil.

—Es tarde, *míster*. Y es peligroso salir. Aquí tienes un sitio seguro y una cama. No es mucho, pero hoy creo que eso vale oro.

Silencio.

No sé si el golpe está en la palabra peligroso o en la ausencia de cualquier alternativa lógica.

Lauren no protesta. Tampoco se ruboriza. Simplemente asiente como si estuviera aceptando un marcaje defensivo complicado pero

inevitable.

Yo asiento también. No por comodidad. Por realidad.

La cocina se llena de ruido de platos y agua tibia. Lauren se sienta un momento en la silla del comedor, estira la rodilla con cuidado. Noto la punzada cuando cambia el ángulo.

Me acerco.

—¿Dolor?

Ella se ríe, bajito.

—Me has visto entrenar. ¿Tú qué crees?

—Que estás fingiendo mejor de lo que deberías.

—Eso siempre.

Me inclino sin tocarla.

—No hace falta que finjas conmigo.

No sé por qué digo eso. Lo sé en el mismo segundo en el que lo digo: porque en esa cama, antes de la interrupción, no estaba fingiendo. Y los dos lo sabemos.

Lauren se humedece los labios. No dice ni una palabra, pero el aire cambia. Algo cede. Algo cede en mí también. Y lo odio un poco

Cuando Pat se duerme de verdad —un ronquido áspero, desordenado— Lauren lo mira largo rato, como quien observa un fantasma que no decide si está muerto o solo escondido.

Alana recoge el último vaso. Dillon apaga las luces.

—Buenas noches —dice ella.

Yo repito el gesto. Lauren no añade nada. No hace falta.

El dormitorio huele a detergente y a algo tenue que supongo que es ella. Lauren se sienta en el filo de la cama, estira la rodilla y se masajea un punto que reconozco de mis años de lesiones mal vendadas.

Me quedo en la puerta, contemplando una cama que no es mía y a una mujer a la que no debería desear como la deseo.

Pienso que debería dormir en el suelo y que no debería volver a pasar lo que casi pasa en esa cama. Pero también pienso que no sé desde cuándo estoy dentro de esto.

No lo digo en alto, claro que no. En lugar de eso, me acerco a la cama y le coloco la pierna para que esté a gusto.

—No deberías hacer tanto movimiento con la rodilla, ni seguir despierta a estas horas.

Lauren levanta la vista hacia mí. No sonríe. Pero tampoco huye. Se acomoda despacio, como si aceptara instrucciones tácticas en un partido que nunca entrenamos.

Me meto bajo las mantas. No nos tocamos ni un centímetro de piel. No hace falta para que el aire se convierta en algo tenso y consciente, incluso en la oscuridad.

Lauren permanece rígida a mi lado, mirando la pared como si tuviera que negociar con ella. Luego desliza las piernas bajo la manta y se tumba de lado, espalda hacia mí, rodilla estirada, respiración demasiado silenciosa para que sea sueño.

Pasan treinta segundos. Tal vez cuarenta. Hasta que la escucho.

—Jon.

No es un susurro tímido. Es más bajo que eso. Más desnudo. Más… verdadero.

—¿Sí?

No se gira.

—¿Puedes…? —hace una pausa que parece un año entero— ¿Puedes abrazarme?

No lo esperaba. En absoluto. Se me enciende el cerebro en todos los sentidos posibles —los correctos, los equivocados y los que no tienen nombre— pero mi cuerpo no duda. Me muevo despacio, casi con reverencia, sin invadir, sin precipitarme. Solo acerco el pecho a su espalda y le rodeo la cintura con un brazo.

Y ahí lo noto: está temblando.

No de frío. No de excitación. Sino del tipo de temblor que se queda atrapado en un cuerpo que ha pasado demasiados años en alerta y, de repente, no sabe qué hacer con la calma.

Apoya la frente en mi antebrazo. Exhala. En ese gesto hay rendición y hay un pacto antiguo que no sé si ella recuerda haber firmado.

Yo no digo nada. Solo sostengo. Me aprendo el peso exacto de su espalda, la respiración que se va regulando contra mi clavícula, el modo en que su rodilla se acomoda sin pedir permiso como si, por fin, hubiera encontrado terreno firme.

Pasan minutos. No sé cuántos. No me importa.

Y entonces lo suelta, apenas audible, como quien entrega algo que le pesa:

—Gracias por no irte.

Cierro los ojos. Y pienso una frase que no se me ocurriría decir en voz alta ni aunque me estuvieran apuntando con una pistola:

No me he ido. No sé cuándo decidí no irme.

CAPÍTULO 18
JON

No me he ido.

No sé cuándo decidí no irme.

Solo sé que cuando abro los ojos es Navidad, y tengo a Lauren Mitchell pegada al pecho, respirando contra mi camiseta como si yo fuera un puto salvavidas.

El cuarto está medio a oscuras, apenas una franja de luz azulada colándose entre las cortinas. La calefacción hace lo que puede, pero la ventana tiene un mal aislamiento y el cristal está empañado. Desde la calle llega ese silencio raro de la ciudad cuando nieva: menos coches, menos ruido, todo amortiguado.

Miro hacia abajo. Lauren duerme de medio lado, la cara medio escondida contra mi cuello, una mano abierta sobre mi pecho. Me huele a champú de flores, a cocina de albergue y a algo que ya identifico como *Lauren*: calor, piel, desorden.

Tengo el brazo agarrotado por rodearla toda la noche, pero no me atrevo a moverme. Si ella suelta, lo haré yo. Y ahora mismo el único sitio donde no me siento como un fraude es aquí, con ella encima.

La rodilla.

Automáticamente bajo la mirada hasta la pierna. La tiene doblada, apoyada sobre mi muslo. El vendaje elástico que le puso el médico en el *Christmas* asoma bajo el pijama. Me acuerdo de cómo le costó subir las escaleras anoche. De cómo fingió que no era nada. De cómo me miró como si yo fuera a poder arreglarlo todo.

No puedo.

Pero joder, me gustaría.

Se oye un golpecito suave en la puerta.

—¿Chicos? —la voz de Alana, en susurro—. ¿Estáis despiertos?

Lauren se remueve, pero no llega a despertar del todo. Yo intento hablar sin mover ni un músculo.

—Sí.

—Tengo café. Y noticias del hombre de tu vida —dice ella, bajito.

Tardo un segundo en entender que se refiere a su padre. Me despego lo justo de Lauren para no aplastarla y ella abre los ojos despacio, desorientada. Cuando se da cuenta de dónde está, de cómo está, me mira un segundo. Hay un destello raro: vergüenza, alivio, miedo… todo junto.

—Buenos días —susurro.

—Feliz Navidad —responde, con la voz ronca de sueño.

La puerta se abre un poco y asoma Alana con dos tazas de café de verdad, no del instantáneo. Nos mira, mira la cama, ve el abrazo. No dice nada. Sólo deja las tazas en la mesilla.

—Papá sigue en el sofá, medio KO —informa—. Dillon le ha dado suero y está controlando la temperatura. Parece más resaca que otra cosa. Vosotros preparaos y, cuando podáis, salid para la clínica para la resonancia. No va a ser fácil llegar a los sitios hoy. ¿Qué tal estás, pajarito?

Lauren intenta incorporarse demasiado rápido y suelta un quejido.

—Estoy bien —miente por costumbre— Tampoco tiene por qué ser hoy lo de la prueba.

—No estás bien —dice Alana—. Y aunque lo estuvieras, vas igual. No quiero ni oír hablar de que te escaqueas.

Me mira a mí.

—¿Puedes acompañarla?

—Claro —respondo, antes de que Lauren abra la boca.

Ella me fulmina con la mirada, pero no demasiado convencida.

—Es Navidad —protesta, flojo.

—Precisamente por eso —dice Alana—. Regalo de Navidad: saber qué coño pasa con tu rodilla.
Venga. Son las ocho y cuarto, desayunamos y os vais cuanto antes.

Cuando termina de dar órdenes, nos deja solos, cerrando con suavidad tras de sí. El silencio vuelve, pero ya no es el mismo. Lauren suspira y se deja caer de espaldas en la almohada. Se tapa los ojos con el antebrazo.

—Odio las resonancias —murmura.

—Lo que odias son las lesiones —respondo.

—Claro, dime una persona que no las odie.

Gira la cabeza hacia mí y nos quedamos mirándonos, ridículos, despeinados, en la cama de otra gente en Navidad. Y sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, siento algo parecido a… pertenecer.

Me trago la palabra. No estoy listo para eso.

—Te llevo al hospital —repito—. Y luego vemos lo que hacemos, vemos una peli, discutimos sobre fútbol navideño, lo que quieras. Pero hoy averiguamos qué pasa con esa rodilla, Mitchell.

Ella se ríe, bajito.

—Cabrón.

—Profesional —corrijo—. Muy profesional.

Por dentro, lo que estoy es aterrorizado.

Si algo va mal de verdad, no sé cómo voy a sostenerla.

Ni cómo voy a sostenerme yo.

LAUREN

La sala de espera de radiología es el lugar menos navideño del planeta.

Luces blancas, olor a desinfectante, sillas azules atornilladas al suelo y un hilo musical cutre que ha decidido torturarnos con un villancico versión jazz. Fuera, la nieve sigue cayendo. Dentro, el aire está cargado de silencio inquieto y revistas viejas.

Tengo la pierna estirada, la rodilla vendada y un papel en la mano con mi nombre, mi fecha de nacimiento y la palabra que más rabia me da ver asociada a mí: *control*.

Jon está sentado a mi lado, quizá más inquieto que yo. Lleva los pantalones del traje con el que ayer dirigió el partido benéfico, la camisa remangada y el abrigo sin abotonar. Podría parecer un tipo cualquiera esperando una prueba cualquiera. Pero sus manos dicen otra cosa: los dedos entrelazados, los nudillos blancos, el pulgar golpeando sin parar el anillo invisible que no lleva.

—Respira —dice, sin mirarme.

—Respira tú —gruño—. Yo ya estoy respirando.

—Respira mejor.

Le lanzo una mirada de reojo.

—¿Desde cuándo haces de entrenador respiratorio?

—Desde que tengo una jugadora a la que le da pánico hacerse una resonancia —replica.

Intento reírme. No me sale del todo.

Después de eso, hay un silencio raro entre nosotros, más denso que incómodo. De esos que no se llenan con palabras porque lo que pesa no es lo que falta decir, sino lo que ya se ha dicho sin hablar.

Jon mira sus manos como si no acabara de reconocérselas. Yo fijo la vista en el suelo brillante, en una mancha oscura que alguien no terminó de limpiar, evitando mirarlo directamente porque sé que, si lo hago, voy a pensar en su boca demasiado cerca de la mía la noche anterior.

—Sobre anoche… —empieza, y se queda ahí.

Levanto la cabeza despacio. No lo interrumpo. Tampoco lo animo.

—No sé muy bien qué hacer con eso —continúa—. No quiero fingir que no pasó. Pero tampoco quiero… —se detiene, incómodo—. Complicarte nada más.

Hay algo casi torpe en su forma de decirlo que me desarma más que cualquier seguridad.

—Pasó —respondo—. Eso está claro.

No añado nada más. No hace falta. Los dos sabemos a qué me refiero: los besos, la cercanía, la facilidad peligrosa con la que todo encajó durante unos minutos.

—Y no fue solo por el cansancio —añade él, mirándome al fin—. Ni por el susto. Ni por la noche.

No es una pregunta. Es una constatación.

—No —admito—. No lo fue.

El silencio vuelve a asentarse entre nosotros, más pesado ahora, como si hubiera cambiado de densidad.

—Tampoco es sencillo —digo después—. Tú eres mi entrenador. Yo soy tu jugadora. No es… cualquier cosa.

Jon asiente despacio.

—Lo sé. Y precisamente por eso no quiero hacer como si no importara. Pero tampoco quiero decidir algo aquí, en una sala de espera, con tu rodilla sin diagnóstico claro y la cabeza hecha un lío.

Suelto el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Gracias —murmuro—. Por no empujarme a una respuesta.

—No creo que ninguno de los dos estemos en condiciones de darla ahora mismo —dice.

Me sorprende que se incluya a sí mismo en la frase. Me tranquiliza más de lo que debería.

—Lo que sí sé —añade, bajando un poco la voz— es que no me arrepiento de haberme acercado. Aunque no sepamos qué hacer con eso.

Asiento. No sonrío. No niego.

—Yo tampoco.

La puerta se abre entonces y una enfermera pronuncia mi nombre con tono profesional, neutro, como si no acabara de interrumpir algo importante.

—Lauren Mitchell.

Suspiro despacio, agradecida por la interrupción más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Antes de moverme, me detengo un segundo.

—Ahora no —digo, sin mirarlo—. Pero tampoco es que no exista.

Jon mueve la cabeza afirmativamente. No intenta retenerme.

—Lo sé.

Me levanto de la silla y él me hace un gesto de asentimiento, como dándome parte de su valor para que no me falle el mío. Sé que querría acompañarme, darme la mano, y que yo hasta le agradecería un abrazo como el que consiguió calmarme anoche. Pero me voy sola, no sé si para conjurar a mis demonios o para demostrarme que puedo con esto aunque me esté muriendo de miedo.

En el vestuario me quito los pantalones y me pongo una bata de hospital que han dejado pulcramente doblada para que me vista con ella. Me tumbo en la camilla de la máquina, esa especie de ataúd blanco que suena como si alguien estuviera taladrando el polo norte.

—No te muevas —dice el técnico, amable.

No me muevo. Ni por fuera ni por dentro. Pero la cabeza no se queda quieta.

Recuerdos de la otra vez.

El crujido.

La camilla.

El médico diciendo *triada completa*.

La sensación de que el mundo se cerraba como una puerta pesada sobre mí.

No. No. No.

Cuando la prueba termina, me siento mareada y no sé si es por el ruido o por la memoria. Me piden que vuelva a la sala de espera otra vez, esta vez con la rodilla aún más fría y el cerebro en punto muerto.

Cuando llego, Jon me mira como si quisiera arrancarle el resultado al radiólogo a puñetazos.

—¿Ha ido bien? —pregunta.

—No me he muerto —respondo.

—Buen comienzo.

El técnico nos llama al cabo de un rato y nos lleva al despacho del traumatólogo de guardia. Es un hombre de unos cincuenta, gafas, ojeras de guardia y un jersey de renos asomando por debajo de la bata. Me inspira más confianza el jersey que otra cosa.

Espera a que tomemos asiento y abre la pantalla del ordenador. Repasa las imágenes por espacio de veinte segundos, en silencio, aumentando todas las expectativas poco halagüeñas que me bombardean de continuo desde que Calum me marcó la rodilla. Es curioso comprobar cómo Jon y yo contenemos la respiración a la vez. Es hasta ridículo.

—Bien —dice por fin el médico—. Vamos a ver.

Orienta la pantalla del ordenador hacia nosotros y hace zoom al archivo de la radiografía de la Rodilla en blanco y negro. Yo solo distingo líneas borrosas, espero que no sea porque tengo los ojos empapados. No quiero llorar. No es el momento ni el lugar para desplomarse.

—Los ligamentos están intactos —empieza, y ya ahí tengo que agarrarme a la silla para no dejar escapar esas lágrimas doblegadas de golpe—. El cruzado anterior se ve estable, el colateral medial también. No hay nueva rotura meniscal.

Cierro los ojos un segundo. Me sube un calor raro desde el estómago hasta la garganta.

—Lo que sí hay —continúa— es una contusión ósea importante en el cóndilo femoral y una sobrecarga en el complejo ligamentoso interno. Digamos que te han pasado por encima con un coche… pero el coche no se ha quedado aparcado encima.

Su metáfora es una mierda, pero la pillo.

—¿Cirugía? —pregunto, con la voz más fina de lo que me gustaría.

—No —niega—. Reposo relativo, descarga, hielo, antiinflamatorios, fisioterapia diaria y nada de impacto.

—¿Nada de impacto durante cuanto tiempo? —pregunta Jon antes que yo.

El médico lo mira, como dándose cuenta de quién es.

—¿Señor Alkiza?

Jon asiente rápido, quiero evitar distracciones, necesita respuestas, no una firma de autógrafos.

—Pues entrenador, va a tener que odiarle un poco durante un tiempo —responde—. Tres, cuatro semanas sin competir. Un mes de recuperación deportivo y funcional razonable. Luego, reevaluamos. No es la triada otra vez. Es… un susto muy serio con una rodilla que ya viene con historia. Si fuerza, puede hacerse mucho daño. Si respeta tiempos… debería volver a su nivel previo a la jugada.

Tres, cuatro semanas.

Un mes.

Me habría reído en la cara de cualquiera que me dijera hace dos años que un mes me iba a saber a eternidad. Ahora mismo lo único que puedo pensar es que me toca otra vez gimnasio ligero, otra vez fisio, otra vez bicicleta estática, otra vez ver los partidos desde la banda.

—¿Navidad con muletas? —bromeo, tratando de aligerar.

—Ni eso —dice él—. Bastón como mucho tres o cuatro días si lo necesitas. El resto, aprender a bajar el ritmo. Lo duro no va a ser la rodilla, va a ser tu cabeza.

«*Gracias por la sinceridad, doctor Jersey de Renos*».

Asiento. El doctor me extiende unas recetas, me hacen firmas unos papeles y, finalmente, conseguimos salir de su despacho.

En el pasillo, Jon deja escapar por fin el aire que llevaba reteniendo media hora.

—Un mes —dice—. Un puto mes.

—Un puto mes —repito.

—Lauren —me mira, serio, directo—. Has vuelto de una triada. De una triada completa. Esto no es eso. Si pudiste entonces, puedes ahora con una mano atada a la espalda.

—No desdramatices —refunfuño.

—No estoy desdramatizando. Estoy recordándote quién eres. Te rompiste en mil pedazos y aquí estás. Esto es un bache. Cabrea, es injusto, asqueroso. Pero es un maldito bache.

Quiero creerle. Quiero agarrarme a sus palabras como a una barandilla en una escalera jodidamente empinada.

—Un mes no es tanto —insiste.

—Un mes es perderme tres partidos —cuento mentalmente—. Cuatro, si contamos la copa. Perder ritmo. Perder confianza. Volver al banquillo cuando acababa de salir…

—O ganarle otra vez a tu cabeza —contraataca—. Y demostrarle a todo el mundo que un cerdo como Ferguson no decide tu carrera.

Cuando dice ese nombre, algo se me encoge por dentro.

No pasa nada durante un segundo. Luego otro. Y entonces suena.

Es un sonido pequeño, casi insignificante, pero en el silencio cargado del pasillo resuena como si alguien hubiera dejado caer una moneda en un vaso vacío. Mi móvil vibra en mi pantalón. Lo cojo y miro la pantalla sin pensar, más por reflejo que por curiosidad. Una notificación. Luego otra. Y otra más, encadenadas, insistentes, como si el teléfono hubiera decidido despertarse de golpe.

Jon también baja la vista al suyo. Lo noto sin mirarlo, por la forma en que su cuerpo se tensa apenas.

—¿Te está pasando lo mismo? —pregunta.

No contesto. Ya tengo la pantalla llena.

Mensajes.

Menciones.

Un aviso de Twitter. Sí, lo sigo llamando Twitter.

Abro la aplicación con el pulgar torpe, como si hacerlo más despacio pudiera cambiar lo que voy a encontrar. No cambia.

TRENDING TOPIC.

No necesito leerlo entero para saber que algo se ha torcido. Los nombres se repiten, alineados como piezas de dominó a punto de caer.

#ChristmasFootballGame

#Ferguson

#Alkiza

#Leyton

#Mitchell

Se me seca la boca.

Pulso el primer enlace que aparece, aun sabiendo que no debería.

Un vídeo ocupa toda la pantalla. La patada de Calum a cámara lenta, repetida desde varios ángulos. Mi cuerpo doblándose, el gesto automático de proteger la rodilla antes incluso de tocar el suelo. El plano corta a la banda: Jon, con la mandíbula tensa, los ojos fijos en el campo, la cara de alguien que está a punto de perder algo importante.

El titular cae encima del vídeo como una sentencia:

"¿Agresión por celos? La reacción de Jon Alkiza tras la entrada a Lauren Mitchell."

Paso al siguiente sin respirar del todo.

Una foto borrosa del túnel de vestuarios. Jon avanzando detrás de Ferguson, el cuerpo inclinado hacia delante, el gesto congelado justo antes del golpe. La imagen está encuadrada de tal manera que parece un animal a punto de lanzarse sobre su presa.

"Exclusiva: el entrenador pierde los papeles. Fuentes del entorno de Ferguson señalan una 'cercanía inapropiada' con la jugadora del Leyton."

Trago saliva. Siento un calor desagradable subir desde el estómago.

—No… —murmuro, más para mí que para él.

Sigo deslizando el dedo, incapaz de parar.

Y entonces la veo.

No es del partido de ayer.

No es del túnel.

Es Hyde Park.

Un campo infantil, un puñado de niñas al fondo con la cara pixelada. Jon a mi lado, ligeramente inclinado, su mano cogiendo la mía cuando me pidió que me quedara con él en la banda en el partido de las Ardillas.

No es un gesto heroico ni dramático. Es peor. Es cotidiano. Descuidado. Íntimo sin intención de serlo.

El pie de foto no necesita exagerar demasiado para hacerlo daño:

"¿Algo más que entrenador y jugadora? Imagen tomada la semana pasada en Hyde Park durante un partido infantil."

Debajo, el remate:

“El puñetazo a Ferguson, ahora bajo una nueva luz.”

Se me cae el mundo dentro del pecho, despacio, como si alguien hubiera aflojado un tornillo invisible.

—Alguien hizo una foto en Hyde Park… —digo al fin, con una voz que apenas reconozco como mía.

Jon mira mi pantalla. Su expresión cambia. No es solo rabia. Es la conciencia tardía de alguien que entiende que el relato ya no le pertenece.

—Hijos de puta —dice.

Sigo leyendo, aunque sé que cada palabra me va a hundir un poco más.

Fotos nuestras entrando a la clínica, tomadas desde lejos. De espaldas. Caminando despacio. Alguien nos cazó al cruzar la puerta. Corazones en los comentarios. Teorías. Suposiciones.

“Romance prohibido en el fútbol inglés.”

“¿El entrenador estrella perdió el control por amor?”

El móvil no deja de vibrar: con mensajes de las chicas, del grupo del Leyton, de gente que intenta protegerme y de gente que solo quiere saber.

Y uno de Joanne, que se queda fijo en la pantalla:

Habla conmigo antes de contestar a nadie. Estamos preparando un comunicado.

Las piernas me fallan. Me dejo caer en la silla de la sala de espera como si alguien me hubiera dado un golpe seco en el estómago.

—Lauren… —empieza Jon.

—No —le corto.

—No puedes dejar que…

—No, Jon —repito, mirándolo—. No puedes pegarle un puñetazo a un jugador en el túnel de vestuarios. No puedes darle a la prensa exactamente la historia que quiere.

—No fue por eso —dice, tenso—. No fue por…

Se calla. Nos quedamos mirándonos. Los dos sabemos que está mintiendo a medias.

—Claro que fue por eso —respondo—. Por mí. Porque no soportas verlo. Porque no soportas que me haya hecho daño… en todos los sentidos.

Me arde la cara. No sé si de rabia, de vergüenza o de las dos.

—Hice lo que tenía que hacer —gruñe él—. No iba a quedarme mirando cómo se iba de rositas.

—¿Y ahora qué? —pregunto, señalándole con el móvil—. ¿Qué crees que va a hacer la FA con esto? ¿Qué crees que va a hacer el Leyton? Eres mi entrenador. Tu imagen es la del club. La mía también. ¿Te parece buena idea que medio país crea que estamos liados y que por eso le has partido la cara a un jugador?

Se queda helado.

—No voy a dejar que Ferguson…

—No es Ferguson el problema aquí —le interrumpo, la voz temblándome—. El problema eres tú. Tú, yo… esto.

Hago un gesto vago entre los dos. Entre la clínica, la cama compartida, la noche anterior, mis temblores, su brazo rodeándome, el beso que casi fue y no fue.

—Lauren.

—No puedes protegerme así —continúo, sin dejarle—. No puedes ir por la vida solucionando mis traumas a puñetazos. No soy una niña. No soy tu caso clínico. Soy tu jugadora. Y ahora, gracias a esta maravilla de escena, pueden caer sanciones. Pueden investigar al club o investigarte a ti. Quitarte del banquillo. Quitarnos de en medio.

Se pasa la mano por la cara. Parece que le duela incluso respirar.

—Lo siento —dice al fin—. No lo pensé.

—Exacto —clavo—. No lo pensaste. Tú, el rey del control, el estratega. Me da la sensación de que cuando se trata de mí, no piensas.

Las palabras me salen más duras de lo que pretendía, pero ya no las puedo meter de vuelta.

Se hace un silencio raro. Solo se oye el villancico jazz y el pitido lejano de un monitor cardíaco.

—¿Querías que me sentara y mirara cómo te destrozaba? —murmura—. ¿Eso es lo que quieres que haga?

—Quiero —digo despacio— que no seas la razón por la que mi carrera se va a la mierda, Jon. Ya tengo suficientes enemigos. No necesito que mi propio entrenador me estalle en la cara.

Veo cómo se le quiebra algo en la mirada. Muy pequeño. Muy rápido. Pero lo veo.

—Lauren.

—Vete —susurro.

—No.

—Vete —repito, más alto—. Vete al club, habla con quien tengas que hablar, arregla lo que puedas. Pero ahora… —trago saliva— ahora necesito que no estés aquí.

—No te voy a dejar sola en un hospital en Navidad.

—No lo estoy —señalo el móvil—. Tengo a mi hermana, a Dillon, a todo el puto equipo escribiéndome cada dos minutos. Lo que no tengo ahora mismo es cabeza para verte la cara cada vez que salga un nuevo meme sobre el entrenador que pierde el control por su jugadora. Así que hazme caso por una vez, ¿vale? Vete.

Se queda quieto. Si fuera un partido, diría que está decidiendo si presiona alto o se repliega. Al final, respira hondo.

—Vale —dice—. Si quieres que me vaya, me voy.

Se levanta despacio. Se abrocha el abrigo y se queda mirándome dos segundos más, como si quisiera grabarse la imagen. Luego se da la vuelta.

No lo llamo.

Cuando la puerta se cierra detrás de él, todos los sonidos de la clínica se hacen más fuertes. El villancico, la impresora, los pasos. Yo me quedo sentada, con el informe en la mano y la rodilla latiendo.

No lloro. No todavía.

Solo pienso una cosa que no quería pensar:

No me duele la prensa. No me duele Ferguson.

Es él.

Es él el que me duele.

JON

La puerta de la clínica se cierra detrás de mí y el frío de Navidad me da en la cara como un puñetazo distinto.

La nieve sigue cayendo, más fina ahora, cayendo encima de la que ya cubría desde anoche los coches aparcados y las escaleras de la entrada. Hay un par de familias que entran con bolsas de regalo, una enfermera fumando a toda prisa, un padre con cara de no haber dormido en tres días. Nadie mira al tipo que baja las escaleras con la mandíbula apretada y las manos vacías.

Yo.

No tengo paraguas. No tengo un plan. No tengo ni idea de qué decir si ahora mismo me llama el director deportivo del Leyton. Y sí, tengo diez llamadas perdidas: de Arthur, de Joanne, de un número de la FA, de unos cuantos que no conozco y que seguramente serán periodistas que no conocen el derecho a la intimidad. Y de Sam.
Sam otra vez,
Sam con un audio que ni quiero abrir.

Llenamos estadios con sesenta mil personas y ocho cámaras, pero el verdadero juicio siempre pasa en pantallas de cinco pulgadas.

Me meto bajo el alero de la parada del bus solo porque necesito un techo encima para pensar. Vuelvo al teléfono. El grupo del cuerpo técnico arde.

Arthur: *"La FA pide informe de lo del túnel."*

Joanne: *"He hablado con comunicación. Vamos a decir que fue una discusión técnica subida de tono y que Ferguson exagera. No des declaraciones a nadie sin pasar por mí."*

Community manager del Leyton: *"Estamos recibiendo menciones vinculando el hashtag del club con 'romance prohibido'. Necesitamos una línea pronto."*

Cierro los ojos un segundo. El viento me corta las hasta la capacidad de razonar.

No sé en qué momento exacto me convertí en lo que decía que odiaba. Siempre me dije que era mejor que esos entrenadores que perdían el control. Que yo pensaba todo, que nada era visceral. Que mi cabeza iba por delante de mis tripas. Y luego basta una jugada cerda de un hijo de puta como Ferguson y ver a Lauren en el suelo para tirarlo todo a la basura.

Ella tiene razón. No pensé.

Mentira: pensé, sí. Pero pensé como un animal.

Pensé en sus huesos.

En su rodilla en mis manos.

En los meses de gimnasio.

En el miedo alojado en sus ojos.

Pensé en la cara de terror que le vi en la presentación del equipo, al hablar de él.

Y le pegué.

Un puñetazo limpio, directo, enseñado por Ansel. No me arrepiento del impacto. Me arrepiento de todo lo que viene detrás.

En el cuadrilátero del gimnasio de Ansel armas tu cuerpo para defenderte. Aquí he armado un escándalo.

Me siento en el banco frío de la parada sin importarme mojarme el pantalón. De vez en cuando pasa un coche despacio por la nieve. Un niño señala un muñeco de Papá Noel inflable que cuelga del balcón de enfrente. Alguien se ríe. Es Navidad.

Y yo estoy solo, fuera de un hospital, preguntándome cuándo empecé a sentir que he sentido más pertenencia a una cama prestada en casa de dos buenas personas que a ningún palco VIP del mundo.

Pienso en la apuesta con Sam. En la noche de París. En las palabras que soltamos borrachos, creyendo que el bien y el mal eran conceptos manejables. Que podías demostrar que eras una mala persona dejando caer un equipo. Que el castigo sería ir al United. Que todo era un juego.

No lo es.

El Leyton no es un experimento. Lauren no es un experimento. Yo tampoco. Y sin embargo, llevo meses tratando mi propia vida como si fuera un tablero y a ellas como fichas.

Cuando le dije al presidente del City que me iba, sentí que me liberaba de una cárcel dorada. Pero la realidad es que solo estaba cambiando de celda. Eso es todo.

El bus llega. No lo cojo. Lo dejo pasar.

En el móvil aparece un mensaje nuevo de Sam.

"Feliz Navidad, cabrón. Me han contado lo del puñetazo. Llámame cuando dejes de hacerte de héroe trágico."

No respondo. No tengo energía para su comedia hoy. Apago el sonido. Guardo el teléfono en el bolsillo.

Podría intentar coger un vuelo a casa si es que despega algún avión. Podría pedirle perdón otra vez a Lauren, aunque sé que ahora mismo sería como echar gasolina a un incendio. Podría plantarme en el club y hablar de sanciones, de comunicados, de control de daños.

Lo haré. Tendré que hacerlo. Pero no todavía.

Me quedo aquí sentado, con la espalda fría contra el cristal de la marquesina, mirando cómo se acumula la nieve en la acera. Pienso en cómo se encogió Lauren cuando pronunció la palabra *enemigos*. Pienso en su cara cuando dijo *"no necesito que mi propio entrenador me estalle en la cara"*.

Tal vez siempre supe que acercarme a ella iba a romper algo. No pensé que el primero en romperme iba a ser yo mismo.

No sé si alejarme es lo correcto. No soy terapeuta. No soy ningún santo. No soy el héroe que Sam insiste en ver.

Solo sé una cosa mientras me levanto por fin, me subo las solapas del abrigo y echo a andar calle abajo, sin rumbo concreto, que obedecerla, dar media vuelta y dejarla sola allí dentro, duele mucho más que quedarme.

Y no tengo ni puñetera idea de qué hacer con eso.

CAPÍTULO 19
JON

La tarde de Navidad en mi piso es una de esas escenas que nadie pondría en una postal navideña. No hay chimenea. No hay madre insistiendo con el postre aunque ya no puedas comer ni un gramo más. No hay hermana mandando notas de voz desde el salón familiar. No hay tíos cantando villancicos pasados de vino. No hay Sam irrumpiendo con dos botellas y cero respeto por la propiedad privada.

Lo que hay es lo que casi se me olvida que es mi navidad de los últimos años: un portátil encendido sobre la mesa, un archivo táctico abierto, informes disciplinarios esperando su turno, y hay una cena que se enfría precocinada más rápido de lo que yo tomo decisiones.

Ese es mi ecosistema. Y, en días como hoy, la definición más exacta de la palabra *solo*.

Cuando finalmente me resigno a comer algo de mi poco apetecible cena, entra la llamada del director deportivo. Contestamos ambos sin felicitación navideña. Aquí no se felicita nada cuando hay prensa oliendo sangre.

—Jon —dice, sin adornos—. La FA va a abrir un expediente.

Yo cierro los ojos un segundo. No por sorpresa, es lo lógico después de un incidente de estas características. El deporte no tolera la violencia y nadie de la junta directiva de la Federación va a dejar pasar esto. Es más, mi nombre es demasiado goloso como para no usarlo como medida ejemplarizante. Lo es tanto, que los miembros de la FA están pensando en abrir expediente en pleno día de Navidad.

—Ya —respondo.

—Tendrán que determinar si fue agresión gratuita o defensa durante una tangana. Las imágenes no ayudan.

Claro que no ayudan. Las imágenes rara vez ayudan cuando hay puños de por medio.

—¿Qué escenario manejamos?

—El mínimo, multa económica y un partido desde la grada. El máximo, varios partidos, impacto mediático y riesgo reputacional para el club. Ferguson ya está hablando con periodistas. Quiere construir el relato.

Eso tampoco me sorprende. Si algo aprendí en mi época en la Premier masculina es que en el fútbol moderno hay dos partidos: el de césped y el de prensa. Y en ambos casos no siempre gana el mejor.

—Lo merezco —digo.

—No voy a discutir eso —responde él, muy inglés—. Solo te aviso de que esta semana no va a ser cómoda. Y de que no nos compensa victimizar al entrenador. Vamos a protegerte, pero no vamos a pintar a Ferguson como villano oficial. Es Navidad. La opinión pública se vuelve rara.

Cuelgo. Abro la ventana. Entra aire frío y un ruido amortiguado de ciudad cubierta de nieve. Londres parece apagada. O quizás soy yo el apagado.

Quince minutos después me llama Arthur por videollamada. Detrás veo la típica estampa familiar: su madre moviéndose entre platos, alguien manejando una sartén demasiado pequeña para tanta comida, voces, calefacción alta. Me da una punzada absurda, como si mi cuerpo hubiera decidido sentirse desplazado de algo que no considero mío desde hace años.

—¿Vas a sobrevivir? —pregunta él, sin ironía.

—He salido de cosas peores.

—Bueno, por si acaso no sobrevives —dice, girando la cámara hacia una pizarra—, necesito que antes me escuches.

Empiezo a entender por qué Arthur va a ser primer entrenador algún día: sabe priorizar.

Me explica los ajustes para el partido del 29. Cambio de estructura, cobertura por dentro, uso de doble pivote para compensar la ausencia de Mitchell que ya considerábamos de vuelta al once titular, y la debutante en el carril largo. Lo escucho con la atención que no le presto a casi nadie.

Todo lo que me muestra es sólido. Incluso brillante para la plantilla que tenemos.

Cuando termina, me mira con una expresión que no usa en el campo.

—No has hablado con Lauren —afirma, no pregunta.

—Me pidió que no lo hiciera.

Asiente. El gesto es lento, contenido, casi respetuoso.

—Bien —dice.

Bien significa muchas cosas. En este caso significa: "te habría tenido el mismo respeto si lo hubieras hecho".

A las nueve me llama Sam.

—Así que le partiste la nariz al *highander*. Así, con dos cojones.

—No se la partí —respondo—. Solo sangró.

—Suficiente para validar la inversión —dictamina—. Si sangra, sirve. Ya te lo he enseñado mil veces.

Oigo ruido de copas y algo que suena a fiesta.

—¿Dónde estás?

—París —responde, como si fuera lo más lógico del mundo—. Bajo riesgo cero de ser sancionado por la Federación francesa durante las próximas cuatro horas. Te acompaño emocionalmente desde aquí.

Apoyo la cabeza en la ventana fría.

—No sé qué estoy haciendo, Sam.

Él deja de bromear. Ese detalle, en él, vale más que un abrazo.

—Claro que lo sabes, Johnny —dice—. Estás jugando.

—No es un juego.

—Para ti nunca lo es. Pero te voy a decir algo que aprendí tarde: solo te metes en peleas por aquello que no puedes evitar. El resto lo

dejas pasar.

No contesto.

No necesitamos nombrarlo para saber a quién se refiere.

Cuando cuelga, vuelvo a mirar la cena. Está fría. La caliento. Me la como igual, aunque no sabe a nada.

Después pienso en Lauren.

En su rodilla.

En su forma de cortarse cuando habla de su familia.

En la cocina del albergue.

En la manera en la que me dijo que me quedara sin decirlo, y en la manera en la que después me dijo que me fuera sin gritar.

No la llamo.

No le escribo.

No busco excusas tácticas ni médicas para romper el silencio y descubro que respetar una frontera duele mucho más que saltársela.

A medianoche Londres está cubierta de blanco. La calle casi sin coches. Un silencio tan compacto que casi parece sólido.

Y ahí lo entiendo con una claridad simple:

No es lo mismo estar solo y que te dejen solo.

Lo primero lo elegí yo.

Lo segundo no.

LAUREN

El 26 por la mañana no huele a canela, ni a desayuno familiar, ni a galletas de jengibre como prometen todas las putas películas de Navidad. Mi 26 huele a alcohol de fisio, a desinfectante hospitalario barato y a cinta kinesiológica recién levantada de la piel.

Mi calendario es honesto. Brutalmente honesto:

06:30 — Fisio

08:30 — Gimnasio

10:00 — Revisión de rodilla

No sale nada parecido a entrenamiento ninguna línea y no sé si me enfada o si me alivia. Lo peor de todo es comprender que no sé cuál de las dos cosas sería peor.

Claire, la fisio, tiene voz tranquila, manos frías y la capacidad de detectar las mentiras musculares como si llevara años interrogando prisioneros. Es buena, sobre todo leyendo a la gente muscularmente.

—Dobla —ordena.

Doblo.

—Gira.

Giro.

—¿Dolor?

—Tres —respondo.

Asiente sin emoción. Claire no regala palmaditas ni tampoco refuerzos positivos o frases motivacionales. Dos minutos después ya tiene el pulgar enterrado justo en el borde donde la triada dejó su maldita cicatriz.

—¿Esto? —pregunta.

—Molesta —miento.

Alza una ceja, escéptica, y yo recalculo.

—Vale… molesta bastante.

—Así sí —dice—. Cuando las cosas duelen hay que decirlo. No estás en un casting para superhéroes.

La puerta de la sala se abre y aparece Arthur con un café en la mano y pinta de haber dormido seis horas y pensado en fútbol durante siete.

—Mitchell —saluda—. ¿Escala de dolor?

—Tres —respondo.

—¿Escala de dramatismo?

—Cero si no me hablas hasta que acabe —contesto sin mirarlo.

Arthur se ríe. Gracias al universo, no se ofende nunca.

—Traigo el parte oficial de la FA —informa, agitando el móvil como si fuera un boletín médico—. Expediente abierto y muy probable

multa.

Claire me suelta la pierna y me deja incorporarme con cuidado.

—¿Y a él? ¿Lo quitan de enmedio? —pregunto.

—Quizá un partido desde la grada. Tres como mucho —responde Arthur—. Afortunadamente esto no es la *Premier* masculina. Aquí manda más el rendimiento que el morbo.

Aprieto la mandíbula.

—¿Y a Ferguson?

Arthur resopla.

—Multa también. Y poco más. Ya sabes cómo funciona la prensa con hombres que señalan una agresión. Les falta ponerles una capa y una vela aromática.

Claire me coloca hielo. Quema.

—Mañana a la misma hora —dice—. Y nada de querer demostrarle nada a nadie en la cinta. Si quieres seguir volver a jugar en marzo, Mitchell, no hagas estupideces heroicas.

Salgo hacia el gimnasio cojeando lo justo para no darle la razón. En el pasillo las luces titilan levemente y yo siento que por dentro debo de estar funcionando más o menos así: con inestabilidad y potencia a medio gas.

Voy al vestuario a por mis cosas y me las encuentro a todas ahí. Me rodean, me abrazan, me preguntan. En medio de todo ese caos, Keeley se gira y grita:

—¡Tía! ¡Estás en TikTok!

Nadia levanta el móvil desde su posición estratégica cerca del radiador, donde se tuesta como un gato urbano en diciembre.

—En TikTok, en Reels y en dos canales deportivos. Y no por fútbol precisamente —dice, enseñándome la pantalla.

El vídeo está editado con música dramática. Primera escena: mi entrada al *Christmas*. Segunda: la jugada. Tercera: la lesión. Cuarta: mi salida ovacionada. Quinta: lo que podría interpretarse de manera muy optimista como el puñetazo en el túnel. Sexta: un zoom lento a Jon cuando sale de ahí.

El subtítulo dice: “Lucha por tu chica”

Me dan arcadas.

—¿Esto es tensión sexual competitiva o solo estáis ensayando para una miniserie de la BBC? Para saber si hago té o traigo palomitas —pregunta Sara mientras se ata las botas.

—Voy a vomitar al gimnasio —respondo, saliendo.

Pero entre las risas, hay una cosa importante de la que me doy cuenta, y es que el equipo está vivo.

Muy vivo.

Y eso… joder. Eso sí que no lo había visto venir. Me alegra saber que se lo toman así, y que hay un sentimiento raro, pero que crece, algo que se parece a la pertenencia que me encanta.

Después de treinta y cinco minutos horribles en la cinta, salgo al campo. Desde la banda veo a Arthur dirigir el entrenamiento. Ajusta estructura, recalibra presión y prueba la salida de balón con doble pivote defensivo. Es casi poético ver cómo mueve piezas para que todo siga funcionando aunque falte el arquitecto del plan. Jon no está, no se lo ve por ninguna parte.

Nadie se lamenta porque yo no estoy ahí dentro, con ellas. Tampoco deberían. Llevan toda la temporada sin tenerme de verdad. Lo que sienten ahora es impulso, no ausencia.

Y en el fondo… me alegra. Mucho más de lo que me duele.

El campo se vacía pasada una hora. La nieve vuelve a caer sobre Layton como si alguien estuviera espolvoreando azúcar glas desde el cielo. Me siento en la grada con la pierna sobre el asiento de delante y el vendaje palpitando.

No abro redes. No llamo. No escribo. No reviso si Jon ha hecho algo… o si no. No sabría qué hacer con ninguna de las dos respuestas.

Pienso en la cama. En las manos. En el calor. En el *quédate* que no llegué a decir y en el *vete* que sí dije. Pienso en lo que habría pasado si nadie hubiese vomitado al otro lado del pasillo. O si yo no hubiese pedido espacio esa mañana ene la clínica.

Los fisios llaman a eso dolor referido. Dolor que aparece en un sitio distinto al origen.

Me pregunto si lo emocional funciona igual.

Si no me duele la rodilla.

Ni Jon.

Sino lo que casi.

Cuando vuelvo al piso, la calefacción tarda siglos en hacer su trabajo. Me preparo pasta sin ganas. Me pongo hielo veinte minutos. Estiro. Me tumbo.

A media tarde veo por la ventana a un niño haciendo un ángel en la nieve mientras su madre le grita que se ponga en gorro, que el frío entra por las ideas.

Me río sola en la sala en penumbra.

El deporte me enseñó muy pronto a vivir con pronombres condicionales: lo que habría, lo que podría, lo que casi.

Y en el fútbol —igual que en la vida— las derrotas que más joden no salen en ninguna estadística.

JON

La nieve no da tregua y el campo parece un tablero de ajedrez para millonarios. Líneas blancas sobre césped artificial, conos fluorescentes, y jugadoras moviéndose con esa mezcla entre frialdad táctica y caos organizado que solo un equipo femenino puede ejecutar con tanta precisión.

Es el primer entrenamiento después de Navidad al que vengo. Primer entrenamiento para mí desde la noche del puñetazo. Primer entrenamiento sin Lauren después de… lo de aquella noche. Y también después de su petición para que me fuera y la dejara sola.

No está. No debería estar. Tiene fisio, revisión y probablemente a media docena de personas diciéndole cómo mover la pierna, cómo no moverla, qué no hacer durante tres o cuatro semanas, y cómo no joder la rodilla de la triada por segunda vez.

El campo se siente raro sin ella. No porque la necesiten —han jugado sin ella toda la temporada—, sino porque su ausencia ahora hace contraste con algo que estaba creciendo. Como si alguien hubiese apagado una luz que solo ahora me doy cuenta de que estaba encendida.

Arthur toma el mando sin preguntarme. Pone conos, reparte petos, grita indicaciones y ordena el calentamiento con una autoridad tranquila que no necesita imponerse. La mitad del éxito de un entrenador es elegir bien a su segundo. Yo tengo suerte.

—Bloque medio —dice Arthur—. Cambio defensivo al toque.

Las chicas obedecen. Yo observo, cruzado de brazos, tomando notas mentales. Para que luego digan que esto no es ciencia.

—Cambia a doble pivote —le digo cuando la presión empieza a romper la salida.

Arthur ni gira la cabeza.

—Ya lo había pensado —responde.

Nos entendemos sin rellenar silencios. Eso es un lujo en este oficio.

La nieve empieza a caer más fuerte. Joanne aparece desde los vestuarios con su tablet en alto y un gesto que ya conozco: malas noticias con envoltorio de profesionalidad.

—Ha llegado el dictamen provisional —anuncia.

Me acerco para leerlo: la Federación me impone una multa económica, una advertencia formal y tres partidos desde la grada.

Nada sobre suspensión larga, nada sobre conducta violenta de mayor grado. Podría haber sido muchísimo peor si la FA hubiese querido una exhibición moralista conmigo como protagonista estrella.

—¿Los partidos? ¿Cuándo empiezo?—pregunto.

—El 29 —responde Joanne.

—Perfecto.

Miento como un campeón. No hay nada perfecto en ver un partido desde la grada, menos aún tres. Es como conducir un coche

con las manos atadas: escuchas el motor, ves la curva, hueles el peligro, pero no puedes tocar el volante.

Joanne sigue hablando mientras toma notas en su tablet.

—El club ha decidido posicionarse a tu favor de manera pública. Sin victimizar, sin justificar, sin atacar. Condena la agresión, protege a su entrenador, confía en la investigación. Ya sabes, fórmula UEFA.

—¿Y Ferguson?

Joanne aprieta los labios.

—De momento silencio. Pero está filtrando mierda por detrás. Ya han salido dos tabloides subiéndose al carro de que lo hiciste por celos.

No digo nada. Me limito a tomar aire. El rumor me da igual. Lo que no me da igual es cómo puede afectarle a ella. Lauren ya se ha comido demasiada mierda pública en su carrera. No pienso añadirle más.

El entrenamiento continúa y las conversaciones informales empiezan a burbujear en los márgenes del campo, como siempre.

—¿De verdad le pegó? —escucho a una suplente preguntar mientras ata las botas.

—Dicen que por celos —responde otra.

—Dicen tantas cosas…

—Ya, ¿pero has visto la foto?

La frase queda en el aire como una pelota sin dueño. Querría ignorarlo, pero mi cabeza ya está construyendo escenarios: tabloides, podcasts, programas de opinión, periodistas deportivos con hambre de narrativa romántica. En este país, el fútbol es un teatro griego con césped en vez de columnas. Y dicen que la tragedia vende más que la épica. Si a ella le pasara esto con cualquier otro entrenador de fútbol femenino, nadie diría nada. Pero el puto Jon Alkiza vende si su nombre aparece en titulares, y esa mierda la acaba salpicando sin poderlo evitar.

Por eso entiendo que mantenerme apartado es la mejor estrategia. Ella lo vio claro mucho antes que yo.

Chica lista.

Arthur pita para reorganizar.

—¡Línea de tres! ¡Carril largo, pivote doble, pivote corto, salida por banda!

Las jugadoras se colocan. Fluidez. Ajuste. Instinto. Me encanta verlas adaptarse. Es como ver a un organismo vivo reorganizar sistemas para seguir respirando. Han aprendido rápido mi sistema, se han adaptado a él como guantes de seda a una mano delicada. Y me encanta, porque sé que son listas y que la versatilidad y la adaptación pueden darte más victorias que una delantera con muchos ceros en sus contratos.

—Va a funcionar —dice Arthur, acercándose a mí.

—Sí —respondo—. Sin Mitchell funciona. Con Mitchell funcionaría mejor.

Arthur asiente. No replica. No me consuela. No me da palmadas en la espalda. Eso es lo que hace que sea bueno.

Durante la hidratación, Keeley se seca la frente con la camiseta y pregunta sin filtro:

—*Míster*, ¿es verdad que le rompió la nariz al otro?

—No se la rompí —corrijo—. Solo sangró.

—Entonces sirve igual —dictamina Nadia desde el otro lado, con tono de experta en violencia casual.

—Menos TikTok y más recuperación defensiva —gruño.

Se ríen. Dios bendiga al femenino: pueden partirte en dos con humor y ni siquiera lo verás venir.

A media tarde, la nieve se convierte de nuevo en tormenta. Londres adquiere esa luz triste de invierno que convierte la ciudad en película francesa donde todos fuman y nadie mira a los ojos. El campo queda vacío. Las instalaciones se cierran antes.

En el despacho del Layton reviso videos tácticos del rival del 29. Joanne deja una carpeta encima de mesa.

—Firmas aquí lo de la multa —dice.

Firmo sin negociar. No me importa el dinero. Me importa el daño colateral.

Antes de irse, Joanne me mira de frente. Siempre lo hace.

—Ella está bien —dice.

Mi corazón hace un gesto que no autorizo.

—Fisio, gimnasio, revisión. No ha preguntado por ti. Tampoco ha dicho nada malo.

Luego se va. Me quedo con el silencio.

A las ocho ceno en mi apartamento. Otra vez solo. Otra vez un plato frío que tendría mejor final gastronómico en la basura. La tormenta golpea contra la ventana como alguien a quien le han cerrado la puerta demasiado rápido.

En el fútbol todo se clasifica en dos categorías:

Lo que eliges.

Lo que te elige.

Hasta ahora creía que yo elegía todo. Los clubes. Los sistemas. Las distancias emocionales. La soledad operativa que me mantenía funcional. Pero Lauren Mitchell no encaja en esa lógica.

Ella encaja en la segunda categoría.

Y eso me jode más de lo que debería.

LAUREN

El 28 vuelvo al estadio temprano. Es uno de esos amaneceres grises de Londres en los que no sabes si es de día o si simplemente la ciudad ha decidido no encender las luces.

Al levantarme por las mañana me cuesta imponerle a mi cuerpo la restricción de un mes que determinó la resonancia.

No debería quejarme por el diagnostico, porque un mes es una eternidad para un deportista, pero es una auténtica bendición para una rodilla previamente operada, un maldito milagro para alguien que se rompió la triada hace dos años. Las tres cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo y aun así dejarte un nudo en el estómago.

Arthur me espera en la sala de fisio. Trae en la mano su acostumbrado café que humea y también ojeras de entrenador responsable.

—Se te ve mala hostia —comenta, sin drama.

—Estoy celebrando la vida —respondo, metiendo la pierna en la cubitera de hielo.

—Claro. Con esa actitud no sé cómo no te llaman para motivar empresas —dice, apoyándose en la camilla.

No quiero reír, pero él lo hace inevitable.

Claire entra y se pone a manipular la rodilla con precisión matemática.

—Extiende —ordena. —Flexiona.

Yo obedezco cada una de sus indicaciones sin rechistar.

—¿Dolor?

—Dos y medio.

—¿De verdad o de futbolista?

—De futbolista.

—Entonces son cuatro —dictamina, sin inmutarse.

Arthur observa.

—Tienes un mes para hacer que esto funcione —dice—. Si alguien puede, eres tú.

—No digas eso —respondo—. Me hincha el ego y luego me duele la pierna de tanto postureo.

—Excelente —dice—. El espíritu Mitchell sigue vivo.

Cuando Claire termina con los movimientos, vuelvo al hielo. Luego vendaje y sermón, lo que viene siendo mi día a día últimamente. Cuando acaba conmigo, subo a la grada interior que da al campo de entrenamiento. Hay un cristal doble que deja pasar el sonido justo lo suficiente para que todo parezca más íntimo de lo que es.

Las chicas están ya en fase táctica. Arthur baja al césped y toma el control del ejercicio. No hay música, ni prensa, ni público. Solo botas golpeando césped, respiraciones frías y ese sonido de balón que siempre parece más bonito en invierno.

El equipo se mueve como un solo cuerpo. Ajustan líneas, basculan, cambian de ritmo. Entrenan fuerte. Y lo que es peor para mi ego: entrenan bien.

Nadie se gira para ver si estoy mirando. Ni hace comentarios. Tampoco nadie dramatiza. Esa normalidad me estruja el esternón con una dureza inesperada.

No me están echando de menos. No porque no me quieran, sino porque han encontrado la forma de seguir sin mí.

Y eso es exactamente lo que se supone que un buen equipo debe hacer. Lo jodido es que la madurez deportiva te da la misma lección que la vida: nadie te espera si no puedes correr.

Bajo a la sala de máquinas. Claire está esperándome, parece que se ha convertido en mi perro guardián.

—¿Te toca bici o cinta? —pregunta.

—Bici. Mi rodilla y yo hemos firmado un tratado de paz temporal.

—Perfecto. Nada de resistencia. Treinta minutos. Si te pasas, no quiero que mañana me lo cuentes entre lágrimas.

—Si lloro, prometo hacerlo solo de cintura para arriba —respondo.

—Como debe ser —dice, seria como un sacerdote.

Pedaleo mientras el equipo termina el entrenamiento. En las pantallas internas del estadio se reproduce un resumen del partido navideño: goles, nieve, público, ovación… y luego el túnel. La edición es elegante, como si la *Premier* femenina se hubiese puesto maquillaje. Pongo mute. Las imágenes ya hablan solas.

Termino la bici y estiro. Aprieto los dientes. No es dolor por la lesión, es un dolor de ausencia.

Cuando salgo al pasillo, Arthur coincide conmigo.

—¿Te vas ya? —pregunta.

—Tengo plan romántico con una bolsa de guisantes congelados.

—Buf, no me das envidia.

Camina conmigo hacia la salida. En el umbral se detiene.

—Escucha —dice—. El equipo está bien.

—Lo sé.

—Y tú también estás bien.

—Mentira.

—Claro —dice—. Pero tampoco hay necesidad de dar parte a la prensa.

Nos quedamos unos segundos mirando el campo blanco desde la puerta. La nieve cae fina, disciplinada, casi elegante.

—Arthur —casi susurro. Trago saliva—. ¿Crees que me he quedado atrás?

Arthur piensa. No es de los que improvisan ni mienten para consolar, tampoco es de los que endulza solo porque sea Navidad.

—Creo que estabas volviendo —responde—. Y volver siempre da miedo. A veces asusta más que irte.

No me ha contestado directamente, pero como siempre con Arthur, ha dejado pistas para que tire del hilo y consiga unir conceptos y sacar conclusiones.

Antes de llamar al taxi para que me devuelva a mi casa, salgo a las gradas de nuevo. El campo está vacío y los focos empiezan a apagarse uno a uno. Parece un cine del que la gente se acaba de ir al terminar la película.

Me quedo hasta que el estadio se sume en la oscuridad del todo. Hasta que el sonido del viento sustituye al de los balones. Hasta que el frío cala donde la fisio no puede poner calor.

Y ahí descubro algo que es muy jodido poner en palabras:

No echo de menos jugar. Lo que echo de menos es competir.

Jugar es táctico. Competir es personal.

Lo primero lo hace cualquiera con un balón.

Lo segundo solo lo hace alguien que aún tiene algo que demostrarle a la vida.

Y entonces lo digo en voz baja, casi como una superstición infantil:

—Quiero volver.

No sé si Jon tenía razón o si la tenía yo.

No sé si lo peor es perder o lo peor es casi ganar.

No sé si lo que me duele es la rodilla o lo que casi pasó.

Solo sé algo con la precisión quirúrgica de una certeza deportiva:

Estuve a punto de romper mi propio récord, casi dejar de sentir miedo.

Y lo que casi pasa siempre duele más que lo que pasa de verdad.

CAPÍTULO 20
JON

La sanción llega pronto. La justicia cabalga a velocidad de látigo cuando quiere hacerse notar. Incluso en medio de las fiestas navideñas.

El 29 por la mañana, el estadio del Leyton está medio enterrado bajo una capa de nieve sucia que han ido apartando con palas, máquinas y un par de voluntarios con más ganas que sentido común. Las luces ya están encendidas, aunque el cielo siga gris; invierno inglés en todo su esplendor, ese tono triste entre serie de la BBC y resaca moral.

Yo no bajo al vestuario. Hoy no me toca. Hoy soy el castigo hecho persona, primer partido desde la grada, como ha establecido la Federación. Parece una simple línea en un PDF, pero en realidad es una patada directa al ego de cualquier entrenador.

Joanne camina a mi lado por el pasillo interior, con su tablet, que parece una extensión de su cuerpo.

—la prensa parece conformarse con la sentencia de la FA —dice —. Les valen los tres partidos y multa. Aunque si Ferguson sigue vendiendo la versión mártir en prensa, la cosa puede torcerse.

—¿Y el club?

—El club te respalda públicamente. Privadamente, preferiríamos que no volvieras a pegarle a nadie.

—Tomaré nota.

—Hazlo —responde—. Y gana. A la gente le encantan las historias de redención siempre que vayan acompañadas de victorias.

Me encojo de hombros y ella me mira con un detenimiento que parece que quiere llegar a leerme el alma.

—¿Seguro que estás bien con esto? —pregunta.

—Bueno, preferiría estar abajo gritando improperios tácticos —respondo—, pero ver fútbol sentado tampoco es la peor muerte.

—Si te sirve de consuelo, al director financiero le preocupa más el tamaño de la multa que tu imagen pública —dice.

—Eso no me consuela nada —replico—. Pero gracias por intentarlo. Sea como sea, la multa la pago yo, Joanne. El equipo no tiene nada que ver con esto.

Damos un paso dentro de las gradas bajas, al pie del banquillo.

El estadio del Leyton nunca ha sido un lugar ruidoso.

Es demasiado pequeño para competir con el resto de los clubes de Londres y demasiado humilde para presumir.

En días normales, el femenino tienes un millar largo de fieles, algún perro, tres banderas viejas y un vendedor de tés que bosteza como si estuviera en misa.

Hoy no es un día normal.

Cuando asomo al borde del túnel veo gradas llenas hasta donde permite la infraestructura, bufandas desplegadas, gente de vacaciones, niños con carteles escritos a rotulador y prensa que nunca se pasa por aquí a menos que huela a historia.

No es un lleno *Premier* porque este no es un estadio de esos. Pero es un lleno histórico para ellas.

Y eso pesa más.

Arthur se acerca y mira alrededor con el ceño fruncido, como si el estadio hubiera engordado de repente.

—No les digas que es por ti —dice—. Les rompería la ilusión.

—No es por mí.

—Claro que lo es —responde—. Bueno, por ti y por romperle la nariz de Ferguson. La nación necesitaba entretenimiento.

No sé si reír o disculparme con el país.

Pero tiene razón en lo que dice. Este ambiente no lo ha traído solo el fútbol. Esta gente ha venido por el efecto navideño, el morbo del puñetazo, el runrún mediático, el nombre que sale del banquillo,

y esa cosa indefinible que pasa cuando un equipo pequeño empieza a oler a historia.

Londres es muchas cosas, pero sobre todo es curiosa. A la gente le encanta subirse a un tren justo antes de que arranque, para poder decir luego: *"Yo estuve allí"*.

Lo primero que busco es puro reflejo: la banda. El espacio donde debería estar Lauren, riéndose con Nadia, discutiendo con Sara por los conos mal puestos, robándole guantes a quien los esté usando mal. Ese hueco es un agujero en la imagen. Uno que pesa más de lo que admito.

El público se anima cuando los equipos asoman por el túnel. Los fotógrafos ajustan objetivos. Alguien agita una bufanda del Leyton que casi hace de bandera. Y luego pasa algo que no esperaba.

No empieza de golpe. Primero es una vibración rara, como un murmullo que se junta con otro. Después sube un peldaño. Se vuelve reconocible. Un estribillo que arrastra a todos los que saben la letra y a los que no se la inventan igual:

Sweet Caroline…

La respuesta llega como un relámpago que atraviesa graderíos, edades y timbres de voz:

Nah nah nah…

Arthur sonríe sin intentar disimular.

—Se adoptó en noviembre —explica—. Después de aquel empate miserable. Alguien la puso en el vestuario. Luego en un rondo. Luego en un entreno. Y ahora…

Abre las manos, invitándome a escuchar.

Good times never seemed so good…

Los acordes son reconocibles desde kilómetros.

Las jugadoras saltan al campo con los ojos redondos, como si alguien hubiera cambiado la iluminación del mundo mientras estaban en el túnel.

La grada sostiene la melodía.

El estadio entero respira al mismo tiempo.

Y cuando llega la parte de *hands, touchin' hands, reachin' out, touching me, touchin' you*, las manos se levantan y la piel se eriza aunque quieras hacerte el inglés frío y contenido.

Hay canciones que no describen un club.

Lo convocan.

No importa que la letra no tenga nada que ver con el fútbol ni que nadie sepa quién fue el primero que decidió que aquello serviría como himno no oficial del Leyton.

Lo cantan igual.

Lo cantan mejor.

Lo cantan fuerte.

Las jugadoras se miran entre ellas con esa mezcla de incredulidad y orgullo que solo tienen los equipos que han estado vacíos antes.

Que saben exactamente lo que es jugar para veinte personas y un perro.

Esto no es Wembley.

No es Old Trafford.

No es Anfield.

Pero hoy este estadio pequeño se siente grande. Y eso —para nosotras— es absolutamente épico.

LAUREN

El plan oficial de Alana para el domingo no incluye fútbol. Incluye mantas, té, galletas y una maratón de películas de esas donde las casas tienen molduras imposibles, las familias se reconcilian sin terapia y nadie discute por dinero, ni por trabajo, ni por lesiones de rodilla. Un cuento navideño construido para quienes pueden permitirse finales limpios.

En mi versión, el 29 de diciembre trae hielo, vendaje elástico, pastillas antiinflamatorias y un grado de frustración que no cabe bien bajo ninguna manta.

Estoy en el sofá con la pierna en alto cuando el móvil vibra. No es un mensaje, no es una llamada; es la notificación automática del

marcador:

LEYTON vs. TOTTENHAM — FÚTBOL FEMENINO — EN DIRECTO

No hay tradición Mitchell lo bastante fuerte como para competir contra un partido. Dillon lo sabe. Ni siquiera espera a que lo diga; se levanta, conecta la tele y busca el canal *online* donde retransmiten el partido. Es un gesto pequeñísimo, pero se me instala en el pecho como si me hubieran afinado una cuerda que llevaba semanas floja.

Pat duerme al otro lado del sofá, hundido en la manta como si la tela hubiera ganado la batalla por sumisión. Está muy delgado. No la delgadez atlética de quien ha decidido cuidarse, sino la delgadez desigual del que ha estado viviendo con demasiado poco durante demasiado tiempo. Tiene la mandíbula marcada, los dedos amarillos, la respiración lenta, como si cada ciclo estuviera negociado.

Mi hermana ha decidido que no se mueve de su casa hasta que vuelva a parecerse algo al hombre que podía regir su vida sin acabar desnutrido.

Alana aparece con una tetera. No dice nada. Me sirve un poco, aprieta el borde de la manta sobre mí y se sienta. La calefacción lucha —y pierde— contra el frío londinense. Huele a té, a galleta y a ese olor indefinible que tiene una casa que vuelve a estar llena después de mucho tiempo de estar vacía.

Cuando enfocan el estadio me quedo quieta. No por el campo —lo conozco de memoria— sino por la gente. Los asientos están llenos. Más que llenos: apretados. La cámara hace un barrido lento y veo bufandas, gorros, pancartas violetas y manos levantadas.

—Joder —dice Dillon—. Está hasta arriba.

Alana entrecierra los ojos con genuina sorpresa, como si no hubiera dado un penique porque se vendieran más de un par de cientos de entradas para ver al Leyton.

—¿Es cosa del entrenador guapo? —pregunta sin vergüenza.

—Es cosa de varias cosas —respondo, y lo es.

Parte morbo. Parte prensa. Parte día festivo. Parte entrenador famoso le parte la cara a jugador provocador. Parte Leyton dejando de ser un equipo simpático para ser uno respetable. La mezcla

exacta la desconozco, pero el resultado está ahí, vivo, ruidoso y de color blanco nuclear.

Y entonces ocurre.

Primero se escucha lejos, como si viniera filtrado desde un pub cercano. Luego toma fuerza. Luego se convierte en una ola:

Sweet Caroline…

La tele recoge el sonido y, aunque ninguna televisión del mundo puede reproducir la vibración real de un estadio, algo se cuela igual. No sé si es la nota o el recuerdo o el orgullo o qué, pero una corriente me recorre las piernas —la buena y la mala— y se me eriza la piel bajo el vendaje.

La respuesta no tarda:

Nah nah nah…

Dillon sube el volumen sin mirar.

—Me encanta que tengáis canción —dice—. Los equipos solo se vuelven equipos cuando tienen himno. Antes solo son gente con camisetas.

No sé si son las palabras, o la tele, o el té, o el hielo, pero algo se me afloja dentro. No lloro —no sería yo—, pero noto esa presión que se queda detrás del esternón cuando algo te toca donde escuece.

Lo que viene después, podría catalogarse como historia. El Leyton volando por encima de las cenizas de lo que la prensa se ha empeñado en engrandecer de manera desproporcionada.

El partido no es bonito. El fútbol raras veces lo es cuando importa de verdad. Es físico, agitado, incómodo. Nos empujan atrás, nos aprietan por dentro, nos obligan a defender con uñas y dientes. Yo voy comentando cosas por lo bajo —ángulos, distancias, coberturas — y Alana me manda callar porque nadie en esta sala ha firmado por escuchar a una entrenadora de mentira sentada al lado en el sillón.

Cuando llega el gol no lo veo entrar, lo escucho. Primero la grada explotando, luego la repetición, luego mi propio grito —demasiado fuerte para la integridad de mi rodilla— y finalmente la manta cayéndose al suelo.

Pat da un respingo.

—¿Qué ha pasado?

—Gol —dice Dillon, con sonrisa tonta.

—¿Nosotras?

—Nosotras —confirma.

Pat asiente una vez, lento. Durante un segundo, uno solo, parece el padre de antes: el que nos llevaba al parque, el que me regaló mi primer balón, el que creía que sería jugadora antes de que yo misma lo creyera. Luego la imagen se fragmenta. La ternura dura poco cuando la has tenido que racionar toda la vida.

El partido termina 1–0. El Leyton pasa a cuartos de Copa y me doy cuenta de yo no estoy allí para abrazar, gritar, saltar, empapar el pelo con nieve y sudor. Estoy en un salón con olor a galleta y calefactor, con una manta térmica, una pierna entumecida y un trozo de hielo que ha perdido la batalla hace rato.

Y sin embargo, algo encaja. No la victoria, no la competición, no el resultado. Es otra cosa. Es la conciencia nítida de que pertenezco todavía, aunque sea desde el sofá. Aunque sea con el ligamento protestando. Aunque me duela ver a otras hacer lo que yo haría si el cuerpo quisiera y el calendario dejara.

Cuando Alana apaga la tele, me estiro hacia la mesa baja.

Cojo mi móvil, pero no lo enciendo. Quiero hacerlo, pero no voy a escribirle. Jon no me ha escrito estos días y no hay manual para dos personas que estuvieron a un milímetro de romper la distancia y, por miedo o por sentido común, dieron marcha atrás en el último segundo.

A veces competir no es entrar al campo.

A veces competir es no romperse mientras esperas. Y hoy, por improbable que parezca, he conseguido aguantar.

JON

En el túnel huele se siente la energía combinada del público y la adrenalina. La gente sale del estadio tarareando lo último que

cantaron —*Sweet Caroline*— con la misma energía de alguien que se acaba de regalar una dosis gratuita de esperanza deportiva.

Arthur camina delante con el abrigo abierto y las estadísticas bajo el brazo, como si acabara de aprobar un examen técnico de rango militar. Sabe exactamente lo que ha hecho bien y lo que ha hecho casi bien, que muchas veces es más importante que lo primero.

El vestuario está en ebullición contenida. No hay champán, ni comentaristas, ni trapos empapados. Esto no es la *Premier* masculina, aquí la euforia es una recompensa que se administra en dosis clínicas para no estropear la preparación del siguiente partido. Aun así, hay sonrisas, abrazos rápidos, y esa electricidad que solo aparece cuando un grupo humano siente que está avanzando.

Me acerco a las pizarras donde el cuerpo técnico ha clavado papeles con pinzas metálicas. Arthur reparte copias impresas. Impresas. A veces creo que nació con un Excel tatuado en la columna vertebral, pero luego aparece con hojas A4 y me desmonta el diagnóstico.

—No te vayas —dice, sin mirarme.

Me quedo.

Nos sentamos en la sala adjunta. Es pequeña, funcional, sin glamour; parece el despacho de un profesor universitario que nunca ganó una beca. Hay un monitor encendido con un informe de posesión por intervalos, secuencias del gol y una recopilación de presión alta que casi me hace suspirar de orgullo.

—Estamos en cuartos —dice Arthur con la voz de quien anuncia la previsión del tiempo.

—Dilo otra vez —respondo.

Sonríe apenas.

—Cuartos. Si pasamos, semis.

Asiento. No necesito preguntar contra quién; ya hice el planograma en octubre.

Arthur sigue:

—Rivales duros, pero no imposibles. El equipo está más estable desde noviembre. Los datos lo confirman. Y lo de hoy ha sido una

barbaridad de madurez. Nos estaban asfixiando por dentro y han dejado de sufrir cuando han entendido que había que sufrir.

Ese concepto siempre me ha gustado: entender cómo sufrir. Muchos equipos juegan. Pocos saben sufrir. Y casi ninguno sabe cuándo hacerlo.

Apoya los papeles sobre la mesa y me mira de frente. Su gesto es tranquilo, casi clínico, pero sé leerlo desde hace meses.

—Con la sanción de la FA ya confirmada, tenemos que establecer el calendario de trabajo para las siguientes jornadas.

No digo nada. Él tampoco adorna la frase:

—Solo te quedan dos partidos más desde la grada.

No son cinco ni una suspensión indefinida. Tampoco habrá comité disciplinario. Podría haber sido muchísimo peor, pero la lógica humana nunca se ha llevado bien con el fútbol.

—La sanción técnicamente termina antes de cuartos, te la comes con dos partidos de liga. Luego, hay que pensar en esos cuartos, y en las semis. Si llegamos.

Si llegamos. Siempre me ha gustado la manera en que Arthur plantea el futuro: nunca es fantasía, siempre es condicional.

—Lo esperabas —añade.

—Sí —respondo.

—¿Te jode?

—Sí.

No intentamos disfrazarlo. La penalización no es económica, ni mediática, ni siquiera reputacional: es táctica. Es visceral. Porque yo pienso el partido desde abajo, no desde arriba. Desde arriba puedes ver el tablero, pero el fútbol no es un tablero; es barro, velocidad, calor, respiración y decisiones que se toman medio segundo antes de que la razón llegue al cerebro.

Arthur recoge los papeles con ese cuidado meticuloso suyo que siempre me ha fascinado, y entonces me mira con algo que casi parece una disculpa:

—Sé que te revienta —dice—. Y sé que te gustaría estar ahí abajo. A mí también me gustaría que estuvieras.

No le respondo porque la respuesta ya está en mi cara. Él lo entiende. Arthur siempre lo entiende. Y aunque sea absurdo, esa comprensión duele.

Cuando por fin salgo del estadio la noche ya ha caído del todo. Las luces del Leyton se reflejan en los charcos y la nieve derretida se acumula en los bordes de la acera. Los aficionados siguen fuera, cantando en grupos pequeños, como si la ciudad no quisiera soltar el partido todavía.

Me cruzo con un niño que lleva una bufanda blanquinegra enorme, arrastrándola como si fuera un estandarte. Va cantando *nah nah nah* con voz aguda y desacompasada. Su madre le dice que se abroche el abrigo porque el futbol no calienta tanto como para no morir de neumonía en una tarde plomiza en Londres. No puedo evitar sonreír.

Enciendo el móvil cuando llego al coche.

Hay mensajes del director deportivo, de Sam —tres audios largos que escucharé más tarde para evitar daños cerebrales— y dos correos de la FA que ya había leído.

Lo que no hay, y lo que mi cerebro aún espera como un idiota, es un mensaje suyo.

Cierro la pantalla.

No le he escrito.

Ella tampoco me ha escrito.

No sé cuál de las dos ausencias pesa más, la suya o la mía. Ni sé si es un castigo, o una tregua, o algo peor: la posibilidad de que el espacio que dejamos entre los dos no sea temporal, sino sostenible.

Arranco el coche. Londres está silenciosa, con ese silencio auténtico que solo aparece cuando la gente ha tenido algo que celebrar.

Dos partidos más en la grada.

Cuartos de Copa.

Y un hueco que no sé si se va a llenar si ella sigue tan lejos.

LAUREN

Hay noches que no necesitan ruido para ser ruidosas. Esta es una.

Pat ronca en el sofá, envuelto en la manta que Dillon le colocó como si estuviera lidiando con un animal herido que puede morder o simplemente deshacerse. La calefacción tiene ese sonido irregular de tubería antigua que nunca sabes si es promesa de confort o de catástrofe.

La televisión está apagada desde hace horas, pero la sombra del partido sigue anclada en el salón como si el campo hubiese decidido quedarse aquí a pasar la noche.

Alana se quedó dormida hace horas encima del cuaderno donde había estado diseñando —con mucha concentración y cero títulos médicos— lo que ella considera mi plan de rehabilitación alternativo. Tres columnas, fechas, flechas, subrayados en fosforito. Dillon le quitó el bolígrafo cuando empezó a considerar añadir sesiones de natación en febrero para trabajar sin impacto articular.

A veces pienso que si no fueran mi hermana y mi cuñado, podrían ser perfectamente mi equipo técnico paralelo. Me aterra lo competentes que serían.

Hemos decidido que hoy me quedo aquí a dormir, para evitar un desplazamiento de riesgos tal y como siguen las calles por la nieve que, intermitente, lleva cinco días sobre Londres.

Pero no duermo. Tengo la pierna elevada sobre dos cojines y el vendaje apretado sobre la rodilla. El hielo ya se ha derretido dentro de la bolsa térmica y debería levantarme a cambiarlo, pero no quiero moverme. No quiero romper el hechizo raro de esta noche.

Hay algo suspendido en el aire. No sé si es la euforia residual de haber ganado. O la punzada de no haber estado allí. O el silencio que deja el miedo cuando ya tuvo su turno y parece que empieza a descomponerse en tu interior.

Afuera vuelve a nevar. Nieve lenta, gruesa, de esa que cae sin hacer preguntas. La ciudad tiene un talento peculiar para parecer irreal cuando nieva. Como si alguien hubiera tirado harina sobre el decorado para recordar que la vida sigue ocurriendo mientras nosotros intentamos no caernos.

Respiro despacio. El partido sigue en mi cabeza como película a cámara lenta: el gol, el estadio lleno, el *Sweet Caroline*, las manos alzadas, esa alegría animal que solo entiende quien alguna vez se dejó la piel por algo que no le pedía permiso para doler.

Y entonces aparece la pregunta que llevo esquivando desde septiembre:

¿Y si ya no vuelvo?

No a jugar. Eso es un verbo físico. Lo otro —volver— es un verbo emocional. Uno que implica coordinación fina del sistema nervioso central y orgullo y vergüenza y hambre e identidad. y Fe. También un poco de estupidez.

Arthur me lo dijo una vez, cuando llegué al Leyton y temblaba de furia solo por sentirme un desecho al margen de todo: *"Volver no es curarte. Es querer. Y hay gente que se cura y no vuelve nunca porque no quiere."*

En ese momento lo odié por decirlo así, sin anestesia. Ahora lo agradezco. Arthur siempre tuvo un talento inquietante para nombrar cosas que yo prefería almacenar bajo la etiqueta de *luego*.

Miro mi rodilla bajo el vendaje. Se ve normal. A veces el daño no deja marcas visibles. A veces te rompes por dentro y nadie lo nota.

Pat se despierta en el sofá casi sin hacer ruido. Se incorpora, toma un trago de agua, vuelve a tumbarse. No dice nada. Yo tampoco. Hay lenguajes que se ejercitan igual que los músculos: el nuestro es el del silencio incómodo y la supervivencia compartida. No es bonito, pero es real.

La nieve golpea el cristal. No fuerte. Más bien como si tocara suavemente para avisar: *estoy aquí, no me ignores*.

Me acomodo despacio. La rodilla protesta, pero no como ayer. Un poco menos. Un matiz. Una posibilidad.

Las resonancias no enseñan esto. Las estadísticas tampoco. Las tablas de progresión médica no contemplan el miedo, ni el orgullo, ni esa necesidad casi ridícula de querer volver a competir aunque sea contra tu propia cabeza.

Cierro los ojos. No pienso en Jon. O pienso, pero no tanto. O pienso lo suficiente para no mentirme pero no tanto como para quedarme atrapada ahí. Las cosas casi nunca se rompen en la jugada más violenta. Se rompen en la que no sabes si frenar o avanzar.

La rehabilitación tampoco empieza en la camilla. Empieza aquí, en noches como esta, cuando no hay nadie mirando y podrías rendirte sin que nadie lo supiera. Comprenderlo, coloca muchas cosas en su sitio.

No hay celebraciones para estos pequeños avances, pero deberían. Porque a veces —las más difíciles— ganar es simplemente no esconderse.

CAPÍTULO 21
LAUREN

Enero no empieza con fuegos artificiales. Empieza con una bici estática y un fisio contándome chistes malos a las siete de la mañana.

La rodilla ha pasado oficialmente de *territorio minado* a *zona en obras.* El parte dice lo mismo que mi cuerpo: puedo hacer más, pero no todo. Caminata sin bastón, bici suave, algo de trabajo en piscina, nada de impactos bruscos. Lo odio tanto como sé que lo necesito.

Los días se parecen demasiado entre sí:

Fisio. Gimnasio. Hielo. Vídeo. Más hielo. Dormir.

El resto del mundo parece tener propósitos de Año Nuevo; yo tengo una lista corta: no romperme otra vez. Volver al campo. No escribirle. No pensar en él. No pensar en la noche de Nochebuena. No pensar en lo que casi.

Fracaso parcialmente en casi todos los frentes. Sigo siendo un maldito desastre.

La primera vez que vuelvo al césped —aunque sea solo para caminar y hacer equilibrio— el aire cortante de enero me muerde la cara y me dan ganas de llorar. No por drama, más bien por memoria muscular. El cuerpo se acuerda antes que la cabeza de lo que era ser esto: estar aquí, pisar aquí, escuchar eco de botas, oír las vallas vibrar con algún golpe de balón mal controlado.

Estoy haciendo ejercicios de apoyo en una pierna sobre un bosu cuando escucho su voz.

—El tobillo no es una antena, Mitchell. No intentes pillar señal de radio con él.

No necesito mirar para saber quién es. Aun así, miro.

Jon está al borde del área, manos en los bolsillos del abrigo, barba de dos días, gorro con el escudo del Leyton. Podría ser una foto promocional de la *Premier* si no fuera porque lo conozco demasiado bien como para no ver la tensión en los hombros.

—Estoy trabajando la estabilidad —respondo, cortante—. Igual eres tú el que no pilla la señal.

Alguien de cuerpo técnico se ríe a lo lejos. Él no. Él sonríe, pero solo con un lado de la boca. Ese lado que ya me sé demasiado bien.

Se acerca un poco, no lo suficiente como para invadir, lo suficiente como para supervisar.

—¿Dolor?

—Molestia.

Me mira como Claire, la fisio: con esa ceja que significa que no quiere que le mienta.

Suspiro.

—Bastante molestia —rectifico.

—Así me gusta —dice—. La sinceridad ahorra cirugías.

No hay charla post-navideña ni tampoco me pregunta cómo estoy. No hay nada de eso. Solo la frialdad profesional bien colocada encima de algo que no es profesional en absoluto.

Pero cuando me doy la vuelta para cambiar de apoyo, siento su mano, rápida, firme, rodeando mi cintura un segundo al notar que pierdo el equilibrio.

Es un instante. Solo un instante. Me suelta en seguida. Pero mi piel registra su calor, su fuerza y el recuerdo exacto de cómo fue tenerlo encima en una cama que no llegamos a usar del modo a como parecía que lo acabaríamos haciendo.

—Más centro de gravedad —murmura, como si no hubiera pasado nada—. No te tires hacia delante como si fueses Sam Charlton.

—No vuelvas a compararme con ese idiota —gruño.

—Por eso mismo. Él se tira sin pensar. Tú piensas demasiado. Encuentra el término medio.

Cuando se aleja dos pasos, tengo que obligarme a respirar como una persona normal. No soy capaz de articular otra cosa que no sea:

—¿Así?

—Mejor —responde, sin mirarme. Como si no se atreviera.

Durante semanas jugamos a eso, a una especie de distancia coreografiada. Él se mantiene en su modo entrenador con una precisión casi militar: correcciones físicas justas, contacto mínimo, ojos en todo menos en mí… hasta que se le olvida y se le escapa una mirada que dura un segundo de más. Yo hago lo mismo: hago chistes, contesto bien, no menciono camas ni pasillos ni nada de que me deje sola y se vaya.

Es un milagro que el campo no arda.

Mientras tanto, el equipo sube. Ganamos un par de partidos de liga, ambos con él en la grada y yo con el peto naranja de jugadora lesionada. Empatamos uno que deberíamos haber perdido. Pasamos los cuartos de Copa con un gol de Olivia a balón parado que todavía resuena en mis oídos cuando me duermo. Me da rabia ver todo eso desde el banquillo o la grada, en chándal oficial, con rodillera discreta y el título oficioso de capitana sin capacidad de juego.

Las chicas hacen bromas:

—Mitchell, te queda bien el rol de jefa de seguridad —dice Keeley cuando entro en vestuario con mi libreta.

—En cuanto vuelva al campo os vais a acordar de ese comentario —respondo.

Nadia me lanza una toalla a la cara.

—Vas a volver y nos vas a quitar el sitio, no te hagas la humilde.

—Estoy rehabilitando, no conspirando.

—Lo uno no quita lo otro —remata.

Ríen. Yo también. Pero debajo de las risas hay otra cosa, porque tengo hable de juego, de balón. De volver a sentir que soy algo más que una rodilla con contrato.

A primeros de febrero Claire me da el visto bueno para trotar con cambios de ritmo suaves. El primer día que corro en recto por la banda, sola, el frío me llena los pulmones de cristales y se me empaña la vista. No sé si es por el viento o porque de repente tengo catorce años otra vez y corro en un campo municipal que huele a

lluvia y césped artificial, soñando con estadios grandes y partidos que importan.

Jon está en la otra banda, trabajando centros con las delanteras. En algún momento levanta la vista. Nuestros ojos se encuentran en un punto en el medio.

No me hace ningún gesto para que me lo tome con calma ni parece preocupado. Parece… orgulloso. Y eso me toca una tecla que no sabía que estaba conectada con el resto de mi sistema nervioso.

Al acabar el trote, me acerco a la banda para beber agua. Él aparece por detrás, como si se hubiera estado esperando el momento.

—¿Cómo va la respiración? —pregunta.

—Como si llevara meses sin correr.

—Porque llevas meses sin correr, Mitchell.

Vuelve al Mitchell y una parte de mí lo agradece. Que la distancia tenga toda la coherencia posible ayuda.

—Qué perspicaz, *míster* —respondo.

Me mira de frente. Esos ojos pardos, oscuros cuando está serio, me estudian como si fuera una jugada táctica compleja.

—No te precipites —dice—. No tenemos prisa.

—¿Perdón? —alzo una ceja—. Eres tú el que vive diciendo que la liga no espera a nadie.

—La liga, no tu menisco.

Hay un segundo de silencio raro, algo parecido a la pausa antes de lanzar un penalti decisivo.

—Además —añade, casi en voz baja—. Prefiero esperar a tenerte a finales de febrero a que estés ya aquí, pero a medias.

Lo dice con un tono neutro que no cuela. Porque yo sé —y él también— que para finales de febrero pueden haber pasado mil cosas. Que él puede no estar aquí. Que yo puedo no llegar. Que la vida no espera a nadie tampoco.

—Claro, entrenador —digo, muriéndome un poco por dentro.

Me doy la vuelta antes de que se note. Siento su mirada en mi nuca mientras me alejo.

Ese es el problema, que incluso cuando está siendo profesional, hay una parte de mí que lo traduce todo como personal. Él dice "*no corras más*" y yo quiero entender que en realidad está diciendo "*no quiero perderte*". Cada "*ten paciencia*" podría significar "*te quiero entera para lo que venga. En el campo. En la vida*". Y me enfada. Y me enternece. Y me excita. Todo a la vez.

Por las noches, cuando el cuerpo me duele y la rodilla late después de los nuevos ejercicios, recuerdo su mano en mi cintura, su aliento en la oreja en la habitación de la casa de mi hermana.

La parte cabal de mi cerebro celebra lo que no llegó a producirse entre los dos. La otra, la que conecta con el corazón, sabe que el hueco que queda en el estómago no se llenará nunca por culpa de lo que no llegó a ser.

JON

Si alguien me hubiera dicho en diciembre que la parte más difícil de enero y febrero no iba a ser la sanción de la Federación, ni los cambios tácticos, ni los partidos encadenados, sino no tocar a Lauren Mitchell, me habría reído en su cara.

Ahora no me hace ni puta gracia.

En lo profesional, las cosas funcionan: recuperamos jugadoras, el equipo asimila mejor las ideas, Arthur y yo trabajamos como una máquina bien engrasada. Ganamos dos partidos de liga, empatamos otro, nos metemos en cuartos y luego en semis de Copa. Las estadísticas empiezan a gustarme: menos tiros en contra, mejor ocupación de zona dos, más recuperaciones en campo rival, jugadas de estrategia que salen tal como las dibujamos en la pizarra.

En lo personal, sin embargo, funciono como un adolescente haciendo prácticas de adulto. Me controlo. Me callo. Me corrijo el lenguaje. Pongo barreras por profesionalidad. Y mi cuerpo se pasa esas barreras por… bueno, por donde le apetece.

La primera vez que la veo trotar por la banda después de la lesión, me tenso como si tuviera que salir yo a cortar un contraataque. Hago un esfuerzo consciente por no llamarla por su

nombre, por no frenar el ejercicio, por no decirle que tenga cada dos pasos. La observo de reojo mientras corrijo un ejercicio de basculación al equipo. Tiene el gesto serio, concentrado, la coleta clavada alta, el braceo correcto. La rodilla responde. Ella también.

Es precioso. Y es una puta tortura.

Me mantengo en el terreno neutro que me he impuesto. Ese donde solo existe ella como recurso futbolístico, no como mujer. Pero el problema es que ya sé cómo es como las dos cosas. Y el cerebro no tiene un botón de reseteo.

A veces se me escapa.

Como cuando casi se cae del bosu y mi mano la agarró por la cintura.

Fue puro reflejo, un gesto automático de entrenador evitándole una caída absurda. Pero el tacto de su camiseta, el calor de su piel bajo la tela, la firmeza de sus oblicuos bajo mis dedos… eso no fue neutro. Eso fue una descarga directa a mi sistema. Algo difícil de disimular ante ojos bien entrenados.

La solté demasiado deprisa, probablemente.

—Más centro de gravedad —dije para disimular—. No quieras parecerte a Sam Charlton.

Ella saltó como esperaba. Es alérgica a la comparación.

Me vino bien que se enfadara un poco. La rabia es más fácil de gestionar que el temblor.

He descubierto algo en estas semanas: que la Lauren cabreada es un problema táctico y que la Lauren contenida es un problema existencial. Porque cuando no dispara hacia fuera, todo se le va hacia dentro. Y la conozco lo suficiente como para saber que eso nunca termina bien.

El acercamiento entre nosotros, ese que no llegamos a consumar, se ha convertido en una especie de tercer personaje dentro del vestuario. Nadie lo ve. Nadie lo nombra. Pero está. Se nota en cómo evitamos quedarnos solos. En cómo Nadia entra en una sala de vídeo y de repente los dos nos movemos como si nos hubieran pillado robando. En cómo ella decide sentarse siempre con otra

compañera en el bus. En cómo yo me centro en revisar informes en lugar de mirar por el retrovisor.

Estamos haciendo todo lo que se supone que hay que hacer para que no pase nada.

Y, sin embargo, lo que está pasando es que cada vez cuesta más no cruzar esa línea.

A principios de febrero, Sam me llama desde Manchester.

—¿Cómo va mi entrenador favorito? —pregunta con esa voz de presentador de televisión que se gasta cuando quiere ponerse pesado.

—Ocupado —respondo—. Tengo que ocuparme de un equipo en plena remontada.

—He visto los resúmenes. El Leyton empieza a dar miedo. Y tu capitana, ¿qué? ¿sigue cabreada o ha ascendido a un nuevo estado cuántico de enfado silencioso?

No respondo. No hace falta.

Sam se ríe.

—Sabes que esto solo va a ir a peor cuanto más lo alargues, ¿verdad?

—¿El qué?

—La tensión sexual —dice, como si estuviera comentando el resultado de la bolsa—. Y el campeonato de gilipolleces emocionales en el que estás compitiendo solo.

—No estoy compitiendo —miento.

—Claro que sí. Estás compitiendo contigo mismo para ver cuánto aguantas sin ser honesto. Con ella. Y contigo.

No tengo nada que responder a eso que no sea un insulto o una confesión. Opto por lo primero.

—Vete a la mierda.

—Te quiero, Jon —dice, y cuelga.

La noche de cuartos, cuando pasamos con ese gol de Olivia en el descuento, la celebración en el vestuario es una mezcla rara de euforia y agotamiento. Hay hasta purpurina en el suelo que nadie sabe quién ha traído. La música está demasiado alta. Arthur baila

con una rigidez encantadora. Nadia canta encima de la mesa. Keeley graba historias para sus redes.

Lauren está en un rincón, con chándal y mucha contención, sonriendo con una bebida isotónica en la mano. No es la sonrisa completa, pero es la mejor sonrisa que le he visto desde Navidad.

En un momento dado nuestras miradas se encuentran entre la gente. No dura mucho. No hace falta. Ahí está todo: orgullo, rabia, ganas, miedo. Si me moviese dos metros y medio podríamos hablar. Si habláramos más de treinta segundos quizá haríamos algo estúpido. Si hiciéramos algo estúpido, ya no habría marcha atrás.

Arthur se me acerca, se apoya en mi hombro, suda felicidad.

—Tendremos que pensar en el viaje a Liverpool —dice, gritando por encima de la música—. Everton en semis.

—Bien —respondo.

—Quiero a Mitchell en la convocatoria —añade.

Me lo lanza como si fuese una carta que ya sabe que voy a leer.

—¿Está para eso? —pregunto.

—Lo estará —dice—. Veinte minutos. Veinticinco. Cerebro limpio, piernas casi frescas. La vamos a necesitar.

Pienso en eso: en necesitarla. Profundamente cierto en lo deportivo. Profundamente peligroso en todo lo demás.

Acepto.

—Vale. Pero que Claire lo firme en sangre.

Arthur ríe.

—Tío, te juro que pensaba que ibas a decir que no.

—Yo también —respondo.

Cuando vuelvo a casa esa noche, con el eco de *Sweet Caroline* todavía vibrando en mis oídos y el cuerpo reventado, enciendo el móvil sin saber muy bien para qué.

No hay mensajes suyos.

Es justo. No los hay míos tampoco.

Me dejo caer en el sofá. Cierro los ojos.

Hay una imagen que no me saco de la cabeza: Lauren, con la camiseta del Leyton, volviendo al campo en Goodison Park, con el público medio inglés medio curioso rugiendo alrededor, con esa forma suya de pisar césped como si lo reclamara.

Y otra imagen que viene pegada: Lauren, en una cama, esta vez sin nadie vomitando al otro lado de la pared, sin excusas, sin interrupciones.

Entre una y otra va a pasar algo. O va a dejar de pasar definitivamente.

Tengo una carrera, un club, una apuesta estúpida, un futuro posible y una cantidad absurda de atracción concentrada en una sola persona.

En el fútbol lo sé leer todo: cuándo presionar, cuándo esperar, cuándo pegar, cuándo guardar.

En esto, con ella, no tengo ni puñetera idea de cuál es el momento bueno para ir.

CAPÍTULO 22
JON

Las semifinales no tienen nada de normal. No importa cuánta experiencia lleves encima, ni cuántas finales hayas jugado, perdido o sobrevivido: las semis tienen el olor —el sabor— de lo que casi es y todavía no. Y casi siempre es peor que la propia final.

Goodison Park tiene luz de tarde inglesa y un murmullo contenido en la grada, ese ruido previo al fútbol que parece como si alguien estuviera calentando un motor gigante. No está lleno hasta la bandera, pero está lleno para un partido femenino del Leyton en marzo, y para mí eso ya es un dato en sí mismo. No es solo progreso. Es una constatación.

Tenemos al Everton enfrente. Un equipo con fuerza de espíritu y laterales peligrosas. Una nueve que rompe la línea defensiva con una naturalidad que haría llorar a un central de la *Premier*. Las hemos estudiado. Nos han estudiado. Es ese tipo de duelo donde nadie sorprende a nadie y todo se decide en milímetros.

En el vestuario no se oye la música habitual. Tampoco los chistes malos. Hay una tensión eléctrica en el aire que parece más cercana a un examen que a un espectáculo deportivo.

Cojo el rotulador y marco el esquema final en la pizarra.

—Recordemos algo —digo, y no me esfuerzo en buscar dramatismo—: nadie nos ha regalado llegar hasta aquí. Ni puntos, ni respeto, ni titulares. Si hemos llegado a Goodison es porque somos más tozudas que sensacionales.

Keeley resopla una risa nerviosa. Nadia da un cabezazo afirmativo que casi le desmonta la coleta. Al fondo, Lauren escucha sin levantar la vista. No va de inicio. Fisios y cuerpo técnico coincidimos en que

sería directamente imbécil ponerla a 90 minutos. Pero está en la planilla. Y eso, para ella, es media victoria.

Casi al final de la charla nuestras miradas se cruzan un segundo. No hay guiños ni sonrisas ni épicas de documental deportivo. Solo esa sensación de saberlo que a veces se transmite sin que nadie abra la boca: hoy es día de probar la rodilla… y el corazón.

Salimos al túnel. El ruido crece. El Everton sale primero y eso no suele importar en la *Premier* masculina, pero en el femenino todavía afecta, porque deja margen para que las narrativas se construyan en detalles ridículos.

El pitido inicial nos cae encima como un portazo. El Everton arranca con presión alta y agresividad controlada. Las primeras posesiones son suyas: rápidas, tensas, con cambios de orientación buscando desbordar a nuestras laterales. Las llevo viendo en vídeo toda la semana. Las estoy viendo ahora con otra dimensión.

—Más juntas —le grito a Arthur—. Que no nos partan el medio.

Tardamos diez minutos en estabilizar la respiración. Otros diez en entender por dónde no hay que insistir. Entonces llega el robo en medio campo que parece caído del cielo: Nadia intercepta, Olivia mete cuerpo, Karen filtra, Keeley sale por dentro y abre a banda. El centro de Nadia cae al segundo palo como si estuviera teledirigido.

Gol.

0–1.

Nuestro banquillo estalla. Yo no salto, no levanto brazos, no celebro: solo cierro la mandíbula con una tensión tan absurda que oigo crujir algo en mi cuello.

—Ahora sí —murmuro hacia Arthur—. No nos dejemos ahogar.

Omito que es mentira. El Everton no se hunde cuando encaja, se vuelve más animal. Y eso es lo que ocurre. Los siguientes veinte minutos son una lección en cómo responder a un golpe. Nos meten atrás, nos quitan segundas jugadas, nos obligan a jugar incómodas.

El empate llega antes del descanso con una acción a balón parado. De esas que en una pizarra parecen inocuas y en el campo son asesinato: bloqueos limpios, cabeza libre, remate indefendible.

1–1.

El vestuario en el intermedio es una mezcla de respiraciones cortas y sudor frío. No hay histeria, pero sí frustración.

—Respirad —digo, subiendo un poco la voz—. Los partidos se pierden cuando la cabeza se encoge. Y ninguna de vosotras ha llegado hasta aquí para encogerse.

Marco dos ajustes: cerrar la banda izquierda y preparar un cambio en el minuto 60.

Miro a Lauren directamente.

—Calientas desde el diez de la segunda —le digo—. Treinta minutos como máximo. Y si intentas salvar la patria sola te saco a patadas.

Ella levanta una ceja.

—¿Y alguna indicación futbolística además de amenazas?

—Sí —respondo—. Que te acuerdes de que sabes jugar.

Arthur se ríe. Ella se limita a fruncir la boca. Pero la chispa está. La vi apagarse hace meses cuando la senté en el banquillo. Hoy vuelve.

El segundo tiempo arranca con una especie de pacto tácito entre ambos equipos: no arriesgar demasiado, pero tampoco ceder el control. Es una tensión rara, casi diplomática.

Minuto cincuenta y ocho. Hago el cambio.

—Mitchell.

Ella ya está en la banda antes de que termine de pronunciar su apellido. Sale por una interior y se coloca unos metros por delante de la defensa, como eje y como interruptor. No hace falta explicarle su función, porque ella ha nacido para esa zona.

El primer balón que toca es un giro fácil, un pase sencillo. Nada espectacular, pero cambia la actitud de todas. Tener a alguien que quiere la pelota cuando quema es un acto de fe para un equipo. Sobre todo cuando las piernas pesan.

La rodilla aguanta.

No sé si yo aguanto.

El Everton empieza a notar que no puede correr siempre hacia delante. Y cuando por fin se atreven otra vez a morder, llega el error que esperábamos: transición mal calculada, dos jugadoras del Everton persiguiendo la pelota en vez de la jugada. Lauren filtra un pase vertical imposible de enseñar en un entrenamiento.

Keeley rompe por dentro, llega escorada, define cruzado.

Gol.

1–2.

Nuestra esquina del estadio se vuelve una combustión espontánea. Banderas, saltos, bufandas y un grito colectivo que parece sacado de otra liga.

Los últimos minutos no son fútbol, son supervivencia. Despejes feos, líneas hundidas, Arthur perdiendo quince años de vida desde la banda, jugadoras cayendo en cada choque, y un árbitro que decide añadir cuatro minutos como si no hubiera visto el partido.

Cuando el pitido final por fin llega no siento alivio. Siento… silencio interior. Como si alguien hubiese cerrado por dentro las persianas para que el cuerpo procese lo ocurrido.

Hemos alcanzado la final de Copa.

Joder, estamos en la final.

El Leyton, ese club que hace meses luchaba por no descender, va a Wembley.

Y no nos lo han regalado. Lo hemos construido.

Las jugadoras celebran en el césped. Lauren recibe un placaje de felicitación que casi me provoca un infarto cuando la veo caer de rodillas. Pero se incorpora riéndose, rodeada de media plantilla. Todo en ella parece vibrar, empezando por el orgullo.

Yo me quedo quieto un segundo, sin mover un músculo, y casi puedo escuchar el clic interno que anuncia que algo más grande se ha puesto en marcha. Puede que sea deportivo. Puede que no.

Muy pocas noches cambian cosas. Esta va camino de hacerlo.

LAUREN

El pitido final debería haber sonado como una liberación, pero en mi pecho no suena a eso. Suena a algo más denso, más antiguo, más parecido a recuperar el aliento después de haber estado bajo el agua demasiado tiempo.

Final de Copa.

Wembley.

El Leyton en Wembley.

Y yo, de pie.

No perfecta ni entera, tampoco sin miedo. Pero de pie.

Cuando Keeley me abraza, noto el sudor caliente en su cuello y el temblor leve de la adrenalina que se niega a abandonar el cuerpo. Nadia viene detrás, me levanta literalmente por la cintura como si pesara doce kilos y me zarandea de un lado a otro.

—¡has vuelto, tía! —me grita en la oreja—. ¡Has vuelto de verdad!

No sé si habla del partido o de algo mayor. O quizá del lugar al que solo vuelven los que han estado fuera demasiado tiempo.

Pregunto por la rodilla antes de que nadie más pueda hacerlo. No en voz alta, sino con ese chequeo automático que los fisios crean en la cabeza de una. Flexión. Extensión. Percepción. Dolor.

Molestia. No dolor.

Arthur aparece a mi lado, con el mismo sudor que el resto y la misma luz de enfermo del fútbol en los ojos.

—Diez minutos y ya estabas marcando pausas —dice—. No estaba preparado para que fuera tan fácil.

—No ha sido fácil —respondo.

—Pues lo parecía, capitana —corrige.

No sé si es un cumplido o un diagnóstico, pero me lo guardo igual porque algo dentro de mí vibra.

Cuando se empieza a vaciar el campo, me dejo caer en el césped, apoyada en las manos. El olor a hierba, a corte reciente, a caucho del taco quemado me golpea con una nostalgia casi insoportable.

Era esto.

Era esto lo que echaba de menos.

No era el balón. No era el pase. No era ni siquiera el fútbol.

Era competir.

Y competir es una bestia que no acepta sustitutos posibles.

El vestuario después de una semifinal ganada no es un lugar lógico, y quizá por eso se parece tanto a la felicidad cuando no intenta justificarse. Funciona como un ecosistema propio, un zoológico maravilloso en el que nadie está del todo cuerdo y a nadie parece importarle demasiado.

Alguien ha puesto música desde un altavoz pequeño que distorsiona los graves y convierte cualquier canción en una versión irreconocible de sí misma. Keeley baila sin ritmo, pero con una convicción que no admite réplica.

—¡Esto cuenta como coreografía oficial! —grita, señalándose los pies.

—Cuenta como atentado —le responde alguien desde las duchas.

Nadia reparte toallas a quien no las ha pedido. Una de las juveniles que ha viajado y jugado con el equipo llora con la camiseta todavía puesta y el pelo pegado a la cara, repitiendo que no se lo puede creer como si acabara de recibir un sacramento.

—Respira —le dice Nadia, plantándole una toalla en la cabeza—. Que no te la van a quitar.

Yo me siento en el banco, todavía con la rodillera puesta, y tengo la sensación extraña de que, si me la quito demasiado rápido, algo importante se va a escapar por los bordes, como un hechizo mal sellado. Apoyo los codos en las piernas y bajo la cabeza un segundo. No para esconderme. Para quedarme.

Jon y Arthur piden permiso para entrar, y cuando ya no queda nadie en las duchas, se lo concedemos. Entran entonces y Arthur chasquea los dedos. La música baja de volumen sin que nadie se plantee desobedecerle. Nadie levanta la voz.

—Bien —comienza Jon—. Muy bien, chicas. Habéis hecho un grandísimo trabajo ahí fuera. Os habéis ganado la final.

El vestuario estalla. Gritos, silbidos, botellas de agua chocando como si fueran copas.

Arthur interviene entonces, quitándose la gorra y levantando las dos manos.

—Pero todavía no hemos ganado nada.

El silencio cae de golpe. No es un silencio impuesto. Es uno aprendido.

—Nos terminamos de duchar, comemos, descansamos. Mañana vídeos. Pasado, plan. Nada de volverse idiotas hoy. Celebraciones pequeñas ahora para tener celebraciones grandes después.

—¿Ni siquiera una idiotez moderada? —pregunta Keeley.

Arthur la mira un segundo.

—Idiotez estratégica —concede—. Dos minutos.

La gorra vuelve a su sitio. Se va sin esperar aplausos. Nadie se los da. No se aplaude lo que es verdad. Jon lo sigue después de dedicarnos una mirada apreciativa que se detiene un segundo de más sobre mí.

Me quito la camiseta despacio, casi con cuidado. El sudor frío me baja por la espalda cuando la tela se despega de la piel y me recuerda que el cuerpo no entiende de épica.

En la ducha, el agua está demasiado caliente, de esa que hace arder cosas que todavía no sabes que duelen. Apoyo la frente en la baldosa y cierro los ojos.

—¿Todo bien? —pregunta alguien desde la otra punta.

—Todo en su sitio —respondo.

El agua corre desde la nuca hasta la rodilla. La noto. Late. Reclama presencia.

Antes, esa sensación habría sido una amenaza.

Hoy es una señal.

Estoy aquí.

Me estoy permitiendo estar aquí.

En el bus la celebración cambia de forma. No es ruido lo que hay, es electricidad contenida. Las jugadoras hablan en un volumen que parece pactado. Se comentan jugadas, se imitan voces de comentaristas, se exageran fallos para reírnos todas juntas.

—¿Habéis visto mi despeje? —dice una desde atrás—. Arte contemporáneo.

—Eso era un pase a otra dimensión —contesta otra.

Nadia se inclina hacia mí, masticando una barrita energética como si fuera chicle.

—Vale, capitana —dice—. Informe médico no oficial.

—La rodilla molesta un poco, pero no grita.

Nadia asiente con la solemnidad de alguien que acaba de emitir un diagnóstico internacional.

—Entonces está de puta madre.

Apoya la cabeza en mi hombro.

—Despiértame si ganamos la final —murmura.

—Eso va a requerir cooperación —le digo.

No responde. Ya está dormida.

Miro por la ventana mientras el bus atraviesa Liverpool. Las luces comerciales, los pubs a medio llenar, el cielo que a estas horas ya no negocia. Me sorprende darme cuenta de que no estoy pensando en el partido. Ni en el resultado. Ni siquiera en la rodilla.

Estoy pensando en él.

En cómo me miró desde la banda cuando hice el primer giro. En cómo apretó la mandíbula en la jugada del segundo gol. En el silencio extraño que se abrió entre los dos cuando nuestras miradas se cruzaron en mitad del ruido.

Y eso sí da miedo.

Porque a competir se aprende.

Pero sentir… sentir no tiene manual.

En el hotel nos asignan las habitaciones. Estamos en dos plantas: jugadoras en la superior, cuerpo técnico en la inferior. Una casualidad logística que no sé si agradecer o maldecir.

Abro la puerta de la habitación que me ha tocado con Nadia. Dos camas, dos mesillas, un armario, una lámpara fea que parece comprada con prisa y un baño con más presión de lo esperado. Lo mínimo para dormir. Lo suficiente para no pensar.

Nadia entra detrás de mí, tira la mochila en una esquina y cae boca abajo en su cama sin quitarse ni el sujetador deportivo.

—Si no me despierto en tres días —murmura—, avisa a emergencias.

No contesto porque ya está dormida. Me siento en mi cama y respiro hondo. Intento escuchar a mi cuerpo y esa parte de mí reclama algo urgente: bajar el ritmo.

Me pongo las chanclas, cojo la llave de la habitación y bajo al hall de entrada. Hay una máquina que hace infusiones de menta que saben a menta solo si tienes mucha fe, así que paso de largo y llego al bar.

El hall está casi vacío. Dos recepcionistas miran un ordenador y un turista solitario se pelea con el mapa de la ciudad como si le debiera dinero. El tipo del bar me sirve la infusión y me desea buenas noches con ese acento del norte que suena siempre a familia.

El té está hirviendo, así que no puedo llevármelo a la habitación todavía. Me siento en un sofá del hall y espero. Escucho mis propios latidos. No deberían sonar así después de un partido. No deberían ser tan rápidos. No deberían estar tan cargados de algo que no tiene nombre táctico.

Cuando por fin puedo beberme la menta, lo hago de un trago, la apuro y me levanto para ir a tomar el ascensor. Pulso el botón. La luz se enciende. Las puertas se abren.

Y ahí está.

Jon.

Con la cazadora abierta, el pelo mojado y la mandíbula tensa al darse cuenta de que soy yo quien va a coger ese ascensor.

En lugar de salir, que es lo que espero que haga, parece cambiar de opinión y se queda dentro, esperando a que yo entre.

Nuestros ojos chocan en un plano donde el mundo se queda fuera del ascensor por decreto.

Él no sonríe.

Yo tampoco.

Pero algo se mueve.

No en el ascensor.

En mí.

En él.

En ese punto invisible donde dos personas que llevan meses esquivándose por fin se dejan de mentir sin decir una palabra.

—Buenas noches —dice él.

—Buenas —respondo.

Las puertas se cierran.

Y subimos.

JON

Verla parada cuando las puertas del ascensor se abren en la planta baja hace que me olvide hasta de mi necesidad a salir a tomar el aire. No poder dormir teniéndola tan cerca —a una planta de distancia— es asumible. No poder moverme de este maldito ascensor solo por tenerla a medio metro es lo único que me hace falta para enloquecer del todo.

No hay apenas espacio para las palabras en lo que tarda el ascensor en subir seis plantas. Solo sé que no quiero decir cosas que puedan estropear más lo que sea que hay entre nosotros, esta clama extraña que nos tiene colgados de un limbo, pero tampoco sé qué hacer para avanzar y dejar de hacernos reproches solo con la mirada.

Las puertas del ascensor se abren en la sexta planta.

Yo salgo.

—Buenas noches, Mitchell —repito mi saludo ahora a modo de despedida, entre aliviado por no haberme enfrentado a nada e igual de frustrado que hace unos minutos, cuando decidí bajar a la calle a desahogar mis inquietudes.

Ella no contesta y noto cómo la puerta comienza a cerrarse detrás de mí. Estúpidamente me siento tan a salvo como perdido.

El ascensor se cierra del todo, escucho el motor, el silencio.

—No vas a seguir huyendo de esto —dice su voz a mi espalda, cortante como una tarjeta roja directa—. No esta vez. No otra puta vez.

Me doy la vuelta y levanto la vista. Los ojos le brillan. No por pena. Por furia.

—No estoy huyendo de nada. No estoy haciendo nada —respondo.

—Exacto —escupe—. No estás haciendo nada. Llevamos meses de nada. Silencios. Distancia. Mensajes sin enviar. Miradas tiradas a la basura. Felicidades, *míster,* eres el campeón mundial de no hacer nada.

La mandíbula se me tensa. Se me tensa desde sitios que no admito ni en terapia.

—Tú me lo pediste —digo.

Ella se ríe. Un sonido afilado, sin humor.

—Te pedí espacio. No pedí te pedí que me dejaras sola.

—Necesitabas recuperarte.

—No necesitaba que me trataras como si fuera de cristal —dice, acercándose un paso—. Me he roto cosas peores que una rodilla.

—No quería romperte yo también.

—Pues enhorabuena —responde—, porque me rompiste igual.

Eso me cala. No por la frase, sino porque no vacila al decirla.

—No era mi intención.

—Pues no se notó —dice—. Porque mientras yo intentaba volver a andar sin parecer un robot, tú estabas haciendo maratones de huida olímpica.

—Yo no hui.

—¿Cómo coño llamas a esto? —levanta el brazo, señalando el pasillo, pero está señalando más que el pasillo—. ¿A meses de hacer como si no hubiera pasado nada en casa de mi hermana? ¿Como si no hubiéramos dormido juntos? ¿Como si no hubieras estado donde estabas cuando…?

Calla. No termina la frase. El resto lo dice su respiración.

Subo el volumen porque ya está todo ardiendo.

—¡No sabía cómo quedarme!

—¡Pues aprende! —responde rápido, como si lo hubiera pensado durante semanas—. Porque te juro que prefiero cien veces un desastre que se queda a tu lado antes que alguien que desaparece cuando las cosas se ponen serias y se convierten en verdad.

Eso me rasga algo por dentro. Me defiendo. Mala señal. Solo se defiende quien ya está herido.

—No eres fácil, Lauren.

—¿Y tú sí? —responde al instante—. Crecí en un hogar disfuncional, me lesioné a los veinticinco, perdí dos años de carrera y volví porque soy terca. No estoy aquí para ser fácil. No estoy aquí para que me protejan. Y desde luego no estoy aquí para que me dosifiquen.

Las palabras chocan contra mi pecho. No hay oxígeno suficiente en este jodido pasillo.

—No sabía si querías que estuviera —digo.

—Lo sabía todo el mundo menos tú.

—Me dijiste que me fuera.

—Te dije que te fueras ese día. No que te fueras para siempre y me dejaras sola.

La rabia sube. No solo en ella. También en mí.

—Pues parecía que eso era precisamente lo que querías.

—Pues haber preguntado —dispara—. Siempre preguntáis que si línea de tres, que si presión alta, que si doble pivote… pero cuando se trata de preguntar *¿qué demonios necesitas de mí?*, ahí sí que os quedáis mudos.

Eso me revienta por dentro. Y lo peor es que tiene razón.

—No sabía qué hacer contigo —digo, y no es una excusa, es un desgarro—. No sabía si eras mi jugadora, mi herida o mi… —paro ahí. No termino. Ni falta hace.

Ella sí lo termina.

—Persona —dice con rabia—. Era tu persona, joder.

El silencio después de eso no es vacío. Es gasolina.

La veo apretar los puños, frustrada. Tiembla. Pero no por debilidad, por intensidad.

—No me mires así —digo, porque la forma en la que me mira no es sana, no es prudente, no es nada que pueda resolverse con estrategia de partido.

—Nunca me has dicho cómo quieres que te mire.

—Como si fuera humano —escupo.

—Entonces compórtate como tal —devuelve.

La distancia entre ambos ya no es distancia. Es fricción.

—Estoy aquí, ¿no? —digo.

—Llegas tarde —responde—. Meses tarde.

Y ahí explota.

Yo quiero decir que lo sé. Quiero decir que lo siento. Quiero decir que no sabía cómo no joderlo todo con ella.

Pero lo que digo es:

—No voy a irme.

Ella sonríe. No es amable. Es peligrosa.

—Más te vale —dice—. Porque no pienso ser la única que pelea en esto.

—¿Y qué es *esto*? —pregunto.

—Lo que sea que llevas intentando no mirar desde la puta Nochebuena.

Hay un segundo en el que ninguno respira.

No porque nos falte el aire, porque el aire estorba.

Y cuando la beso no es suave, no es bonito, no es cine francés. Es choque. Son preguntas sin responder. Es frustración convertida en boca.

Ella muerde. Yo tiro. Ella empuja contra la pared. Yo respondo.

Es visceral. Es demasiado tiempo acumulado. Es dos personas que no saben pedir bien, pero saben reclamar perfectamente. Lo jodido es que nada de esto empieza en el deseo, empieza en la rabia. Del tipo bueno. Del tipo que solo aparece cuando te importa.

Y por primera vez desde diciembre, nadie se guarda nada.

La llave tiembla en mis dedos cuando la paso por el sensor. No estoy nervioso, pero hay un límite de control que uno puede sostener antes de que el cuerpo reclame mando. La luz del pasillo parpadea, la tarjeta pita, la puerta cede.

No le abro espacio. Ella lo ocupa sola, empujándome apenas con el hombro al entrar, como si el recado fuese: *no empieces a pensar ahora*.

La habitación está en penumbra. La levanto y vuelvo a apoyarla contra la pared, mi cuerpo lo decide antes que mi cabeza. Ella se aferra a mi cuello. No hay teatro. No hay coreografía. Solo esa urgencia que tienen las cosas que llegan tarde.

—No deberíamos —digo en un susurro contra su boca. El último intento de cordura.

—Siempre dices eso cuando ya deberíamos —responde en el mismo tono íntimo.

La beso. No como en el pasillo. Esta vez es algo que lleva meses buscándose un agujero por donde escapar. Ella me muerde el labio inferior, apenas, y juro que me quedaría a vivir ahí si me lo pidiera.

—No vuelvas a dejarme sola en mitad de algo —reclama entre beso y beso.

—No vuelvas a pedirme que desaparezca —respondo sin aire.

Sus dedos entran bajo mi camiseta, rápidos, determinados. Mi respiración le roza el cuello. Ella huele a partido, a victoria, a miedo bien llevado. A la clase de persona que no sabe hacer las cosas a medias.

No la desnudo. Eso sería metódico. Le quito la ropa como quien se deshace de un obstáculo innecesario. Ella hace lo mismo conmigo. No hay vergüenza. No hay pausa. No hay duda. Hay una urgencia que por fin se ha quitado la correa.

Nos caemos sobre la cama sin la elegancia que el cine insiste en vender. Ella sobre mí primero. Yo sobre ella después. No sabría decir quién manda en qué momento. La intensidad no cae porque ninguno estamos dispuestos a permitirlo.

No hay conversación. Hay respiraciones. Las suyas cortas, rápidas, con esa vibración grave que siempre precede a lo que más teme admitir. Las mías más lentas, más controladas, hasta que dejan de serlo. En algún momento me agarra del cuello para acercarme más. No sé cuándo, pero la dejo hacer.

No nos separamos. No inmediatamente. Ella tiene la cabeza en mi clavícula y el pulso todavía acelerado. Yo tengo una mano en su espalda y otra en su pelo, como si mi cuerpo hubiera decidido por fin admitir lo que mi cerebro llevaba semanas intentando razonar sin mucho éxito.

—Joder… —dice ella en voz baja.

—Totalmente —respondo sin ninguna inteligencia.

Ella apoya la frente en mi clavícula y lo dice tan bajo que casi parece pensado en lugar de hablado:

—Esto no tenía que haber pasado así.

—No tenía forma fácil de pasar —respondo.

No sé si es verdad, pero suena a verdad. Y a veces eso basta.

LAUREN

Cuando abro los ojos lo primero que siento no es dolor ni miedo ni vértigo. Es calor.

El de la sábana todavía tibia.

El de la piel que recuerdo hace minutos —o siglos— pegada a la mía.

El de la respiración de alguien que duerme demasiado cerca para ser casual.

Solo que ahora no está.

Parpadeo un par de veces, intentando ordenar dónde estoy. El techo desconocido, el olor del detergente del hotel, la luz azulada del amanecer filtrándose por una rendija de la cortina. Todo eso se acomoda como piezas de un rompecabezas que solo tiene sentido después de una noche así.

Jon no está en la cama.

Escucho el sonido del agua correr desde el baño.

Me incorporo un poco y me paso una mano por la cara. No hay maquillaje, no hay máscara. Solo algo que se parece demasiado a estar en paz y que me da un poco de miedo admitir.

Pienso, con una lucidez absurda, que esto se parece un poco a tenerlo todo. No la vida entera. Solo… una habitación caliente, una ducha sonando, un hombre que no huye, y una parte de mí que por fin ha dejado de defenderse.

Me inclino para coger el vaso de agua que está en la mesita de él. No lo alcanzo. Miro la hora en su móvil porque el mío está en la otra habitación.

Y justo cuando lo hago, la pantalla se enciende.

Un mensaje aparece.

Sam — 02:41

"Joder, Johnny, cuando te apostaste al Leyton no sabía que le ibas a poner este nivel de emoción."

No siento el golpe en la cara, lo siento en medio del estómago. Luego en la garganta. Luego en ese punto exacto entre las costillas que solo duele cuando es algo importante.

Las palabras no me llegan en calma, sino como un impacto: *te apostaste al Leyton*.

Mi cerebro, que siempre ha sido brutalmente eficaz seleccionando opciones bajo presión, hace lo que mejor sabe: va a lo peor posible.

Apuesta.

Juego.

Y yo… parte del decorado.

Me quedo quieta. Tanto que podrían confundirme con una estatua si no fuera porque el corazón me está reventando el pecho como si quisiera escaparse antes que yo.

La ducha sigue sonando en el baño, y mi cabeza ya ha tomado una decisión.

No lo pienso mucho ni me quedo a hacer preguntas. Busco mi ropa en silencio, la recojo del suelo, de la silla, del respaldo. No hago ruido. No miro al baño. No miro la cama.

No quiero que él salga con el pelo mojado diciendo mi nombre en ese tono que desarma. No quiero explicaciones envueltas en esa voz baja que lo arregla todo. No quiero la versión amable de algo que ya me duele demasiado.

Me visto deprisa y salgo corriendo.

El pasillo del hotel está en silencio. Ese silencio que solo existe en los hoteles cuando aún no hay desayunos ni turistas ni vida.

Mi habitación está en la planta de arriba. Aprieto el botón del ascensor. En cuanto las puertas se abren, entro. No miro mi reflejo en el metal pulido. No quiero verme ahora. No quiero confirmar lo obvio, que tengo la cara de alguien que acaba de ganar una semifinal… y perder otra cosa.

Cuando abro la puerta de la habitación, la lámpara de la mesita está apagada. Pero Nadia se despierto cuando entro, porque lo hago con la poca delicadeza de un elefante en una cacharrería. Se incorpora al escucharme entrar, parpadeando como si yo fuera un visitante de otro planeta.

Nadia parpadea un par de veces y luego me observa con esa precisión suya que siempre he envidiado. Ella nunca mira para ver, lo hace para entender. Y eso es peor, porque nadie quiere ser entendida cuando está en modo huida.

—¿Qué ha pasado? —pregunta—. Y no me digas que nada, porque tienes la cara de alguien a quien le acaban de mover el suelo bajo los pies.

No sé si es la lucidez o el cansancio, pero la frase me desmonta el intento de contención que llevaba armando desde el ascensor.

Me siento en mi cama, como si hubiera un protocolo invisible sobre de qué lado del mundo se lloran estas cosas. Me apoyo con los codos en las rodillas, las manos entrelazadas, la mirada clavada en la moqueta barata del hotel.

Nadia no repite la pregunta, ni se acerca aún. Me da el espacio que necesito porque me conoce y sabe que justo eso es lo que necesito. Es la primera vez en días que siento que alguien ha entendido la naturaleza exacta del daño: no invasivo ni inmediato,

pero profundo. De esos que no hacen sangre pero dejan esquirlas por dentro.

—Jon —digo al final.

Nadia asiente. Ni sorpresa ni escándalo ni juicio. Solo un asentimiento que reconoce que esa palabra, ese nombre, abre un archivo del que ella ya sospechaba su existencia.

Inhalo, muy hondo, y entonces empiezo.

No hay estructura en mi relato, ni orden ni concierto, voy saltando en el tiempo como si mi memoria fuese un documental mal montado: diciembre, el banquillo, el túnel, el puñetazo, la nieve, la rodilla, Pat, el estadio lleno, el ascensor, la habitación, la cama, el mensaje.

El horror del mensaje.

Las frases salen torcidas, para nada poéticas. Me salen absolutamente torcidas, como si estuviera intentando contar algo que me pasó hace años, no hace minutos. Al final, extenuada, siento sus brazos alrededor de mi cuerpo, consolando de una manera que solo podría encontrar en ella.

—Me he sentido… idiota. No por acostarme con él. Por creer que… —contengo un sollozo— por creer que era algo. Que era una cosa que tenía forma. Que no era un error táctico. Ni adrenalina. Ni… —suelto algo que parece una risa sin humor— ni motivación extradeportiva.

Nadia no me interrumpe ni para pedir precisión. Espera. Y eso me permite seguir.

—He leído el mensaje. Ni siquiera lo estaba buscando, yo no quería cotillear, joder, no lo estaba espiando. Solo miré la hora en su móvil porque el mío estaba aquí. Y ahí estaba. El mensaje. Esa mierda de mensaje.

Me froto los ojos con los dedos, que me arden, porque las lágrimas llevan rato esperando turno.

—Nadia. ¿Sabes lo que duele ser una apuesta? Ni siquiera perderla. Serla.

Ella estrecha aún más el abrazo cuando nota que ya no estoy hablando para convencerla, sino para no ahogarme.

—¿Y habéis hablado? —pregunta con voz neutra.

Niego con lentitud.

—No. No podía. Si lo escuchaba explicarlo, si le daba la oportunidad de ponerlo bonito, igual me quedaba. Y no podía quedarme. No justo después de… eso, de estar juntos de esa manera tan...

No digo *íntima,* no hace falta. La frase queda flotando con todas sus capas: deseo, rabia, alivio, vulnerabilidad, miedo.

Ella me suelta, me contempla unos segundos y limpia la primera lágrima que se me escapa de los ojos. Es ese gesto —no el mensaje, ni Jon, ni la apuesta, ni el hotel— el que me quiebra del todo.

Las lágrimas no bajan ordenadas como en el cine. Caen torpes, manchando la sudadera y manos, que tratan de borrarlas. Me sale un sonido agudo que intento contener con la boca cerrada. Y cuando me quedo sin aire, abro la boca y respiró como si acabara de salir a superficie.

—Ey —susurra Nadia, ajustando el abrazo—. Estoy aquí. Sigue.

Y sigo.

Porque no puedo no hacerlo. Porque alguien por fin está dejando que hable sin tener que ganar nada. Sin que me exija concentración o valentía o frialdad o que no haga ruido. Hablo de lo que sentí desde el maldito día de la resonancia. De la rabia de querer volver al campo. De la rabia de quererle a él. De lo absurdo que es querer dos cosas que parecen tirar de ti en direcciones contrarias. De lo injusto que es que cuando por fin te permites algo, te lo revienten con una palabra.

Cuando me quedo sin voz, no sin historia, Nadia respira hondo y entonces habla:

—No sabía los detalles —dice—. Pero sabía esto.

Me aparto apenas para mirarla, no para discutirla.

—Lo vuestro —continúa—. Llámalo como quieras. Química. Atracción. Vínculo. Una forma rara de reconoceros. No sé. Pero

estaba. Se veía desde fuera. No tienes idea de lo fácil que era ver cómo te buscaba con los ojos cuando te lesionaste. O cómo tú le escuchabas respirar cuando estabais en el mismo puto pasillo. Lo que sea que tengáis es de esas cosas que no son discretas. Aunque lo intentes.

Se me encharcan otra vez los ojos. No porque me guste lo que dice. Porque lo dice como si lo hubiese sabido antes que yo.

—Pero ahora mismo duele —añade—. Y cuando duele, no sirve de nada que sea bonito. A veces lo bonito duele más que lo malo.

Ahí me destroza.

Las lágrimas vuelven. Más silenciosas. Más limpias. Ya no con rabia. Con pena. Con esa pena que te da cuando entiendes algo demasiado tarde.

Nadia me acuna un poco contra ella. No exageradamente. No lo hace como si fuera mi madre, lo hace como compañera de vestuario que ha visto suficientes rodillas abrirse, suficientes sueños torcerse y suficientes personas fallarse a sí mismas como para saber que lo único que sirve en ese punto es sostener. También, como mi amiga. Mi mejor amiga.

—¿Estás mejor? —pregunta después de un rato.

Yo trago aire, inspiro y busca la respuesta exacta a una de las preguntas más complicadas que creo me han hecho jamás.

—No lo sé. De momento solo intento no morirme de pena.

Ella no me dice que no exagere. No me dice que no voy a morirme. No hace bromas sobre finales o títulos o periodistas o rodillas. Solo asiente y aprieta un poco el brazo.

—Pues entonces esta hoy te acompaño para sobrevivir la pena. Mañana podemos hacer lo que toque: rabia, venganza, estrategia, silencio. Pero hoy pena. Hoy sí.

Me río por la nariz. Nada elegante, pero algo se despega dentro del pecho. Algo se afloja.

Nos tumbamos, aunque no dormimos. Solo nos quedamos ahí, dos mujeres en una habitación de hotel demasiado fría para una semifinal ganada. Una llorando por un hombre al que no sabe cómo

soltar y la otra haciendo guardia emocional para que no se desmorone del todo antes de Wembley.

Y por raro que suene, eso —esa guardia— basta.

CAPÍTULO 23
JON

Despertar sin saber qué hora es nunca ha sido un problema para mí. El cuerpo siempre se encarga: seis, siete de la mañana, máximo. Años de entrenamientos, vuelos, partidos, ruedas de prensa. El reloj interno no falla.

Despertar sabiendo que ella no está, sí.

Abro los ojos con esa conciencia previa que no viene del sueño, sino de lo último que recuerdas antes de que el cuerpo decidiera apagarse. La cama está fría a mi lado izquierdo, exactamente como esperaba que estuviera. Giro la cabeza. Sábana revuelta, hueco claro, almohada marcada. No hay ropa en el suelo que no sea mía. No hay calcetín perdido. No hay coletero olvidado en la mesilla.

Solo ausencia confirmada.

Anoche no desapareció sin más. Se fue mientras yo estaba en la ducha. Lo sé porque el vapor todavía empañaba el espejo cuando salí, porque su lado de la cama ya estaba vacío y porque había ese silencio particular que no se parece a nada más: el de alguien que se va sin hacer ruido para no tener que explicarse.

Recuerdo haberme quedado quieto un segundo, con la toalla colgándome del cuello, escuchando un pasillo que ya no sonaba a hotel sino a despedida. No pensé en lo que habíamos hecho. Pensé en lo que no habíamos terminado de decirnos.

Me vestí despacio. Pensé en salir tras ella. Pensé en bajar al lobby, en llamar a su puerta, en hacer algo que pareciera una reacción. No lo hice.

No porque no quisiera.

Porque no eran horas y porque no era el modo.

Y porque he pasado demasiados años confundiendo insistencia con presencia, y no iba a cometer el mismo error otra vez.

Dormí. Mal, pero dormí. Con esa vigilia intermitente que no descansa, pero tampoco huye. Antes, en situaciones así, habría llenado la noche de movimiento inútil: mensajes, llamadas, decisiones precipitadas. Esta vez no. Esta vez me quedé. No para rendirme, sino para no estropearlo del todo.

Ahora está aquí la mañana. Y ella no.

Busco el móvil en la mesilla. Son las 06:39. Y tengo una notificación en la pantalla, ya leída:

Sam — 02:41

"Joder, Johnny, cuando te apostaste al Leyton no sabía que le ibas a poner este nivel de emoción."

El mensaje no lo leo ahora; lo recuerdo. Lo mandó anoche, cuando yo ya no estaba para pantallas. Solo que ahora sé algo que entonces no sabía: el móvil estaba aquí, en mi lado. Y ella lo ha visto. Ha visto esto.

No hace falta demasiada imaginación para unir los puntos.

Trago saliva.

Si lo ha visto, lo ha entendido al revés. Y si lo ha entendido al revés, ahora mismo cree justo lo contrario de lo que es.

Cierro los ojos un momento, apoyando la frente en la mano. Me concedo diez segundos. No arreglan nada, pero al menos ordenan la respiración.

Pienso en escribirle.

Pienso en no hacerlo.

Lauren, puedo explicarlo.

Lauren, no es lo que parece.

Lauren, la apuesta funciona justo al revés.

Escribo: *¿Dónde estás?*

Lo borro.

Escribo: *Tenemos que hablar.*

Lo borro también.

El problema de ser entrenador es que te acostumbras a pensar que las palabras solucionan cosas. Charlas tácticas. Discursos. Ruedas de prensa. Durante años, cuando algo empezaba a arder, yo cambiaba de ciudad, de equipo o de objetivo. Hoy no.

Hoy tengo la sensación muy clara de que cualquier cosa que escriba va a empeorar la jugada. Y que, por una vez, quedarse quieto no es huir.

Aún así, me visto y salgo de la habitación.

El pasillo del hotel tiene ese aire raro de aeropuerto fuera de horario: moqueta, puertas cerradas, máquinas de hielo que nadie usa. El ascensor tarda mil años en llegar a mi planta. Cuando por fin se abre, me veo en el reflejo del metal: pelo todavía revuelto, sudadera del club, cara de tío que ha ganado una semifinal y ha perdido algo que no sabe nombrar.

Planta 7. Habitación de Lauren.

Llamo.

Nada.

Llamo otra vez, un poco más fuerte. Oigo movimiento dentro. Un suspiro. Una palabra amortiguada que podría ser un insulto o un simple *ya voy.*

La puerta se abre un palmo. Lo justo para ver el ojo izquierdo de Nadia y el borde de su rizo más cercano.

—Oh —dice ella.

No lo dice de forma agradable, tampoco con alivio. Es una palabra que certifica lo que se imaginaba que pasaría.

—Quiero hablar con Lauren —digo. Me oigo la voz más baja de lo normal.

Nadia apoya el cuerpo contra la puerta como si fuera una central protegiendo el balón.

—No es un buen momento.

—Eso no lo decides tú.

Levanta una ceja. Lo hace tan bien que por un segundo entiendo por qué la defensa rival se hace pequeña cuando la tiene enfrente.

—Te sorprendería la cantidad de cosas que decido yo en esta habitación —responde—. Y una de ellas es que ahora mismo no puedes verla porque ella no quiere verte.

Me trago la primera réplica que sale. Aprieto los nudillos y respiro, dejo que la respiración calme los latidos desatados de mi corazón.

—Al menos déjame… —empiezo.

—No —me corta—. Anoche se quedó sin voz. Hoy hablo yo.

Aprieta un poco más la puerta. Podría empujarla, pero no lo hago. No porque no tenga fuerza, sino porque sería cruzar una línea que no pienso cruzar nunca.

—Nadia —digo, masticando su nombre—. Sé que has oído una versión de todo esto. Es normal. Pero te juro que…

—No me jures nada a mí, *míster* —responde, más blanda, pero igual de firme—. Yo no soy la que está rota ahora mismo.

Lo dice, y por algún motivo me revienta más que cualquier crítica de prensa.

Desde dentro llega un ruido tenue. Un movimiento de sábanas. No palabras. Solo vida.

Sé que Lauren está ahí. Sé que me oye. Sé que ha decidido no venir a la puerta. Y, por primera vez en mucho tiempo, respeto una decisión que me destroza.

—Díselo tú —murmura Nadia, dando un paso atrás—. Yo no voy a hacer de filtro. Pero tampoco te voy a abrir.

La puerta queda entreabierta. Un hueco mínimo. Lo suficiente para que el sonido pase. No lo suficiente para colar el cuerpo.

Me acerco un poco más.

La moqueta amortigua mis pasos; el corazón no amortigua nada.

—Lauren —digo.

Nada.

No hay respuesta. Pero sé que está al otro lado. No sé cómo, pero lo sé. Es esa intuición extraña que te permite ver un desmarque antes de que suceda.

Me aclaro la garganta.

—Sé que ahora mismo me odias —empiezo—. Y está bien. Quédate con eso un rato si lo necesitas.

El pasillo se queda aún más quieto. Hasta Nadia deja de respirar.

—Pero no me estoy yendo —añado—. No esta vez.

No es una promesa de película. No es bonita. No viene con música. Es solo un hecho: no voy a desaparecer porque duela. Ni porque la haya cagado. Ni porque vaya a perder más de lo que gano quedándome.

Me aparto un paso. No intento abrir ni tampoco intento rogar. No intento explicar lo inexplicable a través de una puerta casi cerrada.

—Estoy en mi habitación —añado, al final—. Búscame cuando quieras gritar, cuando quieras pegarle a alguien o cuando quieras no hablar. Cualquiera de las tres cosas se me da bien.

Silencio.

Luego, desde dentro, el sonido mínimo de algo que podría ser un movimiento hacia el baño. O hacia la cama. O hacia cualquier sitio lejos de la puerta.

Nadia, desde el hueco, me mira. No sonríe. Pero tampoco me fulmina.

—Ya lo ha oído —dice.

Asiento.

No sé si he arreglado algo. Pero tengo claro que, por primera vez en demasiado tiempo, no he salido corriendo del incendio.

Regreso al ascensor con la sensación exacta de haber perdido un partido sin haberlo jugado. Y aun así, queriendo seguir convocado.

LAUREN

No hace falta que seamos sinceras: mi plan para el día después de una semifinal ganada no incluía llorar. Incluía resaca emocional, charlas tácticas sobre lo bien que leemos ahora las transiciones, y quizá un poco de autobombo merecido.

En lugar de eso, tengo un corazón que parece estar haciendo series de intervalos y la sensación de que si alguien me toca un poco

más fuerte me voy a desmoronar como un estadio mal construido.

Cuando Nadia cierra la puerta después de hablar con Jon, me quedo tumbada de lado, mirando la costura de la sábana. Noto el hueco donde estuve tirada hace unas horas con el cuerpo de él encima, la espalda contra el colchón, las manos en su nuca, ese momento absurdo de felicidad animal que apenas me dio tiempo a reconocer.

Entonces el mensaje.

La palabra *apuesta*.

Y el suelo desapareciendo bajo mis pies.

Nadia vuelve de la puerta y se mete en su cama sin apagar la luz.

—No he dicho nada —informa.

—Ya lo he oído —respondo, con la voz ronca de quien no ha dormido de verdad.

—¿Vas a contestarle?

Miro al techo.

—Ya le he contestado.

Ella entiende. No pregunta nada más.

Nos espera un viaje de vuelta a Londres que se me hace eterno. Jugadoras que cantan, memes del partido, vídeos que empiezan a circular en el grupo, Arthur haciendo el típico discurso raro de "*disfrutad veinticuatro horas y mañana volvemos al trabajo*". Yo escucho a medias; mi cabeza está anclada en una habitación de hotel donde ya no estoy.

Jon no viaja con nosotras. Supongo que me está dando espacio. O se lo está dando a sí mismo. Da igual como sea, pero agradezco no tener que lidiar con su presencia.

Alana y Dillon vienen a recogerme al estadio, como si supieran que hoy no me conviene estar sola en mi piso.

Pat también está en el coche.

No lo esperaba.

Ya no está tan delgado como en Nochebuena. Los hombros hundidos dentro del abrigo barato. Ojeras marcadas. Pero está limpio. Sobrio. La barba recortada con torpeza, como si se la hubiera

arreglado él mismo en el espejo de algún baño pequeño. Vive en su casa, pero Alana lo tiene vigilado y se lo lleva a la suya de vez en cuando, persiguiendo, quizá, esa reconstrucción familiar que la Navidad le pedía a gritos.

—Menudo partidazo —dice mi padre con orgullo cuando me ve salir con la mochila al hombro—. Una final más que merecida.

—El equipo lo ha hecho muy bien —respondo, obligándome a sonreír.

Dillon me abraza por encima de la puerta, apretando más de lo normal. Alana me encaja un beso en la sien y me mira como si me estuviera pasando un escáner emocional de cuerpo entero.

—¿Qué tal la rodilla? —pregunta.

—Resistiendo —respondo.

Se queda un segundo en mi cara.

—¿Y el resto?

Me gustaría decirle: *El resto no resiste tan bien.*

En lugar de eso, encajo el cuerpo en el asiento trasero junto a Pat y miro por la ventanilla.

En casa de Alana, el salón huele a comida casera y a café recién hecho. No es una estampa idílica, pero es un hogar. Los platos se amontonan en el fregadero; la nevera tiene imanes de eventos de barrio y *post-its* con citas médicas de Pat.

Nos sentamos los cuatro a la mesa, como si esto fuera algo que supiéramos hacer de memoria.

Pat juguetea con el tenedor. Casi no prueba el guiso, hasta que Alana le mira con esa autoridad silenciosa que lleva perfeccionando desde que tenía trece años.

—Come —le dice—. No te has hecho todo el camino hasta aquí para mirar el plato.

Él obedece. Lo miro de reojo y por primera vez en mucho tiempo no veo solo al hombre que se fue, al que bebía, al que hacía más daño del que quería. Veo a alguien cansado. Y arrepentido. Y perdido.

Supongo que no soy la única.

—He visto al entrenador en la tele —dice de pronto—. Ese… Jon. Sabe lo que hace.

La cuchara se me queda a medio camino.

—Es bueno —respondo, sin mirarle.

Pat asiente, como si hubiera estado pensando esa frase desde que empezó el partido.

—También sabe lo que hace contigo —añade, y ahí sí que levanto la cabeza—. Se le nota cuando hablas tú y la cámara se va a él. Está escuchando de verdad. Eso no lo finge cualquiera.

Alana me mira de reojo, curiosa. Dillon se hace el interesado en el pan.

Me encojo de hombros.

—Es su trabajo —murmuro.

Pat se encoge en la silla, pero no se aparta de la conversación:

—El mío también lo era —dice—. Y no lo hice igual de bien. Con vuestra madre. Con vosotras.

La frase se queda colgada entre los cuatro. Como un balón bombeado al área que nadie se atreve a rematar.

Alana apoya el tenedor. Respira hondo.

—Estamos trabajando en ello, ¿no? —dice al final.

No es una absolución, pero es un pacto. Uno pequeño, pero real: *seguimos aquí, aunque nos haya costado todo llegar*.

Siento algo aflojarse dentro del pecho. Muy despacio. Muy poco.

Cuando termina la comida, Pat se va al sofá y pone la tele. Alana y Dillon recogen. Yo me quedo un momento sola en la cocina, apoyada en la encimera, intentando no pensar demasiado y el corazón en modo pausa técnica.

Alana entra detrás. Termina de aclarar los platos y comienza a meterlos en el lavavajillas. Me mira y eleva una ceja.

—¿Quieres que hablemos de él ahora o después? —pregunta, sin rodeos.

—¿De quién?

Me lanza una mirada que habría hecho llorar a un delantero de Champions.

—De tu entrenador. Del que te mira como si fueras su último partido siempre.

Cierro los ojos un instante. No tengo fuerzas para hacerte la lista de excusas.

Le cuento una versión recortada. No el sexo. No el sudor. No la pared ni el ascensor. Pero sí el resto: que nos hemos ido acercando, que me he dejado acercar, que he dejado que me vea un poco más de la cuenta. Que luego ha habido un mensaje. Y una palabra: *apuesta*.

Alana escucha con los brazos cruzados. No me interrumpe, pero se le tensa la mandíbula en la parte donde siempre se le tensa cuando alguien me hace daño.

—¿Y le has pedido explicaciones? —dice cuando termino.

—No.

—¿Por?

—Porque no quiero oír una versión bonita de una mierda —respondo—. Y porque si empiezo a llorar delante de él no voy a parar nunca.

Alana es la mejor hermana del mundo, lo demuestra cuando no me abraza como si estuviéramos dentro de un drama de la BBC ni me dice que puedo llorar su lo necesito, en su hombro, en sus brazos. Me da algo mucho mejor, me da la normalidad.

—Vale —asiente—. Pues llora donde te salga de los cojones si es lo que necesitas, pero no te lo tragues sola, ¿me oyes? Para tragar mierda ya hemos tenido suficientes años.

Por la tarde, vuelvo a mi piso en Notting Hill. Necesito estar sola, aunque me asalten recuerdos que no quiero repasar. Al llegar y sentarme en mi sofá, siento que me duele el cuerpo entero como si hubiera jugado ciento veinte minutos más los penaltis.

Pienso en el pasillo del hotel. En su voz al otro lado de la puerta.

"Sé que me odias ahora. Está bien. Quédate con eso un rato. Pero no me estoy yendo. No esta vez."

Podría reírme. Podría gritar. Podría decirle que esa es justamente la frase que habría necesitado hace meses, cuando le pedí que se fuera y lo hizo.

En lugar de eso, me encojo bajo la manta, mirando a la nada, conteniendo el dolor del pecho que amenaza con desbordarlo todo otra vez.

A falta de mejor estrategia, decido lo único que sé hacer desde que tengo memoria: aguantar, rehabilitar, respirar. Y esperar.

Quizá no sea suficiente para ganar una final. Pero con suerte será suficiente para no morirme de pena.

De momento.

JON

El cuadrilátero de Ansel Warren es el único sitio de todo Londres donde puedes entrar un domingo por la mañana y encontrar a alguien dispuesto a partirte la cara por tu bien.

No lo dice en el cartel, pero debería.

El gimnasio es exactamente el mismo de siempre. Y eso reconforta. Hay música de fondo, algo rock viejo, pero puesta a un volumen controlado, que no molesta. Las cuerdas del ring están gastadas por las manos de gente que ha venido aquí a pelear con otros y consigo misma.

Ansel está envuelto en una sudadera gris sin marca y unos pantalones cortos que han visto más guerras que yo finales. Me ve entrar y levanta la barbilla a modo de saludo.

—Hombre —dice—. El entrenador del momento. ¿Vienes a firmar autógrafos o a trabajar?

—A que me pegues —respondo.

—Eso se puede arreglar.

Me tira unos guantes. Me los coloco. Las vendas ya las traía puestas de casa; hoy tenía claro adónde venía.

Subimos al ring.

Hace meses que no piso este tapiz. Desde que llegué a Inglaterra, Ansel y yo tenemos un trato no escrito: yo le mando jugadores que necesitan aprender a pelear sin balón, y él me enseña a no salir corriendo de mi propia cabeza.

Se coloca las manoplas. Da un par de palmadas.

—Calentamos —dice—. Jab. Cruce. Jab. Gancho. Lo de siempre.

Empiezo. Izquierda, derecha, izquierda, giro de cadera. Los primeros golpes son mecánicos, casi correctos. El cuerpo recuerda la coreografía antes que la mente.

—¿Qué tal las semis? —pregunta, como quien pregunta por el tiempo.

—Ganadas.

—Enhorabuena.

—Gracias.

—¿Fue bonito?

—Fue… suficiente.

Asiente, como quien anota un dato en una libreta invisible.

—¿Y después del partido? ¿La celebración?

No respondo al principio. Aprieto más el golpe. Noto el impacto de mi puño en la manopla, la vibración subiendo por el brazo.

—Después del partido —repito— hice cosas que no estaban en ningún plan de entrenamiento.

—Ajá —dice Ansel—. Técnica pésima. Hombro muy tenso. Hablo de boxeo, por si acaso.

Intenta la bromear. Pero yo no se lo compro. Sigo golpeando.

Los nudillos empiezan a protestar bajo el guante. El sudor me baja por la espalda, metiéndose en la camiseta.

—¿Quieres contarme algo o quieres que lo adivine? —pregunta.

—¿Te pagan por adivinar?

—Me pagan por escuchar —responde—. Pero la mayoría preferís que os pegue primero. Es realmente curioso.

Inspiro hondo. El aire me entra frío por la nariz, caliente por la garganta.

—Me acosté con ella —suelto.

Ansel no se sorprende tanto como esperaba. Solo cambia el ángulo de la manopla.

—Voy a asumir que *ella* es Lauren Mitchell—dice—. No la fisioterapeuta ni la recepcionista del hotel.

—Con Lauren —confirmo.

—Vale —asiente—. ¿Y qué te ha hecho pensar que necesitabas venir a contármelo a mí?

—Porque soy su entrenador —respondo.

—Ajá.

—Y luego la cagué y se largó.

—Entonces ahora sientes que eres un cabrón aprovechado, un mierda, o algo así.

Me cabrea. Me cabrea porque acierta, y porque lo dice sin disfrutarlo. Me pega donde duele sin recrearse.

—¿Qué cojones quieres que te diga? —pregunto, más brusco de lo que pretendía.

—Quiero que dejes de hablar como si todo fueran partes de un partido —dice—. No quiero saber lo que pasó. Quiero saber lo que no me estás contando de verdad.

Trago saliva. Golpeo. El ritmo se rompe. Me obliga a parar con una mano levantada.

—Mírame —dice.

Lo hago. Me siento ridículo por un segundo, como si esto fuera demasiado íntimo para un sitio con sacos de boxeo.

—Te acostaste con ella —añade—. Supéralo.

Me paro un segundo. Lo expone con crudeza y eso me despierta algo por dentro.

—Ya sabes que a mi gimnasio se viene con la verdad, y ahora solo queda una pregunta: ¿qué parte de eso te ha traído aquí? —pregunta, sin juicio—. ¿La culpa? ¿El miedo? ¿La sensación de que has cruzado una línea o que la puta línea te ha superado a ti?

Trago saliva otra vez. Me doy cuenta de que estoy respirando alto, como después de una maratón.

—La parte en la que se fue —digo—. La parte en la que yo… —me paso la mano por la nuca— no supe hacer nada que no fuera empeorarlo.

Ansel asiente despacio.

—¿Qué hiciste?

—Nada —admito—. Y luego lo intenté. Y me cerraron la puerta.

—Te cerraron la puerta porque estaba herida —dice—. No porque seas un monstruo.

La frase me desarma más que cualquier golpe.

—No lo sé, Ansel —contesto, y ahí sí sale la verdad sin forma—. A veces pienso que lo único que sé hacer es tener razón en el campo y estar equivocado en todo lo demás.

Ansel sostiene las manoplas más bajas, como si ya no estuviéramos en combate.

—Eso es porque en el campo hay reglas —dice—. Fuera no. Fuera tienes que elegir aunque no puedas garantizar el resultado.

Me quedo callado un segundo. El silencio aquí no es amenaza. Es espacio.

—¿Te arrepientes? —pregunta.

La pregunta me cae pesada. No por difícil, sino por clara.

—No —digo al final—. Y eso es lo que me asusta.

Asiente.

—Bien. Al menos no vas a convertir esto en penitencia. Ya has hecho suficiente de eso toda tu vida.

—¿Y si la pierdo? ¿Y si ya la he perdido?

Ansel no responde rápido. Me mira como si estuviera calibrando qué palabra no va a romperme, pero sí a moverme.

—La gente no se pierde como se pierde un partido —dice—. La gente se pierde cuando dejas de aparecer. Cuando te escondes. Cuando esperas que el tiempo haga de intermediario.

Me quedo mirando el suelo, la lona marcada por años de pisadas.

—Estoy intentando no esconderme —murmuro.

—Entonces aprende a quedarte sin invadir —responde—. Y aprende a soportar que no te den una respuesta inmediata. No eres el entrenador de su miedo.

La frase se me queda clavada, pero no como cuchillo. Como ancla.

Ansel vuelve a subir las manoplas.

—Ahora —dice—. Golpea. Pero esta vez no para castigarte. Para estar aquí.

Me quedo un segundo ahí, en medio de la lona, con las luces blancas clavadas en la cara y el corazón golpeando más fuerte que cualquier puñetazo.

No tengo claro cómo voy a arreglar nada.

Solo tengo claro que ya no me vale el plan de siempre: alejarme antes de que duela demasiado.

Por primera vez en años, el partido importante no es el que juega mi equipo.

Es el que tengo que jugar yo.

Y esta vez pienso salir del vestuario.

CAPÍTULO 24
LAUREN

No hay resaca física después de aquella noche.

Hay algo peor: una resaca de silencio.

Los días siguientes a Liverpool se parecen todos demasiado entre sí.

Entrenar, fisio, gimnasio, vídeos, dormir poco.

No escribirle.

No buscarlo con la mirada más de lo estrictamente profesional.

Él cumple su parte con una precisión casi quirúrgica: es mi entrenador y punto. Charlas tácticas en grupo, comentarios en el descanso, correcciones en el campo.

Ni una palabra más, ni una palabra menos.

Y eso es lo que más me duele.

Porque significa que conoce la medida exacta de la distancia que estoy pidiendo sin haberla formulado del todo.

Arthur hace de colchón.

Reparte cargas, regula minutos, me da descansos donde antes me habría apretado hasta romper. La rodilla responde. Mi juego también.

Mi cabeza, no tanto.

Volver al juego y al equipo ayudan a que la niebla de la cabeza se disipe un poco, aunque el lío emocional no logre desenmarañarlo nada ni nadie.

El Leyton empieza a encadenar resultados que nos colocan cada vez mejor en la tabla: una victoria, un empate trabajado, otra victoria, un golpe sobre la mesa contra un equipo que nos había pasado por encima en octubre.

De repente, estamos en una zona de la tabla que nadie habría pronosticado en agosto. Cuartas, respirando de tú a tú con gente que cobra el triple y sale en anuncios de champú.

En casa de Alana, Pat se convierte en parte de la decoración, la primera semana después de Pascua lo llevamos al médico para una revisión completa, después de unos meses de lenta recuperación de sus adiciones y de su desnutrición severa: el corazón no anda muy allá y conviene estar pendientes. Le recetan pastillas, dieta blanda y que deje de beber. Del todo.

Las pastillas se las toma. La dieta la cumple a medias. Beber… dice que lo está intentando. Por eso, básicamente, Alana lo instala en su casa, para hacer de halcón al acecho, dispuesta a no pasarle ni una.

Mi hermana lo trata como si fuera un niño al que acaba de adoptar a los sesenta y tantos.
Le prepara sopas. Le deja notas en la nevera. Le apunta las citas del médico en un calendario con rotulador rojo.

Cuando se impacienta, masculla por lo bajo y luego se arrepiente, y todo eso lo hace con una ternura feroz que me recuerda a mamá y me desarma un poco cada vez.

Una noche, después de un entrenamiento especialmente intenso en el que me han invitado a cenar, me encuentro a Pat en el salón con la tele apagada y la vista perdida en la ventana.

—¿No trabajas demasiado? —pregunta sin mirar.

—¿Tú no deberías estar haciendo algo? —devuelvo.

Se encoge de hombros.

—Me cuesta. Vuelvo a estar en una casa con gente. Me alegra… y me agobia.

Lo entiendo más de lo que quiero admitir.

—Alana te adora —le recuerdo.

—Alana me mantiene con vida —corrige—. No es lo mismo.

Silencio.

—Y tú… —añade, girando un poco la cabeza—. Tú siempre has hecho ver que podías sola.

Me crujo los nudillos.

—¿Y?

—Y ahora… no sé, le hablas a la gente. Antes te guardabas el daño dentro hasta que te salía por los ojos en los partidos.

Me río, seca.

—Es más barato que la terapia.

Él sonríe, apenas.

—Tu madre estaría orgullosa.

El nudo aparece sin avisar.

—¿De qué? ¿De que casi me rompo otra vez por entrarle a un balón que no me tocaba?

—De que sigas ahí —dice—. Ella siempre decía que la única manera de perder del todo era dejar de intentarlo.

No hablamos de Jon.

No hablamos de apuestas.

No hablamos de hoteles ni de mensajes que parecen cuchillos.

Pero hay algo en esa frase —la única manera de perder del todo es dejar de intentarlo— que se me queda pegado por dentro.

Alana entra en el salón con gesto de jefa de operaciones.

—A cenar, que hay que irse pronto a dormir —sentencia—. Mañana tienes partido, Lauren.

—Sí, *míster* —respondo.

Pat suelta una risa ronca.

—¿Te acuerdas cuando tu madre decía que ibas a acabar mandando más que cualquiera en un campo?

—Se equivocó —digo, levantándome.

—No tanto —responde él—. Sólo estaba adelantada.

Regreso a mi casa con el cuerpo cargado y la cabeza más cargada aún.

Cojo el móvil. Paso el dedo por encima de su nombre en la lista de contactos.

No escribo.

Al día siguiente, las gradas de nuestro pequeño estadio se llenan de nuevo. No como en la semifinal, pero casi.

Banderas blancas con nuestro escudo, bufandas improvisadas, niñas con camisetas demasiado grandes donde se lee MITCHELL 5, aunque yo juegue sólo sesenta minutos.

En el campo, algo ha cambiado.

Ya no siento que me miren para ver si fallo. Creo que me miran esperando que haga algo. No siempre puedo, pero cada vez más veces sí.

La primera vez que salto para cortar un balón alto sin pensar en la rodilla, me doy cuenta tarde: ya he aterrizado, ya estoy girando, ya estoy sacando el balón jugado.

El miedo llegó tarde a la cita.

Eso vale casi tanto como el pase a la final.

Ese mismo día, por la tarde, el club nos envía un mensaje confirmando que la final será contra el City, en Wembley, y el grupo explota en el chat.

Nadia manda cincuenta emojis de fuegos artificiales. Keeley escribe en mayúsculas durante diez minutos. Joanne manda una nota de voz llorando.

Yo leo el mensaje oficial y siento algo raro: una mezcla de náusea, vértigo y euforia que me recorre de arriba abajo.

Wembley. Contra el City.

El equipo en el que me rompí.

El equipo del que me sacaron sin ceremonia.

El equipo al que Jon hizo rey… antes de renunciar.

Pienso en escribirle algo. Una sola frase, algo de ánimo y de alegría, pero no lo hago. Me conformo con una respuesta escueta en el grupo:

Vale. Entonces vamos a necesitar otro nivel.

Nadia me contesta por privado:

Otro nivel ya lo tienes tú, rubia. Te falta creerlo.

Cierro el chat. Abro la ventana. Londres respira gris. Pienso que quizá eso es exactamente lo que nos estamos jugando: creerlo.

No sólo nosotras.

Yo.

JON

El silencio con Lauren no es un vacío. Es una estructura.

Tiene horarios, espacios asignados y reglas claras. Funciona con la precisión de un sistema bien entrenado: Duele donde debería doler y se nota todo el tiempo.

Entrenamientos, ruedas de prensa, análisis de vídeo, charlas con Arthur, partidos de liga. Ella está en todos esos lugares. Yo también. Y, sin embargo, el espacio exacto al que me acerqué aquella noche ha quedado clausurado sin necesidad de palabras.

No es castigo ni es huida. Es respeto. O eso me digo, porque suena mejor que miedo.

Después de Liverpool hice algo que no suelo hacer: escribí sin esperar respuesta. Un mensaje corto, torpe, sin estrategia. No para explicar, sino para asumir. No llegó nada de vuelta. En su lugar llegó Nadia, plantada en la puerta como si defendiera un uno contra uno decisivo.

—No es un buen momento —dijo.

Y por primera vez en mi vida, no confundí insistir con estar presente.

Desde entonces, no la busco fuera del fútbol y no la evito dentro. Cuando hablo en el vestuario, hablo para todas. Cuando la corrijo en el campo, lo hago como siempre: directo, exigente, limpio. La diferencia está en lo que no digo cuando se apaga el proyector y el equipo empieza a dispersarse. Ahí, donde antes improvisaba cercanías, ahora dejo que el silencio haga su trabajo.

Wembley aparece primero como una palabra ajena. Luego como un murmullo que se cuela en las conversaciones. Después como una fecha escrita a rotulador en la pizarra. Finalmente como un estadio

omnipresente en cada foto de prensa. El City llega a la final sin despeinarse, con esa naturalidad insultante de quien está acostumbrado a decidir finales en abril. Nosotras llegamos sujetando resultados con los dientes, con uñas, con una mezcla peligrosa de fe y cansancio.

Cuartas en liga. Semifinal ganada. Un equipo que en agosto era un proyecto simpático empieza a ocupar espacio real en la conversación.

El director deportivo me llama tres días después de asegurar matemáticamente esa cuarta plaza. Me enseña cifras, gráficos, previsiones. No necesita insistir demasiado. Hasta yo, que detesto los PowerPoint, entiendo lo que significan.

—¿Renovamos? —pregunta.

La honestidad de la pregunta me incomoda más que cualquier presión. Porque no habla de dinero ni de proyecto. Habla de mí.

Hay una oferta del United abierta como una puerta sin ruido en el fondo de la cabeza. Hay una apuesta hecha en París que parecía una tontería elegante y ahora pesa como una hipoteca moral. Hay un equipo al que no sé si seguiré perteneciendo dentro de dos meses.

—Después de Wembley —respondo—. Antes no.

El momento nunca lo es, me dice. Y tiene razón. Pero esta vez no cedo.

Por las noches duermo poco. Cuando sueño, sueño con campos demasiado grandes y silencios demasiado largos. Con gradas llenas que no aplauden ni pitan.

Ansel sigue ahí, como siempre, con su gimnasio que es sinónimo de puertas abiertas y disciplina. Hay días en los que me digo que vengo por la técnica, por descargar tensión, por mantener el cuerpo en su sitio. Mentira. Vengo porque aquí no se puede fingir. Aquí el cuerpo delata lo que la cabeza intenta maquillar.

Me planta los guantes en las manos sin ceremonias.

—Hoy estás raro —dice, sin levantar la voz.

—¿Raro cómo?

—Como cuando llevas semanas intentando convencerte de que algo no te importa —responde—. Y se te nota en los hombros.

Resoplo. Me ajusto la cinta del guante.

—He dormido poco.

—Dormir poco lo hacemos todos. Tú estás… cerrado por dentro —corrige, y se pone las manoplas—. Vamos. Calienta.

Empiezo a golpear. Primero suave, buscando ritmo, escuchando el sonido seco del cuero. Él se mueve con economía, como si no pesara nada. A los treinta segundos ya sé que hoy no me va a dejar esconderme en el ejercicio.

—¿Y cuando no vienes? —pregunta, después de una combinación —. ¿Qué haces con todo esto?

—Trabajo —digo, por inercia.

Ansel no se ríe. Eso es lo peor. Solo inclina la cabeza, como si hubiera esperado justo esa palabra.

—¿Y te funciona?

Abro la boca para soltar una respuesta automática, una de esas que cierran conversaciones. No sale.

—Me mantiene ocupado —digo al fin—. Es distinto.

—¿Distinto de qué?

Golpeo más fuerte. Me devuelve un pequeño choque en el antebrazo con la manopla, como aviso. No estoy fino.

—De… pensar —admito.

—Ah. Perfecto —dice, sin sarcasmo—. La técnica favorita de todos los que confunden control con salud.

Sigo. Directo, gancho, directo. El sudor empieza a caerme por la sien.

—Hoy no estoy aquí para hacer terapia —le suelto.

—Claro que no —responde, sarcástico—. Estás aquí para no hacerla.

Tiene razón, me lee antes de que yo sepa siquiera reaccionar.

—¿Vas a contarme de una puta vez por qué se enfadó Lauren?

Me paro durante un segundo y lo miro a los ojos. Respiro hondo y sé con seguridad que hoy no hay sitio donde esconderse. No al menos frente a Ansel.

—Porque hay una ridícula apuesta de por medio. Y ella se ha enterado.

Ahí sí que levanta las cejas.

—Sigue.

Trago saliva. Me coloco mejor. Golpeo. Respiro. Vuelvo a golpear.

—Fue en París —empiezo—. Al acabar la temporada. Sam insistió en que tenía que irme con él unos días. Celebrar. Según él, lo había ganado todo y eso había que brindarlo como Dios manda.

Ansel no interrumpe. Ajusta la manopla. Me deja espacio.

—Yo estaba agotado —continúo—. No de trabajo. De mí. De repetir el mismo patrón una y otra vez y llamarlo ambición para no tener que llamarlo vacío.

Lanzo un directo demasiado fuerte. La manopla retrocede un poco.

—Salimos a cenar. Vino bueno. Restaurante caro. Todo muy… final feliz. Y en algún punto de la noche —niego con la cabeza— no recuerdo exactamente cuándo, dije algo que no suelo decir nunca en voz alta.

—¿Qué dijiste? —pregunta Ansel.

—Que quizá no era buena persona.

Esta vez sí me mira. No con sorpresa. Con atención.

—¿Por qué?

—Porque me di cuenta de que había construido mi carrera sobre una idea muy concreta: ganar siempre, cueste lo que cueste. Cambiar de ciudad, de club, de gente, sin mirar atrás. Y convencerme de que eso era profesionalidad.

Golpe. Respiro. Golpe.

—Le dije que había vendido el alma —añado—. Que lo había cambiado todo por títulos, por reconocimiento, por esa sensación de control que te da saber que siempre tienes una salida mejor esperando.

—Y Sam —dice Ansel— no es de dejar pasar una grieta así.

Suelto una risa seca.

—No. Sam vio una oportunidad donde yo solo veía cansancio. Me dijo que si de verdad quería saber quién era, tenía que probarlo.

—¿Probar qué?

—Si era capaz de no implicarme.

La frase se queda flotando un segundo.

—Me habló de un equipo desahuciado —sigo—. De cogerlo, hacer el trabajo justo, mantener la distancia, no mezclarme demasiado. Si lo hacía y luego me iba, ganaba la apuesta: libertad total para fichar donde quisiera después.

—¿Y si no? —pregunta Ansel, aunque ya lo sabe.

—Si me implicaba de verdad. Si me quedaba. Si lo salvaba… perdía. Tendría que aceptar venderme de nuevo y entrenar al United sí o sí. Sin excusas.

Ansel resopla despacio.

—Una trampa elegante.

—Sí —asiento—. Y yo entré de cabeza porque pensé que esta vez sí podría hacerlo.

—¿Qué cosa?

—Mantenerme al margen —digo—. Ser solo entrenador. Llegar, ordenar, competir, irme. Pensé que el bien que pudiera hacer por el camino sería casi un efecto secundario. Un daño colateral aceptable.

—Pero no lo fue.

—No —admito—. Porque nunca he sabido hacer las cosas a medias.

Lanzo otro golpe. Más controlado.

—Ni con un equipo —añado—. Ni con una persona.

El silencio pesa, pero no incomoda.

—¿Y Lauren? —pregunta Ansel al fin—. ¿En qué momento deja de ser parte del trabajo?

Aprieto la mandíbula.

—En el mismo en que dejé de mentirme —respondo—. No estaba en el plan. No debía estar. Pero apareció y… —me paso la mano por la nuca— ya no supe fingir que todo me daba igual.

—Eso no es perder una apuesta —dice Ansel, bajando las manoplas—. Eso es elegir.

Asiento despacio.

—Lo sé.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

No contesto enseguida. No porque no tenga respuesta, sino porque por primera vez no quiero fabricarla deprisa.

—No irme —digo al final—. No esta vez.

Ansel me observa un segundo largo.

—Lo único que se me ocurre es que tendrás que aprender a quedarte bien —acierta a decir, como sacando una conclusión lógica a todo este enrevesado sistema de autonegación.

No baja las manoplas en ningún momento. Me deja hablar, seguir golpeando. El saco hoy son sus manos. Seguimos unos segundos en silencio. Y luego en sus ojos parece que se dibuja el entendimiento completo.

—Entonces —resume cuando paro un segundo a coger aire—, tu apuesta era un truco barato para demostrarte a ti mismo que eras un cabrón desalmado. Y vas perdiendo.

—Algo así.

—Y la chica se ha enterado de la parte exacta que te deja peor.

—Sí.

—Sin contexto.

—Sin contexto —repito.

Ansel resopla. Baja las manos. Se saca una manopla y se pasa la mano libre por la barba.

—Joder, Alkiza. En serio. Entre lo que os complicáis los entrenadores las alineaciones y lo que os complicáis la vida, no sé cómo no estáis todos en la UCI cada tres días.

Me apoyo en las cuerdas, respirando fuerte.

—¿Crees que he hecho mal? —pregunto.

—¿Pegarle a un jugador? Sí. ¿Meterte en la cama con alguien que te importa? No necesariamente. ¿Callarte la parte de la apuesta? Absolutamente.

—No iba exactamente a mejorarlo —digo.

—Tampoco lo mejora mucho enterarse por un mensaje de un tercero, por si no lo has notado —replica—. ¿Qué es lo que te da más miedo? ¿Perderla a ella o tener que irte al United?

La pregunta se queda flotando en el aire. No porque no sepa la respuesta. Porque la respuesta es demasiado obvia.

—No es el United —admito—. No ha sido el motivo desde hace tiempo.

—Ajá —dice—. Entonces estás perdiendo una apuesta que ya ni siquiera te interesa ganar. Y de rebote, estás a punto de perder lo único que parece importarte de verdad desde que llegaste aquí.

No lo había formulado así, pero ahí está.

Suelto el aire retenido desde hace horas en los pulmones. Me coloco el protector de dientes otra vez. Levanto los puños.

—¿Cuál es el plan, entonces? —pregunto—. ¿Me dices que haga un gran gesto romántico? ¿Que me plante delante de su casa con flores? Porque te aviso: eso se me da peor que las ruedas de prensa.

Ansel se ríe, breve.

—No. Te digo que dejes de jugar al héroe silencioso —responde —. Te pasas la vida aguantando golpes por todo el mundo sin contarle a nadie que te duelen. Y luego te sorprende que la gente piense que no sientes nada.

Se acerca. Me recoloca la guardia.

—En el ring —continúa—, si te entra una mano limpia y haces como que no ha pasado nada, te llevas la siguiente con la guardia baja. En la vida funciona igual. Tienes dos opciones —dice levantando un dedo—. Uno: seguir fingiendo que esto es solo fútbol, que la apuesta era una gracia y que puedes irte del Leyton como si nada después de la final. —Levanta un segundo dedo—. Y dos: asumir que estás hasta el cuello, que esta gente es tuya tanto como

tú eres suyo, y que vas a tener que hablar. Con ella. Con el equipo. Con quien haga falta.

Me mira fijamente.

—Spoiler: la primera opción te ha traído aquí hoy —dice—. A sudar, a sangrar por dentro y a preguntarte por qué te sientes tan vacío cuando en teoría lo estás ganando todo. Igual es hora de probar la segunda.

Bajo los guantes. Me los quito. Las manos me tiemblan un poco debajo.

—No sé ni por dónde empezar —admito.

—Por el vestuario —responde—. Por lo único que sabes hacer incluso cuando crees que no sabes: hablar de fútbol. Tienes una final con ellas. Un puto compromiso, Alkiza.

—¿Y con Lauren?

Ansel se encoge de hombros.

—Con Lauren empieza igual que con cualquier persona a la que le has roto algo: diciendo la verdad. Toda. No la versión editada para que tú quedes un poco mejor. Y luego te aguantas el resultado.

Se baja del cuadrilátero, dejándome solo en el centro.

—Y una cosa más, Jon —añade, girándose hacia mí—. A ver si te entra en esa cabeza de entrenador de élite: tú no eres una mala persona por haber querido ganarlo todo. Pero sí te conviertes en una si usas el fútbol como excusa para no querer nada más.

Salgo del gimnasio con los nudillos doloridos y la cabeza más clara. No tengo soluciones. Tengo una decisión mínima: no volver a esconderme detrás de la excusa de la distancia cuando lo que quiero es quedarme.

A medida que se acerca la final, el club cambia de piel. Los medios se multiplican. Las niñas del barrio mandan vídeos con bufandas que ondean con el escudo del Leyton. Las Ardillas de Hyde Park graban un mensaje que tengo que ver dos veces porque la primera se me nubla la vista. Arthur crece como técnico a una velocidad que no esperaba. Hay días en los que lo observo y pienso,

sin drama, cómo sería este equipo si yo no estuviera. No como castigo. Como posibilidad.

Y está Lauren.

Jugando mejor cada semana. Leyendo el juego con una claridad que no tenía en septiembre. Corrigiendo a las compañeras sin levantar la voz, sosteniendo alturas, rompiendo líneas con pases que parecen sencillos hasta que intentas imitarlos. Cada vez que levanta la cabeza y ejecuta uno de esos envíos limpios, siento lo mismo que sentí la primera vez que pisé San Mamés como jugador con diecisiete años: esto es exactamente lo que vine a hacer.

No hablamos del hotel.

No hablamos de Sam.

No hablamos de apuestas.

Hablamos de fútbol. Y eso, ahora mismo, es suficiente para no romper nada.

El día antes de la final, el vestuario se queda quieto. No es miedo. No es euforia. Es hambre. Veo a Keeley golpear la taquilla. A Nadia cerrar los ojos como si estuviera localizando todas las veces que le dijeron que nunca llegaría ahí. Miro a Lauren.

No sonríe.

No se tensa.

Asiente una sola vez, para sí. Como quien firma un pacto silencioso que no necesita testigos.

Tengo el impulso físico de acercarme y decirle todo lo que Ansel me obligó a verbalizar: que la apuesta no era sobre al Leyton, sino comprobar hasta dónde me había convertido en aquello que más miedo me da ser; que perderla significa no haber podido traicionarlas; que perderla me libera más de lo que me encadena.

No lo hago.

Este momento no es el lugar para hablar de mí.

Es el lugar para hablar de ellas.

El problema —lo sé, lo noto— es que el silencio nunca es neutro. Se llena solo. Y algo me dice que va a intentar colarse antes de tiempo, de la peor manera posible.

LEYTON PLANETS

No tenemos himno oficial, ni escudo de oro, ni museo con copas antiguas.

Tenemos un barrio.

Tenemos un campo que cruje cuando llueve.

Tenemos camisetas baratas con parches cosidos a mano.

Tenemos una canción robada —*Sweet Caroline*— que empezó como broma y se volvió promesa.

Y ahora tenemos algo que nadie vio venir cuando todo esto empezó: un billete a Wembley.

Las chicas lo viven cada una a su manera.

Nadia hace que le cosan las iniciales de su madre en las botas.

Keeley se tiñe las puntas de blanco "porque hay que ir conjuntadas con el destino".

Joanne, como si fuera la utillera, dobla y desdobla las equipaciones hasta que dejan de tener arrugas aunque sea imposible.

Las canteranas miran los entrenamientos con ojos abiertos, como si estuvieran delante de una pantalla gigante.

En el barrio, los carteles aparecen solos.

En las tiendas, en las ventanas, en los pubs.

"Las nuestras van a Wembley".

"Vamos, Planets".

"Orgullo de Leyton".

En el *Fish & Chips* de la esquina ponen un papel escrito a bolígrafo:

Si gana el Leyton, la segunda ración es gratis.

Nadie pregunta quién paga eso.

Alguien lo hará.

En Hyde Park, las Ardillas entrenan más fuerte que nunca. Thema intenta imitar los pases de Lauren. Mia se asegura de que su tobillo está fuerte por si un día la llaman para una final.

Las madres hablan más flojo cuando sale el nombre de Jon. No por vergüenza. Por respeto.

El día antes del gran choque, el entrenador junta a la plantilla en el centro del campo.

Arthur habla poco.

Jon, menos.

—Os lo habéis ganado —dice uno.

—No os lo ha regalado nadie —añade el otro.

Lo sabemos.

Sabemos también que el City nos mira como se mira a un mosquito molesto que se ha colado en mitad de una cena de gala. Sabemos que para ellas una final más es un trofeo más en una vitrina muy llena.

Y sabemos que para nosotras es otra cosa.

No se trata sólo de una copa.

Se trata de demostrar que un equipo que casi se va al hoyo puede remontar clase, presupuesto y pronóstico.

De demostrar que Lauren no se rompió para nada.

De demostrar que Jon no renunció al trono del City por capricho.

De demostrar que el barrio tiene derecho a gritar también un día en Wembley.

La noche antes de salir, en el chat del equipo, alguien escribe:

Mañana empieza la última página.

Otra responde:

Pues tendremos que escribirla nosotras, ¿no?

Hay nervios.

Hay miedo.

Pero debajo de todo eso, mucho más profundo, hay una sensación que no habíamos tenido en todo el año: No vamos a Wembley a ver qué pasa.

Vamos a Wembley a demostrar que pertenecemos ahí.

CAPÍTULO 25
LAUREN

Wembley suena distinto al resto de estadios.

No es el volumen —he jugado en campos más ruidosos—, es la textura del ruido. Es más… denso. Como si cada garganta que grita aquí trajera consigo un testigo de algo que importa.

Hay estadios donde la gente viene a pasar la tarde. A comerse el bocadillo, a mirar el marcador, a opinar porque es gratis.

A Wembley la gente viene a recordar.

A poner algo de sí en el césped.

A decidir cómo quiere que termine la historia.

No sé si eso me asusta o me hace sentir viva. Probablemente las dos cosas. Las rodillas siempre saben la verdad antes que la cabeza: la mía lleva media hora vibrando bajo la rodillera, no por daño, sino por anticipación. Es el mismo temblor que sentí la primera vez que jugué una final sub-17. O la primera vez que miré a Jon y no supe si quería matarlo o besarlo.

Si alguna vez escriben un manual sobre cosas que no hay que hacer antes de una final en Wembley, publicar *rumores de apuesta* en la primera página de un tabloide o llenar con ellos los foros más concurridos del fútbol inglés sería un buen comienzo.

Estoy atándome las botas cuando oigo el primer "*dicen que…*".

No me giro. La cinta blanca entre mis dedos tiembla un poco, eso sí. Un temblor casi imperceptible, como cuando notas que viene una tormenta antes de que caiga la primera gota.

—…que su contrato con el United depende de esto —dice alguien detrás de mí.

—¿Quién te lo ha dicho? —otra voz.

—Mi chico, lo ha leído en un foro. Que tiene una cláusula, que si ganamos…

El murmullo crece, se expande, va rebotando de taquilla en taquilla. No es grito. Es peor, porque no sube de la categoría de susurro. Y los susurros, en un vestuario, son como un reguero de gasolina.

Nadia se sienta a mi lado cuando ya he terminado de atarme las botas y, aun así, sigo tocando los cordones como si fueran algo que pudiera ajustar mejor. No dice nada al principio. Yo tampoco. El vestuario bulle a nuestro alrededor con ese ruido previo a las finales —el metal de las taquillas, el velcro de las espinilleras, las risas demasiado altas—, pero entre las dos se abre una burbuja distinta, más espesa, como si el aire hubiera cambiado de densidad.

Nadia no mira al suelo ni al techo. Me mira a mí.

—Ha salido —dice.

No dramatiza. No baja la voz de forma teatral. Lo suelta como quien nombra un hecho meteorológico inevitable.

Levanto la cabeza despacio.

—¿Cuánto?

La palabra me sale limpia. No pregunto *qué*, ni *cómo*, ni *quién*. Pregunto cuánto, porque eso es lo único que importa ahora: el tamaño del incendio, no su origen.

Nadia inclina apenas la cabeza, valorando.

—Lo suficiente como para que ya no sea un rumor —responde—. Y lo bastante como para que hoy no podamos fingir que no existe.

Algo se recoloca dentro de mí. No se rompe. No termina de encajar. Pero deja de sorprenderme, que a estas alturas es casi un alivio.

—¿Dónde? —pregunto.

—Foros grandes primero. Luego dos tabloides que no suelen perder el olfato cuando huelen sangre. Y un par de cuentas con demasiados seguidores y demasiado tiempo libre.

Exhalo despacio. Noto que la cinta de la bota me ha quedado floja y vuelvo a tensarla, esta vez con cuidado, como si de verdad

importara. El gesto me calma lo justo para seguir preguntando.

—¿Desde cuándo?

—Poco después de Liverpool —dice—. Desde que alguien decidió que vuestra historia no iba a quedarse dentro de una habitación.

Liverpool. El eco me atraviesa con retraso. El pasillo. Las luces bajas. El silencio que no supimos explicar.

—Pensé que… —empiezo, y me detengo—. Pensé que esto estaba más contenido.

—Lo estaba —asiente—. Hasta que dejó de estarlo. Como todo.

Me giro un poco hacia ella. Bajo la voz, no por miedo a que nos oigan, sino porque esto no necesita volumen.

—¿Y el vestuario?

Nadia tarda un segundo más en responder. No porque no sepa qué decir, sino porque está eligiendo cómo decirlo.

—Hay capas —contesta—. Hay quien no se ha enterado del todo. Hay quien ha oído algo y no sabe si creerlo. Pero ya sabes cómo es el fútbol. Alguien escucha media frase en el pasillo, otro le añade un detalle, y cuando te quieres dar cuenta, Jon Alkiza se está jugando un yate y tu casa en la misma mano de póker. Hay quien empieza a preguntarse si estamos jugando una final… o el último acto de la redención de alguien que no somos nosotras.

Eso sí duele. No por injusto, sino por posible.

—Yo no quería que esto nos tocara hoy —digo—. No así.

—Nadie quiere que las cosas exploten el día que más importan —responde—. Pero pasan igual. Y cuando pasan, no preguntan si estás preparada.

Me quedo mirando mis manos un segundo. Pienso en Jon, en su silencio obstinado, en la forma en que decidió aguantar sin explicarse. Pienso en la apuesta, en cómo algo que nació como una estupidez privada ha crecido hasta convertirse en un relato que otros creen tener derecho a contar.

—¿Dudan de mí? —pregunto al fin.

Nadia frunce el ceño, pero no es un gesto rápido ni instintivo. Es más bien una contracción lenta, como si estuviera evaluando algo

que no se puede medir con números.

—De ti no dudan —dice al final—. No en el sentido importante. Nadie cree que estés aquí por interés o por cálculo.

Hace una pausa breve, lo justo para que entienda que viene lo otro.

—Pero el ambiente… —continúa— el ambiente está raro. Hay ruido. Y cuando hay ruido, cada una empieza a escucharse demasiado a sí misma.

Asiento despacio. Eso es peor que la desconfianza frontal. La desconfianza se encara; el ruido se infiltra.

—¿Crees que…? —empiezo, y me detengo—. ¿Crees que esto nos va a pasar factura hoy?

No me mira de inmediato. Nadia nunca responde deprisa a las preguntas que importan. Apoya la espalda en la taquilla, cruza los brazos, observa el vestuario como si lo viera desde fuera: las risas que se alargan demasiado, una conversación que se corta al paso de otra, una jugadora que vuelve a ajustarse las medias por tercera vez sin necesidad real.

—Creo que ahora mismo no estamos sincronizadas —dice por fin —. No porque no sepamos jugar juntas. Sino porque cada una está procesando esto desde un sitio distinto. Y eso, en un partido así, se nota.

Abro los ojos. El zumbido del vestuario me llega de golpe.

—¿Y tú? —pregunto.

Nadia me mira entonces. De verdad.

—Yo estoy intentando que no se nos rompa nada antes de tiempo —responde—. Ni el vestuario, ni la cabeza de nadie. Pero no te voy a mentir: esto llega en el peor momento posible.

Asiento. No hay consuelo en sus palabras, pero sí algo más útil: claridad. Y la claridad pesa menos que la esperanza falsa.

Arthur entra en el vestuario antes de que el murmullo se envenene más.

—Chicas —dice Arthur—. Cinco minutos.

Se hace un silencio raro. No de concentración. De fricción.

Yo no lo miro, pero lo noto: el cambio en el aire cuando él entra. Jon también se da cuenta; algo se le tensa en la mandíbula. Sus ojos recorren el vestuario y hay un segundo en que parecen buscar los míos. No se los doy. Me levanto, ajusto las espinilleras, hago cualquier cosa con tal de no sostenerle la mirada.

—Oye —dice Keeley desde el fondo—. ¿Es verdad lo que dicen?

No hace falta que puntualice *qué* dicen.

Arthur hace ese gesto con la mano para indicar que no es el momento, pero ya es tarde. La pregunta está ahí, flotando como un balón colgado al área que nadie quiere despejar.

Jon tarda un segundo en contestar. Uno solo. Lo suficiente para que ese segundo pese como plomo.

—Luego —dice—. Ahora, el partido.

No suena convincente. No para nosotras.

Salimos al túnel con la pregunta pegada a la piel. El City espera al fondo, sus camisetas celestes brillando como si las hubieran diseñado para humillarnos a distancia. Sonríen, se dan palmaditas, parecen tranquilas. Nosotras no.

El *Sweet Caroline* suena lejísimos cuando pisamos el césped. O eso me parece a mí. El estadio está lleno, Wembley es una boca abierta gritando y, sin embargo, lo único que oigo con nitidez es mi propia cabeza susurrando:

Apuesta. Juego. Nosotras en medio.

El partido empieza y desde el primer minuto sé que no estamos. Las líneas no encajan, los pases llegan medio segundo tarde, la presión es tibia. Es como si cada una de nosotras estuviera jugando un partido distinto dentro del mismo partido.

Yo conozco al equipo de enfrente, porque yo fui el maldito equipo de enfrente. Y sé que el City huele la sangre a kilómetros. Lo que hacen con nosotras es aprovecharse de todas las grietas que, en los últimos minutos de nuestra existencia, parecen haberse multiplicado por cien mil.

En el minuto doce, una pérdida absurda en salida de balón, una transición rápida del City por nuestra banda floja, el centro atrás, un

remate limpio.

Gol.

Se me hunde el estómago. No porque encajemos —estoy acostumbrada a encajar—, sino por la forma en la que ese gol llega. Estábamos mal colocadas desde la jugada anterior, y nadie gritó ni ajustó. Nadie confiaba lo suficiente como para dejarse corregir. Yo misma no supe leer la peligrosidad de la jugada.

Miro al banquillo. Jon habla con Arthur, los dos gesticulan, mueven manos, señalan espacios. Veo su cara y, por primera vez, no sé si quiero que esto le duela o que no le duela nada.

Intento centrarme. Cierro líneas, doy instrucciones, coloco a mi lateral. Durante dos minutos parece que volvemos a ser nosotras.

Pero dura poco. La niebla de ideas parece que se hace otra vez con el control.

En el minuto veintisiete nos pitan un córner en contra. Marcas perdidas, segundas jugadas, un rechace mal despejado, un disparo desde la frontal que se envenena tras tocar en una pierna.

Gol.

2–0.

No llevo ni la mitad de la primera parte y ya noto la vieja sensación en el pecho: la de caer.

La grada del Leyton intenta levantar el ánimo con cánticos de ánimo que aparecen tímidos, fragmentados, como si ellos también hubieran perdido la fe en esto. En nosotras.

Yo corro, aprieto, doy voces. Mi rodilla aguanta, mi cabeza, menos. Cada vez que giro, me llega un flash de Jon en Liverpool, su cama, su voz, el mensaje de Sam. Me llega la imagen de él callando en el vestuario cuando lo han preguntado. Me llega la pregunta tatuada en la cara de las chicas: *¿somos una apuesta o qué coño somos?*

Por fin pitan el final de la primera mitad y siento que el alivio me recorre entera.

2–0. El City, intacto. Nosotras, desfondadas más de cabeza que de piernas. Cuando el árbitro pita, casi agradezco el ruido del estadio;

disimula el ruido de dentro.

JON

Nunca he odiado tanto los quince pasos que separan el banquillo del túnel.

2–0 en contra en una final. He visto remontar cosas peores. Sé, tácticamente, cómo arreglar una defensa que hace aguas, cómo ajustar una presión que llega tarde, cómo cambiar un partido con tres movimientos de ajedrez.

Lo que no sé es cómo arreglar esto.

Las miro entrar al vestuario. Hombros caídos. Miradas de reojo. Un par de cabezas agachadas que no sé si son cansancio, rabia, o las dos cosas.

Lauren va la última. Me roza al pasar. No sé si lo hace a propósito o si es casualidad, pero siento el roce en el antebrazo como si me hubieran empujado contra el puto muro de Berlín.

Arthur cierra la puerta. Se hace un silencio pesado, nada que ver que puede haber en un vestuario que va perdiendo dos a cero en un partido normal. Esto no es concentración. Esto es fractura.

—Bien —empiezo—. Vamos a hablar.

Keeley levanta la mano como si estuviera en clase. No suele hacerlo; ella es más de hablar y ya.

—¿Antes o después de que nos cuentes lo de la apuesta?

La palabra explota en el aire. Apuesta. Podría jurar que hasta las paredes se inclinan hacia nosotros para escuchar mejor.

Respiro. He tenido media parte para pensar cómo hacerlo. Lo bueno de sufrir cuarenta y cinco minutos en la banda es que te da tiempo a elaborar discursos.

El problema es que todos los que he elaborado se me acaban de caer al suelo.

—Vale —digo—. Primero lo de la apuesta. Luego lo demás.

Las miro una a una. No como entrenador. Como el tipo que les ha mentido por omisión. Que para el caso hoy es lo mismo.

—En París —empiezo, el nudo pegajoso incrustado en la garganta —, hace casi un año, Sam y yo estábamos celebrando cosas. Yo había ganado todo. Liga, copa, Champions. Y no tenía nada.

Nadia arquea una ceja.

—¿Nada? —ironiza.

—Nada que no se pudiera medir en trofeos o primas —aclaro—. Nada que no colgara de un techo o de una pared. Estaba… vacío. Y convencido de que era mala persona.

Hay un murmullo, pero nadie se ríe. Bien.

—Sam, que es idiota pero a veces ve cosas, me dijo que no se creía que yo fuera capaz de hacer daño de verdad. Que apostaba a que, si me daban poder sobre algo vivo, sobre alguien real, no podría dejarlo caer.

Trago saliva. Noto la mirada de Lauren clavada en mí. Es casi física.

—Entonces apareció el Leyton en la ecuación —continúo—. Un equipo femenino al borde del descenso, con cero recursos y una plantilla que llevaba meses rota. Me ofrecieron su banquillo. Yo dije que no. Sam me dijo: "*Si eres tan mala persona como dices, acepta, déjalas caer, gana la apuesta y vive la vida aceptando que sí, que eres un cabrón sin corazón. Pero si eres incapaz de dejarlas caer, pierdes la apuesta y te vienes al United, sabiendo algo que ahora mismo no quieres saber.*

Keeley frunce el ceño.

—¿Qué perdías tú?

—Libertad —respondo—. Si perdía, tenía que firmar sí o sí por el United, el equipo donde él juega y donde quiere verme sentado desde hace años. Sin negociar. Sin elegir. Sin irme a Bilbao, ni a Italia, ni a tomar viento. A cambio, si yo ganaba, Sam ponía un millón de su prima para invertirlo en lo que yo quisiera. Equipo base, cantera, fundación… lo que fuera.

El silencio ahora es distinto. Más frío.

—¿Y nosotras qué éramos en esa ecuación? —pregunta alguien al fondo.

—La prueba —contesto—. Pero el problema es que la ecuación estaba mal planteada.

Las miro.

—Vine pensando que mi apuesta era con Sam —digo—. Y resultó que mi apuesta era conmigo mismo.

Apunto al marcador imaginario.

—Si os dejaba caer, ganaba el juego, pero perdía lo poco que me quedaba de ser humano.

Me señalo el pecho.

—Y si no os dejaba caer, perdía la apuesta y ganaba otra cosa.

—¿Qué cosa? —salta Nadia.

—A vosotras —respondo—. Y este vestuario. Y este club. Y la certeza de que no soy el capullo que pensaba cuando me miraba en el espejo por las noches.

Lauren habla por primera vez.

—Y el United —dice, helada.

Asiento.

—Y el United —confirmo—. Si perdía, tenía que ir, quisiera o no. Y he perdido. Porque me ha sido completamente imposible… dejaros caer.

Me quedo ahí. No vendo nada más. No les digo que lo siento por protocolo; ya les he pedido perdón demasiadas veces en mi cabeza. Lo único que puedo hacer ahora es ofrecerles algo que sí les pertenece.

—Os lo tendría que haber contado antes —añado—. Y tenéis derecho a estar cabreadas, decepcionadas, enfadadas conmigo. Tenéis derecho a no querer jugar esta segunda parte para mí. Lo acepto.

Respiro hondo.

—Pero esto no va de mí. Va de vosotras —digo—. De lo que habéis hecho desde septiembre. De entrenar con lluvia, con frío, con menos presupuesto que cualquier filial, de no rendiros cuando todo el mundo os daba por descendidas. Nadie os ha regalado nada.

Nadie os ha puesto aquí por caridad. Este Wembley, esta final, este escudo, lo habéis construido vosotras.

Me agacho un poco, para estar a su altura.

—Yo no os pedí que creyeseis en mí. Os pedí que creyeseis en vosotras. Y eso sigue siendo verdad incluso si yo he sido un cobarde con la información.

Se hace un silencio hondo. Esta vez, de los buenos.

—Lo que hagáis en la segunda parte es cosa vuestra —remato—. Si queréis salir a pasear la camiseta cuarenta y cinco minutos más, yo me trago la cinta, la federación, la prensa y a Sam recordándome que soy un idiota, aunque haya ganado la apuesta. Lo haré. Por vosotras. Pero si queréis salir a competir, a morder, a demostrarle al City y a medio mundo que el Leyton no es una nota al pie en la historia de nadie… entonces salid.

Las miro una a una.

—No os prometo ganar —añado—. Os prometo que, si perdemos, no va a ser porque os hayáis escondido.

Nadia se levanta.

—Pues eso —dice—. Que si perdemos, sea con las botas puestas.

Keeley asiente.

—Y si ganamos, que se joda la apuesta y el foro y el United y todo.

Se levantan casi todas. Miro a Lauren. Ella tarda un poco más. Finalmente, se pone de pie despacio. Me mira, me desafía todavía con esos ojos azules llenos de vida. Se me acerca y yo siento que el mundo se me tambalea un poco ante su presencia a solo unos pocos centímetros.

—No te perdono —dice.

Me atraviesa. Pero sigue.

—No te perdono, todavía —añade—. Pero no he llegado hasta aquí para dejar que el City crea que somos un chiste.

Coge su brazalete y se lo ajusta.

—Vamos —ordena, en voz alta, para todo el maldito vestuario—. A jugar. Y esta vez de verdad.

Cuando salimos de nuevo al túnel, tengo la sensación de que algo ha cambiado. Y no solo en ellas.

LAUREN

La segunda parte no es bonita.

No ganaría premios de estilo ni aparecería en anuncios de botas cromadas a cámara lenta. No es elegante ni memorable en el sentido en que lo son las cosas pulidas. La segunda parte es barro. Barro que se pega a las medias, a la piel, a las decisiones. Barro y dientes apretados. Barro y pulmones que queman de pura obstinación.

El cielo tampoco acompaña. Gris y plomizo como si estuviera preparándose para algo tenso y brutal.

Salimos del túnel con un ajuste táctico que no es precisamente elegante. Arthur mete una segunda delantera y a mí me retrasa un metro. No es simbólico; es quirúrgico. Lo noto en la cintura, en el radio de pase, en la forma en que el campo se abre delante de mí. Me convierto en algo intermedio: una líbero con delirios de centrocampista, una cirujana sin guantes en mitad de una sala de guerra. Veo más camisetas celestes. Veo más espacios que cerrar. Veo, sobre todo, que seguimos sin estar sincronizadas.

No hay épica todavía.

Hay ruido interno.

El reloj avanza hacia el minuto cincuenta y tres con la lentitud cruel de los momentos importantes. Y entonces, como si el partido dudara de sí mismo durante un segundo, recuperamos un balón en banda. Una disputa que parecía perdida, un pie que no llega y luego sí, y de pronto la pelota vuelve a ser nuestra. Cambio rápido. Nadia recibe al pie, aguanta la carga como quien sujeta una puerta en medio de una corriente violenta, la abre hacia la otra banda. El balón viaja tenso, sin etiqueta ni destinatario. Centro raso, cortante. Olivia, la delantera recién entrada se lanza en plancha como si en ello le fuera la vida, como si nadie le hubiera enseñado todavía que el cuerpo duele.

¡¡¡¡GOOOOOOOOOOL!!!!

2–1.

El estadio muerde el aire. No hay coreografías ni gestos ensayados. Solo un amasijo primal de gritos, brazos y cuerpos chocando. Intento buscar un punto fijo y encuentro el banquillo. Jon no levanta los brazos, no se abraza con nadie, no celebra. Pero da un paso hacia delante. Uno solo. Un gesto mínimo, casi involuntario: el cuerpo adelantándose a la cabeza.

El gol no trae calma.

Trae fiebre.

Durante un par de minutos el City no sabe si apretar o esperar. Y nosotras, que llevamos meses aprendiendo a sobrevivir sin permiso, olfateamos esa duda como si fuera carne. Corremos más. Llegamos antes. Nos tiramos a balones que en la primera parte habríamos dejado pasar por prudencia, por cálculo, por ese miedo que se disfraza de indolencia cuando no quiere admitir su nombre.

No estamos bien colocadas.

Estamos desatadas.

Y entonces el cielo, ese cielo gris que nos aplasta desde arriba, decide meterse.

No lo noto por el agua, todavía. Lo noto por la luz. Por una sombra rápida que cruza Wembley como si alguien hubiera bajado un interruptor a medias. Levanto la vista un segundo, lo justo para ver el arco recortado contra un gris que ya no es decorado. Es techo. Bajo. Compacto.

El relámpago es una cuchillada blanca en la parte alta del cielo, un trazo tan brutal que por un instante parece que el estadio se apaga y se enciende a la vez. El trueno llega después, largo y grave, vibrando en el pecho con el mismo retraso con el que llegan siempre las cosas importantes.

El público reacciona tarde. Un murmullo. Una risa nerviosa. Un *oh* colectivo que todavía no es miedo, pero ya no es diversión.

El árbitro mira al cielo sin detener el juego. Una jugadora del City hace un gesto hacia su banquillo, preguntando algo que nadie puede

contestar.

Bajo la vista al césped. Ahí es donde ocurre la vida. Pero durante un segundo siento una certeza absurda, infantil y total: esto va a ponerse feo.

La tormenta se huele de forma tan palpable ya, que parece hasta algo físico.

La primera gota me cae en la nuca. Fría. Exacta. Me eriza la piel bajo la camiseta.

La segunda ya no es una gota. Es una advertencia.

Y luego llueve de verdad.

No una llovizna inglesa educada. No esa lluvia que acompaña como una canción de fondo. Esto es agua con intención. Agua pesada, empujada por el viento, cayendo en diagonal y golpeándote la cara cuando corres. El City se calla un segundo, sorprendido. Nuestra grada grita más fuerte, como si pudiera sujetar el cielo con ruido.

El balón cambia. Deja de correr limpio. Empieza a frenarse donde no debería, a botar con vida propia. Todo lo que antes era cálculo se convierte en improvisación.

El City duda. Sus centrales despejan de más. Dejan al azar lo que antes cocinaban. Una lateral resbala en un giro fácil y el estadio reacciona como si hubiera visto una grieta en una estatua.

Nosotras no tenemos nada que conservar.

Ya estábamos empapadas por dentro. La lluvia solo lo hace visible.

El agua se cuela por dentro de mi rodillera. Fría. Incómoda. Recordándome que la carne existe. Pero el cuerpo responde. Siempre responde cuando la cabeza deja de negociar.

Una disputa en medio campo se convierte en pelea de barro. Nadia llega tarde —o eso parece—, mete el hombro, aguanta el golpe y el balón queda suelto. Keeley intenta controlar, se le escurre, lo recupera con la puntera. No hay elegancia. Hay insistencia.

Miro al banquillo en un segundo que no debería tener. Jon está de pie, inmóvil, con la lluvia marcándole el traje como una segunda piel.

Arthur grita. Jon no. Jon escucha algo debajo del ruido: el momento exacto en que el partido deja de ser plan y se vuelve instinto.

El City intenta salir desde atrás y, por primera vez en toda la tarde, el pase se queda corto, frenado por el agua. Una de las nuestras lo huele y se lanza. Hay choque, resbalón, un bote absurdo. El balón queda muerto a dos metros del área.

La grada del Leyton ruge como un animal.

Lo entiendo con una claridad brutal: las finales no se ganan cuando todo sale bonito. Se ganan cuando el mundo se rompe un poco y tú sigues corriendo.

Minuto setenta y dos.

Córner a favor.

Yo debería quedarme abajo. Soy la que cierra. La que apaga incendios. Pero subo. Subo como quien sube a un altar o a una ejecución, sin permiso ni duda. Jon me mira. Frunce el ceño. Luego asiente. Ese gesto mínimo me sabe a absolución.

El balón vuela. La portera sale mal. El rechace queda muerto en el área pequeña, donde viven los dioses y los errores. Llego. Le pego. Le pego como si la pelota fuera todo lo que he callado este año.

¡¡¡¡¡GOOOOOOOOOL!!!!!!

2–2.

Wembley deja de ser estadio y se convierte en ruido blanco. Caigo bajo una montaña de camisetas blancas, brazos, piernas, agua, lágrimas. Nadia me agarra por la nuca y me grita algo que no entiendo, pero sé que es bueno, que es puro, que viene de un lugar donde las palabras todavía no existen.

Pienso en la apuesta. En el United. En la rodilla. En los meses de silencio. Pienso que este gol no se lo van a borrar a nadie. Es nuestro. Es mío. Es de las que estuvieron y de las que no pudieron.

Los últimos quince minutos son una guerra fría. Ya no hay energía para la estética. Solo quedan inteligencia, orgullo y hambre. El City tiene banquillo, historial, músculo institucional. Nosotras tenemos todo lo demás.

El reloj alcanza el minuto noventa y a estas alturas el tiempo ya no corre, avanza a empujones.

Quedan solo los minutos añadidos —eso dice el marcador— para alcanzar la prórroga, pero el cuerpo no entiende de cifras cuando está tan cansado. Recuperamos el balón cerca del centro del campo y, durante un instante absurdo, todo parece demasiado tranquilo, como si el estadio entero contuviera el aliento a la vez.

Tocamos. Volvemos a tocar. Una pared que no es brillante, pero sí obstinada. Yo no debería estar ahí, tan arriba, con el cuerpo empapado y los pulmones ardiendo, pero estoy. Noventa minutos después, aún estoy. Y cuando el balón me llega, dividido, sucio, con la lluvia decidiendo su trayectoria más que nadie, entiendo que este es uno de esos momentos que no admiten cálculo.

La opción sensata existe. Siempre existe. Pase atrás, pausa, prórroga. Más minutos para pensar, para dudar, para que el miedo vuelva a encontrar un hueco.

No la elijo.

Giro sobre mí misma con un gesto que no sé de dónde saco. El campo se abre durante un segundo, apenas una rendija entre la central y la lateral del City. No es un espacio grande ni limpio. Es una grieta. Y Nadia ya la está atacando como si hubiera nacido para ese trayecto exacto, como si el cuerpo supiera antes que la cabeza dónde tiene que estar.

El pase sale raso, diagonal, tenso. No perfecto. Vivo.

Nadia controla mal —o eso parece— y durante una décima de segundo el mundo entero se inclina hacia el error. La portera sale con todo, se hace enorme, ocupa el aire como un animal acorralado que decide atacar primero.

El disparo no es bonito.

Es necesario.

Hay un silencio extraño, compacto, como si la lluvia hubiera absorbido el sonido. Un segundo suspendido que no sé si dura una eternidad o apenas un parpadeo.

Y entonces la red se mueve.

¡¡¡¡¡¡GOOOOOOOOOOOOOOOOL!!!!!!!

2–3.

No lo proceso de inmediato. El pitido llega después, como llegan siempre las confirmaciones importantes, con retraso. El City saca de centro sin fe, un balón largo que alguien despeja como puede, casi con rabia.

Se acabó.

El Leyton —el puto Leyton— ha ganado la Copa en Wembley.

Las piernas me fallan y caigo de rodillas. De las dos. No por dolor. Por saturación. Por exceso de todo. El llanto no es triste ni alegre: es físico. Es el cuerpo vaciándose de una tensión que llevaba meses acumulando.

Siento manos que me levantan, brazos que me rodean, voces que dicen mi nombre. Arthur aparece entre el caos y me envuelve en un abrazo que no es de entrenador ni de padre, sino de alguien que también necesitaba esto.

—Lo hemos hecho —digo yo antes de que él pueda decir nada.

Y luego, entre lluvia, luces y cuerpos que celebran, busco a Jon.

Lo encuentro.

Nuestros ojos se cruzan en mitad del desorden, y en esa mirada —sin gestos, sin palabras— entiendo algo que se me queda grabado con más fuerza que cualquier copa: no todo lo que se gana se celebra.

Algunas cosas se asumen.

Y asumirlas, a veces, es la forma más honesta de victoria.

JON

Wembley vacío impresiona más que Wembley lleno.

Cuando la gente se va, cuando el público se disuelve en el transporte público, cuando las cámaras pliegan trípodes y los operarios recogen lonas y cables, queda algo que no sale en televisión: el pulso.

No es silencio. Es esa especie de electricidad que queda después de una tormenta, como si el espectáculo no se resignara del todo a haber terminado.

El suelo del túnel sigue húmedo. No llueve dentro, pero el agua ha encontrado la manera de quedarse: charcos finos, marcas oscuras en el cemento, un olor metálico que mezcla césped, lluvia y sudor de final épica. La tormenta se ha ido hacia el este, pero ha dejado su eco aquí.

Estoy apoyado contra la pared, con la chaqueta del traje empapada y desabrochada y la medalla colgándome del cuello. No he podido quitármela. No por orgullo. Por incapacidad. Supongo que mi cuerpo todavía no ha entendido qué ha pasado. O que no quiere.

No sé si estoy esperando a que mi mente vaya dos pasos por detrás o a que el corazón deje de comportarse como si todavía quedaran minutos de descuento.

Lo descubro cuando oigo sus pasos.

No necesito verla. La cadencia de sus pisadas tiene ritmo propio; cualquiera que haya preparado un retorno de lesión reconoce ese sonido. Pero más que eso: es ella. Su forma de ocupar el mundo, incluso cuando no hace ruido.

Se detiene a dos metros. No se acerca más. Tampoco se va.

—Enhorabuena —dice.

—Igualmente.

No nos abrazamos. No nos felicitamos como la gente normal que acaba de ganar un título. Nos estudiamos como quien evalúa terreno antes de dar el primer pase.

—Así que era verdad —dice—. Lo de la apuesta.

No hay drama en su voz. Solo… constatación. Como si por fin hubiera llegado al final de una ecuación.

—Sí —digo.

—Si nos dejabas caer, tú ganabas. Si no, perdías.

—Sí.

—Y no pudiste dejarnos caer.

—No quise —corrijo.

Ahí mueve la mandíbula. A veces la mandíbula habla más que la lengua. Lo aprendí en París, lo confirmé en Londres y hoy me lo está recordando en Wembley.

—¿Te vas igual? —pregunta.

No tiembla. No se retira. No llora. Me mira. Directo. Al hueso.

Y supongo que ya va siendo hora de no ser cobarde.

—Lauren...

No baja la mirada. Nunca la baja.

—Entonces has perdido igual.

—Sí.

—Pero has ganado una Copa.

—También.

—Vaya noche.

Sonríe un poco. No es un chiste. Es una rendición que no duele del todo.

La tormenta ha dejado un goteo irregular desde alguna rendija del techo. Cada gota cae con un sonido hueco, lento, marcando un tempo extraño.

No voy a salir de aquí con la versión fácil. Así que abro la caja que llevo meses cerrando.

—Tengo que ir al United a descubrir si lo que creía que quería… era verdad o solo costumbre. No sé cómo va a ser en Manchester —digo—. Ni si lo voy a soportar, ni cuánto va a durar. Lo que sí sé es que no quiero irme de aquí como me fui de París: vacío. Y eso, te guste o no, tiene mucho que ver contigo.

Silencio. De los buenos. De los que dejan espacio.

—Cuando llegué aquí pensaba que no podía querer a nadie —confieso—. Que era mejor no establecer vínculos porque al final todo se reducía a contratos y resultados. Esto… vosotras… tú… me habéis demostrado que estaba equivocado. No es un discurso romántico, que conste.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que estaba huyendo. Y que no se puede ganar huyendo.

No sé si a esto se le puede llamar declaración. Parece más una autopsia emocional. Pero es lo que tengo.

—No te estoy pidiendo que me esperes —añado—. Ni que confíes en mí sin preguntar. Ni que olvides lo de la apuesta. No quiero que sea fácil.

La veo tragar saliva. Ella siempre procesa antes de hablar.

—¿Qué me estás pidiendo entonces?

—Solo te estoy diciendo que, si alguna vez te preguntas si esto fue un juego, la respuesta es no —añado—. Perdí la apuesta porque no pude dejaros caer. Y te perdí a ti, si decides que es lo justo. Pero no te aposté. A ti, no.

Ella se acerca un paso. Solo uno. Suficiente para que pueda ver las ojeras pintadas de sudor y el moño medio deshecho y la medalla sin colgar todavía.

—Yo me quedo —dice, como si necesitara dejarlo claro—. Si Arthur se queda, yo también. Aunque me vuelva loca. Aunque me dé miedo. Aunque cada vez que salga al campo me acuerde de hoy y piense que no voy a estar a la altura.

—Lo vas a estar —digo sin dudar.

—No lo sabes.

—Sí lo sé. Te he visto caer y levantarte demasiadas veces como para no saberlo.

Se ríe, pero es una risa sin alegría pura. Más bien de rendición.

Podríamos dejarlo aquí: dos adultos que se dicen la verdad y se van a vivir su vida en ciudades distintas.

Sería honesto.

Sería… correcto.

No me basta.

La miro.

Traga saliva. Sus ojos brillan un poco. No sé si por las luces del túnel o por otra cosa.

—¿Y si decido que no me has perdido del todo? —pregunta—. ¿Qué haces?

Nos quedamos así un segundo. Dos. Tres.

Sonrío. No mucho. Lo justo para que sepa que me acaba de desmontar.

—Entonces intentaría estar a la altura —respondo—. Aunque no tengamos ni idea de cómo se hace esto a distancia. Aunque nos salga mal. Aunque discutamos por Zoom y hagamos las paces por mensaje de voz.

Da un paso hacia mí. Yo doy otro. Ya no hay metros. Hay centímetros.

—No me prometas nada —dice—. Ni que vas a volver, ni que vamos a funcionar, ni que esto no va a doler.

—No puedo —admito—. Lo único que puedo prometerte es que no voy a desaparecer a la primera dificultad. Que si te enfadas, te aguantaré el enfado. Que si tienes miedo, no te lo voy a quitar, pero me quedaré a tu lado mientras lo pasas.

Sonríe. Esta vez de verdad. Es un gesto pequeño, pero es la cosa más limpia que he visto en todo el día.

—Eso ya es bastante —susurra.

No hay más discurso.

No hay más táctica que aplicar.

Hay una decisión.

La beso.

Su mano sube a mi nuca, firme, como si llevara meses ensayando ese gesto sin hacerlo. No hay prisa. No hay público. No hay cronómetro.

Cuando nos separamos, no hay grandilocuencia. Solo respiración compartida y la certeza absurda de que esto se va a complicar.

Dejo mi frente apoyada en la suya porque necesito no venirme abajo si la suelto ahora.

—Ve —me dice—. Tus chicas te están buscando para bañarte en champán antes de que se caliente.

—Ve tú. Las tuyas van a poner tu cara en una camiseta como mínimo.

—Soy jugadora —responde—. No entrenador. Todavía.

—Date tiempo.

No sé si estamos sellando un pacto, una tregua o un futuro improbable. Sé que estamos eligiendo no huir. Y eso, para dos profesionales del daño controlado, ya es una puta revolución.

Ella se aleja por el túnel, dejando dentro de mí un anhelo que tengo que acallar de forma fulminante si no quiero volver a por ella y besarla de nuevo hasta perder el sentido.

No se gira. No hace falta. Ya nos hemos dicho lo importante y eso rara vez requiere coreografía.

Y mientras la veo alejarse, pienso algo que nunca habría admitido en voz alta antes de llegar a Londres:

No hace falta quedarse para pertenecer.

Salgo al exterior. La noche se ha comido al estadio. Las luces se apagan una a una, como si alguien estuviera cerrando un libro que acaba de terminar.

Y entonces vuelve esa idea, limpia y brutal.

Wembley lleno es historia.

Wembley vacío es eco.

Y yo, por primera vez en demasiado tiempo, no siento que me vaya solo.

EPÍLOGO
LAUREN

El Royal Festival Hall siempre ha tenido esa forma rara de iglesia moderna para gente que no reza. Demasiado cemento, demasiada acústica, demasiado brillo en el suelo. Pero cuando lo llenas de directivos, futbolistas, redactores deportivos y gente que cobra por parecer importante, funciona.

Estoy apoyada en la barandilla del piso superior, con un vaso de agua con hielo y menta, mirando las escaleras como si fuesen la línea de banda antes de una final.

No he venido a por premios. No he venido a por fotos. He venido porque este año el Leyton se ha ganado el derecho a estar en todas las salas donde antes no cabía. Y porque hay nombres de mi equipo en las pantallas gigantes, en los sobres y en las conversaciones. Eso todavía me emociona. Siempre lo hará.

Los focos barren la sala. Las mesas están numeradas y decoradas en ese orden implacable que tienen los eventos donde el champán está pagado por patrocinadores y no por invitados. Nara y Keeley discuten sobre quién le ha robado el maquillaje a quién —la gala más cara del país y seguimos siendo nosotras—. Arthur está a punto de hiperventilar porque a pesar de ganar una Copa en Wembley, ponerse corbata le parece terrorismo estético. Los quiero a todos.

Cuando dan paso al bloque principal, el murmullo se apaga un poco. Lo justo para que entre la música y las cámaras hagan su recorrido de caza.

Y entonces lo veo.

En la escalera, subiendo como quien ha aprendido muy tarde que tiene presencia, aparece Jon. Traje azul oscuro, camisa blanca sin botón superior, manos en los bolsillos y expresión de dominio de la

escena. No necesita más. Hay gente que dice que algunos entrenadores tienen aura. Yo pienso que lo de Jon es más simple y más peligroso: tiene calma. Y la calma, en un mundo construido sobre ansiedad, es seductora.

Nuestros ojos se encuentran. No me desvío. No sé si él sonríe primero o si lo hago yo. La distancia entre dos mesas no es nada si has sobrevivido a una temporada completa con alguien empujándote a sentir.

—Permiso —dice, cuando llega hasta mí.

—Tarde, ya estaba ocupando el sitio con mi ego —respondo.

—Tu ego no cabe en un solo pasillo, Mitchell.

—El tuyo menos, Alkiza.

Se nos escapan sonrisas que no pertenecen a ninguna gala. Y es entonces cuando ocurre el detalle que separa lo ambiguo de lo claro: Jon baja la mano y roza la mía por debajo de la barandilla. No como quien pide permiso. Como quien anuncia algo que ya está decidido.

No hay testigos. O sí: una fotógrafa que pasa cerca, finge mirar a otro lado y sonríe como si hubiese captado el final de una novela que no ha leído. Quizá la portada la ayude.

—¿Vienes por premio o por protocolo? —pregunto.

—Vengo por gente —dice—. Y la gente ya está aquí.

Estos últimos seis meses han dado para muchas cosas: mensajes de voz a las tres de la mañana; tren Londres–Manchester cada dos fines de semana; peleas por horarios; llamadas que empezaban con alineaciones y acababan con confesiones; y ese pacto tácito de que ninguno iba a desaparecer cuando se pusiera feo.

Cuando llega nuestro turno de subir, no subimos juntos. Esto no es una boda. Es fútbol. Arthur sale a recoger el premio a "Mejor entrenador". Nadia sale detrás con el de "Jugadora revelación". Yo me quedo abajo, aplaudiendo, sintiendo ese orgullo difícil de describir cuando ves a los tuyos en el escenario.

El presentador hace su discurso, la pantalla proyecta goles, abrazos, cortes de prensa.

El video termina con Wembley, la primavera pasada, copa levantada,

confeti y caras que eran más jóvenes porque no sabían todavía lo que venía después.

Al terminar, la sala se levanta a aplaudir. No por mí. Por ellas. Por nosotras. Por un club que ya no es la nota a pie de página del fútbol inglés.

Jon se inclina hacia mí.

—Necesito sacarte de aquí —murmura.

—Eso suena a secuestro.

—Suena a que necesito robarte diez minutos antes de que a Keeley le dé por arrastrarte a un karaoke.

—No sería la primera vez.

—Por eso mismo.

Salimos por la puerta lateral. Londres está cálida, ese calor moderado que solo ocurre dos semanas al año y que la ciudad celebra como si fuese un milagro meteorológico. Caminamos en silencio hasta el embarcadero. El Támesis hace ruido de ciudad vieja y moderna al mismo tiempo.

Jon mete las manos en los bolsillos.

—He firmado cuatro años —dice, sin florituras.

—Bien —respondo.

—¿Eso es todo?

—Sí. Me alegro.

Me mira como quien evalúa una ecuación.

—Pensé que te iba a parecer una locura o una traición.

—Es Manchester. Es el United. Lo sería más no ir.

—Y tú.

—¿Yo qué?

—¿Tú cuánto te quedas?

—No lo sé. Pero de momento no he terminado aquí.

Asiente. No intenta resolverlo. No intenta prometer nada. Y ahí es donde se vuelve adulto.

Se acerca un poco más. No necesita mucho. Con nosotros nunca fue la distancia física el problema, sino la emocional.

—No sé hacer esto mejor —admite.

Le cojo la solapa del traje.

—No te pedí que fueras mejor —digo—. Solo que estuvieras presente.

Se queda quieto. Y entonces hace lo que durante años evitó: no se va.

Me besa. Despacio. No como si tuviera prisa por llegar a algún lado, sino como quien se queda en el lugar exacto donde quiere estar.

Cuando separamos la frente, me sonríe con esa cara de hombre que por fin ha dejado de huir.

—¿Seguimos intentándolo? —pregunta.

—Seguimos —respondo.

El Támesis pasa debajo, los barcos tocan bocinas lejanas, la gala continúa sin nosotros y por primera vez en mucho tiempo no tengo una alarma en el pecho recordándome que algo se va a romper en cualquier momento.

No sé cuánto durará.

No sé cómo lo compatibilizaremos.

No sé si sobrevivirá a la distancia, al calendario, a la prensa o al fútbol.

Pero sé lo suficiente.

Y suficiente, a veces, es lo más valiente que puede ser un final.

AGRADECIMIENTOS

La última vez que escribí unos agradecimientos fue hace cuatro años. Entonces lo hice para despedirme. Para cerrar una etapa con la sensación de que me apartaba —quizá definitivamente— del mundo de la publicación y de todo lo que conlleva.

He descansado durante este tiempo. He vivido otras cosas. He trabajado, he aprendido, me he ocupado de lo urgente y de lo importante. Pero las historias, cuando son tuyas, siempre encuentran la forma de volver. Y llega un momento en el que una no tiene más remedio que sentarse de nuevo y escuchar lo que llevan tiempo pidiendo salir.

Goles y tormentas nació en agosto de 2023, cuando la selección femenina de fútbol ganó el Mundial en Australia frente a Inglaterra. Aquella victoria fue algo más que un logro deportivo: fue un impulso. Ahí empezó esta historia. La comencé entonces y la fui escribiendo muy poco a poco. Ahora tengo un trabajo remunerado de lunes a sábado por cuenta ajena, así que esta novela se construyó en los huecos: en los ratos libres, en los momentos de más energía, en los días en los que las ganas podían más que el cansancio. Sin prisa, pero sin dejarla. Hasta terminarla.

Gracias a todos los que, al volver, habéis seguido ahí. A quienes habéis demostrado que el tiempo no borra el cariño ni la espera. Sentir que alguien sigue al otro lado, dispuesto a leerte de nuevo, da un impulso difícil de explicar.

Sigo escribiendo con la misma responsabilidad de siempre. Solo publico cuando estoy segura de que la historia va a cumplir. Espero que haya sido así. Si has llegado hasta aquí y estás leyendo estas líneas, deseo que la novela haya estado a la altura.

Gracias, como siempre, a mi familia. A mi padre, por ser raíz y referencia. A mis hermanos, por estar cerca incluso cuando no hablamos de libros. A mis suegros y a mis cuñados, por el apoyo constante y generoso. A Raúl, mi marido, por sostenerme siempre, por creer incluso cuando yo dudo, por hacer espacio real para que esto exista. Sois lo más bonito que tengo. Y a mi niña Olivia, que es, sin discusión, lo mejor de mi vida.

Gracias a quienes han leído el libro antes de salir a la venta y me han dado su opinión con generosidad y honestidad. Gema, Maite, Isabela y Carmen. Casi siempre habéis estado ahí y eso se agradece más de lo que sabéis. Sin vuestro ánimo, vuestros abrazos desde lejos y la certeza de que nunca ibais a faltarme en los momentos de mayor inseguridad creativa, esta historia —ni las otras dieciocho anteriores— habrían salido adelante. Gracias de corazón.

Gracias, muy especialmente, a Marisa. Esta es la primera historia que no ha podido leer, cuando siempre formaba parte de ese grupo. Por eso está dedicada a ella. Ojalá esta novela vuele alto y le llegue de alguna manera. Porque si alguien me animó a no dejarlo, a seguir sacando historias de dentro incluso cuando parecía más sencillo callarlas, fue ella. También en este tiempo en el que estuve apartada de la publicación.

También gracias a mi querida Ainhoa Iglesias, la persona más cercana que tengo que entiende de verdad lo que significa no poder vivir sin escribir. No creo que haya pasado un solo día sin que me preguntara qué he escrito, cómo me he sentido al hacerlo, si estoy bien, si estoy volviendo a mí. Ha estado ahí con una fe firme, recordándome que esto forma parte de quien soy. Me ha dado todos los ánimos del mundo para que no vuelva a soltar lo que me hace sentir viva.

Gracias, Ainhoa, de corazón. Te quiero mucho. Y deseo profundamente que te apliques a ti misma todo lo que me deseas a mí, porque no hay nada que quiera más que verte cumplir cada una de esas cosas.

Gracias a mis chicas de azul, las que sostienen en el día a día. Las del trabajo de madrugar, las del cansancio compartido y las

conversaciones a media mañana. Las que nunca dejan de preguntarte qué tal estás y siempre encuentran la forma de devolverte una sonrisa bonita, incluso cuando el día pesa.

A todas las lectoras que habéis vuelto. A las que habéis llegado nuevas. A quienes disfrutáis del sport romance, de las historias de amor, de los personajes que se equivocan y aprenden. A quienes simplemente amáis leer. Gracias por estar aquí.

Gracias por sostener el sueño de alguien que nunca ha dejado de soñar con letras.

1La WSL o Women's Super League (actualmente conocida como Barclays Women's Super League por motivos de patrocinio) es la máxima liga de fútbol femenino en Inglaterra.

2Campo del Everton femenino hasta 2025. Desde esa fecha juegan en el Goodison Park, antigua casa del Everton masculino.

3Estadio del Chelsea femenino. Los partidos importantes los juegan en la cancha del masculino, Stamford Bridge.

4Nombre que reciben las jugadoras de la selección inglesa de fútbol (The Lionesses en inglés).

5Nombre con el que se les conoce a los aficionados del Manchester City.

6Campo donde suele jugar el Manchester United femenino sus compromisos como equipo local.

7Palabra sueca de cariño.

8FA son las siglas de The Football Association (traducido como Asociación del Fútbol), el máximo organismo del fútbol en Inglaterra y las dependencias de las islas de Jersey y Guernsey y de la Isla de Man.